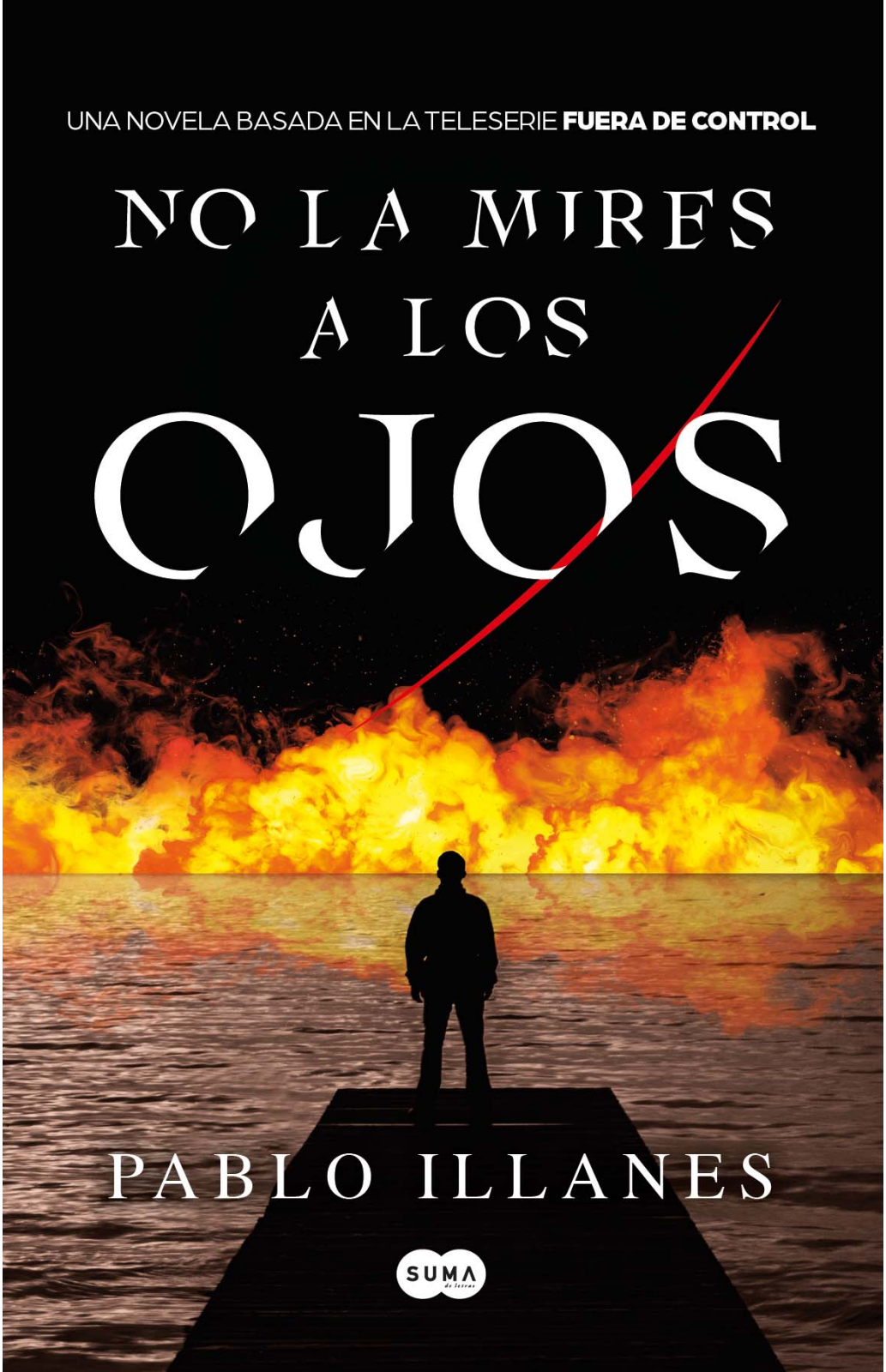
UNA NOVELA BASADA EN LA TELESERIE **FUERA DE CONTROL**

NO LA MIRES A LOS OJOS



PABLO ILLANES

SUMA de letras

Índice

Cubierta
I. Verano, 1987
1. Joya de la provincia
2. El Cuarto A
3. Caledonia
4. La banda sonora
5. La noche de los cobardes
II. Invierno, 2001
1. Siete sobres de colores
2. La aliada
3. Reencuentros y resurrecciones
4. Por favor, confirmar
5. Turistas de invierno
6. A la hora de la tormenta
7. Corre lo más rápido que puedas
8. La próxima víctima
9. Matarás / No matarás
III. Diciembre, 2023
Créditos

Corre. Simplemente, corre. Es el último recurso que le queda, su única oportunidad de salvación, echar mano a lo más simple que Dios le dio.

Corre como si su vida y la de todas las personas que amó alguna vez dependieran de su trote frenético.

Corre sin control ni tiempo ni espacio, sin saber dónde quedan puertas, entradas o salidas.

Corre a perderse, hasta que le metan una bala o le claven un cuchillo de caza, hasta que una flecha le atraviese la espalda, o hasta chocar contra una muralla inoportuna y quedar aturdida en el suelo, pensando que al menos lo intentó, que no se rindió, que llegó hasta el final.

Corre entre personas que apenas alcanza a ver, figuras borrosas en la penumbra que debe evitar como sea porque son enemigos. Gente mala. No mira hacia atrás ni por un segundo, siempre enfilando hacia una sola dirección, la que sospecha que es la salida, aunque no está completamente segura.

Corre por la oscuridad de esa construcción vieja y maloliente, abandonada en un rincón podrido del fin del mundo y poco después, cuando logra salir al exterior, el aire la reconforta por un segundo, le da una rara sensación de libertad que se acaba demasiado pronto, no es más que una ilusión fulminante derribada por más disparos que lo revientan todo a su alrededor, balas asesinas que la persiguen para seguir torturándola y recordarle que le llegó la hora, que ni los privilegios ni el carácter la salvarán, que esta vez no se saldrá con la suya.

Corre por el bosque de eucaliptos a la máxima velocidad que le dan las piernas, sin miedo a caer o a torcerse un tobillo. A su alrededor escucha pasos sobre las ramas secas seguidos por débiles murmullos que se cuelan entre los árboles.

Corre con más ganas porque no quiere escuchar nada y porque se niega rotundamente a pedir perdón. El perdón, jamás. Eso sí que no.

Corre sin parar hasta la lancha. No hay señales de los policías que le prometieron. Reza para que el Señor la ayude a cruzar el lago y consiga llegar al maldito pueblo. Después de un par de intentos logra

encender el motor. Venciendo el temblor de las manos agarra el timón y guía la lancha a través del inmenso lago de sus peores pesadillas. Lamentablemente, la suerte se le acaba pronto. Cuando todavía faltan varios kilómetros para alcanzar la orilla este, la pequeña embarcación se queda sin bencina. Desesperada, aunque sin pensar en rendirse, examina su entorno en busca de ayuda. A lo lejos, a la derecha junto a un claro en el bosque, ve una pequeña playa de piedras negras donde se levanta una carpa. Desde la lancha puede distinguir a dos personas junto al humo de una fogata.

Entre sus gritos frenéticos, que los estudiantes universitarios oyen, y su esperado rescate pasa un tiempo que no es capaz de medir con exactitud. Solo recuerda que lloró, gritó y oró hasta que tres hombres morenos aparecieron de la nada en otro bote más grande y le preguntaron cómo se llamaba, de dónde era y cómo había terminado a las siete de la mañana a la deriva en medio del lago Aurora.

—Sarita —respondió—. Me llamo Sarita Mellafe.

I

VERANO, 1987

AURORA
o AQUÍ VIVE EL AMOR

HORROR

Después de la sangre vienen los chicos. Olfateando como perros, mostrando los dientes y babeando, tratando de descubrir de dónde viene el olor.

STEPHEN KING,
Carrie

De vez en cuando la vida nos da chicotazos para recordarnos que habitamos en la larga y angosta faja de envidia que se llama Chile.

JOAQUÍN EDWARDS BELLO,
La chica del Crillón

1

JOYA DE LA PROVINCIA

Como cada año, justo a mediados del último mes de la temporada estival, nuestro pueblo se viste de gala para celebrar su ya clásico aniversario. Este 1985 se cumplen nada menos que cuarenta y ocho años desde aquel recordado 12 de febrero, cuando don José María Hurtado Guzmán fundó esta pequeña franja de tierra «con la forma de una pequeña almendra» en el majestuoso valle del lago otrora conocido como lago Buenaventura.

Un poco de historia

Cuna de poetas románticos, audaces aventureros y misteriosas damas de sociedad caídas en repentina desgracia, desde siempre Aurora ha servido de refugio para enfermos con problemas cardiorrespiratorios gracias a su aire puro e invaluable calma. Por su cercanía con la carretera Panamericana, de la que nos separan apenas veintitrés kilómetros y medio, también es el destino predilecto de las familias acaudaladas del Gran Santiago y sus alrededores, quienes pagan altas sumas de dinero por disfrutar de los deportes acuáticos, la buena mesa y, por supuesto, los excelentes hoteles y residenciales de la zona.

¿Cómo visitar Aurora y no atreverse con unas clases de esquí acuático sobre estas aguas color esmeralda?

¿Por qué no probar las legendarias ancas de rana fritas con espeso puré picante y pebre con tomate de la zona en el mítico restaurante Loyola de Avenida Central?

¿Cómo pasar por el pueblo sin alojar al menos una noche en el idílico camping Buenaventura?

El paseo obligado

Como buen aurorino, recomiendo al turista un paseo en lancha a la hora del atardecer, siempre con Joaquín Mondaca, alias el Gato, el mejor lanchero de la región, cruzando el lago hacia el sur para adentrarnos en uno de los grandes misterios de esta exuberante tierra. Bajo un microclima privilegiado y sumido en el verde incandescente y revitalizador de nuestra bella flora nativa, descubrimos una pequeña selva tropical alimentada por el propio lago. El Gato nos explica que ese rincón es uno de los grandes atractivos turísticos de Aurora y una curiosidad que nadie ha logrado resolver. Científicos de todo el mundo han venido a examinar el fenómeno, pero nadie ha sido capaz de encontrar una explicación para La Puerta del Diablo, el mágico islote verde que ha servido de postal para dar a conocer Aurora no solo en la capital chilena, sino en el mundo entero. ¿Cómo describir la vista sin igual desde el mirador ubicado justo en la cima del islote, el punto más alto de la región? Mientras el misterio del lago crece, los visitantes aumentan año tras año y también los negocios, en su mayoría a cargo de familias aurorinas de esfuerzo y dedicación.

En La Puerta del Diablo se han grabado varios comerciales de una conocida marca de café instantáneo protagonizados por una cotizada actriz de fama internacional.

El recorrido continúa rodeando el islote y hacia el este, iniciando el regreso a La Península. El visitante más curioso y menos miope se preguntará por aquella construcción grisácea, prácticamente en ruinas, que se distingue a la derecha. Parte de la magia de esta localidad está basada en sus leyendas. Lo que se ve a la diestra es el antiguo Sanatorio Regional Buenaventura, ubicado cerca de la pequeña localidad agrícola de El Copihue. Fundado en 1958 como alternativa a la casa de orates de Chillán, única en su tipo, el sanatorio albergó a enfermos mentales, alcohólicos y desviados sexuales por más de dos décadas y hasta su clausura definitiva, en las postrimerías de 1978. Célebre cuna de mitos y leyendas, la más conocida tiene como protagonista a nuestro loco querido, Aarón Hurtado, pero esa es otra historia y este cronista debe aprender a economizar el material de sus escritos, tal como se lo han sugerido en reiteradas ocasiones su editor y algunos queridos y respetados lectores de este medio.

Cuando en 1972 el lago Buenaventura pasó a llamarse oficialmente lago Aurora, muchas de sus instalaciones conservaron el nombre original, empezando por el camping Buenaventura, con una favorecida ubicación en el mapa, garantía de bellos parajes y agradables tardes junto al lago.

¡Viva Aurora, m...!

Mientras escribía esta crónica a despachar en cualquier momento, pensaba en cuán afortunados somos de haber nacido en tierra tan bella. No cualquiera viene de este valle lleno de milagros, personajes apasionados y amores a flor de piel. Por eso, en este cumpleaños, todo aurorino debe festejar el nombre de nuestro pueblo y llevarlo bien alto y con orgullo. Como bien lo indicó la alcaldesa, la distinguida señora Maritza Jorquera, «hay que agradecerle a Dios todos los días por esta maravilla que nos regaló».

Las celebraciones

Con la simpatía y naturalidad que la caracterizan, la señora alcaldesa inauguró la semana aurorina con diversas actividades, entre ellas, carrera de ensacados, palo ensebado, competencia de cueca y el ya clásico «Gánesela al toro», esta vez con un toro traído directamente de Talca, para evitar lamentables accidentes, como el que sufrió el niño David Troncoso el año pasado.

En esta oportunidad, las que se robaron las miradas de los presentes fueron las jóvenes del concurso Miss Lolita Verano Aurora 85. Organizado por primera vez por la municipalidad, de las veintidós inscritas fueron seleccionadas solo diez. Bajo el exigente escrutinio de un jurado compuesto por diversos representantes del pueblo, las candidatas fueron presentadas en una competencia que desgraciadamente y para vergüenza de todos los asistentes, incluyendo a este cronista, fue bastante criticada por la lamentable intervención de una de sus participantes.

Avanzada la fase de las entrevistas, la señorita Silvana Maldonado

Esparza, de quince años, tuvo un desagradable altercado con el maestro de ceremonias, rol que esta vez ejerció el queridísimo señor Víctor Mazuela, de Panadería Mazuela, un caballero de tomo y lomo y gran amigo y auspiciador de este medio de comunicación. Aquí reproducimos el diálogo completo de tan incómodo momento para que el lector se forme su propia opinión sobre los hechos.

PRESENTADOR. *Y ahora tenemos a la bella de tiernos quince años llamada Silvana Maldonado Esparza, pido un fuerte aplauso para ella. Dígame, señorita, ¿qué significa para usted el matrimonio*?

CANDIDATA. *Nada.*

PRESENTADOR. *¿Cómo? ¿No sueña con casarse algún día*?

CANDIDATA. *No sé, para eso me falta mucho. A lo mejor algún día, pero antes quiero vivir. Quiero vivir intensamente, viajar por el mundo, conocer gente de distintos lugares y ojalá tener muchos amantes en cada lugar donde vaya*.

PRESENTADOR. *Eso no es de una mujer decente*.

CANDIDATA. *Entonces ¿para qué pregunta*?

PRESENTADOR. *No se me ponga brava, señorita, ¿no ve que el jurado la está mirando y la pueden descalificar*?

CANDIDATA. *Así soy yo, brava. Así me tiene que conocer el jurado*.

Tras la incómoda situación, la irrespetuosa muchacha continuó con sus insolentes sarcasmos, ofendiendo particularmente a la Virgen María, motivo por el cual fue descalificada de inmediato por los jurados y luego sacada del escenario por sus avergonzados padres, don William y la señora Ninfa, los administradores del camping Buenaventura.

Finalmente, y a pesar de que tampoco contaba con los aplausos del respetable, la escogida como Miss Lolita Verano Aurora 85 fue la señorita Jessica Lastra, de dieciséis años, alumna de segundo medio del colegio particular Nuestra Señora de la Buenaventura.

Este humilde cronista le desea a la lolita premiada la mejor de las suertes y un inolvidable reinado. Y a todos los aurorinos, un feliz

aniversario.

DÁMASO BLANCO KAULEN
Escritor y poeta

Publicado en «Nuestra Aurora», suplemento del viernes del diario El Aurorino.
Viernes 8 de febrero de 1985

* * *

ALCALDESA JORQUERA INAUGURA RENOVADO CINE PLAZA

Con una celebración digna de Hollywood, finalmente anoche se abrieron las puertas del renovado cine de Aurora. Entre los ochenta selectos invitados se encontraba nuestra alcaldesa, la señora Maritza Jorquera Nieto, además del intendente, el señor Efraín Rubio Peñafiel, quienes disfrutaron de un suculento cóctel a cargo del restaurante Loyola.

Completamente renovado gracias a la invaluable gestión de la municipalidad, el cine Plaza ahora cuenta con 105 butacas y promete reconquistar a los espectadores del pueblo luego de su cierre, a causa de los estragos provocados por el terremoto del pasado 3 de marzo.

«Estamos aquí para invitar a los aurorinos a soñar y reír, y así dejar atrás los recuerdos de ese domingo tan triste», señaló la alcaldesa Jorquera.

A pesar de las palabras de la máxima autoridad edilicia, después del exquisito cóctel los asistentes no vieron precisamente una comedia sino la escalofriante cinta estadounidense titulada *Aquí vive el horror*, dirigida por Stuart Rosenberg y con las actuaciones de James Brolin y Margot Kidder.

Mientras los jóvenes presentes comentaron con entusiasmo la cinta, la mayoría de los invitados se quejó por el contenido de sexo y violencia, para nada propicio con el espíritu de la comunidad aurorina. «A mí no me gustan estas tonteras», comentó una indignada señora

Yolanda a la salida de la función. Rodrigo, un estudiante de segundo año medio, se declaró un fanático de este tipo de producciones sangrientas y celebró que la municipalidad invierta en las instalaciones del cine: «Ojalá la cartelera sea muy variada y que no sigamos perdiéndonos los grandes estrenos de la capital», recalcó el joven cinéfilo.

Publicado en la sección «Crónica» del diario El Aurorino.
Viernes 7 de junio de 1985

* * *

AQUÍ VIVE EL HORROR NO ASUSTA A NADIE

Esta película norteamericana se estrenó el invierno recién pasado en Aurora para reinaugurar el querido cine Plaza, destruido a causa del terremoto del pasado 3 de marzo. En esa oportunidad, la cinta tuvo una sola semana de funciones y pasó sin pena ni gloria por nuestra cartelera. Inexplicable, por decir lo menos, resulta su reestreno el viernes que recién pasó en la función de la noche, reemplazando los exitazos previos de *La chica de rojo* y *Dos bribones tras la esmeralda perdida*, que por dos semanas cosecharon las carcajadas del público.

Aquí vive el horror es de 1979, lo que llama aún más la atención, considerando que los aurorinos fanáticos del cine esperamos con ansias que lleguen a nuestro pueblo joyitas más nuevas como *París, Texas*, de Wim Wenders; *Starman, el hombre de las estrellas*, de John Carpenter; *Duna*, de David Lynch; *Torrentes de amor*, de John Cassavetes, y la nueva cinta de Brian De Palma, *Doble de cuerpo*, que ya pasó por los cines capitalinos con críticas irregulares y cuyo elenco encabeza la hermosa Melanie Griffith, hija de Tippi Hedren, la heroína de *Los pájaros*, del señor Alfred Hitchcock.

El director Stuart Rosenberg (*Brubaker*, con Robert Redford, que aquí estuvo casi dos meses en la función de vermut del cine Plaza) está bastante lejos del cineasta inglés y es el responsable de esta película de terror que lamentablemente no logra nunca su objetivo de asustar.

Aquí vive el horror nos presenta a una típica familia norteamericana, los Lutz, que se cambian a una enorme mansión donde hace muchos años hubo una sangrienta masacre. Poco después de la mudanza comienzan a oír voces, ver moscas en todas partes y percibir que la casa tiene vida propia.

La historia puede sonar prometedora, sin embargo, todos los hechos que llevan a los Lutz a la destrucción ya los expuso mejor y de manera más espeluznante el director Stanley Kubrick en *El resplandor*, esa monumental adaptación cinematográfica de la novela de Stephen King. Aunque la demencia está cruzada con un profundo sentido cristiano que en parte recuerda a *El exorcista*, de William Friedkin, no hay más parecidos con la aterradora cinta protagonizada por Linda Blair y que ha sido elegida como uno de los mejores representantes del género.

Todo se ve y suena a chiste repetido, desde la sobreactuación de James Brolin, a quien vimos la semana pasada en nuestro cine con otra película mala atrasada, *Alto riesgo*, junto a la hermosa Lindsay Wagner (la querida Jaime Sommers de *La mujer biónica*), y en la serie *Hotel*, que emite canal 7 los martes en la noche.

Cine de terror sin sobresaltos... mejor espere a que la den en la tele y se ahorra el precio de la entrada. MALA.

RODRIGO DUARTE

Publicado en «La taquilla»,
suplemento juvenil del diario El Aurorino.
Miércoles 13 de noviembre de 1985

* * *

MISS VERANO AURORA 1986 SE CONFIESA: «ME MERECÍA ESTA CORONA»

Silvana Maldonado tiene dieciséis años y es nacida y criada a orillas del lago Aurora. Gran admiradora de su tierra y sus raíces, la simpática jovencita fue coronada anoche como la más hermosa de la

localidad en una linda fiesta donde se clausuró la semana aurorina. En exclusiva para este suplemento, la hija de los dueños del conocido camping Buenaventura declaró que le gusta bailar, aunque sale poco.

—*¿Y por qué no sale*?

—Pregúntele a mi papá, que es más jodido. No me deja ir ni a la esquina sin permiso, y cuando me lo da tengo que mostrarle hasta el carné del chiquillo que me acompañe.

—*Es que deben andar como moscas con usted los chiquillos, déjeme decirle…*

—No crea, fíjese. Nunca he ido a una discoteca. O sea, una sola vez, en Rancagua, pero de entrada y salida y no bailé casi nada.

—*¿Le gusta bailar, Silvanita*?

—Me encanta. Ahora que soy reina ojalá me den más permiso.

—*¿Está feliz con su triunfo como la más linda del pueblo*?

—Sí, claro, si esto es todo lo que había soñado en la vida. Me merecía esta corona.

—*¿Qué expectativas tiene para su reinado*?

—Quiero representar a esa niña aurorina que no le tiene miedo a nada, no importa la edad, o si es pobre, rica, chica, alta, gorda o flaca. A mí me han criticado mucho porque tengo carácter fuerte, no me sé quedar callada, dice mi mami, y eso siempre me trae problemas, sobre todo aquí en Aurora donde todos son tan copuchentos y mal pensados. Una no puede hacer nada sin que al tiro anden hablando.

—*¿Qué problemas ha tenido? ¿Se pueden contar*?

—El otro día me puse una faldita corta para ir a comprar pan y a la hora le estaban yendo con el chisme a mi papi.

—*¿Tiene pololo, Silvana*?

—No.

—*Siendo tan buenamoza y simpática seguro hay algún chiquillo detrás de usted.*

—No le cuente a nadie, pero… hay más de uno.

Publicado en «De todo un poco»,
suplemento dominical del diario El Aurorino.
Domingo 16 de febrero de 1986

2

El cuarto A

DUARTE

Ya me decidí. En estas páginas voy a escribir la historia de la Silvana.

No se trata exactamente de su vida, tampoco es la mía, voy a tomarme algunas licencias artísticas para no tener problemas a la hora de llevarlo todo a un guion. Porque esa es la idea, escribir un guion cinematográfico digno de un Oscar, el primero para Chilito.

No es que la literatura ya no me interese, al contrario, sigo escribiendo cuentos y novelas que se me ocurren en los ratos libres, que cada día son menos a medida que se acerca el fin del colegio, y aunque casi nunca termino nada por culpa de las malditas responsabilidades escolares, cuando leo lo que escribo ya no siento la misma vergüenza de hace algunos años.

Puedo ser escritor y cineasta, no hay problema. Como Stephen King, que escribió *El resplandor* y *Carrie* y que ahora dirigió una película que aquí se va a llamar *Ocho días de terror*. Ayer pusieron el afiche en el cine y con la Silvana no lo podíamos creer, se ve mortal.

Mis libros favoritos son *1984*, de George Orwell, y *Coronación*, de José Donoso, aunque igual a veces le robo a mi abuela sus novelas de Agatha Christie. Hace poco leí *La venganza de Nofret*.

Mi película es un drama intimista y se va a llamar *Sol de invierno*. La voy a filmar aquí en Aurora, a orillas del lago, antes de cumplir los treinta años. Todavía me quedan catorce.

Para mi último cumpleaños, mi papi, mi mami y mis tatas me regalaron una cámara de video. Una Sony Handycam mortal, del porte de un ladrillo, con micrófono incorporado, *zoom* y todo. Los cuatro se gastaron lo que no tenían para darme en el gusto, y cuando me la

entregaron me puse a llorar de la emoción porque era un sueño desde cabro chico y además porque sabía que en mi casa nunca ha sobrado la plata. El sacrificio había sido gigantesco y el costo, compartido entre los cuatro, a pagar en setenta y dos letras en los flamantes Almacenes París de Alameda con San Francisco, de Santiago. Mis tatas decían que me merecía con creces la camarita por haber salido tan bueno en todo: buen hijo, nieto y alumno. Para mi familia era un muchacho perfecto.

Lo único que no les gustaba era mi amistad con la Silvana.

* * *

Cuando tenía cinco años, la Silvana me pegó con un fierro en la cara y me rompió una ceja. Por culpa de esa agresión, y después de muchas discusiones y amenazas que no llegaron a ninguna parte, su mamá, la señora Ninfa, terminó haciéndose amiga de mi mamá, y su papá, don William, planeando varios negocios con el mío. Primero se les ocurrió la idea de poner un café en el centro de Aurora, uno bien moderno y con niñas en minifalda, como los del paseo Ahumada, en Santiago. Aunque el proyecto nunca llegó a concretarse, los matrimonios terminaron íntimos y la Silvana y yo quedamos como amigos inseparables, casi hermanos.

La Silvana era hija única. Sus padres administraban de toda la vida el camping Buenaventura, el único de Aurora. A los ocho años la señora Ninfa no sabía qué hacer con ella. Le costaba controlar su carácter, la niña hablaba demasiado y tenía una personalidad llamativa y extraña, totalmente distinta a las otras chiquillas del pueblo. La señora Ninfa le confesó a mi mami su peor miedo: que detrás del comportamiento de Silvana se ocultara alguna enfermedad mental.

Como todo aurorino pobre, la Silvana estudió en la D-200, la misma escuela donde yo pasé frío hasta primero medio en una sala que se llovía de mayo a septiembre, pero en el edificio nuevo que quedaba al lado, el que habían construido los milicos y que ocupaban las mujeres. Hasta los doce, la Silvana solo era conocida como la hija de los administradores del camping. Nadie le dirigía la palabra porque la encontraban huasa, pobre y cabra chica, los peores defectos que una joven podía tener en un pueblo arribista y mirador en menos como

Aurora. Sus compañeras más pudientes, hijas de profesionales sin plata, Carabineros de poco rango o profesores primarios de la zona, eran las más crueles. Se burlaban de su manera de hablar, de su pelo rigurosamente escarmenado «castaño claro natural», como le gustaba precisar; se reían de las blusas percudidas e infantiles que todavía usaba aunque le quedaban estrechas y, sobre todo, se mofaban de su cuerpo, plano, pequeño y apenas desarrollado para sus doce años.

Pasó un largo verano en el que Aurora se llenó de turistas, y cuando la Silvana volvió a la D-200, a cursar el octavo básico, todo en ella era distinto. Las pendejas infames que antes la torturaban ahora la perseguían para invitarla a ver *Footloose, todos a bailar* al cine Plaza, y hasta los profesores que la odiaban por hacer demasiadas preguntas en clase ahora la trataban de otra forma, con la atención que ella siempre había buscado y que en Aurora tanto le negaban.

—Son las pechugas, por fin me crecieron. —Me sonreía, sujetándolas en el aire como dos trofeos recién obtenidos, riéndose de mi cara y mis nervios porque no quería quedarme pegado mirándola como hacían los babosos.

Antes que nada, y sin importar todo lo bueno y lo malo que nos pasó después, la Silvana era mi amiga.

Después de ese verano de 1984, los hombres del pueblo comenzaron a esperarla a la salida del liceo. Los más atrevidos la seguían por la Avenida Central hasta el lago, la admiraban un rato desde la playa y luego desaparecían antes de llegar al camping. A la Silvana no le importaba, al contrario, se reía con las caras de deseo que le ponían esos admiradores, todos ardiendo de ganas por una menor de edad, soñando con una mirada suya. Varias veces le pedí que se cuidara e incluso le ofrecí acompañarla. No podía confiar en cualquiera, menos en los huasos degenerados de la zona, que con unos tragos de más se juraban los dueños de los descampados. La Silvana decía que yo era un alaraco, que conocía a todos los hombres del pueblo, y hasta de la provincia, desde los más pijes hasta los rotos más picantes, y que no tenía de qué urgirme porque desde chica sabía cuidarse sola.

Un día, la Silvana llegó corriendo al camping con las rodillas ensangrentadas. Un borracho la había seguido desde la escuela por la Avenida Central hasta el lago. Al verla sola junto al muelle se le había

tirado encima para arrastrarla hasta un roquerío. Aunque se había defendido golpeándolo con una piedra, el degenerado había alcanzado a rajarle el jumper del uniforme escolar. Eso era lo que más le dolía, porque la señora Ninfa se lo había comprado en una casa comercial de Rancagua hacía poco, y encima con plata prestada, y además le gustaba cómo le quedaba, bien ceñido al cuerpo de arriba y más corto abajo, como se usaban.

—¿Y ahora qué hago? —se preguntaba, llorando desconsoladamente —. ¿Cómo voy a ir a la escuela sin jumper? ¿De a dónde saco uno nuevo?

Tuvimos que dividirnos: mi mami acompañó a la señora Ninfa a hacer la denuncia a la comisaría mientras mi papi, don William y yo buscábamos al agresor en los predios aledaños. Al final unos carabineros encontraron a un sospechoso botado en el suelo a la orilla del camino. Era un afuerino que la noche anterior había sido visto en Lago Negro, el caserío de al lado. Cuando la Chola volvió de la verdulería con la noticia y la fruta frescas, mi mami y mi abuela pusieron cara de vergüenza e indignación.

—Si estaba en Lago Negro ya sabemos que andaba en malos pasos —sentenció mi abuela, escandalizada.

Lago Negro era el pueblo que todos mirábamos en menos. La versión seca, pobre y, a pesar de su nombre, sin lago, de Aurora, localizada a cinco kilómetros hacia el norte. En «Lago», como le llamaban los de la zona para darse ínfulas de modernos, aparentemente no había nada que hacer. Si Aurora era aburrida, Lago Negro era el infierno en la Tierra, el lugar donde nadie quería nacer y mucho menos quedarse, con sus calles de tierra embarradas por la lluvia en invierno y en verano agrietadas; sus campos sin verde y la miseria rural imparable, desparramada hacia el interior, estratégicamente escondida en poblaciones y campamentos provisorios, lejos del lago real y de las miradas cargadas de culpa de los turistas con sus motos de agua y *jet skis*. A pesar de su mala reputación, Lago Negro tenía algo que Aurora no: la casa de la señora Odette, el único prostíbulo de la provincia y el lugar donde había pasado la noche el abusador de la Silvana.

Aunque declaró ante Carabineros en Aurora y también en Rancagua, al final la denuncia de Silvana no llegó a nada porque no había

pruebas suficientes contra el acusado. Poco después me confesó entre lágrimas que en realidad ella conocía al tipo, porque no era la primera vez que la seguía. Hasta ese día siempre había sido bastante respetuoso y educado, caminaba detrás de ella desde la escuela al lago y después se esfumaba, como los otros.

Ahora estaba arrepentida y muerta de miedo. No sabía qué hacer porque su papá no podía enterarse de que conocía a su abusador. Desde que se había convertido en la chica popular de la D-200 y le iba bien con los chiquillos, don William la trataba con distancia, casi evitándola. La Silvana recordaba un tiempo lejano, casi inexistente a esas alturas, en que todavía sentía por su padre algo parecido a la admiración y el cariño, cuando lo acompañaba a pescar, se levantaban al alba y afuera todo estaba oscuro y a ella le daba pánico asomarse al lago porque se acordaba de *Martes 13. Parte 2*, que habíamos visto juntos a los once años, escondidos en la caseta de proyección del cine Plaza, mientras los adultos gritaban con las escenas de asesinatos y las viejas reclamaban que era una película inmoral.

—Ya soy mujer, por la cresta —se quejó la Silvana—. Me da rabia que mi papi siga tratándome como niña.

—Es tu papá, siempre te va a tratar así —le recordé.

—Si llega a cachar que conocía a ese desgraciado, se acrimina conmigo —suspiró, inquieta.

—No tiene porqué cachar nada, quédate tranquila. —Me acerqué y traté de calmarla—. Descansa un rato.

La miré a los ojos y le quité el mechón de pelo que caía sobre su frente. Tembló un poco, pero después de un instante se quedó quieta.

—Nunca vas a estar sola, Silvana —le prometí, sin dejar de hacerle cariño—. Yo siempre voy a estar a tu lado.

—Rorro, no me digas esas cosas... —Se conmovió—. ¿Por qué tienes que ser así, tan tierno?

—Pero a cambio tienes que jurarme que va a ser sin mentiras.

No le gustó mucho que le pusiera condiciones a la promesa, pero al final logré obligarla a transar.

—Te lo juro. —Me tomó la mano y la puso sobre su pecho, sin disimular lo conmovida que estaba, porque entre nosotros no hacía falta esa estupidez de ocultar los sentimientos—. Nunca te voy a

mentir, Rodrigo.

Se acercó y me abrazó con fuerza. Tenía olor a jabón y eucaliptus.

—Dime una cosa. ¿Por qué no pueden ser todos los hombres como tú?

Me reí. Pasó un segundo y pensé que estar tan cerca de ella me hacía bien.

—No te muevas —me ordenó—. Quedémonos así un chiquitito.

Obedecí sin hacer preguntas. La Silvana respiró hondo, cerró los ojos y me hizo cariño en el pelo. Sentí su pulso, su respiración, sus manos temblorosas sujetándome la nuca. También sentí las puntas de sus pechos presionando con suavidad mi antebrazo, lo que sirvió de excusa para imaginarme de inmediato todo lo que vino después: que nos besábamos, que se desnudaba, que me dejaba tocarla, que me sacaba la ropa, que me hacía sexo oral hasta que estaba a punto de acabar y que después caíamos en su cama, ella montada sobre mí moviendo los muslos y el pelo al mismo tiempo y yo jadeando, sin parar ni dejar de mirarla.

—Yo te quiero —susurró.

La vergüenza me subió por todo el cuerpo. Me puse rojo. Traté de disimular los nervios, la culpa y lo que me estaba pasando entre las piernas, pero todos mis intentos resultaron inútiles, porque la Silvana me conocía demasiado y ya se había dado cuenta por el sudor en mi cara y la manera cómo me cubría, muerto de pudor. Entre nosotros ya no quedaban secretos y eso era una gran desventaja.

La Silvana se acercó con suavidad y me besó en la boca. No era la primera vez. Desde niños nos besábamos para jugar al doctor o a las telenovelas, siempre como una travesura, pero esto era distinto. Para empezar, este beso no formaba parte de ningún juego. No estábamos haciendo una escena del guion de *Los títeres* ni de *Los ricos también lloran*, tampoco éramos los protagonistas de *¿Te acuerdas de anoche?, Clase* o *Admiradora secreta.* Por primera vez éramos nosotros, Rodrigo y Silvana, fundidos en un primer beso adulto, muertos de deseo y calentura, sin poder controlarnos.

En lugar de complicar nuestra amistad, de provocar incomodidades mutuas o silencios a los que no sabíamos cómo reaccionar, ese simple beso adolescente selló para siempre nuestro amor como si fuera un

pacto. Aunque a ella le molestaba el término, nos transformamos en amigos (íntimos) con ventaja. Nos contábamos todo lo que hacíamos, las peleas que teníamos con nuestras familias, los sueños que guardábamos debajo de la almohada, las ideas que queríamos o creíamos defender, los planes a futuro.

—Tenemos que irnos de este pueblo de mierda, Rorro —me pedía la Silvana casi todos los días—. Tenemos que escapar de Aurora.

Yo la escuchaba y me reía.

—Hay que arrancar antes de que sea demasiado tarde y nos quedemos aquí para siempre —amenazaba, preocupada—. Si no vamos a terminar como la señora Lavinia.

Nos reíamos por un buen rato hasta que de nuevo se ponía seria.

—¿Y a dónde te quieres ir?

—A Santiago, ¿dónde más?

—Estái loca. ¿De qué vamos a vivir en Santiago?

—No sé, pero tenemos que juntar plata.

Pensé un momento en cómo hacer dinero fácil y rápido.

—Podemos empezar haciendo el cortometraje que yo tenía pensado —se me ocurrió.

Grabamos *Terror y deseo en el lago Aurora* en mi casa, con la Silvana de protagonista. También actuaba Julita, una amiga suya de la época en que trabajaba de garzona en el restaurante Loyola. Julita tenía el pelo rubio teñido tipo Marilyn Monroe, era un par de años mayor que nosotros y bastante más lanzada a la vida. Igual salvaba como actriz, era bastante más concentrada que la Silvana, se parecía un poco a Nancy Allen en *Carrie*. *Extraño presentimiento*.

La Silvana escribió pedazos del guion en un cuaderno de matemáticas que nunca había usado. No le costó nada aprenderse los parlamentos, que en realidad eran malas copias de los diálogos de algunas películas que habíamos visto en video, como *Grease Brillantina*, *Se busca novio, El bebé de Rosemary*, *Un muchacho como todos* y *El amor de un ídolo*. La Julia salió más dura de cabeza que la Silvana, porque no sabía leer muy bien. Decía «sexta» en lugar de «secta»; nunca pudo decir «oxígeno», así que tuve que cambiar la palabra por «aire». Tampoco le salía «autómata», decía «automáta» y yo creo que con la Silvana estaban borrachas o voladas porque todo el tiempo se burlaban

de mis indicaciones.

A mí en ese tiempo no me gustaban la marihuana ni el trago. Mi papi decía que a mi hermana Pamela la droga la había llevado por el mal camino y que los cuetes eran los culpables de su mal carácter y sus amistades con jipis y comunistas que, era sabido, nunca terminaban en nada bueno. Yo no creía que fuera cierto, ni siquiera pensaba que mi hermana tuviera mal carácter, al contrario, la Pamela era mi orgullo, lo más grande, la mujer que más admiración me despertaba porque era inteligente, simpática, culta, tenía sentido del humor y además se sabía de memoria las letras de todas las canciones del disco *Black Celebration*, de Depeche Mode. Hacía un año que la Pamela ya no vivía con nosotros porque, según ella, mi papi la había exiliado.

No me gustaba que la Silvana fumara marihuana, porque se ponía cargosa. En lugar de quedarse piola, como mi hermana y sus amigos cuando se volaban, se ponía agresiva, le gustaba molestar a los demás, especialmente a la señora Ninfa.

Después de la grabación nos pusimos a ordenar el patio porque mi mami, mi abuela y la Chola ya se estaban paseando con la cara larga. A ninguna de las tres le gustaba que la Silvana se quedara hasta tarde, porque se oscurecía y tenía que volver sola al camping, o bien yo tenía que acompañarla y devolverme solo. En realidad, lo que las tres mujeres de mi familia querían evitar era que la Silvana y yo nos quedáramos solos.

Mientras cruzábamos la plaza de Aurora, rumbo al camping, le aclaré que si no se tomaba en serio el personaje del cortometraje mejor me buscaba otra actriz. La Silvana se quedó tiesa y me agarró la mano con fuerza hasta enterrarme las uñas en la palma. Esa fue la primera vez que la vi así, frenética, con los ojos abiertos, la boca chueca y el mentón temblando de rabia, como si estuviera a punto de reventar. Me dijo que era un ordinario, rasca y mal hablado, y que no tenía ningún interés en actuar en películas de mierda y su amiga Julita tampoco. Ya no eran cabras chicas y tenían cosas más importantes que hacer, como conseguir novios o maridos. Todo esto fue hace tiempo, mucho antes de la tragedia, cuando Julita todavía vivía en el pueblo y con la Silvana se encerraban en las cabañas del camping a tomar grapa con

Bilz, escuchar rock latino y probarse la ropa que Julita se robaba en los Almacenes París.

Yo amo a la Silvana con todo mi corazón, pero a veces me asusta. En especial cuando se pone ladrona o cuando me miente y yo me doy cuenta y no sé qué hacer, o cuando trata de impresionar a los hombres haciéndose la paltona, la santiaguina, la viajada, la artista o la que se las sabe todas. Entonces me dan ganas de agarrarla de las mechas y entregársela a la señora Ninfa y a don William para que la lleven al doctor. Mi mamá dice que la Silvana tiene una enfermedad que se llama fiebre uterina y que algunas mujeres la sufren desde adolescentes. Mi papi le tiene estrictamente prohibido a mi mami hablar del asunto porque le tienen mucho cariño a los Maldonado y esos no son problemas para conversar a la ligera, pero, aunque nadie quiera tocar el tema, eso es lo que comentan las viejas pérfidas de Aurora cuando van a la peluquería, lo mismo fantasean sus maridos si ven a la Silvana trabajando en el restaurante Loyola o atendiendo el kiosco del camping. Aunque ahora vengan más turistas y tengamos más recursos y comercio, Aurora sigue siendo un pueblo chico lleno de huasos arribistas y viejas mojigatas.

Como dice la Pamela: un pueblo de mierda nunca deja de ser un pueblo de mierda.

* * *

Todo, lo bueno y lo malo, empezó cuando a mi papi lo ascendieron en el trabajo. Yo estaba en primero medio cuando lo nombraron gerente de operaciones en la Papelera donde se había desempeñado desde los veinte años. De un viernes a un lunes pasó de ser un empleado cualquiera del departamento de contabilidad a tener cincuenta personas a su cargo.

—Cincuenta familias —insistía.

Su sueldo se triplicó. Las deudas fueron lo primero que resolvió, más por insistencia de mi mamá que por responsabilidad propia. Después empezaron los lujos. Pequeños, al principio. Se compró un Subaru del año (1984). Le regaló un abrigo de coipo a mi mamá. Pintó de blanco invierno la pieza de mis tatas, le cambió el piso, que ya estaba carcomido por las termitas y la humedad, y además renovó los

muebles de la casa. Nos fuimos todos juntos a Mendoza para la Semana Santa y mi papi se negó a invitar a la Pamela porque se había prometido a sí mismo no volver a dirigirle la palabra hasta que le pidiera perdón por faltarle el respeto. Aunque a veces le dolía la ausencia de su hija mayor, mi mamá, siempre sumisa, le encontraba la razón a mi papá. Decía que la Pamelita se lo había buscado, por insolente, atrevida y comunista. Lo comunista era lo que más les preocupaba.

En Mendoza lo pasamos bien. Mi mamá estaba muy orgullosa de la nueva posición de mi papá y no se cansaba de repetirle lo feliz que se sentía de haberse convertido por fin en señora de gerente.

Cuando volvimos a Aurora, mi papá empezó a cambiar. Según mis tatas, tanto éxito profesional lo estaba mareando y se había empezado a botar a «palo grueso»; o sea, se creía de alcurnia solo por ganar más plata. Bastante más, en realidad. Mi mamá no lo criticaba, por el contrario, compartía con él cada uno de sus sueños y no podía más de orgullo con todo lo que había logrado en la Papelera. No le gustaba que mis tatas lo tiraran para abajo, y esa diferencia de criterio era el motivo de las constantes peleas a la hora de almuerzo. A mi abuela le gustaba recordarle que, pesos más o menos, seguíamos siendo pobres. La palabra «pobres» enfurecía instantáneamente a mi papá. Era como si le recordaran una antigua enfermedad que todos padecíamos y de la que por suerte ya nos habíamos recuperado. Mi mamá suspiraba sin disimular su rabia, al principio le rogaba a mi abuela que no fuera amargada, que disfrutara, que tenía que sentirse orgullosa de su hijo en lugar de mirarlo en menos. Que la gracia en la vida era superarse y ser cada día mejores.

—Tú también vienes de abajo, Amelia —le gustaba enrostrarle mi abuela—. No te llenes tanto la boca porque eres igual de muerta de hambre que nosotros, nomás, otra cosa es que te hagas la fina.

Mi mamá interrumpía una discusión que nunca llegaba a convertirse en pelea. Servía el postre con los dientes apretados para no estallar de rabia mientras mi papá y mi tata zanjaban el asunto recalcando la única verdad que les parecía irrefutable:

—Un hombre siempre tiene la obligación de darle lo mejor a su familia —argumentaba mi papá, dando por cerrado el episodio—. Si

eso cuesta plata, entonces hay que invertir, apechugar, endeudarse o lo que sea. Pero la familia siempre es lo principal.

En mi caso, considerando que había demostrado mis capacidades desde el primer año de escuela, el principal objetivo de mi papá era dejarme el legado imborrable de una buena educación.

Por eso, después de varios meses de cuestionamientos y reflexiones, un día Marcelo Duarte decidió que yo, su único hijo varón y el gran crédito de la familia, no iba a cursar los tres años que me faltaban de la educación media en la escuela municipal D-200 de Aurora, donde había estudiado siempre, sino en Santiago, en un colegio privado que le habían recomendado sus nuevos compañeros de la Papelera, los otros gerentes. Mis tatas nunca estuvieron de acuerdo con el cambio porque en la D-200 ya tenía mis amigos, mi mundo y mi método de estudio, con el que había logrado obtener las mejores calificaciones de mi curso, casi todos los diplomas y la admiración de mis profesores. Mi mamá, como siempre, apoyó a mi padre, y aunque sospechaba que quizás se estaba equivocando al tomar una decisión tan a la rápida, se quedó callada. Ambos coincidían en que el nuevo colegio caro era mucho más que un gasto, era una inversión a un plazo no tan largo. Gastar en mi educación era como meter la plata al banco: tarde o temprano iba a rendir con intereses. De eso a nadie le cabía duda.

El tema de mi futuro educacional estalló como una bomba en un almuerzo de domingo, durante una sobremesa donde hubo llantos, amenazas, resentimientos cruzados y guardados durante años, y la gran promesa de que a partir de ese momento todo iba a cambiar para la familia.

—Usted no se meta, suegra —llegó a decirle mi mamá a mi abuela en medio de la discusión—. Para bien o para mal, usted no tiene vela en este entierro. Nadie sabe mejor que Marcelo y yo lo que es bueno para nuestro hijo, ¿no cree usted?

A mi papá se le ocurrió la mala idea de defender a mi mamá, lo que terminó de enfurecer a mi abuela, porque no estaba acostumbrada a perder. Nunca la había visto así. Mi tata no quiso tomar partido por nadie, decisión típica suya y que mi mamá aplaudió con gusto. La Chola fue la única que defendió a mi abuela, más por miedo a futuras represalias domésticas que por otra cosa. Ante su intervención, mi

mamá le pidió con amabilidad que por favor se quedara callada, ya que mi educación era un tema familiar y ella no era parte de la familia, era solo la empleada. Del llanto y las recriminaciones mutuas pasamos a lo que mi hermana Pamela llama con sabiduría «los sentimientos cochinos»: la Chola con lágrimas en los ojos, ofendida hasta la muerte por las palabras de mi mamá; y mi mamá gritando que se le había acabado la paciencia, que yo era su hijo y no quería que nadie más se metiera a opinar sobre mi futuro.

Así, en medio de una exagerada división familiar, caí de cabeza en el colegio Andalucía de la comuna de Las Condes, en Santiago, recién terminando una pubertad tardía, repleto de dudas que no me dejaban dormir y proyectos en los que invertía casi todo mi tiempo libre, con la ilusión nerviosa de la nueva etapa que estaba comenzando.

La noche antes del primer día de clases, mi papá cerró con llave la puerta de mi pieza y me habló una vez más del desafío de estudiar en la capital, de lo importante que era estar atento, con los ojos bien abiertos para aprovechar las oportunidades que se presentaban. En Santiago cualquier ocasión servía para hacer contactos.

—Y de eso se trata el éxito, Rorro —aclaró, convencido—. De los contactos que haces a lo largo de tu vida. No hay más recetas para salir adelante.

Después me habló de las tentaciones que iban a aparecer en el camino. Tenía que ser maduro y examinar mi alrededor con desconfianza y astucia. Cuidado con el trago, el juego, las drogas y la promiscuidad, «porque me harían perder el tiempo y en el mundo real el tiempo cuesta plata», me aconsejó. También me habló de las mujeres y de cómo un hombre inteligente debe aprender a separar las calenturas de la realidad.

Me quedé observándolo por un segundo y luego agaché la cabeza. Ya adivinaba cuál sería el próximo tema y en mi mente me negaba a responder.

—¿Cuál es tu relación con la Silvana?

Me apuré en responder:

—Somos amigos. ¿Por qué?

—Hace tiempo que la gente anda hablando. Tú sabes cómo son en este pueblo —me recordó, como si hiciera falta—. Eres joven, tienes

buena pinta y es normal que te quieras encamar con la Silvana, que es muy linda, o con otras niñas de por aquí. Ése no es el problema.

—No, papá, no es así, está equivocado —le expliqué antes de que siguiera—. Yo no ando pensando en esas leseras.

—Tranquilo, hombre, si no es pecado. Para eso están las mujeres, para hacerlas felices. —Me miró, emocionado por el gran paso que estaba dando—. Lo terrible sería que te quisieras encamar con chiquillos, ahí sí que te mato, cabro de mierda.

Se rio a carcajadas de su propio chiste mientras yo terminaba de preparar la mochila para el primer día en el nuevo colegio.

—Pásalo bien, Rodrigo —me recomendó—. Pero, por favor, por lo que más quieras, aprovecha los talentos que Dios te dio y no se te ocurra cagarte la vida por nada del mundo, hijo. No quiero nietos, al menos no todavía. Y con la Silvana ni se te ocurra hacerme abuelo, eso sí que no. ¿Está claro?

Dejé la mochila y me quedé observándolo sin saber qué decir o cómo responder a su solicitud.

—Que me perdone el compadre Willy, pero la Silvanita es muy poca cosa para ti. Además, está demasiado recorrida para ser tan cabrita —concluyó, sin dejar espacio para la duda—. Tienes que mirar siempre para arriba, nunca para abajo, sobre todo ahora que vas a estudiar en la capital y que te vas a relacionar con otra clase de personas. Espérate nomás, ya te vas a dar cuenta, a mí me pasó lo mismo en la Papelera, ya te vas a acordar de mí.

—Yo quiero mucho a la Silvana, papá —le confesé, serio—. Y pase lo que pase entre nosotros, nunca la voy a mirar para abajo.

Los consejos de mi papá no me prepararon para el nuevo colegio y tampoco me calmaron la ansiedad. Al contrario, me hicieron sospechar que tal vez mis tatas tenían razón y mi papá había cambiado demasiado en poco tiempo.

—Los Maldonado son gente buena y sacrificada. Willy y la Ninfa son amigos de toda la vida y con tu mami les tenemos cariño, pero... —Se interrumpió a sí mismo porque no quería ofender a nadie y menos con una barbaridad—. Pero si tienes que fijarte en una niña para algo serio, que no sea la Silvana.

—Papá, córtela, ¿quiere? —Me molestó su insistencia—. Con la

Silvana no pasa nada, le digo.

—¿Nada de nada? —Me interrogó, abruptamente preocupado—. Pero si se ven todos los días. ¿Me vas a decir que ni siquiera un besito se han dado?

Lo miré, callado. No quería mentirle porque no se lo merecía. Ante mi silencio, su entrecejo se relajó un poco y una sonrisa maliciosa apareció lentamente en sus labios.

—Yo sabía —declaró, triunfante— ¡Sabía que andaban en algo! No te preocupes, que no le voy a contar nada a tu mami porque ahí sí que arde Troya, tú sabes cómo se pone. ¿Ya te encamaste con ella?

—No, papá —le aseguré, negando con la cabeza y las manos, como si de mis movimientos dependiera si me creyera o no—. No pasa nada.

Marcelo Duarte encendió un Chesterfield y fumó en silencio, reflexivo, preparando un sermón comprometido e iluminador del que no pudiera olvidarme nunca más. Inhaló con ansia el humo del cigarro y se quedó mirándome con cierto orgullo que no era capaz de explicar.

—Sabes cómo irte cortado afuera de la niña, ¿verdad?

—¡Papá! ¿Cómo se le ocurre preguntarme algo así?

—Si yo no te hablo de estos temas, entonces ¿quién?

—Nadie, no necesito que nadie me explique nada, no se preocupe, gracias.

Cerré la mochila, enojado y rojo de vergüenza. Repasé en mi cabeza lo que había guardado y pensé en lo que podía faltarme en mi primer día. Mi papá volvió a la carga.

—Estudia, trabaja, gana plata, viaja, conoce mujeres, pero nunca te olvides de la lección, hijo.

—¿Otra más?

—El que elige, pierde.

Me besó en la mejilla, cariñoso.

—Ni una palabra a tu mami de esta conversación. Y cualquier duda, aquí estoy.

* * *

Al comienzo me costó mucho hacerme amigos en el nuevo colegio. El Andalucía era muy diferente a la D-200 de Aurora. En segundo año medio las reglas de convivencia ya estaban establecidas con claridad

entre los compañeros. Todo lo nuevo, extraño y desconocido era motivo de inmediata desconfianza.

Con algunas escasas excepciones, la mayoría de mis compañeros se conocían desde niños. Por amistades o parentescos entre sus familias; por las calles de Santiago Oriente donde vivían o los balnearios donde pasaban los veranos bajo el sol; por los negocios que alguna vez habían hecho sus padres o por esos otros colegios tradicionales y católicos donde habían estudiado sus antepasados, pero por desgracia ellos no. Entre los alumnos del colegio Andalucía siempre existía un lazo, algo que los unía.

Yo, en cambio, era distinto a los demás. Era un extraterrestre, un ser venido de otra galaxia insospechada y exótica llamada «la provincia» donde no había discotecas ni Pollo Stop, un forastero que viajaba a diario noventa minutos en el bus interprovincial con el único y cuestionable objetivo de recibir una educación privada para entrar a una buena universidad. Todos me miraban como bicho raro y un peligro en potencia.

En mi primer día la única que me habló fue Valentina Cervantes.

Le preguntó si estaba perdido, si necesitaba algo, cuál era su nombre, de dónde venía y si conocía a alguien en el colegio Andalucía.

—Gracias —le respondió Rodrigo Duarte con la mirada fija en sus ojos con un discreto delineado para la ocasión. Era un detalle especial para el primer día de clase, un pequeño acto de rebeldía que Valentina Cervantes esperaba que nadie notara.

Pero él se dio cuenta.

No quería espantarlo. A veces, lo sabía, tenía la mala costumbre de hablar demasiado. No lo hacía para molestar al interlocutor, sino al contrario, por agradar. Le gustaba caer bien, no podía evitarlo, era feliz ganándose la confianza de los demás. Según ella, tenía esa curiosidad innata del reportero de calle, la materia prima de la profesión que tan temprano había escogido y que, estaba segura, en un futuro próximo la haría brillar en las salas de redacción de diarios y revistas. Hacer preguntas o entablar conversaciones con desconocidos eran aptitudes que, sin lugar a duda, había heredado de su madre, Laura Paz Leighton, su heroína, ángel de la guarda y modelo de conducta, una periodista de investigación y guerrilla mejor conocida como «La mujer relámpago». En ese momento su mamá ya no estaba, pero Valentina trataba de recordarla en todo lo que escribía.

Esa mañana fría de marzo de 1985, Vale se había acercado a Duarte simplemente porque estaba obligada, era su compromiso con la comunidad del colegio Andalucía. ¿Quién mejor que la presidenta del Centro de Alumnos para recibir al recién llegado?

—Me llamo Rodrigo Duarte —le dijo con tono formal, estirando la mano—. Voy al segundo A.

—Es mi curso, vamos a ser compañeros —le informó ella, amable—. Soy Valentina, bienvenido. ¿Te muestro la sala?

El desconocido le sonrió, agradecido, y algo en esa primera sonrisa despertó en ella una confianza casi inmediata. Alguien con esa sonrisa no podía ser malo.

Caminaron por el patio mientras los alumnos de cursos inferiores

corrían para llegar a sus salas antes del sonido de la campana. Valentina examinó su reloj pulsera, todavía quedaban cinco minutos para ingresar. El nuevo se puso nervioso por la hora y ese detalle a ella le agradó. No quería llegar tarde en su primer día, era normal que quisiera dar una buena impresión.

—No te preocupes —lo calmó—. Todavía no van a tocar la campana.

A primera vista, a Valentina le pareció que Rodrigo era un joven amable y bien educado, tan distinto a sus compañeros de curso. Su mente quiso evitar nombres o rostros, pero no pudo evitar pensar en Axel Schumacher jadeando y en sus manos grandes deslizándose sin permiso por sus piernas demasiado flacas; recordó al Lobo burlándose de la Helia Parraguez hasta hacerla llorar porque algunos meses su mamá no tenía cómo pagar el colegio y porque todos los días la sacaban de clase; y pensó en el mismo Axel Schumacher hablando con orgullo de las *camboyanas* que había emborrachado el fin de semana en la Gelateria Barufino, un mes después de haberle robado a ella su primer beso con lengua. Podía equivocarse o estar todavía demasiado herida por los malos tratos de Axel, pero esa mañana se convenció de que Rodrigo Duarte no era así.

El nuevo era especial.

Mientras caminaban por las dependencias del colegio, Valentina no dejó de hablarle. Rodrigo no la interrumpió en ningún momento, parecía fascinado con la bienvenida. Con absoluta dedicación ella le indicó dónde estaban los baños, las canchas de fútbol, la capilla y la sala multiuso. Él le contó que en su escuela anterior no tenían esas comodidades y preguntó qué era una sala multiuso. Vale le contó que era una especie de teatro donde se hacían encuentros deportivos o festivales de música, otras veces se montaban obras o se proyectaban películas.

—¿Qué películas? —preguntó él, con los ojos abiertos, y muy interesado.

—Vimos *Juan Salvador Gaviota* —recordó Valentina—. Y hace poco exhibieron un documental para la clase de Religión.

—¿Cuál?

—*Droga, viaje sin regreso*. Así se llamaba, era terrible, tuve pesadillas

como una semana.

Valentina se rio de su propio chiste.

—Y el año pasado —continuó—, si mal no recuerdo, míster Cummings, el profesor de inglés, nos hizo ver *Carros de fuego*.

Rodrigo ya no parecía tan entusiasmado.

—¿Te gustó? —le preguntó, y Valentina estuvo a punto de decir que sí, que la había encontrado emocionante y tan real, que se merecía todos los premios Oscar que le habían dado porque era una película importante y memorable, pero sin saber por qué la inundó una extraña necesidad de enfrentar al desconocido con la verdad.

—Me quedé dormida —confesó.

El alumno nuevo lanzó una carcajada y la siguió por el pasillo que daba a las oficinas del colegio. Preguntó por la biblioteca y Valentina no pudo evitar sentirse un poco orgullosa porque era uno de sus grandes logros como presidenta. Con una sonrisa le indicó el largo pasillo subterráneo que llegaba al edificio de la biblioteca. Al verla desde lejos Rodrigo sonrió. A ella le gustó que manifestara tanto interés por los libros y cuando le contó que la lectura era uno de sus grandes placeres se preguntó seriamente de dónde había salido semejante fenómeno de la naturaleza y por qué había aterrizado en el colegio Andalucía. No era común encontrarse con un tipo de quince años («cumplo dieciséis en dos meses») que conociera la obra de María Luisa Bombal, que hubiera leído *Cien años de soledad*, o que de verdad se maravillara con los clásicos cinematográficos de Alfred Hitchcock. Él le confesó que su película favorita de la historia del cine era *Vértigo* y en ese momento Valentina concluyó que el nuevo no se parecía ni a Axel ni a Lobo ni a ninguno de sus compañeros ni tampoco a nadie de su edad ni de ninguna otra edad porque Rodrigo Duarte era único.

Rodrigo Duarte no se parecía a nadie.

Mientras hablaba con él y le mostraba el que sería su único mundo conocido por los siguientes tres años, se quedó paralizada al divisar a Axel y Lobo vigilándola desde el balcón del segundo piso. El nuevo se dio cuenta. Cuando le preguntó qué le pasaba, fingió que no podía escucharlo por culpa del bullicio de las ocho de la mañana. Siguió caminando sin mirarlo. Pensó que lo más conveniente era no exponerlo a los monstruos. Todavía. No podía garantizar que no le

harían daño.

—¿Cuál es tu ramo favorito? —le preguntó él, tratando de continuar la conversación que ella ya había dado por terminada.

No supo qué responder. Era una buena pregunta, sin duda, porque podía contestar desde varios puntos de vista. Eso la frustró profundamente, porque sabía que la situación no se prestaba para elucubrar una respuesta digna. No quería pasar por tonta y menos por maleducada. Miró a Rodrigo Duarte a los ojos, él le sonrió y en ese momento pensó que todo lo demás podía esperar: la primera clase, las miradas libidinosas de Axel y Lobo desde el balcón, las preguntas impertinentes de la Mellafe, su miedo a todo, sus notas correctas, aunque no extraordinarias, según las palabras exactas de su padre, sus deseos reprimidos y que desde hacía un tiempo le costaba tanto contener. Quería responder la pregunta del nuevo porque había mucho que decir al respecto.

Tenía predilección por el área humanista, de eso estaba segura, aunque hacía poco había descubierto un misterio en ella, una verdad que no había vislumbrado siquiera y que la hacía quedarse hasta tarde leyendo el voluminoso *Biología*, de Kimball. Quería hablarle al nuevo de todo eso, quería contarle de su corazón dividido entre la poesía de Gabriela Mistral, la belleza de la historia del arte y esa maravillosa estupefacción al sentir que podía aprender un idioma y comunicarse con los demás, pero también quería confesar su obsesión por las mitocondrias, la osmosis, los organismos microscópicos, la vida imparable que existe en la materia. Por un segundo le pareció que el recién llegado le transmitía una extraña sensación de libertad, algo que jamás había experimentado. En lugar de disfrutarla, a Valentina esa libertad le pareció peligrosa.

—Inglés —respondió escueta. Era mejor no correr riesgos. Tenía que escapar—. Nos vemos.

Valentina le dedicó una sonrisa a modo de despedida y salió corriendo hacia la sala. Desde el segundo piso Axel y Lobo ya habían pasado de las risas a los gestos obscenos de la cintura para abajo y ella no estaba dispuesta a tolerar esas conductas, los dos lo sabían muy bien. Odiaba (en realidad, se sulfuraba) cuando sus compañeros varones se ponían vulgares. No tenía nada contra el sexo, pero había

límites y cada cierto tiempo esos dos se encargaban de transgredirlos y de agotar su paciencia. Axel era el peor. Además de burlarse de su autoridad como presidenta del Centro de Alumnos le gustaba provocarla. No importaba cuántas inasistencias o anotaciones negativas tuviera en la hoja de vida, cuántas peleas con resultado de suspensión y castigo, cuántos reclamos de compañeros a los que había humillado o golpeado hasta dejar sangrando... Axel sabía que ella siempre iba a protegerlo porque juraba que estaba enamorada de él.

Y no era así.

Axel se equivocaba. Valentina no estaba enamorada, era solo un capricho.

Ahora tocaban dos largas horas de Historia de Chile con el señor Rivera y no podía perderse nada si tenía alguna intención de aprender y estudiar periodismo en la Universidad Católica, como su madre. Necesitaba terminar de leer la bibliografía de la asignatura y la angustiaba pensar que había dos libros que tenían lista de espera en la biblioteca. No quería tener que utilizar su poder, pero si la lista no avanzaba no se le ocurría otra solución.

El nuevo se quedó en el patio, mirándola, y no es que ella se haya volteado para verlo ni que alguien se lo haya contado, pero estaba segura de haber sentido «el peso de su mirada» en su cuerpo. Así se lo contó a su mejor amiga una hora más tarde, en la clase de Historia de Chile, adormecida por la falta de sueño, el frío y el sonsonete gangoso del señor Rivera.

—Sentí que me miraba, te juro.

—Vale, qué asco. Tiene una pinta de roto que te la encargo.

—No hables así. No lo conocemos.

—¿Está becado? Porque si no, no me explico cómo entró.

Valentina estaba enfrascada una vez más en una conversación a media voz, una de esas charlas clandestinas e interminables que a diario tenía con la Mellafe.

Podían decirse muchas cosas de ella: que era mentirosa, interesada y pinochetista hasta la muerte; que torturaba a todos los que osaban no rendirle pleitesía; que podía comportarse como una bestia clasista por la educación que había recibido. Sarita Mellafe podía tener mil defectos, pero una sola gran virtud y por eso era su mejor amiga: era

fiel como un perro guardián. Nadie la cuidaba tanto.

Ni Axel, que le juraba al oído que era la mujer de su vida y que después del colegio iba a ser su novia.

—Te juro que ya no sé qué hacer —se lamentó Sarita, a susurros—. El Lobo se pone tan cargante que a veces me persigo y creo que me va a patear porque no tenemos relaciones.

—Pero ¿tienen ganas de hacerlo? —le preguntó Valentina.

—O sea, ¿qué crees tú? —la increpó Sarita, a la defensiva—. Obvio que yo tengo ganas, es mi novio, es lo único que quiero.

Mabel Cruz levantó la cabeza para callarlas con un «shhh» desde el otro lado de la sala. Sarita se puso alerta, estiró el cuello para estudiar a conciencia lo que veía a su alrededor y la paralizó con una mueca de asco y desprecio profundo, una de esas miradas asesinas que solo dedicaba a ciertas personas que tenían la mala suerte de caer en su lista negra.

—¿Qué se cree la Iguana para venir a hacernos callar? —se preguntó, furiosa porque hasta hacía muy poco la gente como Mabel «La Iguana» Cruz no se atrevía a meterse con la gente como Sarita Mellafe.

Valentina le sonrió a Mabel tratando de parecer amable, como pidiendo disculpas por la conducta de su amiga, pero ella la ignoró por completo, como de manera inexplicable hacía siempre.

—No le digas así.

—Así se llama.

—Se llama Mabel.

—No se llama Mabel, se llama Iguana. Todo el mundo le dice Iguana, ¿qué culpa tengo yo? —Sarita se reclinó en la silla sin perder de vista a Mabel, cuyo intempestivo «shhh» se le había atragantado y no iba a salir de ahí hasta que no hiciera algo al respecto.

Valentina conocía a su amiga con una exactitud que la enervaba, y con todo el cariño que le tenía, sabía que era mejor no pelearse con ella y menos intentar ridiculizarla en público.

—¿En qué estábamos? —se preguntó Sarita, sin dejar de vigilar a Mabel—. Se me atravesó esta guatona.

—En que quieres acostarte con Lobo y no sabes qué hacer —le recordó Valentina—. Deja de meterte con la Mabel.

—Sí, poh, galla, eso. Tampoco soy de fierro. —Dejó el lápiz con el que había estado dibujando ojos femeninos de enormes pestañas, corazones de todos los tamaños imaginables y unas flores monstruosas, y luego se quedó petrificada mirando hacia el fondo de la sala—. Y el Lobo, míralo... ¿Sí o no que está cada día más minérrimo?

Valentina miró al Lobo, sentado junto a Axel, los dos con anteojos oscuros, vegetando. No se habían despegado en toda la mañana el uno del otro y era inevitable que eso la pusiera nerviosa. Observó a sus compañeros y vio que con disimulo Axel se ajustaba los testículos por encima del pantalón gris del uniforme. Sus miradas se cruzaron por un instante. Valentina se puso nerviosa, su rostro se enrojeció, Sarita se quedó mirándola, extrañada y dudosa, porque no era normal que de un momento a otro se pusiera como un tomate y empezara a temblar.

Axel siguió riendo sin apartar la mano de la entrepierna, consciente de lo que estaba provocando.

—Señorita Cervantes, ¿tiene algún problema? —le preguntó el señor Rivera.

El curso entero giró hacia la presidenta del Centro de Alumnos.

—¿Valentina? —insistió el profesor.

Todos sus compañeros esperaban una respuesta, incluyendo a Sarita, sentada a su lado.

¿Tenía algún problema?

¿Tenía algo que declarar o confesar?

Se preguntó si las miradas del curso valían la pena, si trabajar tanto por el bienestar de los holgazanes de sus compañeros tenía alguna recompensa o si solo lo hacía por llamar la atención y para que la adoraran, como a veces la acusaban Sarita o Axel.

Rodrigo Duarte levantó la cabeza y la observó atentamente desde su rincón en la sala.

—No, profesor —dijo Valentina, reaccionando—. Disculpe.

Valentina respiró para tratar de calmarse. Axel soltó sus testículos y le guiñó un ojo. A ella le pareció que se le acababa el aire.

El señor Rivera movió la cabeza, enojado, y continuó con la clase. Valentina volvió a mirar a Sarita con discreción.

—¿Por qué quieres llegar virgen al matrimonio? —le preguntó cuando se le habían pasado los nervios por el regaño de Rivera.

—Porque sí —sentenció, convencida—. A la larga es lo mínimo que le puedes regalar a tu marido.

—Y tú estás dispuesta a hacerle ese regalo a Lobo.

—Obvio, poh, hueona —insistió, segura, mirando el reloj y contando los minutos que faltaban para el primer recreo—. ¿Por qué crees que llevamos tres años? Porque hemos sabido esperar.

—Es que no entiendo por qué no lo hacen, si los dos tienen ganas.

Sarita Mellafe cerró el cuaderno, miró de nuevo la hora y se preparó para salir, ignorándola. Valentina notó su molestia.

—No te enojes, es una pregunta, nada más —le explicó—. Por algo me estás contando, para que te diga lo que opino, ¿o no?

—Es que me revienta cuando te pones así, en serio no te soporto, galla —le aclaró Sarita—. No me hagas sentir mojigata ni puritana, soy una galla centrada, decente, nada más, y algún día me gustaría ser una buena esposa y tener una linda familia. ¿Qué tiene de malo eso?

—Vas a cumplir dieciséis, Mellafe.

—¿Y qué importa, galla?

—Que estás con Lobo desde los trece.

—Por eso, si me caso con él tengo que hacer un sacrificio y no andar por ahí mosquéandome con otros tipos. Me muero del asco, además.

—Es que no entiendo. ¿Por qué todo tiene que ser un sacrificio?

—Eres insoportable, Vale —la acusó, enojada—. ¡Porque es tu marido! ¡Por eso tiene que ser un sacrificio!

—Mellafe, ¿de verdad crees que el Lobo nunca se ha metido con nadie?

Valentina se arrepintió de lo que decía mientras las palabras iban saliendo de su boca, inexorables, disipándose en el aire viciado de la sala de clases como si fueran a perderse para siempre sobre las cabezas de los alumnos. Pero no fue así. De inmediato Valentina se dio cuenta del daño que estaban haciendo esas palabras, pero no supo cómo acallarlas ni mucho menos cómo aliviar el dolor que estaban provocando en su única amiga de verdad, la única en la que podía confiar. Escogió el camino más fácil e inmediato.

—Perdón.

—Eres súper hiriente —la acusó Sarita con los ojos húmedos por la rabia, furiosa, aunque tratando de disimular el llanto que estaba a

punto de remecerla—. Te haces la hueona, la ingenua, la que no mata una mosca, pero cuando quieres eres terrible, Valentina. Eres mala de verdad.

Sarita se levantó con la mano en alto y pidió permiso para ir al baño. Valentina quiso acompañarla, pero el señor Rivera les exigió que fueran de a una. Axel y Lobo se rieron. Valentina agachó la cabeza y vio que Rodrigo Duarte estaba sentado en la primera fila y la miraba fijo y con preocupación. Como si no fuera nuevo. Como si la conociera desde siempre.

SARITA MELLAFE

Aprovechó que su mamá y su hermano habían ido al supermercado y se encerró en el baño. Encendió un cigarro y fumando con compulsión abrió el cuaderno de Hello Kitty. Lo había guardado en el bolsillo especial de su mochila para que nadie lo encontrara. No pensaba mostrárselo a nadie. Nunca. Ni a Valentina.

Aspiró con fuerza su cigarro y sin exhalar el humo se concentró en todas las cosas buenas y malas que le habían pasado en sus primeros diecisiete años de vida.

* * *

Jueves 9 de julio de 1987.
Las Condes, Santiago, Chile

En la sala hace un frío asqueroso.

Lobo dice que me quejo todo el día, si no es por una cosa es por otra, pero no puedo con tanta miseria a mi alrededor. O sea, por favor, este frío es de pobre y se supone que no somos pobres, somos de clase media-alta. O sea, igual bien.

En el colegio todos estamos agripados por la falta de calefacción y mi Lobo precioso a punto de echarse Historia de Chile por esa pelea tan ridícula que tuvo con el ordaca de Rivera.

¡*Qué vergüenza este colegio infame,* LO ODIO!

Con la excepción de la miss Marta, que es una dama, todos los profes que tenemos son unos rotos resentidos, amargados y metidos a gente. No me extrañaría que la chulonga de Física, la Natacha Bórquez, fuera comunista. Igual de repente en clase se manda comentarios políticos desubicados que nada que ver (y que la Vale aplaude porque se las da de izquierdista) y el papá, que lo adoro y que sabe mucho de política, dice que en estos tiempos los comunachos andan en todas partes, fondeados como ratas, sobre todo en los colegios privados como el Andalucía, tratando de lavarle el cerebro a la gente joven, curiosa e ingenua, como yo.

Con Lobo estamos bien, aunque no espectacular. Me revienta que sea tan peleador, se agarra por todo, y eso me da plancha, me deja en vergüenza delante de los demás. Y yo, que soy tan tranquilita y bien portada, ja, ja, ja.

Axel, siempre un bombón y con esa personalidad misteriosa que agarró desde que volvió de Europa, dice que no hay que ir a clases en invierno y yo le hallo toda la razón. A veces lo amo un poco, no puedo mentir, pero me hago la soberana estúpida porque no necesito más dramas de teleserie en mi vida.

O sea, olvídalo, Sarita M.

Borra esos malos pensamientos de tu cabeza.

* * *

Viernes 17 de julio de 1987

A Axel y el Lobo no les costó nada convencerme. Como ya es un clásico de los viernes, nos pusimos de acuerdo para escapar temprano de la cárcel.

Fue todo un show*, porque no es fácil hacer la chancha en el colegio Andalucía. La chancha, así le dice Lobo a la cimarra y yo lo encuentro feroz de ordinario, pero se me pegó y ¿qué le vamos a hacer? Es lógico e inevitable que si estoy hace tantos años con Lobo, me apicante un poco.*

En la clase del viejo degenerado del Vitoco Sanhueza me hice la enferma a morir. O sea, ¿quién es Lupita Ferrer? Me juro la Jaël Unger en La última cruz*, que está fomeee y no avanza nada. Al depravado del Vitoco le solté la típica, que me dolían los ovarios, que me iba a llegar la regla en cualquier minuto y que me estaba muriendo de miedo. El profe se puso histérico y me dio permiso para ir al baño así que desaparecí sin problemas. Cuando iba saliendo, radiante, le di una mirada cómplice a Lobo y Axel, pero me tupí entera porque me encontré de sopetón con la cara de ahueonao de Duarteee, babeando de desesperación para que alguien lo pesque, retorciéndose por tener amigos, y me di el gusto de hacerle un desprecio porque me carga, me revienta, no lo soporto ni lo soportaré nunca. Lo juro.*

O sea, ¿cómo podría explicarlo?

El huaso Duarte representa todo lo que está mal en este país, por eso me patea el hígado, porque a la gente humilde y sencilla yo la respeto, pero

Duarte es solo un roto arribista, patudo y metido a gente. Todos sabemos que se muere por la Vale y eso me enerva. ¿Qué se ha imaginado? Que alguien me explique, porque no entiendo. ¿Cómo es posible que un huaso feo, asomado, mamerto a morir y sin personalidad piense que la Vale lo va a tomar en cuenta? Y después más encima se atreven a decir que los nerds tienen baja autoestima. Qué patudez.

Axel y el Lobo se pelearon. O sea, simularon una pelea a combos para que los mandaran a inspectoría, y les salió regio. Nos juntamos los tres en el patio de la Virgen, al final del colegio, y esperamos horas a que apareciera la latera de la Vale, aterrada, buscando excusas para no sumarse a la fuga que llevábamos toda la semana planificando. Al final saltamos la pandereta de atrás, la que se está cayendo, qué colegio más rasca, por favor, con lo que cobran de mensualidad estos sinvergüenzas. Lobo me tomó en brazos para que Axel no me viera los calzones, se pone enfermo de celoso y eso, lejos de molestarme, me fascina. Me hace sentir estupenda, no lo niego porque yo no miento. Me carga mentir. O sea, ¿qué tiene de malo que tu pololo sufra un poco por tu amigo estupendo, regio, con calugas y podrido en plata? ¿Qué me importa a mí que sean mejores amigos? Yo no soy de nadie todavía.

Nos fuimos en la Saveiro de Axel al pre donde está inscrita la Vale, el Pedro Taquilla, que a esa hora siempre está repleto de gente conocida.

Lo bueno es que había varios gallos del Verbo Divino que conocía de Santo Domingo, del verano pasado.

Lo malo es que andaba un grupo de piojentas de las Teresianas que no soporto. Las típicas artesas, jipientas, con el pelo sin lavar.

Cuando Lobo me vio mirando a los «verbitas» me cachó al vuelo y empezó a tirar la mala onda: que me ponía suelta con los gallos del Verbo, que con esas miradas de calentura le faltaba el respeto y que estaba comprobado que los hueones del Verbo eran todos fletos y que se metían entre ellos. Sin alterarme ni levantar la voz, cosa que me cuesta horrores cuando se trata de defender a los «verbitas», le expliqué que en el verano con la Vale habíamos conocido en Santo Domingo a Panchito Portales, Francisco, y su primo Juan Eduardo Portales, el Juane Portales, los dos súper gente, para nada desubicados ni mucho menos fletos, como dice él, o sea, al contrario, súper respetuosos y caballeros los dos. Pero el Lobo dale con la misma mala onda que le viene cuando se pone celoso y se da cuenta

de que no me tiene comiendo de su mano, y que tampoco me puede controlar como si fuera de su propiedad, ahora también furia con la Vale por aplaudirme cuando trato de hacerme la chora para llamar la atención. Axel trata de meterse en la discusión, pero el Lobo sigue enrabiado, nos manda a todos a la mierda y dice que no me soporta cuando me pongo así. «¿Así cómo?», le pregunto yo, y como que más se enoja y me encanta, porque odia a los «verbitas», que son todos regios.

Mientras Lobo arma su escándalo pienso en mis opciones y tomo una decisión con rapidez: ni muerta. O sea, no voy a hacer el loco peleando en el patio del Pedro Taquilla, justo al mediodía, para que todos los minos del Verbo y las rotas mugrientas de las Teresianas terminen hablando pestes de mí.

Nos cambiamos de ropa en el baño. La Vale me apura. Chao uniforme y venga mini de mezclilla, la que me queda más ajustada, porque con la que me regalaron los papás para la Pascua parezco del Divina Pastora y eso sí que no. Antes muerta que del Divina Pastora.

Fuimos a dar vueltas en auto por Providencia, pero el Lobo ya me había amargado la tarde con sus comentarios envidiosos. La Vale iba adelante aburriendo mortalmente a Axel con una de sus anécdotas familiares, algo sobre un viaje a Europa que hicieron sus abuelos paternos cuando ella era cabra chica y los recuerdos que le habían traído del Palacio de Buckingham o algo así. Pobre Axel, pienso, qué plancha, me mato lo latera. En el asiento trasero, Lobo se quedó mirándome y me tomó la mano en plan reconciliación. No le creí nada, pero al ratito se me pasó el enojo, por suerte, y terminamos los cuatro como siempre, felices de la vida tomando helados en el Drugstore y comprando discos en Fusión. Lobo me regaló el casete de Belinda Carlisle, que llevaba meses agotado, regia ella, me encanta, mientras Axel buscaba un long play para la Vale. Nos pusimos aún más felices cuando me acordé de que nos estábamos saltando la feroz prueba coeficiente dos de inglés y que yo, para variar, no cachaba nada.

* * *

Jueves 23 de julio de 1987

Mi vieja está cada día más gorda, vulgar y menopáusica y me molesta todo el día porque dice que el inglés es el idioma para hacer negocios y yo no la

pesco. No sé quién le dijo a esta señora que yo pretendo hacer negocios alguna vez en mi vida. ¿De dónde sacó que voy a trabajar? No pienso trabajarle un peso a nadie, quiero que el Lobo me mantenga. Obvio.

Lobo dice que lo mejor que puedo hacer es dejar que el papá y la mamá digan lo que quieran, que opinen, chillen y pataleen, después siempre hago lo que se me da la regalada gana. Así lo hace él con su mamá, que es como su abuela, y su abuela, que es tan requetecontra vieja que es como si fuera su tatarabuela, o su chozna (esa palabra la aprendí el otro día en castellano con la señora Mackenna, que se pasó la clase entera mirándole las pechugas a la Vale).

Recién hace tres meses Lobo se dignó a presentarme a su familia y fue todo un caos. Primero descubrí que la mamá y la abuela son un par de brujas dispuestas a todo para hacerme la vida imposible, y después me encuentro con que la veterana administra una fuente de soda siniestra en el primer piso de su casa, Donde Diva, un boliche de La Reina con olor a humedad y cebolla en escabeche, con especialidad en churrascos de vacuno y lomitos de chancho. Sin comentarios. Así me quedé yo. Peinada para atrás con la noticia.

Aunque el pobre trató de disimular, yo sé que a Lobo le dio vergüenza porque me conoce bien y sabía perfecto cuál iba a ser mi opinión del negocito *familiar. O sea, yo sé que uno no debería decir estas cosas, porque hay que ser buen cristiano y agradecido y misericordioso y la lesera, pero el local es en verdad repugnante. Manteles de plástico y menú con «té y empanada» por 200 pesos jajajajajajajaja* JAJAJAJAJAJAJAJAJAJAJAJA*. Juro que no sabía si reírme a gritos, cortarme las venas delante de las viejas y las hermanas, o ponerme a llorar.*

Cuando la conocí, mi suegra me miró de pies a cabeza y por un buen rato se negó a dirigirme la palabra. Divita, Tábata y Josette, las hermanas, cuál de las tres más lunática, al tiro me arrinconaron con preguntas y yo lo encontré un gesto enfermo de desubicado. La mayor tenía como cuarenta y la menor, veintiuno, pero era como si las tres fueran de la misma edad. No pararon con el interrogatorio. Que desde cuándo estaba con Álvaro, si mi familia ya lo conocía, que dónde vivía y con quién, y hasta me preguntaron si nos íbamos a casar cuando saliéramos del colegio. Yo les dije que sí, ¿por qué no?, esa era la idea. Lobo se puso rojo, me tomó de la mano y en ese momento me sentí fenomenal. Diva, la madre, y Leora, la abuela, se

quedaron de pie con sus tazas de té, sin dejar de mirarme.

«Tú debes ser la famosa Sara», me dijo la abuela Leora, y al tiro le corregí porque mi nombre es Sarita. Le expliqué que así aparecía en mi carnet de identidad.

«Bueno, es casi lo mismo», insistió la veterana y yo no me podía quedar callada.

«Es como si yo le dijera Leona», le contesté sin pensar en las consecuencias porque la vieja ya se me había cruzado, «es casi lo mismo, pero no es su nombre».

La madre me miró con desprecio. Vieja de mierda, cara de sapo, y después siguió mandoneando de lo lindo a sus pobres hijas traumatizadas mientras yo respiraba hondo sin soltarle la mano a Lobo, tratando de entender por qué no me había presentado antes, por qué no me había contado de la fuente de soda y asumiendo el futuro terrible que se me venía encima. Lo primero que vi fue a mí misma con delantal cruzando el comedor de Donde Diva con una bandeja de churrascos.

Me da pena Lobo. Cada vez que me acuerdo de su familia me desenamoro un poco más de él.

Duele, pero esa es la triste realidad.

* * *

Viernes 31 de julio de 1987

Me carga el invierno, pero con los amigos todo se hace más fácil. Vivan mis amigos. Sobre todo, si tienen casa con piscina temperada.

Ojalá que la mamá de Axel no vuelva nunca más de Miami.

Noticia mala: por culpa de los imbéciles de los egresados de 1986 no vamos a tener viaje de estudios.

Noticia buena: la Vale también está más gorda que en el verano.

* * *

Sarita se sintió humillada. Pensó que esa sensación de impotencia tan desagradable y a la que no estaba para nada acostumbrada era lo que en las noticias llamaban «injusticia». No entendía por qué el Cuarto A de 1987 tenía que responder por el desastre que habían dejado los

alumnos del cuarto B de 1986 en Bariloche. Aunque todos los del curso reclamaron, sin excepción, incluyendo a las antipáticas de la Iguana Cruz y la Hernia Parraguez, y a pesar de que Valentina incluso logró organizar una reunión a puerta cerrada con el mismísimo cura Tagle, el rector, a la hora de las negociaciones no tuvieron suerte.

Nadie los tomó en cuenta. El sacerdote se limitó a contarle a Valentina de nuevo la vergonzosa historia de los egresados del año anterior, quienes luego de emborracharse en una discoteca llamada Cerebro, habían terminado en una riña a tres bandas con prostitutas, sus clientes y representantes.

Sarita pensaba que el fracaso en la reunión con el padre Tagle era por culpa de Valentina y su absoluta falta de personalidad a la hora de defender los derechos de los estudiantes, que era justo su tarea como presidenta del Centro de Alumnos. Sabía que esto último sonaba peligrosamente izquierdista y no le importaba parecerlo, aunque no le gustaría que la oyera su padre.

Sarita adoraba a Vale, pero la mayor parte del tiempo sentía que aún era demasiado inmadura y que sus complejos casi siempre terminaban traicionándola. Aunque admiraba su inteligencia y su enorme capacidad de trabajo —todo eso era indudable— le costaba entender cómo sus compañeros podían haberla elegido presidenta, no solo del curso, sino del Centro de Alumnos, que era un tremendo cargo, y menos comprendía la inexplicable y enfermiza atracción que desde su nombramiento despertaba entre los varones del Andalucía, e incluso de otros colegios católicos de la zona Oriente de la ciudad. Sarita sabía (le constaba) que muchos hombres preguntaban por ella. Se enteraban de que ella y Valentina eran amigas y sin pudor alguno mandaban recados con los conocidos. Hasta a su hermano, el Palalo, le habían preguntado por ella en una vigilia del colegio San Ignacio.

—Del San Ignacio están preguntando por ti —le había contado Sarita a Valentina una mañana, aún impresionada después de la conversación con su hermano.

Valentina se había quedado absorta mirándola, sin sorpresa y menos curiosidad, que era lo que más sacaba de quicio a Sarita sobre su mejor amiga. Su total y absoluta falta de curiosidad le parecía de verdad imperdonable.

—Vale, ¿me estái escuchando, galla? —le insistió—. Al Palalo le preguntaron por ti en el San Ignacio.

De nuevo, el silencio. Ni una sola reacción en su rostro. Ni una sonrisa o un gesto de enojo. Nada.

—El de El Bosque, no el del centro, obvio —precisó, evitando cualquier error de interpretación porque definitivamente no era lo mismo un barrio que el otro.

Después de unos minutos, Valentina pareció despertar de una siesta y no le preguntó detalles.

—¿No me vas a preguntar quién preguntó por ti en el San Ignacio de El Bosque?

—No.

—¡Valentina!

—¿Para qué? No conozco a nadie en ese colegio.

—Es que eres atroz de pava. No te entiendo.

—No tienes para qué insultarme.

—Pava no es un insulto, amiga, es tu realidad. Mejor asúmela y así no perdemos el tiempo.

Valentina no era fea, aunque tenía un rostro demasiado redondo para el gusto de Sarita, a quien le fascinaban esas bellezas antiguas, así como ella o como su madre cuando era más joven y delgada; rasgos más finos y delicados que los de Valentina. El problema, pensaba Sarita y en un par de ocasiones lo había comentado con su madre, era que detrás de esa nariz pronunciada y los ojos profundos, casi aterradores, no estaba la mujer que uno esperaba encontrar: una mujer de personalidad fuerte, decidida y audaz; una guerrera con temple de hierro, dueña de sus actos, errores y decisiones. Valentina era todo lo contrario y sus miedos a veces hacían que Sarita Mellafe perdiera todo rastro de paciencia, en especial cuando se trataba de hombres y sexo.

No podía negarlo, a veces Valentina era una estupenda consejera porque sabía escuchar y prestaba verdadero interés a las historias ajenas, algo que a Sarita le costaba demasiado. A diferencia de tantas amigas inútiles que había tenido desde niña, Vale siempre se comprometía con los dramas del otro. Sin embargo, a pesar de reconocer este inusual talento, Sarita sabía que debía asimilar todas sus recomendaciones con prudente distancia porque, además de la

terrible muerte de su madre, que por supuesto todos los amigos lamentaban mucho, Valentina había vivido poco. Casi no tenía experiencia con el sexo masculino, jamás un novio o un amigo cercano porque su padre la había educado bajo una campana de cristal donde todo estaba diseñado pensando en el futuro: lo que estudiaría, dónde trabajaría y hasta la universidad donde pensaba perfeccionarse en el extranjero. Valentina casi no tenía amigos, no salía a citas con hombres y a Sarita le asustaba que a sus casi dieciocho años siguiera comportándose como una niña en todo lo referente al sexo. El periodista Rafael Cervantes, su padre, director del diario *El Águila*, solo la había entrenado para una cosa: el éxito profesional. Todo lo demás había sido postergado para otro momento, abandonado en un extraño suspenso. Sarita pensaba que ese detalle demostraba la verdadera naturaleza de su amiga, una muy diferente a la suya y a la de Lobo, y en especial, opuesta a la de Axel. Si eran tan distintos, ¿por qué los cuatro seguían siendo tan amigos?, se preguntaba cada vez con más frecuencia.

A pesar de las diferencias, todos querían mucho a Valentina. Empezando por Axel, que la amaba en secreto. Así le había confesado a Sarita el último verano en Santo Domingo, en medio de una terrible borrachera. Cuando Sarita recordaba la situación llegaba a estremecerse de la rabia. No le gustaba acordarse de esa noche y menos oír de nuevo la voz ebria de Axel alabando la dulzura de «La flaca» (¿desde cuándo la llamaba así?), su piel suave y lechosa, o lo extraordinaria y brillante, sensible y madura que era para su edad.

Era inútil tratar de olvidar, pensaba Sarita en los momentos tristes. Las palabras de Axel se le habían quedado grabadas en la cabeza como una manera fácil y precisa de martirizarse en el caso de que lo necesitara. Era la solución perfecta que se le había ocurrido para alejar eficazmente todos esos pensamientos, los más oscuros; la única forma que había encontrado para matar cualquier posibilidad romántica con su idolatrado Axel Schumacher.

—Me tiene loco, ya no doy más. —Sarita se dio cuenta de que la declaración alcoholizada de Axel estaba lejos de terminar—. Yo sé que la Valentina es la mujer de mi vida. Sé que la encontré y me la voy a jugar por ella con todo.

Sarita guardó silencio y disimuló su estado de ánimo. No le dio consejos ni le dijo lo que tenía que hacer, tampoco lo consoló. Solo esperó a que hiciera efecto la mezcla letal de ron, pisco y whisky que había consumido hasta que se quedó dormido en una reposera junto a la piscina.

Una semana más tarde, Valentina le contó a Sarita que Axel se le había declarado.

Al mes siguiente, llegó un lunes describiendo en detalle cómo habían ido al cine a ver una película malísima de Kim Basinger, *Nadine. Un amor a prueba de balas*, y Axel no le había soltado la mano en toda la función.

—Nunca pensé que iba a llegar a decir esto, Mellafe, pero... —Valentina se detuvo un momento, conmocionada y feliz—. Parece que me gusta Axel.

En algún momento tenía que suceder, pensó Sarita mientras escuchaba a Valentina abriendo su corazón mientras le contaba en detalle cómo había descubierto sus verdaderos sentimientos hacia él. Era obvio que se iba a fijar en ella, se convenció a sí misma durante la confesión. Algún día iba a dejar de burlarse de sus patas flacas y su gigantesca cabeza, de sus preguntas nerds y esa cara de urraca parlanchina que ponía cuando estaba concentrada haciendo una prueba.

Ese día había llegado. Axel había dejado atrás las bromas crueles para empezar con las fantasías, las mismas que tenían los demás tipos que se enamoraban de Valentina. En varias ocasiones Sarita había escuchado con asombro lo que les excitaba de su amiga: eran los ojos y la sonrisa, aunque también la fragilidad de su cuerpo delgadísimo y su personalidad dulce y aparentemente noble, aunque Sarita sabía que era solo un disfraz, su carácter amable y natural, sin excesos de de ninguna clase, pero lo que más les gustaba a los tipos era su inteligencia. No sabía en qué minuto exacto sus patas flacas de dibujo animado se habían convertido en piernas largas y deseadas por todos; tampoco tenía claro a qué se refería exactamente Axel cuando admiraba su piel *lechosita*, pero solo oír la palabra le daba arcadas.

En esos días de conquista, Sarita escuchó estoicamente y por separado las confesiones de cada uno mientras la relación entre Axel y

Valentina iba avanzando. Aunque por antigüedad y cariño siempre estuvo más cerca de Axel, no quiso dar consejos o involucrarse demasiado porque así lo habían acordado con Lobo para evitarse problemas posteriores. Lo otro, dictar cátedra, entrometerse y opinar a Sarita le parecía una soberana ordinariez.

Cuando Axel le contó a Lobo que con Valentina se habían besado por primera vez, a la salida del cine Las Condes, después de ver *El imperio del sol*, de Spielberg, y que Vale había llorado de principio a fin con la carita de pena del niño protagonista, sin querer Sarita alcanzó a escuchar la confesión y salió corriendo de la sala de clases, se encerró en una caseta del baño y vomitó todo lo que había comido al almuerzo, que no era mucho. No apareció a la hora de Religión con la hermana Noemí y aunque algunos compañeros se preguntaron por ella, la atención del curso estaba puesta en la nueva y controvertida pareja protagónica, la conformada por la flamante presidenta del Centro de Alumnos y el estudiante de peor conducta en la historia del colegio Andalucía.

Ahora la presidenta está de pie frente al Cuarto A tratando de apaciguar los ánimos. Como el resto de sus compañeros, Sarita Mellafe está indignada por el injusto destino que el curso debe sortear. Todos gritan al mismo tiempo, menos ella y las mutantes, la Iguana Cruz y la Hernia Parraguez, que hablan entre ellas en voz baja. Sarita quiere asesinarlos a todos.

—¡No nos podemos quedar de brazos cruzados! —vocifera Axel, azuzando a los demás—. No nos pueden dejar sin viaje de estudios, es el colmo.

—Toda la razón —se queja Sarita—. ¿Qué culpa tenemos nosotros de lo que hizo la generación 86?

—Axel, Sarita, en serio, en buena onda, basta de discusiones —los detiene Valentina, ligeramente molesta—. Ya no hay nada más que pelear, el rector me explicó que no podemos hacer el viaje de estudios porque él mismo los prohibió el año pasado, así de simple. Solo tendremos la fiesta de graduación.

—Te amo —le grita él desde el fondo de la sala.

Axel sonríe y besa el aire, seductor, y ella se queda petrificada ante sus compañeros. El Cuarto A reacciona con un «oooh» extendido y

burlón que en realidad, piensa Sarita mientras observa el espectáculo, no le hace daño a nadie más que a ella. Es la única víctima afectada por la declaración de amor de Axel, y aunque trata de disimular ante los demás, sin explicación la molestia se va acumulando, en pocos segundos se convierte en rabia y Sarita teme, en realidad le da terror, que pueda llegar a notarse. Es un sentimiento nocivo y desagradable que la ahoga, le hace daño, la envenena, no la deja pensar en otra cosa que no sea la sonrisa de Axel Schumacher mientras dice «Te amo» a una mujer que no es ella. Más que quedarse sin el viaje a Bariloche la perturba no entenderse a sí misma ni lo que está pasando en su interior.

Ahora todo el curso sabe que Axel ama a Valentina porque se lo dijo en público.

Sarita no entiende por qué le hierve la sangre si Axel es tierno con Vale, o si se refiere a ella con cariño ni tampoco por qué en secreto ella sería feliz si la historia de amor no resultara, si todo quedara en un intento patético de aventura y tuviera un final trágico y feroz, como el que seguramente va a tener *La última cruz* cuando termine, si termina algún día.

Esos pensamientos.

Los malos pensamientos.

Mientras sus compañeros siguen gritando, Sarita reflexiona acerca de su situación, quieta en su banco en la tercera fila. La discusión entre sus compañeros continúa y ella no participa. La culpa la aturde cada vez que mira a Axel en su faceta de caudillo luchador por el derecho a un viaje de estudios y una fiesta de graduación dignas, hasta que de pronto su mirada queda congelada en el espacio del segundo banco junto a la ventana. El puesto del huaso Duarte.

Como siempre, se fija, Duarte está apoyado contra la pared, sentado de lado vigilando desde la distancia a Vale con sus ojos chicos y negros y esa cara de calentón tierno que tanto le repugna. Entre otras cosas, Sarita piensa que necesita hablar urgente y en privado con Axel para interrogarlo. Se pregunta si sospecha la relación que tiene Valentina con el huaso Duarte.

En los últimos meses Valentina le ha hablado maravillas de Axel, de las películas que ven en el cine Las Condes todos los domingos en el

vermut; de las veces, contadas con los dedos de una mano, que han ido juntos a bailar, a la Neo o a la Eve porque a Axel lo dejan entrar gratis; o de hasta dónde ha permitido que la toque cuando se quedan solos y él la aprieta contra su pelvis hasta que ella siente la dureza, su dureza, contra el vientre. Sarita escucha con ansiedad cada detalle y está segura: Valentina siempre habla de Axel, nunca de Duarte. Una angustia súbita le recorre el pecho al sospechar que después de años de amistad y de haber planificado la próxima década juntas, su única amiga le está ocultando información importante.

Lobo pensaba que eran solo ideas maniáticas suyas, como casi siempre. A veces Valentina tenía reacciones que a la gente podían parecerles raras o fuera de lo común; todo por lo que había sufrido con la muerte tan repentina de su madre («no se murió, la mataron», le recordaba a Sarita, aunque nadie sabía bien por qué) y los conflictos que tenía con el viejo antipático de su padre.

Sarita sabía que Valentina la había abandonado por culpa de Rodrigo Duarte.

Ese roto.

Duarte la odiaba. Desde el primer día, la odiaba. Se lo había contado la misma Vale en uno de esos viernes de confesiones que a veces pasaban juntas. Cuando se lo dijo, en segundo medio, después de estudiar hasta tarde para una prueba horrible de Historia de Chile, Sarita había fingido que no le importaba, aunque por dentro estaba ardiendo.

¿Qué se creía *ese roto*?

Al lunes siguiente, en el colegio, se encargó de humillarlo a vista y paciencia de los terceros y cuartos medios cuando se lo encontró en el casino. Lo molestó por huaso y por lo lejos que quedaba su casa; por el plato gigantesco de porotos con riendas que se estaba zampando; por la cara de imbécil que le ponía a Valentina pensando que le coqueteaba y por lo patético que se veía considerándola siquiera como una posibilidad romántica.

—La Valentina está a años luz de ti, roto de mierda. ¿Qué te has imaginado?

Duarte quedó llorando. O, al menos, al borde de las lágrimas. Fue un gesto cruel, Sarita no tiene problemas en admitirlo. Pero se lo merecía.

A esa hora, una y cuarto de la tarde, el casino está repleto de hambrientos alumnos de los últimos cursos devorando almuerzos a la rápida antes del bloque de estudios donde se preparan para la Prueba de Aptitud Académica. Las burlas de Sarita hacia Rodrigo Duarte provocaron las risas histéricas de todos los presentes, incluyendo la selección completa de *baby* fútbol que a esa hora estaba almorzando. Era sabido que la chica Mellafe (Sarita odiaba con toda su alma, si es que la tenía, que la llamaran así) era tan graciosa como destructiva. Después de esa tarde en el casino todo el colegio Andalucía se enteró de que a Duarte le gustaban los porotos con riendas, que sufría de meteorismo durante las horas de estudio y que ilusamente soñaba con ser el novio de la presidenta del Centro de Alumnos.

¿Por qué la odiaba tanto Rodrigo Duarte?

Aunque se suponía que el asunto le resbalaba, Sarita se había pasado los últimos tres años del colegio tratando de dilucidar el enigma, sin éxito. Es imposible caerle bien a todo el mundo, por eso ahora estaba convencida de que el huaso Duarte la odiaba solo porque era la mejor amiga de Valentina, su gran amor platónico y una meta que el pobrecito provinciano mediocre y ridículo jamás iba a alcanzar porque el mundo, el destino y ella misma se iban a encargar de impedirlo como fuera.

Por muy incivilizado, huaso o sin mundo que pareciera Rodrigo Duarte —que lo era, de eso no había duda alguna, era cosa de mirarlo a las ocho y cuarto cada mañana—, Sarita tenía que reconocer que aprendía rápido. Con el esfuerzo y la dedicación de una hormiga se había ganado un espacio importante en la vida de Valentina. Todo por culpa de Axel, que le había dado ventaja.

—Si en lugar de pasarse los fines de semana persiguiendo *chanecas* en la Gelatería Barufino se hubiera concentrado en la Valentina, nada de esto estaría pasando —se quejó Sarita con Lobo, preocupada por el futuro de la relación entre sus amigos, pero era como hablarle a una muralla porque su novio defendía sin condiciones a Axel, en las buenas y en las malas. Era leal como un esclavo y discreto como un muerto, especialmente cuando se trataba de recordar las eternas noches de juerga en la Gelatería Barufino.

El recuerdo de ese lugar la remeció por dentro.

Aunque nunca había puesto un pie ahí, Sarita sabía perfectamente lo que hacían los hombres cuando iban.

En su casa, Lobo se acercó para darle un beso de despedida, pero ella corrió la cara, molesta, y se encerró en el baño hasta que lo escuchó irse en el auto. Salió del baño, todavía enojada. Se tiró en la cama, encendió la tele y cerró los ojos. Por suerte estaba empezando *La última cruz*. A lo lejos escuchó a su papá y a su hermano hablando de fútbol. Pensó que le gustaría haber nacido hombre. Su mamá se asomó desde el pasillo y le preguntó si tenía hambre porque Gracia, la empleada, había preparado pastel de papas. Sin pasas ni aceitunas, como le gustaba a ella. Sarita no le respondió porque inmediatamente le dio asco y porque todavía tenía demasiada rabia acumulada como para pensar en comida. Desde niña soñando con su fiesta de graduación y el viaje de estudios y ahora todo le parecía mediocre, pobre y mal organizado. Y para coronar su frustración, la idea de Axel y Lobo en esa disco de la comuna de San Miguel, conociendo niñas fáciles para tener sexo a la rápida y sin compromiso.

Todo era una injusticia: el colegio, la fiesta de graduación, lo que pasaba en la Gelatería Barufino y las miradas de amor entre Axel y Valentina.

Su madre entró a su pieza sin que la invitaran y siguió con la clase de preguntas que la sacaban rápidamente de quicio.

—Sari, ¿ya decidieron dónde van a hacer la fiesta?

No respondió. Varias veces la había amenazado con no contestar cuando la llamara así.

—¿Y el viaje de fin de año?

Sarita la ignoró. Se quedó pegada en el televisor mirando el horrible vestido de Jaël Unger en *La última cruz*.

—¿Qué pasó, Sarita?

Por un segundo pensó que, si le contaba a su madre el drama del viaje de estudios, seguro la apoyaría, pero después de una rápida reflexión prefirió no decir nada. No tenía voz. Le pidió que se fuera, necesitaba estar sola.

—¿Te peleaste con Álvaro, linda?

—No, mamá, no me peleé con nadie. ¿Me puedes dejar sola, por favor?

Como siempre, su madre la entendió.

Sarita cerró los ojos y trató de dormir. Fue imposible porque en sus sueños se apareció una vez más la cara de Rodrigo Duarte y entonces pensó que el huaso la seguía a todas partes.

* * *

Lunes 28 de septiembre de 1987

Otro día perdido en este colegio de mierda.

Nunca le voy a perdonar al papá que me haya obligado a estudiar aquí. Yo debería estar egresando del Villa María, La Maisonnette, la Alianza Francesa, la Scuola Italiana o la Girouette, aunque muy de izquierda, o por último, en el peor de los casos, de las malditas Teresianas jipientas de Pedro de Valdivia, pero no de este rasquerío. Igual debo reconocer que me echaron de las Monjas Francesas en sexto, pero fue por problemas familiares y no voy a hablar de eso.

Como si la soberana ordinariez del viaje de egreso no fuera suficiente, después la Valentina se obsesiona con una discoteca última de picante para la fiesta de graduación, sin tomar en cuenta las recomendaciones que le hicimos con Axel de hacer algo elegante y de buen nivel, tipo PROM NIGHT gringo. No costaba nada. Era cosa de ponernos creativos y de saber cómo invertir bien la plata en algo lindo y taquilla, pero no, ahora resulta que la celebración va a ser en la discoteca Caledonia, de La Reina Alta, mejor conocida como «CALENTONIA», para que vayamos entendiendo el nivel. En serio no entiendo, me muero de pena, rabia y vergüenza, y estoy tan emputecida con la Vale que no sé cómo acercarme a ella y hablarle sin mandarla a la mierda, por hueona sin mundo, dominante y cabra chica. A Axel le pasa lo mismo, y peor para él, porque justo están saliendo en serio y la tiene que soportar igual. Pobrecito, lo entiendo tanto que se me parte el alma.

Esto no podría estar pasando en un peor momento. Es que yo la mato.

Se entiende que Axel esté furia porque, igual que yo, tiene amigos en colegios decentes (San Benito, Apoquindo, Verbo) y obvio que el pobre se va a morir de plancha cuando esos mismos amigos le pregunten dónde va a ser su fiesta de graduación y él tenga que contestar todo avergonzado: «En la Calentonia». Feroz, lo compadezco. Con lo fijada que es la gente en esta

ciudad de mierda y con lo que le duelen esas cosas a AXELITO CORAZÓN*.*

No debería decirle AXELITO CORAZÓN*, por si algún día este diario cae en las manos equivocadas y alguien pilla esta onda teleserie de Arturo Moya Grau, pero filo.*

Qué lata tener un diario de vida si no vas a escribir nada heavy*.*

Lo que es yo no le pienso contar nada de la fiesta de graduación a la Fran Marangunic, que es la única amiga decente que me va quedando y que podría partirse de la risa si se llegara a enterar de la Caledonia, pero no, no le voy a dar ese placer.

* * *

Jueves 1 de octubre de 1987

Hoy por fin me atreví a preguntarle a la Vale por qué había decidido el lugar de la fiesta sin preguntarle a nadie y se puso toda histérica y tartamuda y bien hueona me mandó a hablar con el profe Rivera, que, según dijo, está a cargo de todo, que ella no tenía nada que ver con la discoteca Caledonia, que solo estaba ayudando y había sido para puros problemas. Qué mala soy.

Sin alterarme, cosa que me cuesta horrores, le expliqué que con Axel y Lobo estábamos súper agradecidos de su gestión como presidenta y toda la onda, pero, pucha, no es por nada, pero para todo hay límites y la Caledonia sí que no. Además, le expliqué, ella no debería estar a cargo de organizar una fiesta de graduación. Es como si a mí, que me carga comer, me mandaran a trabajar al casino, o a Axel a la biblioteca.

Mi comentario (porque fue eso, solo un comentario sin importancia que necesitaba compartir, porque por algo somos amigas hace tanto tiempo) le cayó como patada al hígado. Se le pusieron los ojos blancos y siguió tartamudeando sin parar como una estúpida. Demasiado nerd. Decía que con Axel y Lobo éramos un trío de pendejos malagradecidos, unos inútiles, que estábamos acostumbrados a vivir rodeados de empleadas domésticas (como si ella no tuviera en su casa a una vieja eterna atendiéndola como reina de lunes a domingo) y que no sabíamos dónde estábamos parados ni en qué país vivíamos. A mí me dieron ganas de cachetearla. Como si fuera tan fácil olvidarse de que estamos perdidos en Chile, en la maldita letrina del mundo. Al final juró que no solamente NO IBA A SEGUIR *organizando la*

fiesta de graduación, sino que NO PENSABA *IR, sin importar dónde decidiéramos hacerla. Tremendo* show. *Todo esto en el baño de mujeres, mientras la Iguana y la Hernia se reían a gritos encerradas en una caseta, las mutantes de mierda. Nos tenían rodeadas. Ahora seguro van a ir corriendo a contarle a todo el colegio que estábamos peleando y seguramente se van a colgar de nuestra reputación para cobrar sus quince minutos de fama antes de egresar de este infierno.*

Que se mueran los nerds.

Cuando pase esta pesadilla nunca más quiero volver a verles las caras a:

La Iguana Cruz. Mutante de extrema izquierda, cerda cochina, púdrete en el chiquero donde seguramente vives, hedionda a poto. Nunca te voy a perdonar la que me hiciste en segundo medio.

La Hernia Parraguez – Espárrago. Qué felicidad nunca más tener que aguantar tus preguntas idiotas en clase ni tu olor a ala en Educación Física, ni tus miradas calentonas en las duchas. Yo sé que te haces la mutante nerd que no entiende nada, pero te las sabes todas, te las sabes por libro, eres la peor y la más peligrosa. TORTILLERA SUCIA.

El Duarteee Cuma. O sea, sin comentarios. Tus roterías orgánicas me resbalan, me dan lo mismo. Ser sin importancia que tristemente se cruzó en mi vida. Te ignoro desde siempre.

La Guatona de los Mocos. No voy a gastar palabras en este engendro mutante porque nunca he hablado ni hablaré con ella. No la conozco, solo sé que me repugna y que lleva años tirándole los cortes a Lobo. Me da demasiado asco porque esas cosas antes no pasaban, antes los nerds no se mezclaban con la gente normal.

Los HombresN. Qué depresióN teNer que poNerlos en esta lista a estos pobres hueoNes iNexisteNtes. Espero que se quedeN eNcerrados en su maldita sala de computacióN y que encueNtreN sus huesos en cuareNta años más.

* * *

Viernes 2 de octubre de 1987

En la clase de Artes Plásticas la Vale ni me miró y eso que teníamos que terminar juntas un trabajo de artesanía en greda, me muero del asco. Inventó que tenía una reunión con el rector y le pidió permiso al profe para

faltar a la clase. Obvio que le dijeron que sí. Tuve que atinar yo sola con la asquerosidad de la greda, que es literalmente como tener caca humana en las manos, y más encima con lo que detesto la artesanía. Casi me muero. Estuve dos veces a punto de vomitar.

En la tarde, Axel trató de llamar a la Vale a su casa, pero tampoco le contestó el teléfono.

Al final me decidí y, muerta de nervios y curiosidad, partí a verla. No quería dejar pasar más tiempo. Me recibió como si nada. Me encerró en su pieza y yo aproveché que no estaba enojada para pedirle disculpas. Sabía que, considerando lo egocéntrica que es, ese gesto de mi parte era justo lo que estaba esperando y, claro, como ante todo soy una señorita, se lo concedí. Entonces me miró con cara de loca, revisó unos papeles y me contó que se había pasado la tarde pensando en una solución para el paseo de fin de curso.

Se le había ocurrido una idea genial.

* * *

Antes de escribir en su diario la idea genial que se le había ocurrido a Valentina, Sarita Mellafe se preguntó por qué seguían siendo amigas.

AXEL S.

—A Aurora —dice Valentina con orgullo, de pie frente a la clase, en la hora de Consejo de Curso—. Nos vamos a acampar al lago Aurora.

Axel Schumacher despierta de manera abrupta de su siesta matinal. Se había quedado aturdido bajo el sol de la mañana, tapado con su montgomery. Lobo le da una patada en señal de alerta y, cuando levanta la cabeza, la ve junto al pizarrón, radiante y perfecta, la exquisita presidenta de curso y del Centro de Alumnos discutiendo con los demás. Axel piensa que así quiere despertar todos los días que le quedan de vida, mirando a Valentina Cervantes.

—Rodrigo es de Aurora —continúa ella—. Él nos puede dar más detalles del pueblo.

Desde su guarida bajo el sol observa esa sonrisa tan inspirada que Valentina le dedica al huaso Duarte. De inmediato se enfurece y sabe que ya nada podrá hacerlo volver al buen humor de hace cinco minutos.

—¿Qué quieren saber de Aurora? —pregunta Duarte con su cara de imbécil, sonriendo y aprovechando al máximo la atención de los demás, la que nunca, en tres años en el colegio, ha tenido.

—No sé, cuéntanos algo —le pide Valentina y Axel se fija que sigue coqueteándole con descaro ante los ojos de todo el curso.

—Aprovecha para hacerle propaganda a tu pueblucho, Duarte, no seas malagradecido —interviene Sarita y Axel la ama.

Axel no puede evitar soltar una carcajada que es seguida con rapidez por otras.

—Eso, háblanos de tu pueblo, Rodrigo —le insiste, sumándose a Sarita con un tono de curiosidad burlona del que Duarte desconfía—. En buena, queremos saber más de Aurora antes del paseo. ¿Qué nos puedes contar, compadrito?

Le sonríe y trata de darle confianza. Solo él sabe cuánto aman los nerds ese momento tan raro y esquivo en que alguno de los *populares* —a Axel no le gusta el término ni tampoco que lo encasillen en este estereotipo porque siempre tiene una connotación negativa—, por no

decir *normales*, se acerca al nerd y por un momento lo hace sentir como si fuera un igual. Eso es justo lo que está tratando de hacer Axel ante los ojos de Valentina, tratando a Duarte como si fuera uno más. De verdad pretende que finalmente y después de tres años en el curso el huaso Duarte se abra y cuente un poco más de su vida.

—Aurora es bonito —dice, algo nervioso— en esta época, en el día hace calor, se puede aprovechar el lago. Hay muchos paseos a lugares increíbles. Eso sí, en la noche hace frío, así que no se olviden de llevar parka, abrigo, lo que tengan.

Los alumnos empiezan a comentar, entusiasmados con el panorama, rodeando a Rodrigo con más preguntas.

—¿Se puede pescar?

—¿Dónde vamos a dormir?

—¿Hay duchas?

—¿Qué hay que llevar para comer?

—¿Hay animales salvajes?

Axel vuelve a detenerse en Valentina y esta vez se fija en una mirada que intercambia con Duarte mientras todos los demás lo interrogan como si fuera un líder.

Su rabia crece. Lobo se da cuenta, porque al revés de lo que Sarita y todo el mundo cree, él no es imbécil, solo juega a hacerse el imbécil, que es algo muy distinto. Además, es su gran amigo, el único que le queda. Como lo conoce y sabe que le molesta, Lobo no le habla del tema.

—Gracias, Rodrigo. —Valentina le sonríe de nuevo al huaso Duarte y a Axel ya le parece insufrible.

Ya van dos sonrisas y una mirada que podría definirse como de complicidad, todo en menos de diez minutos.

—Por ahora tenemos cincuenta por ciento de descuento en el Camping Buenaventura, que es realmente precioso, se van a morir —les informa con entusiasmo Valentina a sus compañeros—. El transporte también está considerado en este valor.

Valentina suspira, nerviosa, y anota algunos datos esenciales en la pizarra. Axel intercambia una mirada de preocupación con Sarita y Lobo.

CAMPING BUENAVENTURA

AURORA, SEXTA REGIÓN
IDA: JUEVES 10 DE DICIEMBRE. 7.15 AM.
REGRESO: DOMINGO 13 DE DICIEMBRE. 21 HORAS
PAGO: $3.500

Axel observa, atento. Lobo levanta la mano.

—¿De Bariloche a Aurora? —pregunta, sin disimular su decepción —. ¿Tan mal estamos?

—Yo puse la misma cara cuando me enteré —le contesta Sarita masticando chicle.

—¿O sea que tú sabías de esto? —la enfrenta Lobo, indignado, aún sin creerlo—. ¿Por qué no me contaste?

Sarita se encoge de hombros. Axel se ríe porque le parece tierna la misión desesperada de Valentina por salvar el viaje de egreso y además porque sabe que se va a enfurecer y a fin de cuentas ese es su pasatiempo favorito: molestarla, perturbarla, moverle el piso, tratarla sin delicadezas ni consideraciones de ningún tipo, menos con los privilegios de hija única a los que está tan acostumbrada.

Valentina se queda mirándolo, aguantando una sonrisa. Axel piensa en hacer gala de su inabarcable reputación y perpetuar la leyenda Schumacher, la del mítico estudiante de personalidad turbulenta e imaginación vibrante que ninguno de sus compañeros jamás olvidará, y levantarse de improviso de su puesto. Gritar un insulto, humillar a un nerd, lanzar una silla por la ventana, quemar algo: ya todo está hecho. En sus doce años de educación, repartidos en seis colegios distintos de la zona oriente, los dos últimos pertenecientes a la categoría de «colegio de triunfadores», Axel Schumacher ha cometido todas las faltas posibles, incluso las más osadas, y solo se arrepiente de una que ha jurado nunca más recordar y menos confesarla.

El resto de sus experiencias como alumno maldito van desde el intento de incendio a la destrucción de un laboratorio de química, desde el consumo de alcohol en clase a la venta ocasional de marihuana.

Todo le da lo mismo. Al final siempre se salva porque la ley, sumada al dinero y el apellido de su difunto padre, están de su lado.

Todo le da lo mismo, menos eso: el secreto que nadie sabe de Axel Schumacher y que no está dispuesto a recordar por nada del mundo.

* * *

SCHUMACHER, EL REY DE CAMBOYA

Así está escrito en una de las sucias paredes del baño de hombres. Axel está seguro de que fue Helia Parraguez, la Espárrago. Los rayados siguen por un muro hasta las casetas del WC.

AXEL SCHUMACHER, HÉROE DE VIETNAM

A continuación, hay el dibujo de un pene y una vagina, además de números de teléfono, muchos insultos contra la Espárrago, la Mabel Cruz y algunos profesores, en especial Rivera.

La Espárrago lo odia porque ella lo mira como una sicópata desde el primer día de séptimo básico y él se da cuenta y ella se pone nerviosa y sufre, pero ¿cómo lo hace para entrar al baño de hombres y rayar la pared sin que nadie la vea? Para Axel, que ama las películas de James Bond porque son el único recuerdo que tiene de su padre, es algo imposible.

Axel Schumacher sabe cuándo las mujeres sufren por él, y eso le encanta. Aunque solo se trate de un Espárrago Mutante.

Duarte = huaso fleto

Sigue mirando las paredes del baño mientras termina su cigarrillo. Calcula las horas, le quedan cuatro para huir de la cárcel. No puede dejar de pensar en la Espárrago ni en la posibilidad de que todavía esté enamorada de él. Todo encaja a la perfección, como en el póker o en el guion de una buena película. Está claro: por eso lo odia tanto, por impotencia, rabia y frustración, por el resentimiento que siempre alimenta el alma de los mejores villanos. Porque la pobre nerd sabe que nunca va a tenerlo entre sus piernas flácidas. Axel es absolutamente inalcanzable para alguien como Helia Parraguez, la Espárrago, también conocida en el colegio Andalucía y sus alrededores como la Hernia Parraguez, la Mutante Mala, la Cigoto y la Aborto Espontáneo (ese se le ocurrió a Sarita).

Ahora se encuentra con una caricatura de un espárrago cabezón, con

traje de baño y anteojos de sol, tomando un Martini junto a una piscina.

La HERNIA de vacaciones

Axel es cruel con todo el mundo. No tiene excepciones ni favoritismos. Apenas se salvan sus amigos: Lobo y Sarita. Su blanco predilecto son los compañeros nuevos, las estudiantes con kilos de más o de menos, los hombres afeminados, enfermizos o malos para el deporte y los pobretones aspiracionales. Como el huaso Duarte, por ejemplo, que para su sorpresa cumple con todos los requisitos anteriores, con la excepción del sobrepeso. Desde su llegada al Andalucía, hace tres años, se ha convertido en su favorito. No tiene competencia.

A Helia la bautizó en octavo básico como Hernia y después como Espárrago y no solo porque su apellido es Parraguez, también porque es larga y flaca y en invierno se pone verde. Una vez Lobo le contó que había soñado que se la agarraba con todo en una fiesta del Villa María. Cuando Axel le pidió detalles, él confesó un poco traumatizado que en realidad en el sueño no había penetración real, sino que él le bajaba los calzones y la gatillaba hasta hacerla acabar. La idea de la Hernia alcanzando un orgasmo a Axel le parecía un insulto.

—Hay que tener estómago —sentencia Axel al pensar en el sueño, serio.

—Te he conocido peores que la Hernia, no te hagas —le recuerda Lobo.

—¿Peores que la Hernia? —le pregunta Axel—. Huevón, estamos hablando de una mina de color verde. Su piel es verde.

—¿Se te olvida la Chupapico? —lo detiene Álvaro.

Axel arruga la nariz, enojado.

—No, poh, huevón, no es lo mismo —niega rotundamente—. No puedes comparar a la Hernia con la Chupapico.

—¿Por qué no?

—Al menos la Chupapico tiene una especialidad, un talento único que la diferencia de las demás. Y no te hagas el huevón, tú también pasaste por ella. O por su boca, en realidad.

Lobo se queda recordando por un segundo, entre nervioso, culpable y excitado.

—¿Y la Cara de Palta con sus primas? —insiste, sin rendirse—. ¿Te acuerdas de ellas?

—Si no me acuerdo, no pasó —bromea Axel.

—¡Pero si fue en el verano! —recuerda Lobo—. Ese sábado que la Gelatería parecía Vietnam.

Álvaro lanza una carcajada que Axel no sigue y falsea la voz imitando a un locutor:

—Axel Schumacher vuelve a la guerra en *Operación comando 4: La venganza de Cara de Palta y sus primas warriors*. Próximamente en tu videoclub.

Axel se queda mirando a su mejor amigo con aire de superioridad, como le gusta hacerlo a veces para demostrarle que no aprueba del todo sus noches de fiesta a espaldas de Sarita. Aunque no le gusta que le mienta, sin proponérselo, siempre termina convertido en cómplice indirecto de sus aventuras. Lobo se desentiende del asunto y sigue riendo a carcajadas, recordando detalles de la historia de cómo conocieron a la Cara de Palta solo para hacerlo reír.

* * *

Esa noche, Axel y Lobo toman cervezas y escuchan radio Galaxia mientras juegan Montezuma's Revenge en el Atari. Se van turnando las vidas porque no se puede jugar de a dos, cuando los interrumpe una de las empleadas. Axel está jugando en el área de los laberintos oscuros, una etapa que requiere mucha concentración.

Axel cae a un pozo sin fondo desde gran altura para terminar atravesado por unas estacas. Le entrega el *joystick* a Lobo y se levanta a contestar el teléfono. No puede negar cierto nerviosismo antes de responder, un sabor a misterio que le gusta porque hace mucho tiempo no experimenta.

Valentina llama solo como cortesía para avisarle que no va a poder verlo esa noche. Mala señal, piensa Axel, prefiere quedarse estudiando. Por fin ha terminado de leer los libros de Castellano y ahora le falta toda la bibliografía de Biología, Química e Historia de Chile. Todavía no está segura de los pasos que va a dar, le explica, aún se cuestiona la idea de rendir la prueba específica de Química, asignatura donde está bastante claro que no es la mejor alumna. Axel se queda callado y

aburrido, sin manifestar emoción alguna, con el teléfono en la oreja, esperando que ella termine su explicación.

—... y en la última prueba me fue mejor de lo que pensaba, no sé si te acuerdas que por primera vez el profe la hizo de desarrollo y para mí eso es mucho más fácil porque puedo elaborar más ideas. Igual me fue bien, pero tampoco para salir a celebrar. Me puso un 5.5 y me frustré porque había estudiado mucho, pero me faltó tiempo, no sé cómo te fue a ti, mejor ni te pregunto. Pero después me puse a pensar y...

La voz de Valentina lo adormece por un momento. No la interrumpe. Sus excusas para no verlo esa noche son como un bálsamo para sus oídos.

—Es imposible que me vaya bien en Química si vengo de una familia donde todos somos humanistas. Ay, Axel, no sé en qué lío me metí. ¿Para qué me inscribí en la específica de Química?

Axel Schumacher plantado un sábado en la noche por culpa de una prueba de Química. ¿Quién lo diría?

En secreto tiene la ilusión de verla, de salir juntos a tomar algo y después a bailar donde ella elija, a la Neo o la Eve, donde tiene entrada gratis porque conoce a los dueños, aunque en realidad su ilusión es simplemente acostarse con ella porque sabe, está seguro aunque nunca han hablado del tema, de que Valentina Cervantes es la última virgen del curso, además de Sarita y las Mutantes, por supuesto. Y es innegable que eso le da un vértigo especial al desafío erótico final de Axel Schumacher, el último antes de egresar de cuarto medio.

Solo Lobo conoce sus planes y está seguro de que van a funcionar, como siempre.

Antes de salir del colegio se va a acostar con Valentina. Ojalá más de una vez. Quiere ser el primero entre sus piernas y en su corazón. Tal vez no el único de su vida, eso es mucho pedir y le parece innecesario, pero sí puede aspirar a ser el primero. Esa es la misión. Volverla loca. Dejarla muda y con ganas de más. Hacerla tan feliz, que llegue a necesitarlo todos los días en su cama. Quiere asegurarse de que no lo olvidará nunca más después de salir del colegio y para cumplir la misión lo primero que va a hacer es invitarla a la casa a ver una película erótica en VHS. *Betty Blue* es la primera opción porque

Nueve semanas y media le parece muy obvia.

Esa noche Lobo nota que la llamada de Valentina deja a su compadre en el suelo. Por eso lo invita a dar un paseo por la ciudad.

Van a la Neo y está divertida por un rato, a Axel le parece que la música es extraordinariamente buena porque fuma un poco de hierba y apenas entran ponen «Boys Don't Cry», de The Cure y «Take on Me», de A-ha, y también «La rubia tarada», de Sumo, y «La chica tartamuda», de Instrucción Cívica, que a la Sarita le trastorna la cabeza. Nada de ritmos tropicaloides como los que tienen que soportar en la Eve o en las fiestas podridas del colegio Andalucía, especialmente cuando organizan esos macabros festivales de canto con las Teresianas o algún otro fétido colegio de monjas arribistas. Axel lo está pasando bien, demasiado bien, borracho con elegancia, rodeado de mujeres bonitas y de todos los colores. O al menos eso le parece, en la penumbra de un tercer whisky. Coquetea con dos niñas rubias, a una la había visto en la misma Neo hace un par de fines de semana, pero la que realmente le interesa es la otra: alta, ojos azules, de pies a cabeza vestida de negro. Para nada su estilo, pero bien. Le gusta lo distinto. Es un poco *new wave*, medio *under*, pero definitivamente decente. ¿Quién diría que podría fijarse en una mina así?, se pregunta mientras bebe el primer sorbo del cuarto whisky y confirma que le han hecho efecto. Mezclados con la hierba hacen que se sienta poderoso, rico y seguro de sí mismo, listo para la acción. Es el Axel de siempre, el de todos los fines de semana; el viejo Schumacher sin corazón ni alma; el amigo de sus amigos y rival incomparable; el heredero de una fortuna que nadie ha sido capaz de cuantificar; el que puede conquistar a cualquier alumna de colegio de monjas y volverla loca y promiscua; el que se tiró de noche en alas delta desde un mirador llamado Los Hombres Pájaro y no se quebró nada; el judoca sanguinario y silencioso que derrotó sin ayuda de nadie a la temida banda de *thrashers* del centro comercial Apumanque, en 1985; el desertor de la escuela de aviación; el que sabe de memoria la historia de «La Ronca», mito a discutir en otro momento más apropiado y, según otras versiones de la misma leyenda urbana, el único ser humano real que efectivamente la ha conocido.

Axel está orgulloso de su fama. Pasarán muchos años y todavía

seguirán hablando de él, de sus hazañas colegiales y también de sus errores.

Camina a la pista de la Neo con el aire de matador ingenuo que fascina a algunas mujeres. Según su plan maestro, New Wave y su amiga tienen que pensar que es solo un tipo simpático gozando algo de buena música, los Psychedelic Furs. Axel se pregunta quién es el disc-jockey esa noche. Baila «Pretty in Pink» y se acuerda de la película, *La chica de rosa*, que vio con la Sarita y Lobo en el cine Las Condes y que los tres odiaron. Típica película de minas huecas, pensó sin dejar de bailar. Hay un par de cambios de luces con New Wave, entonces corrobora sus ojos azules y unos labios rojos y húmedos que parecen tener una vida aparte de su dueña. Se entusiasma, se excita.

—Obvio que es chula. —Se imagina la voz de Sarita dominándolo todo, como siempre—. Mira nomás cómo está vestida. Nadie decente anda entera de negro.

Por un segundo la extraña.

Nadie en el planeta lo hace reír como Sarita Mellafe Cisternas.

Nadie en el planeta es tan cruel como Sarita Mellafe Cisternas.

Comparado con ella, Axel se siente un niño inocente, noble y de buenas intenciones.

Baila un rato, animado, celebrando en su mente la música, hasta que la canción de los Psychedelic Furs se termina y ponen una de Soda, que igual le gusta, aunque un poco menos. Si hay que elegir siempre prefiere la música en inglés. Mira de reojo a New Wave y su amiga. Es «Danza rota», del disco *Nada personal*, lo que significa que ha llegado el momento. El empujón que necesitaba para entrar en acción.

—Hola. ¿Cómo estái?

—Bien.

—¿Cómo lo están pasando?

—Neto. ¿Y tú?

—Grosso. Buena la música. Amo este disco.

Pausa, mirada de ternura, otro cambio de luces y nueva información.

—¿Cómo se llaman? Yo soy Axel.

New Wave se ríe e intercambia una mirada con su amiga. Axel espera con paciencia, sin dejar de bailar.

—*Dame una pista, algún rastro para hallarte* —le canta al oído y New Wave se queda muda, riendo, feliz, y cuando está a punto de soltarle por fin su nombre aparece Lobo con sus neurosis y en un par de segundos le derrumba la estrategia.

Viene histérico y ebrio porque no le avisó a Sarita que pensaban salir y recién en el bar divisó a tres Teresianas de Pedro de Valdivia fumando y tomando piscolas y eso no es buena señal porque *todo el mundo* sabe que *todas* las Teresianas de Pedro de Valdivia, sin excepción, odian a Sarita Mellafe y seguro solo por el placer de hacer daño van a inventar algo horrible sobre Lobo en la Neo. Para perjudicarlo, para hundirlo, para separarlo de su princesa hermosa. Axel lo escucha con paciencia y un extraño optimismo que no durará para siempre.

—Las Teresianas me están vigilando, socio —sentencia Lobo, consternado bajo las luces de la pista y Axel se da cuenta que lo está tratando de usted, o sea, la situación es gravísima—. Tenemos que huir.

—¿A dónde?

—Donde sea, a cualquier parte. Usted decide, pero sáqueme de aquí.

—Lobo, socio, ¿está seguro? Usted es inocente —lo calma Axel, tratando de hacerlo entrar en razón—. ¿Qué pueden inventar esas malditas Teresianas?

—No sé, por ahora prefiero no arriesgarme, socio —se lamenta—. Perdone por cagarle la onda con la señorita de negro, pero, porfa, vámonos. Corro peligro.

No le pide el teléfono a New Wave. Filo, piensa. Sabía que no iba a llamarla.

Maneja la Saveiro por Vitacura hasta la Eve. Se estaciona en la calle Luis Carrera. Lobo le pide que entre él primero, que vigile si hay gente conocida y que tenga especial atención con alguna Teresiana. Es mejor no correr riesgos ni bajar la guardia.

—¿No sería más fácil buscar un teléfono, llamar a la Mellafe y contarle que saliste? —le pregunta Axel.

—A esta hora, imposible —se excusa Lobo—. En esa casa se duermen a las nueve.

—Es que las Teresianas podrían aparecer en cualquier parte —le

recuerda Axel—. Y podrían inventar lo que quisieran. Ya te vieron en la Neo.

Lobo lo mira con terror.

La Eve siempre había sido aburrida, pero esa noche está peor que de costumbre. La música, vomitiva como es de esperar, lo deprime al segundo. Mira a su alrededor en busca de grupos de mujeres solas, de inmediato se da cuenta de que la velada está lenta y que el ambiente deja mucho que desear. No hay nadie conocido, lo que es siempre un mal síntoma.

Axel extraña los clubes que ha conocido en sus viajes y regresa a la Saveiro con una desagradable sensación de estar perdiendo el tiempo. No es la primera vez que le pasa. ¿Qué hace viviendo en ese basural llamado Santiago de Chile, escuchando por enésima vez «La bamba», cuando podría estar en Madrid, Berlín o París? No encuentra la respuesta. Tampoco le cuenta a Lobo sus dramas internos porque sabe que nadie lo entendería, ni siquiera él, que es su mejor amigo, *partner* y cómplice. No es fácil tener su vida, por eso prefiere mantener reserva absoluta sobre los detalles. Sus amigos más cercanos, es decir Lobo, Sarita, algunos de los otros colegios por donde ha surfeado, como admite él, y ahora Valentina, todos ellos saben que vive solo en una enorme casona de doce habitaciones ubicada en el exclusivo barrio de San Damián donde las puertas están siempre abiertas para los amigos y en cuyos mil setecientos metros cuadrados se pasa los días y las noches desquiciando de a poco a su tía Olaya. Hace casi un año que no ve a su madre, Dolores, y aunque ante los demás jamás manifiesta afecto alguno hacia ella, a ratos Axel Schumacher extraña su risa contagiosa, su retorcido sentido del humor, su frivolidad sin límites ni pudores ni culpas y hasta las ridículas fiestas de gala para trescientos invitados que organiza dos veces al año.

Después de pasar por la Eve, Axel encuentra la cola de un pito en el cenicero de la camioneta. Fumar hierba lo anima un poco. También escuchar «Love Bites», de Def Leppard, en la radio Galaxia. Lobo no le hace preguntas porque sabe que no está de buen humor.

—¿Estás pensando lo mismo que yo?

—No sé. ¿Qué estás pensando, socio?

—Te propongo que viajemos a una tierra exótica...

—... y llena de aventuras.

Se ríen a carcajadas. Axel acelera a fondo por Américo Vespucio.

—La selva nos espera, perro. Nos vamos de safari.

* * *

La pista de baile de la Gelatería Barufino es una zona de guerra. Todos los presentes, los que bailan y los que no, jóvenes y no tanto, todos están borrachos, y apenas Axel y Lobo avanzan por la entrada ocurre lo de siempre, el clásico de cada visita, el impacto visual. Las miradas de las niñas se posan de inmediato en los afuerinos que acaban de llegar y en especial en él, puede notarlo y no lo niega, le encanta. Chicas de distintas edades y formas corren a saludarlo, el más lindo y simpático de la Gelata, el rubio tostado del eterno pañuelito rojo al cuello, la polera sin mangas y los jeans con un agregado color damasco.

Con un solo movimiento Axel analiza la entrada, el acceso a los baños y la pista principal. Hay grupos de niñas bailando y conversando, otras se besan sin pudores con tipos que ni Axel ni Lobo ubican. El ambiente es más relajado que en la Eve y la Neo, y aunque las niñas no son tan lindas ni producidas, piensa, si se pone a buscar y se regodea un poco tal vez podría encontrar lo que el mismo ha definido como joyas de una noche. O hasta dos. Por eso le gusta la Gelatería, no porque las chicas sean más fáciles, que lo son, sino porque tienen menos trancas sexuales y eso siempre es bueno porque hacen más cosas en menos tiempo. Si hay algo que Axel Schumacher detesta es esperar, especialmente si se trata de sexo.

Había llegado a las fiestas de la gelatería por el dato de su primo Rainer, feo como la noche y nerd de sangre, y por desgracia, su único pariente directo por el lado Schumacher. El engendro mutante de Rainer tenía veinte años y era absolutamente virgen cuando en lugar de llevarlo a la casa legendaria de calle Seminario 0176, como sus amigos del rugby lo habían hecho con Axel para su cumpleaños número quince, sus compañeros de universidad lo invitaron a esta desconocida discoteca de la comuna de San Miguel que en el día funcionaba como heladería familiar y de noche se arrendaba para fiestas privadas donde se decía que las niñas eran más atrevidas. En su

primera fiesta en la gelatería, Rainer había besado a cuatro mujeres y tenía números de teléfono como para hacer un pequeño casting.

Apenas entran y se ponen a bailar Axel nota que por fin Lobo se relaja. En la gelatería puede hacer lo que quiera, le recuerda, porque tiene la certeza de que no se encontrará con teresianas ni verbitas ni otros sapos enemigos. Lobo le da las gracias por haberlo rescatado de la Eve y lo invita a dos rondas seguidas de whisky. Beben rápido y siguen tratándose de usted y como socios, así lo hacen cuando están en privado y necesitan con desesperación expresarse cariño, más aún si están ebrios. «Mister Roboto», de Styx, suena no muy alto por unos parlantes cuando de repente los amigos se percatan de que hay un grupo grande de chicas de pie frente a ellos, mirándolos sin disimulo, listas para la guerra. Son como un pequeño ejército de amazonas uniformadas en mezclilla, esperando el momento perfecto para atacar.

—Oye, disculpa, ¿tú eres el Axel Schumacher? —le pregunta una morena con trenzas largas que en una primera lectura le resulta bastante potable.

Axel intercambia una mirada de excitación con Lobo y no responde, haciéndose el misterioso porque eso les gusta. Se acerca a la morena de las trenzas y sin pedirle permiso la besa en la boca. La chica se deja. Sus amigas la miran con envidia y rodean a Lobo, entusiasmadas y muertas de la risa.

—Y tú, ¿cómo te llamái? —le pregunta una, la segunda líder del grupo después de la de las trenzas.

—Alejandro —balbucea Lobo, sin alejarse demasiado de Axel—. Soy el Ale.

Lobo besa a una colorina pecosa que parece un poco mayor que las demás. Axel sigue con su morena de trenzas, pero después de un rato siente que sus besos huelen a una mezcla extraña de cigarro con leche en polvo así que inventa que tiene que ir al baño y se esfuma.

—¿No me vai a preguntar cómo me llamo? —le pregunta la chica.

Axel se detiene y lanza una carcajada.

—No, *sorry* —le responde—. Igual no me acordaría.

Sale tranquilo caminando hacia los baños con otro trago en la mano. La morena de trenzas se queda contemplándolo, entre divertida y molesta, pero Axel ya ha perdido el interés por completo y también el

pudor, y antes de llegar al baño ya está persiguiendo a un par de mellizas, también morenas.

Si no fuera por su excesiva atención hacia las despampanantes hermanas, Axel se hubiera dado cuenta de que la morena de las trenzas largas que con tanta pasión había besado era oriunda de la ciudad de Rancagua y que se llamaba María Julia, aunque todos la conocían como Julita.

Un momento después de que Axel desaparece en el baño de hombres se asoma otra chica que anda en el grupo de Julita. Va vestida con una minifalda de mezclilla nevada y lleva el pelo crespo, suelto hasta el pecho. Al oír la música la chica parece despertar de un sueño, deja el trago que tiene en la mano y corre con desesperación hacia la pista.

Cuando Axel vuelve del baño, Lobo está besándose en un rincón con la colorina pecosa y en la pista suena Samantha Fox. La morena de las trenzas y los besos baila haciendo una coreografía junto a la otra chica, la de la minifalda de mezclilla nevada. Axel las mira, divertido, mientras las dos acaparan el interés de los demás hombres moviéndose al ritmo de «Touch Me».

—¿Y tú? —La morena de las trenzas, Julita, vuelve a la carga—. ¿Cómo te fue en el baño?

Se acerca para besarlo de nuevo, pero ya es tarde, porque Axel solo tiene ojos para su amiga, la crespa de pelo suelto y esos ojos enormes que lo vigilan con deseo.

—¿No me vas a presentar a tu amiga?

Julita se queda quieta y furiosa mientras Axel avanza hacia ella sin pedir permiso.

—Hola, soy Axel, un placer.

La chica lo mira, seria, observando de reojo la reacción de Julita.

—¿No me vas a decir tu nombre? —insiste Axel, percibiendo que su curiosidad aumenta a cada segundo.

—No sé —le responde—. ¿Es obligación?

Axel sonríe, excitado con la respuesta. La crespa se arregla la chasquilla, le sonríe a su amiga para salir del paso y sigue con su baile, ignorando al resto del mundo. Pero él no se da por vencido. No está en sus libros. Se planta frente a ella y sigue observándola con toda paciencia hasta que se gana una sonrisa, primero, después un baile y,

al final, la verdad.

—Silvana.

Su voz apenas se escucha en la pista de baile de la Gelatería Barufino. Tiene que acercar un poco los labios a su oído derecho para hacerse entender.

—Me llamo Silvana.

Axel siente en el lóbulo el calor de su respiración.

SILVANA

Como cada lunes, esa mañana su madre la mandó al pueblo a buscar el pedido de la verdura. Silvana prometió que sin falta volvería antes del mediodía con el encargo, justo a tiempo para echar a cocer las papas y el zapallo para la cazuela y no andar con apuros, pero ya eran casi las once y estaba atrasada. Todavía no llegaba a la verdulería de doña Fadua, ubicada justo frente a la plaza de Aurora, todo por quedarse entretenida conversando con unas turistas argentinas que necesitaban recomendaciones para llegar a La Puerta del Diablo.

A Silvana le encantaba conocer gente, más aún si eran de otros países, el problema era que siempre estaba ocupada. Rara vez las tareas del camping le dejaban tiempo para conversar o hacer amistades nuevas.

Su único amigo de verdad era Rodrigo, su Rorro, y también el único hombre en el que podía confiar a ciegas. Lo echó de menos mientras caminaba a paso rápido por la costanera, rumbo al pueblo. Unos escolares se quedaron mirándole las piernas y se acercaron para molestarla, pero ella los paró en seco, les echó un par de garabatos y siguió avanzando sin detenerse. A la altura de calle Almeyda decidió tomar un atajo que la hizo ahorrarse cinco minutos. Cuando por fin llegó donde doña Fadua a buscar el pedido se encontró de sopetón con la sorpresa del verano: Julita, su gran amiga, compinche de tantas aventuras, muy de delantal celeste y pulseras artesanales, con el pelo agarrado en un tomate, atendiendo la verdulería.

—Hola, rucia —la saludó.

Julita le contó que venía llegando de Mendoza y que tenían mucho material para ponerse al día. Le preguntó si tenía algo que hacer, y de manera inconsciente y sin recordar a su madre ni su cazuela, Silvana le dijo que no. Dejó las bolsas encargadas con doña Fadua y partieron al lago aprovechando la hora de colación.

—Diez minutitos, eso sí, que me están esperando en el camping —le advirtió a su amiga entre exaltados abrazos de emoción.

Mirando su reflejo en el agua Silvana escuchó con paciencia los

problemas sentimentales de Julita. En Mendoza se había enamorado de un futbolista de tercera división que le pegaba por todo. Silvana le dijo a Julita que ese hombre estaba enfermo y que había tomado una excelente decisión al venirse a Aurora porque, para bien o para mal, esa era su casa.

Se tuvieron que meter al lago en sostén y calzones porque no tenían traje de baño. Al principio Silvana dudó. Le preocupaba el encargo de su mamá y, además, no quería darles motivos para hablar a las veteranas chismosas ni a esos turistas estirados que empezaban a aparecer con el cambio de estación. No quería andar de boca en boca, como le recordaba su papi cada vez que alguien echaba a correr un nuevo rumor sobre ella. Julita le insistió, y cuando Silvana le dijo que tenía que regresar al camping se indignó.

—Puta, rucia, hueona, no nos vemos nunca, por la cresta —reclamó, decepcionada—. Pensé que éramos yuntas y ahora me vienes a hacer la desconocida.

—No, Juli, no es eso, ¿cómo se te ocurre que te voy a hacer la desconocida? Nada que ver —le aseguró. Sabía que Julita era sensible y exigente con sus amistades—. Pero justo mi mami iba a hacer cazuela y me mandó donde doña Fadua y...

—¿No te aburrís, hueona? —la interrumpió Julita, preocupada—. ¿Cómo aguantái este pueblo de mierda?

No supo qué responder, pero de inmediato se sintió frustrada. Ya tenía dieciocho años y al contrario de Julita, que sí había salido de Aurora y conocía el extranjero y tenía mundo y personalidad, Silvana era una prisionera. Del camping, de su mami y de ese pueblo infame.

El agua helada la despejó un poco. Julita se quedó más cerca de la orilla porque no sabía nadar.

Silvana dio unas largas brazadas lago adentro y se sumergió. La temperatura le contrajo los músculos y erizó al segundo sus terminaciones nerviosas. Abrió los ojos, nadó bajo las aguas tranquilas hasta llegar al fondo del lago, allá donde el verde no era tan claro como en la superficie.

Cuando salieron del agua, Silvana y Julita escucharon un silbido. Molesta, Silvana se acordó de los escolares y supuso que la habían seguido desde la plaza.

—¿Y tú? ¿No tienes que trabajar? —le gritó una voz masculina.

Levantó la cabeza y vio a Rodrigo sonriéndole desde la playa.

—Ay, Rorro, no me digái nada que me tengo que ir y la Juli me tiene secuestrada —le contó Silvana, apurada.

—¿Cómo está el más lindo del pueblo? —le preguntó Julita a Rodrigo, coqueta.

Rodrigo la saludó con un abrazo apretado. Silvana miró la hora en su reloj pulsera y en ese momento empezó a resignarse al terrible castigo que la esperaba en el camping.

—Me tengo que ir —sentenció, acelerada—. ¿Por qué no me acompañái, Rodri?

—Es que justo voy a Santiago.

—¿Cómo es eso? —le preguntó Julita con curiosidad—. ¿Todavía no sales de clases?

—Sí, pero igual tengo actividades en el colegio —le contó y luego se dirigió a Silvana—. Justo te iba a llamar porque necesito hablar contigo.

—Hablemos en la tardecita mejor, ¿te tinca? —le propuso, terminando de vestirse—. Ahora estoy reapurada.

—No, espérate, si es cortito —la atajó Rodrigo—. ¿Quieres venir conmigo a mi fiesta de graduación?

Silvana se quedó muda porque no lo esperaba. En realidad, lo esperaba, pero no había querido hacerse ilusiones porque siempre salía perdiendo.

—Es en diez días más, en una discoteca que se llama Caledonia —le contó, entusiasmado—. Te invito como mi pareja.

Ahora le parecía que el corazón le saltaba mientras corría, ya no caminaba, corría por Avenida Central como si alguien la estuviera persiguiendo. La mezcla de la emoción con el trote rápido y los nervios la hicieron inmensamente feliz. Se le olvidó todo lo demás, incluyendo el castigo de su mami. No podía creer lo que estaba viviendo. Si era un sueño, no quería despertar nunca más.

Ya se estaba imaginando la discoteca Caledonia, con sus luces multicolores y música bailable a todo volumen; con todos los compañeros de curso del Rorro, incluyendo a la Desabrida, y ella estupenda como su acompañante, la única y la oficial.

Que Rodrigo la hubiera invitado significaba una sola cosa: no había otras niñas.

La Desabrida no existía.

3

Caledonia

DUARTE

En la foto nos vemos felices, todos parados en la puerta de la casa antes de que le hicieran la ampliación; yo con terno azul marino y corbata roja, bien peinado a la gomina, y la Silvana con el vestido color salmón que se había conseguido con unas amistades de Santiago. Mi papá y mi mamá salen sonriendo con mis tatas, aunque solo mi tata y mi papá están contentos de verdad. A mi abuela y a mi mamá se les nota en las caras el disgusto: todavía les cuesta creer que finalmente haya invitado a la Silvana a mi fiesta de graduación.

—¿Cómo me veo, Rorro? —me pregunta luciendo el vestido de tela brillante que le queda como diseñado a la medida.

—Dile algo a la Silvanita, roto maleducado —me exige mi papá, avergonzado por mi escasa caballerosidad.

—Si sabes que te ves súper linda —le digo sonriendo, aunque un poco nervioso porque veo que los minutos pasan y mi papá sigue tomando fotos con toda la calma del universo.

Una foto más con mi mamá y mis tatas y por fin nos vamos.

En el auto la Silvana no para de arreglarse el pelo y el maquillaje. Durante el trayecto y para disimular su emoción, mi papá nos cuenta la historia de su graduación. Cuando egresó de sexto de Humanidades, como se llamaba antes el cuarto medio, no tuvo fiesta porque en ese tiempo no se usaba y además porque era muy pobre, solo festejó con una comida sencilla con la familia.

Los caminos rurales por fin quedan atrás y se abre la Panamericana Sur rumbo a Santiago, la misma ruta que tantas veces recorrí desde segundo medio. Como otras veces, y para no romper la tradición que

me ha acompañado durante tres años memorables, ahora también pienso en Valentina: en dónde estará, en qué estará haciendo y con quién.

—¿Voy muy pintada? —me pregunta la Silvana sin soltar un pequeño espejo de bolsillo con la forma de una manzana.

—Estás preciosa —le contesto—. Vas a ser la más linda de la fiesta.

—Gracias por invitarme, Rorro, en serio. —Me toma la mano, excitada—. Estoy súper nerviosa, me haría tan bien un traguito.

Le hago un gesto para que mi papá no la escuche.

—En la fiesta tenís que puro bailar conmigo, nada de correrse ni de ponerse a conversar —me advierte antes de que lleguemos—. Tú sabís que a mí me vuelve loca el baile.

Mi papá me vigila por el espejo retrovisor y me guiña un ojo antes de estacionarse en la puerta de la disco Caledonia, en la comuna de La Reina. Desde el estacionamiento se ve un lienzo con globos multicolores donde se lee:

BIENVENIDOS, GENERACIÓN 1987
COLEGIO ANDALUCÍA

La Silvana suspira de emoción y ansiedad. Nos bajamos rápido, mi papá quiere volver a buscarnos a las dos de la mañana, pero no nos cuesta mucho convencerlo para que nos regale una hora más.

—Pásenlo del uno, chiquillos, eso es lo principal —se despide, todavía conmovido—. Que sea una noche inolvidable.

Mi papá me mira y sube las cejas con picardía. Camina de vuelta al auto cuando el rugido del motor de otro vehículo, una camioneta, lo pone en alerta. La Saveiro de Schumacher acelera por el estacionamiento de la discoteca con las luces altas encendidas. Mi papá se encandila, trata de taparse los ojos con las manos y alcanza a mover el cuerpo antes de que la camioneta lo pase a llevar.

Al volante de la Saveiro veo al payaso con sus amigotes, como siempre riéndose, abusando, faltando el respeto.

También encuentro la respuesta a mis preguntas. Junto al payaso está Valentina.

La Saveiro se detiene en un rincón al final del estacionamiento. Mi papá refunfuña, grita un par de garabatos y vuelve a su auto. Tomo del

brazo a la Silvana y juntos entramos por un túnel de globos de colores mientras vigilo de reojo cómo los ocupantes de la camioneta Saveiro empiezan a bajarse.

La voz insoportable de Sarita Mellafe contamina el ambiente desde lejos. La escucho quejándose amargamente de la altura de su chasquilla, las arrugas de su vestido y la música que se oye desde la discoteca. Dice que todos sus compañeros somos unos rotos metidos a gente, con las honrosas excepciones de Axel, Álvaro y Valentina, y que no nos merecemos su presencia en la fiesta de graduación. Sin querer me entero de que considera que la disco Caledonia es de putas, cafiches y chulas. Observo a Valentina riendo de buena gana con sus amigos y aprovecho que la Silvana está distraída admirando la decoración de la entrada para contemplarla en silencio sin que me vea.

Invisible, como desde hace tres años. Toda una vida.

Sé que esto no es sano. Sé que tanta contemplación silenciosa no me hace bien, pero es lo único que puedo lograr desde mi escondite, admirarla y callar.

En el interior, la disco también está decorada con globos. La Silvana dice que quiere llevarse uno grandote y rosado como recuerdo porque sabe que esta noche será inolvidable para los dos. En el bar me encuentro con Mabel y Helia, las mismas rebeldes que habían jurado no aparecerse por ningún motivo por la Caledonia por considerar la fiesta de graduación un rito arcaico, clasista y heredado de la cultura yanqui. Ignoro sus reclamos y les presento a la Silvana esperando que sean simpáticas con ella, pero no hay tiempo para que se conozcan porque justo termina una canción de Soda y empieza a sonar la introducción de uno de los temas favoritos de la Silvana.

—Encantada de conocerlas, chiquillas, pero yo quiero bailar —explica ansiosa—. Rorro, ¿vamos?

—Anda tú —le digo—. Yo voy al tiro.

Me da un beso en la mejilla y sale corriendo.

Es la única en la pista de baile. Antes de empezar, se quita los zapatos de taco alto y los deja a un costado. Alisa su pelo escarmenado y la tela de su vestido, se despeja la cara para prepararse. Por los parlantes de la Caledonia se escucha la voz de Samantha Fox, y al ver a la Silvana ya adivino casi todo lo que podría suceder esta noche.

Full moon in the city and the night was young
I was hungry for love, I was hungry for fun
I was hunting you down and I was the bait
When I saw you there, I don't need to hesitate
This is the night, this is the night
This is the time, we've got to get it right
Touch me, touch me, I wanna feel your body
Your heartbeat next to mine

La Silvana baila una ensayada coreografía ante las miradas de los alumnos y sus acompañantes. Nadie sabe quién es ni cómo se llama la desconocida que imita a Samantha Fox, la única certeza que tienen es que llegó conmigo. Al verme desde la pista mueve las manos llamándome, quiere que la siga en su *show*, pero no tengo ganas de bailar ni de llamar demasiado la atención de mis compañeros. Me acerco y me rodea con sus pasos, sin dejar de cantar a susurros, gesticulando cada verso de la canción. Todas las miradas están sobre nosotros, todas menos las del payaso y su séquito, que vienen entrando después de hacerse esperar para que los admiren.

Mabel y Helia se instalan en un rincón desde donde pueden vigilar al mismo tiempo la entrada y la pista de baile.

—Te apuesto que esa es la Desabrida —me dice la Silvana indicando la entrada.

—¿Quién? —trato de disimular, aunque con ella resulta imposible.

—Esa es la flacuchenta de la que me hablaste.

VALE

Esa noche estaban todos eufóricos y Valentina no quiere que ni por un segundo eso se malinterprete como una posible justificación para lo que sucedió después. Nada explica la conducta de Axel. Tampoco la exime a ella de su parte de la culpa.

Lo tenían todo para ser felices y disfrutar una noche memorable, piensa encogida sobre la cama, horas después.

Al final Axel se encargó de arruinar la fiesta de graduación gracias a sus demonios de siempre, los celos, el trago y la violencia. Y tal vez la droga, aunque de eso no está segura, porque de esas cosas sabe poco.

Desde el primer brindis, cuando se reunieron a tomar champaña en su casa los cuatro con Lobo y Sarita, Valentina percibió que Axel estaba extraño. Apenas la saludó empezó a molestarla con preguntas que la pusieron nerviosa. Le habló de un casete que con Lobo habían encontrado en su mochila, un TDK de noventa minutos que decía *RODRI' 87* y en cuya cara exterior estaba escrito con lápiz pasta azul *CANCIONES PARA CONOCER EL LAGO AURORA*.

—Esta no es la música que te gusta —insistió con el TDK en la mano.

—¿Cómo sabes? —le preguntó ella, molesta—. ¿Lo escuchaste?

Axel y Lobo se miraron de reojo, aguantando una carcajada.

—Claro que lo escuché —la desafió Axel—. ¿Cómo me lo iba a perder?

—¿Se puede saber quién les dio permiso para meterse en mis cosas? —los interrogó Valentina, furiosa porque no era la primera vez que le abrían la mochila.

—Este casete confirma todas mis sospechas, una por una —anunció enfático Axel, intercambiando una mirada socarrona con Sarita, que para terror de Valentina había permanecido al margen y en silencio—. Duarte es el típico caso del roto desclasado chileno, resentido, medio comunista y más encima colizón.

Valentina lo miró a los ojos y no supo si estaba borracho, si mentía solo por el placer de hacer daño o por una mezcla de ambas cosas.

—No me vas a negar que es medio raro —siguió Axel, siempre

protegido por las risitas cómplices de Lobo y Sarita—. O sea, nadie puede grabar un casete como este, Valentina, te lo digo porque te quiero de verdad y no me gusta que te relaciones con gente que no te corresponde.

—Es un casete. ¿Qué tiene de malo? —preguntó Vale—. A mí me pareció un gesto tierno. Y por último es mío, no me interesa la opinión de nadie más.

Sarita movió la cabeza con preocupación, ofendida.

—De Los Platters pasa a Duran Duran y de Depeche Mode a Pink Floyd, Valentina, por favor. ¿Cómo te lo explico sin que te ofendas? —se burló Axel, entre carcajadas con Lobo.

—Qué lata Pink Floyd, me revientan, no los soporto —reclamó Sarita.

—Y después, ¿cómo no? Como buen comunista metió tres canciones seguidas de Los Prisioneros —recordó Axel—. ¡Los Prisioneros!

Sarita abrió los ojos como si hubiera presenciado un crimen y se quedó inmóvil, incrédula y superada por la abrupta revelación.

—¿Es broma? —preguntó—. Tiene que ser broma. ¡O sea de verdad Duarte es comunacho!

—No es así, Mellafe, qué ridículo —negó Valentina, aunque después de un momento se dio cuenta de que no sabía casi nada de él.

¿Quién era Rodrigo Duarte y por qué en los últimos meses pensaba tanto en él?

Después de tres años viéndolo casi a diario solo sabía que era de Aurora, un pueblo de la Sexta Región, que le encantaba el cine, que tenía promedio siete en inglés, que Axel lo odiaba sin motivo alguno y que desde su llegada al Cuarto Año A había tenido problemas para adaptarse al curso, lo que Valentina lamentaba, pero no le sorprendía.

—«¿Por qué los ricos?» —Axel indicó la caja del casete TDK, con la cuidadosa letra imprenta de Rodrigo Duarte señalando cada tema, su intérprete y duración—. Así se llama la canción: «¿Por qué los ricos?». ¿Me vas a decir que eso no es comunismo puro?

—No puede ser, esto hay que denunciarlo con la dirección del colegio, yo me voy a encargar —indicó Sarita, preocupada—. Ese casete puede ser hasta peligroso, Valentina, tenemos que quemarlo.

—¡Mellafe, no seas fascista! —le gritó Valentina, fuera de sí—.

¡Además no es ni tuyo! ¿Cómo lo vas a quemar? ¿No se cansan de ser tan imbéciles?

Axel la miró con asombro. Sarita dejó su copa de champaña sobre la mesa, molesta.

—No tienes para qué tratarnos así, galla —la enfrentó—. Y menos en un día como hoy. ¿No se supone que tenemos que estar contentos?

Valentina respiró hondo y asintió con la cabeza.

—Disculpen.

—Todo por culpa de ese nerd, maricón, roto y comunista —dijo Alex abrazando con cariño a Sarita, defendiéndola—. No dejemos que Duarte nos cague la onda, por favor.

Valentina se negó a seguir discutiendo o dar explicaciones, pero antes de partir a la Caledonia lo comentó al pasar con Sarita en el baño. Estaba enojada, aunque trataba de no darle demasiada importancia porque no era una noche oportuna para peleas.

—¿Qué tiene de malo que Rodrigo me haya grabado un casete? —le preguntó mientras retocaba sus labios.

—Justo hoy —gruñó Sarita, aún molesta—. ¡Justo hoy tenía que aparecer ese casete de mierda!

La miró con los ojos caídos, evitando encontrarla, y entonces se dio cuenta de que Sarita le estaba ocultando algo.

—Mellafe, además de la fiesta de graduación, ¿pasa algo más? —La miró sin quitarle los ojos de encima, analizando cada mueca, parpadeo o respiración.

—Es que en verdad no te puedo contar nada porque… —se desesperó Sarita, vacilante, alejando las uñas de los dientes porque sabía que en situaciones de estrés extremo, como esa, podía devorárselas y eso significaría su ruina en la fiesta de graduación—. Es una sorpresa que te tiene preparada Axel y no se la quiero echar a perder, Vale.

—Mellafe, no quiero sorpresas, porfa —le pidió Valentina, preocupada, porque las locuras de Axel eran legendarias y algunas de ellas hasta peligrosas—. Cuéntame y me hago la sorprendida, ¿ya?

Sarita se quedó mirándola, decepcionada de sí misma porque estaba consciente de que ese era uno de sus peores defectos: no podía cerrar la boca.

—Axel te va a pedir pololeo —le confesó seria, sin mover ni un solo músculo de la cara—. Onda oficial, formal y con todo.

Valentina se quedó inmóvil, encerrada en el baño de visitas de su casa, mirando cómo Sarita la vigilaba a través del espejo, esperando su reacción. Pasó un momento. Se lavó las manos, las secó con cuidado y revisó su pelo.

—Mentira que te vas a quedar callada —la acusó.

Valentina no pudo decir nada, lo que en apenas unos pocos segundos pareció encolerizar a Sarita.

—¿Tú te das cuenta lo que esto significa, Valentina, por el amor de Dios? —le preguntó, levantando la voz.

Valentina no sabía qué decirle. No se le ocurría cómo se suponía que debía reaccionar a una noticia semejante.

—¡Pololear con Axel Schumacher! —exclamó Sarita, perdiendo lo que le quedaba de paciencia—. O sea, date con una roca gigante en los dientes.

—¿Por qué? —le preguntó, ingenua.

—¡A Axel le llueven las mujeres, tú sabes!

Trató de sonreír, pero no le resultó y Sarita se dio cuenta de inmediato porque tenía un ojo entrenado para detectar reacciones falsas.

—Te da lo mismo —siguió Sarita, impactada ante su rostro impávido y sus manos nerviosas revoloteando alrededor del cuerpo, buscando un lugar donde meterse —. ¿En serio no vas a decir nada?

—¿Y qué quieres que te diga? —la enfrentó Valentina, cansada de las presiones.

Valentina odiaba que la obligaran a reaccionar de una forma determinada y constantemente Sarita se lo exigía. Si no la forzaba a asistir a ciertos cumpleaños y a perderse otros la estaba adoctrinando para vestirse, maquillarse y peinarse de cierta forma, para hablar de ciertos temas en público y para definitivamente ignorar a ciertas personas, actitud en la que, según ella, radicaba el secreto de la popularidad y el éxito.

—Eres un hielo —la acusó—. Cualquier mujer daría un brazo por quedarse con Axel y a ti te resbala. Después de todo lo que he hecho para que estén juntos ahora me sales con esto.

—Yo no te he pedido nada —le recordó.

Sarita Mellafe arqueó las cejas como lo hacía cuando quería disimular algo que estaba sintiendo y que nadie más debía saber.

—Ah, no. —Perdió la paciencia y su rostro se desencajó con una ligera mueca en la boca—. Es que no puedes ser tan cínica. ¿Cuántas veces me has usado para mandarle mensajes a Axel?

—¡Tú lo haces porque quieres! —le reprochó, subiendo el tono de la voz porque detestaba sus intentos por manipular todo lo que sucedía a su alrededor—. Llevas todo el año haciéndome gancho con Axel porque estás obsesionada con él.

Sarita se quedó inmóvil.

—De verdad, no me lo esperaba de ti. —Valentina se fijó que las venas en sus sienes se llenaban de sangre—. Ahora me vas a decir que Axel no te gusta, que yo te lo encajé a la fuerza.

—Obvio que no.

—Es que contigo ya nada es tan obvio. —Sarita insistió en sus ansias de ganar la discusión—. Tenías que cagarme la fiesta, ¿esa era la idea?

—¡Pero si yo no te he hecho nada! —se defendió Valentina, aunque ya era imposible; la ira de Sarita Mellafe había sido desatada y no había vuelta atrás—. No te enojes conmigo.

—Claro que me enojo, lógico que me tengo que enojar porque... —La miró y de repente su voz se llenó de una amargura que a Valentina le pareció genuina—. Ahora me siento podrida por el pobre Axel. ¿Qué le digo? ¿que te arrepentiste, que se te quitaron las ganas?

—No llores, Mellafe, no es para tanto —trató de consolarla.

—¡Yo soy tu amiga! —Las lágrimas saltaron de sus ojos y resbalaron por sus mejillas—. Quiero que seas feliz, con Axel o con el mino que sea, pero por una vez en la vida relájate y disfruta, Vale.

Relájate y disfruta.

Los dos consejos de Sarita Mellafe se quedaron grabados en su cabeza esa noche y las que vinieron después.

Relajarse y disfrutar. Eso es justamente lo que hizo la admirada presidenta del Centro de Alumnos del colegio Andalucía en su fiesta de graduación, dejar sus inhibiciones en la puerta de la discoteca Caledonia y fluir en la que sería una de las noches más felices y controvertidas de su existencia.

Su padre llegó a la casa poco antes de que partieran a la fiesta. Venía con un ramo de flores, una caja de bombones y la promesa que desde esa noche memorable haría todo lo posible por estar más presente en los momentos importantes de su vida. Por suerte todo esto se lo dijo en privado, lejos de los sarcasmos de Axel y Lobo y de las miradas compasivas de Sarita. Pese a que desde los trece años no creía en las promesas de su padre, Valentina escuchó en silencio a Rafael Cervantes, aceptó sus regalos, aunque no los abrió, y prometió que volvería a casa antes de las tres de la mañana.

No cumplió su promesa.

SARITA MELLAFE

—¡Loco, es la Diente de Oro! —le dijo Axel a Lobo, asombrado ante la pista de baile mientras sonaba «Touch Me», de Samantha Fox.

Era la segunda vez que Sarita Mellafe escuchaba ese apodo.

La primera vez la recordaba bien. Esas cosas nunca se le olvidaban.

Hace dos años estaban todos en la Eve, su disco favorita. Lobo venía con unas piscolas que alguien le había regalado en la barra y antes de la hora de los brindis Sarita ya había encendido las alarmas al oír por accidente una broma pesada de Axel.

Era una de las clásicas demostraciones de camaradería masculina que en otra situación más amable le hubiera parecido graciosa, o hasta de lo más sexy, pero esa noche no. Tal vez estaba borracha o especialmente de mal genio, lo más probable, pero algo en la frase había llamado su atención. No la recordaba con exactitud, pero Axel había dicho algo como:

—Acuérdate nomás de la Diente de Oro y de cómo volviste pidiendo agua.

Sarita no se había quedado callada. No le resultaba el control de las emociones, menos si tenía que esconderlas.

—¿Quién es la Diente de Oro? —fue lo primero que salió de su boca.

La pregunta había congelado el ambiente en la Eve. Axel y Lobo se refugiaron en sus piscolas gratis y usaron como pretexto la frase de siempre, la excusa más peligrosa de todas, la que empleaban con frecuencia para cubrirse mutuamente las espaldas:

—Broma interna.

Primero contaron que era una amiga de Axel. Después resultó que era una niña sin nombre ni apellido que habían conocido hace tiempo en un cumpleaños del Chino Podestá, durante una noche de la que nadie parecía acordarse y en un evento social en el que ni Sarita ni Valentina estaban presentes.

—¡Es ella! ¡Es la Diente de Oro!

Ahora ese sobrenombre volvía a aparecer como un fantasma en su rutina y había escogido nada menos que su fiesta de graduación como

escenario perfecto para el regreso.

Estaban los cuatro felices, eufóricos por la emoción, aunque Vale con el *show* del casete comunista de Duarte casi había logrado amargarle la noche. Cuando llegaron al estacionamiento de la discoteca Caledonia, Sarita miró la entrada decorada con globos y guirnaldas como de Año Nuevo y le dieron ganas de morir un poco.

—Prohibidas las fotos —sentenció, aún sin atreverse a descender de la Saveiro.

—Mellafe, ¿cómo no nos vamos a sacar fotos? —le preguntó Valentina.

—¿En esa entrada? Antes muerta.

Por petición suya, entraron rápido y sin prestarse para las fotos individuales ni en grupo. Sarita le dijo al fotógrafo que personalmente lo buscaría más tarde para posar con sus amigos, a cambio de una suculenta propina.

Sarita nunca había estado en esa discoteca de La Reina, pero imaginaba que el olor de la Caledonia, a trago, transpiración y trasnoche, era el clásico en antros sexuales de ese tipo. Lo primero que alcanzó a distinguir en la oscuridad fueron las caras, esas inconfundibles caras de terror parecidas a las que estaban en la fachada de La mansión siniestra, en el parque de atracciones Fantasilandia: la Iguana y la Helia vestidas de gala admirando todo desde la distancia como un par de cuervos. Y bajo su atenta mirada, en la pista de baile vacía, una sola silueta retorciéndose como un animal herido al ritmo de una canción en inglés.

«Touch Me», de Samantha Fox.

La silueta era una mujer, la clase de mujer que Sarita y su madre llamarían *fulana*.

La fulana llevaba un vestido brillante de color naranjo, sin tirantes, y parecía no prestarle atención a nada a su alrededor. Se movía de manera frenética, pero siguiendo una coreografía, o sea había bailado esa misma canción en otras fiestas, con otra gente, en otros lugares. Sarita pensó que «Touch Me» seguro era su himno de batalla o algo así. En eso estaba cuando escuchó de nuevo el sobrenombre.

—Socio, en la pista —alertó Axel a Lobo.

Sarita giró la cabeza, porque la señal de alerta también fue para ella.

Miró el rostro de Lobo justo en el momento de recibir la información.

—¡Es la Diente de Oro! —insistió Axel.

Samantha Fox seguía cantando y Silvana dominando la pista de baile.

—¿Quién es la Diente de Oro? —preguntó Sarita.

—Nadie.

Axel y Lobo disimularon y evitaron mirar hacia la pista de baile para evitar sospechas, pero ya era demasiado tarde para el ojo avizor y desconfiado de Sarita Mellafe. Era la segunda vez que ese sobrenombre se cruzaba en su camino y ahora estaba encarnado en esa Samantha Fox de vestido color salmón que seguía llamando la atención y dando lástima en la pista de esa discoteca de cuarta categoría, rodeada de un montón de nerds sin pareja que habían tenido que invitar a la mejor amiga a la fiesta de graduación. Sarita Mellafe miró el espectáculo que tenía a su alrededor y barajó sus posibilidades. Hacer más preguntas era perder el tiempo: Lobo nunca le iba a decir la verdad. Podía quedarse callada, como la primera vez, y y tragarse la excusa de la broma interna.

O también podía tomarse un trago de la champaña que habían escondido, levantar su chasquilla y hacerle frente a la situación como la mujer valiente y resuelta que era.

Optó por lo segundo y decidió que no se iba a ir de la Calentonia sin saber quién era la famosa Diente de Oro.

* * *

DOMINGO
DESPUÉS DE LA FIESTA
(Primera parte)

Odio a todo el mundo.

Con el drama post fiesta se me perdió un zapato. Eran los más caros y lindos que tenía.

Los odio a todos. Uno por uno.

No hay palabras que puedan describir la vergüenza que pasé, lo amargada que me siento, y lo furiosa que estoy con Axel, con Lobo, con todos los hombres en realidad, pero también con la Valentina, nunca más

le diré Vale, por ser la peor amiga del mundo y la mina más desquiciada que he conocido en mi vida.

Pero mi rabia especialmente es CONTIGO*, puta barata.*

CONTIGO.

Tú sabes quién eres porque siempre has estado ahí.

Vigilándome.

Mirando cómo me muevo, con quién me junto y dónde voy.

Siempre has soñado lo mismo. Algún día abrir los ojos y tener mi vida. Por eso apareciste de repente con tu pelo crespo teñido castaño claro y reseco por ese aire de mierda de Aurora, tus jeans (mal) cortados y pasados de moda, tu colección de pulseras y collares y anillos que hacen que una se confunda y crea que eres gitana.

Ahí estabas, sola en medio de la pista, bailando «Touch Me», de Samantha Fox, con tu vestido BRISHANTE *color* SALMÓN*. No me viste cuando llegué porque estabas de espaldas, tenías los brazos arriba, de seguro porque era parte de tu coreografía.*

Te miré, sonriente, porque cuando quiero ser simpática soy realmente un encanto. Todos los del curso, esos nerds asquerosos pasados a mortadela, te estaban mirando y nadie se atrevía a acercarse para decirte lo ridícula que te veías. Te pelaban en voz baja por ordinaria y florero, además porque nadie te conocía y porque te sacaste los zapatos. Enferma de ordinaria. Pero no le vamos a pedir peras al olmo, como dice el papá. Y tampoco te voy a enseñar cómo debes comportarte en sociedad porque, aunque seas de Aurora, ese pueblo infame que detesto con el alma porque solo me ha traído puras desgracias, supongo que la gente como tú va al colegio, ¿no? Algún tipo de educación debes haber recibido, me imagino, aunque después de verte en la pista de la Calentonia ya no me queda tan claro.

Me miraste, viste mi copa de champaña en la mano y, claro, como buena rota aprovechadora no podías perder el tiempo. Así te educaron, rápida y pedigüeña.

Me preguntaste dónde se podía conseguir trago por acá porque el ambiente parecía de jardín infantil. Te miré, me sonreíste, te ofrecí mi copa. Tomaste un poco y las burbujas se te fueron a la cabeza. Gozaste la champaña helada con un suspiro y un «ahhh» que casi me hacen reventar de la risa. Te dije que tomaras con confianza porque tenía una botella

escondida en el baño. Tomaste otro sorbo largo y después te secaste la frente. Me diste las gracias y te pregunté si querías más. Dijiste que bueno. Te dije que me siguieras. Me obedeciste. Crucé la pista de la disco, necesitaba alejarme de la puerta. No podía exponerme a que Axel, Lobo o la Vale me vieran contigo. Antes tenía que sacarte la verdad. Aunque tuviera que emborracharte o agarrarte a cachetadas te iba a obligar a decirme quién eras y por qué conocías a Lobo.

En el baño te serví más champaña. Me dijiste que te llamabas Silvana, yo me presenté como Sarita. Seguiste tomando sin emborracharte, se notaba que tenías buena cabeza para el trago. Me miraste, te reíste y para romper el hielo te pregunté si estabas pololeando con Duarte. Dijiste que no. Después te pusiste bien seria y un poco triste y me confesaste que no sabías, que a lo mejor sí, que en realidad nunca sabías a ciencia cierta cuando un gallo era tu pololo, pero que Duarte nunca te había pedido pololeo. Me diste pena. Mendigando el amor del roto Duarte, me mato. Por un segundo me amargaron tus ojos, tu cara, tus ilusiones de huasa ignorante y enamoradiza, y encima de Duarte, me mato de nuevo, pero rápidamente se me quitó. No te merecías mi compasión. Tenía que concentrarme en lo que necesitaba saber.

Te pregunté de dónde venías, porque estaba claro que santiaguina no eras, y eso te cargó. Te cambió la cara.

«¿Por qué preguntái? ¿Me hallái huasa?», te pusiste alerta y por un segundo pensé que habías empezado a desconfiar. Te di más champaña, te calmé y después te pregunté si conocías a alguien más del curso además de Rodrigo Duarte.

Te reíste.

«¿Y pa' que preguntái si sabís que sí?», me preguntaste.

De nuevo, mis carcajadas mezcladas con rabia. No podía seguir fingiendo por mucho tiempo. Eras infinitamente más ordinaria de lo que me había imaginado.

Te juré que yo no sabía nada, que era inocente, que solo estaba compartiendo mi botella de champaña con una amiga nueva.

Me confesaste que el año pasado habías conocido al RUCIO *y al* MORENO*.*

«Pero no me preguntes cómo se llaman, porque no me acuerdo», me rogaste, divertida, y yo volví a fingir una sonrisa de sana complicidad, aunque lo único que quería era asesinarte.

Contaste que los dos habían aparecido en pleno febrero, unos días antes de la semana aurorina, que es la fiesta más importante de tu pueblo horrendo, y que, al principio, cuando los viste bajándose de una camioneta roja, la Saveiro de Axel, te habías quedado para adentro con la pinta del RUCIO*, su pañuelito rojo, su pelito color trigo al viento, su barba de tres días, su pelito en pecho. Unas horas después los habías visto de nuevo en la playa grande, tomando cervezas y fumando. Entonces te fijaste en el* MORENO*, que en realidad y a la luz del sol de Aurora al mediodía, era tan buenmozo como el* RUCIO*, y meses después, cuando viste la película* Generación perdida*, te diste cuenta de que los dos juntos se parecían un poco al Kiefer Sutherland (*RUCIO*) y al Jason Patric (*MORENO*). También se parecían a Starsky y Hutch y Los Dukes de Hazzard.*

Celebré tu historia con un cigarro y un brindis por los amigos nuevos. Mirándote a los ojos, sin perderte de vista. Me preguntaste si había visto Generación perdida *y te dije que obvio, ¿quién no ha visto* Generación perdida*? Me hablaste cinco minutos de Jason Patric y de un sueño erótico recurrente que tenías con él. Yo me reí, me pareció chistoso, después encendí otro cigarro y te pregunté si te había gustado alguno de mis compañeros de curso. Sospechaste. Seguro empezaste a desconfiar de mi sonrisa porque nadie puede disimular la rabia tanto rato. O sea, no soy de piedra ni tampoco la Jaël Unger, está claro que la actuación no es lo mío. Me saltaba el corazón de pura rabia. Me diste la espalda haciéndote la misteriosa.*

Te insistí:

«¿Hubo onda con alguno?»

Y entonces te pusiste bien seria y me miraste a través del espejo.

«Con los dos», dijiste.

Me quedé helada, de una pieza, para adentro. No lo podía creer.

«¿Te metiste con los dos?», te pregunté, espantada, tratando de confirmar si había escuchado bien, porque no me cabía en la cabeza que existieran mujeres así y que más encima tú fueras una de ellas. Me imaginaba que eras chaneca, de esas que le sueltan todo a los hombres a la primera y que transmiten infecciones, pero ni por un segundo se me pasó por la cabeza que fueras puta de verdad.

«No, mi amor, yo pololeé con los dos», precisaste con orgullo. «Claro que no mucho tiempo, pero igual lo pasamos súper bien. Súper amorosos tus

compañeros.»

No aguanté más. Se me nubló la vista. Solo escuché el sonido de tus pulseras mientras te arreglabas frente al espejo. Quedé ciega por un segundo, y cuando recuperé la vista lo primero que vi fue la punta de mi cigarro y la piel de tu espalda desnuda.

«Por fin nos conocemos», te dije, sacándome la máscara. «Así que tú eres la famosa Diente de Oro».

Te quedaste inmóvil. No alcanzaste a moverte ni a decir nada porque apagué mi cigarro en tu espalda con máximo placer.

Te lo merecías, por puta.

Y este era solo el comienzo.

CONTINUARÁ...

* * *

Sarita Mellafe nunca se arrepentía de nada. Quemar a la Diente de Oro no fue la excepción.

Apagó la punta del cigarrillo en la piel sudorosa de su espalda y casi al instante recibió un golpe en la cabeza. Silvana era rápida, agresiva y violenta y, aunque tratara de competir como una igual, Sarita no tenía su fuerza ni sus habilidades callejeras.

—¿Qué te pasa, loca de mierda? —le preguntó Silvana, sin entender el ataque.

Sarita reaccionó después de la bofetada y la miró, tratando de volver en sí. Mirar a la Diente de Oro y encontrarse de nuevo con sus ojos monstruosos fue suficiente para hacerla saltar de rabia.

—No tienes nada que hacer en esta fiesta, ordinaria —la enfrentó.

Se lanzó sobre ella con lo único que hacía falta, odio y fuerza, dispuesta a todo. Si hubiera tenido un cuchillo podría haberla matado. La agarró por el pelo y la empujó al suelo, pero la Diente de Oro la arrastró consigo y cayeron las dos. La botella de champaña rodó sobre el tocador del baño y se estrelló contra el piso. Aunque la quebrazón de vidrios la distrajo por un momento, la adrenalina liberada en la pelea y la ira que sentía al verificar que Lobo se había metido con la Diente de Oro la recargaron de una energía imbatible. Se concentró en no soltarla, en no dejarla escapar. De pronto se abrió la puerta del

baño, Mabel y Helia entraron y se quedaron petrificadas al verla en el suelo peleando con la acompañante de Duarte, la de vestido brillante color salmón que hacía un momento bailaba como si el mundo se fuera a acabar.

—¡Sara Mellafe! —le gritó Mabel Cruz sin ocultar el placer que sentía al constatar su humillación pública.

Silvana tomó a Sarita por los hombros y la levantó, defendiéndose. Ni Mabel ni Helia intentaron separarlas, sino al contrario, se quedaron mirando la pelea como si fuera la película de estreno un viernes por la noche.

—¡Suéltame! —Sarita se liberó y empujó a Silvana contra las casetas del baño—. Esta me la vas a pagar, puta de mierda.

—¿Qué me vai a hacer? —le preguntó Silvana, desafiante—. Conmigo no te la podís.

—Acércate a Álvaro y te mato.

—Y justo tenía ganas de darle unos besitos.

—Atrévete y me vas a encontrar.

—Chucha, qué miedo. ¿A quién estái amenazando, pioja?

Sarita Mellafe movió la cabeza y salió caminando a grandes trancos, sin mirar atrás ni prestarle atención a las caras de asombro y placer de la Iguana y la Hernia ni fijarse en la burla de la Diente de Oro, Silvana o como se llamase. Salió del baño angustiada y oyó la voz del idiota de Rick Astley cantando «Together Forever», una canción que le daba mucha pena porque la obligaba a recordar una época, cuando recién comenzaba a salir con Lobo y la ponían en todas partes.

—¿Se puede saber dónde estabas? —la interrogó Lobo, ansioso—. Te estaba buscando. ¿Vamos a bailar?

Lobo estiró las manos para rodear su cintura, pero al mínimo contacto físico Sarita se estremeció y lo detuvo.

—No me toques, Álvaro —le exigió, a punto de estallar en un ataque de llanto o de romperle la nariz—. ¡No quiero que me toques nunca más!

Sarita Mellafe no gritó ni lloró ni le dijo los insultos que creía que se merecía y que se iban acumulando en su cabeza por segundo. La avalancha de sensaciones la tenía guardada para después, cuando estuviera lejos de la voz insípida de Rick Astley y las miradas

repelentes de la Iguana, la Hernia, el huaso Duarte, la Guatona de los Mocos, los HombresN y todos esos engendros desagradables que anhelaban verla destruida, amargada y fea por culpa de las mentiras de Lobo.

AXEL S.

Es como una pesadilla.

Axel ve que Sarita escapa de Lobo y en ese momento ya sabe que todo se acabó: las mentiras de su mejor amigo terminaron por derribarlo. Pero él está obligado a insistir en su defensa, su compadre no tiene la culpa de nada.

La culpa, como siempre, es del huaso-fleto-cuma de Duarte.

Su némesis.

Para empezar, piensa Axel, hay que tener dos dedos de frente. ¿A quién se le ocurre invitar a la fiesta de graduación a una mina como la Diente de Oro? Existen ciertos límites que no se pueden cruzar, insiste con desagrado y rabia al mismo tiempo que intenta consolar a Lobo con todos los recursos que tiene para esa noche tan esperada, empezando por una botella de Chivas robada de su casa, un poco de marihuana y una sorpresa en polvo que llegó a sus manos a último minuto y que ahora le enseña a Lobo con los ojos bien abiertos, deseando probar. Lobo mira el paquete de coca en la mano de Axel. Están sentados en la Saveiro, en el estacionamiento de la Caledonia.

—No quiero —dice Lobo, sin mirarlo.

—Sí vas a querer —le asegura él, sacando una tarjeta de crédito y empezando a moler la coca sobre la caja vacía del casete *Permanent Vacation*, de Aerosmith.

—¿De dónde la sacaste?

—¿Y eso qué importa? Pasémoslo bien, es la fiesta de graduación, hermanito.

Lobo se queda inmóvil en el auto, enojado.

—No quiero drogas —aclara y su rostro no se mueve—. ¡Menos esa mugre y menos ahora!

—¿Por qué no, huevón? —le pregunta, sin poder creer que se niegue —. ¡La tenía guardada para esta noche!

—¿Cómo no te das cuenta, Axel, por la chucha? —lo enfrenta Lobo, perdiendo la paciencia—. ¡La Sarita lo supo todo! ¡Se fue sola, en taxi!

—Ya sabes lo que pienso. Deja que llegue, que llore y que patalee y

después lo niegas todo.

—¿Cómo lo voy a negar si la Diente de Oro le contó que la conocíamos? Además, no le puedo mentir.

—Claro que puedes. Siempre se puede.

Después de un rato Axel logra que se olvide por un momento de Sarita y lo convence de probar la coca. A veces se asombra al confirmar el poder que ejerce sobre su amigo. No es que Lobo no tenga carácter ni personalidad, los tiene, pero depende directamente de él, de lo que él disponga. Desde que eran un par de niños aburridos en otro colegio, el San Esteban, Álvaro Villalobos hace exactamente lo que le pida, por eso es su mejor amigo y lo quiere tanto. Axel no sabe por qué tiene esa influencia tan potente sobre él, el Lobo, Lobito, Lobezno, Lobisomem, el simpático, divertido, bueno para la pelota y malo para los estudios que siempre tiene una excusa absurda y una sonrisa para resolverlo todo. La amistad entre ambos se había consolidado cuando a Axel lo echaron del San Esteban por robarse una prueba de matemáticas y distribuirla gratis entre sus compañeros. Lobo lo siguió al colegio Andalucía y el resto era parte de la leyenda.

A veces Axel se preguntaba cómo un tipo tan encantador y sociable como su compadre había terminado de novio con Sarita. Amaba a Miss Mellafe, como la llamaba según una broma interna demasiado larga de explicar, pero no le hubiera gustado tener una relación sentimental con ella. Eso jamás. Demasiadas responsabilidades y pocos beneficios, como ocurría, por desgracia, con casi todas las niñas de su edad y clase social. Axel se consideraba un tipo romántico, pero lo agobiaban las mujeres difíciles, en su mayoría chicas católicas que tenía que trabajar a conciencia por uno o dos meses antes del primer beso, uno o dos años antes de quitarles el sostén, media década antes de la penetración. No tenía tiempo para tanto drama por un acto que le parecía tan simple y hermoso como el sexual.

Se quedan en silencio, sentados en el interior de la camioneta mientras desde la discoteca escuchan que se inicia la ronda de lentos con «Foolish Beat», de Debbie Gibson.

Aunque odia a Debbie Gibson y todo lo que huela a pop *bubblegum*, contiene a su amigo con las mismas frases que le ha repetido hasta el cansancio en otros estacionamientos de otras discos para calmar su ira

después de otras peleas con Sarita.

Que las parejas discuten.

Que debería ser más duro.

Que su novia es una bestia.

Que Sarita siempre volverá a sus brazos porque es el único hombre que conoce y el futuro padre de sus hijos.

—No hay nadie antes ni después de usted, socio —le dice Axel con sabiduría y años de circo—. Nunca lo olvide.

Lobo se acerca y antes de que pueda decir otra de sus frases célebres se quiebra en sus brazos y llora sin consuelo. Axel se siente incómodo con el contacto físico, pero no quiere pasar por frío o distante, menos en un momento tan difícil.

Es mi mejor amigo, piensa.

No es homosexual, asegura.

Tiene novia y siempre le han gustado las mujeres, repite en su mente, pero pasan los minutos y Lobo no se mueve de su lado, el abrazo sigue, sus brazos gruesos rodeando su torso lo ponen nervioso y debe respirar hondo para aplacar las ganas que tiene de liberarse y empujarlo lejos. Lobo no se mueve de su lado, como si fuera un cachorro con las manos atravesadas tocando su espalda a través de la camisa, su pecho, sus hombros. Le incomoda sentir su nariz tocándole el cuello, sus labios rozando al pasar el hueso de su clavícula, sus lágrimas de amor por Sarita mojándole la camisa.

Cuando está a punto de romper el momento y terminar el abrazo, su mirada se queda detenida en la entrada de la discoteca. Observa cómo Rodrigo y Valentina caminan desde el interior bajo el túnel de globos multicolores.

Ella se detiene y lo mira.

Él le hace cariño en el pelo y se acerca.

Ella no se mueve.

Él la besa.

Axel empuja a Lobo y se baja de la Saveiro pensando que el huaso Duarte debe morir.

DUARTE

La noche de mi fiesta de graduación podría haber resultado perfecta si no hubiera sido por dos detalles: se me perdió la Silvana y Axel Schumacher estuvo a punto de matarme.

La última vez que vi a la Silvana estaba en la pista, bailando con Sara Mellafe. Las dos practicaban pasos ridículos al ritmo de Los Enanitos Verdes y se reían, cuchicheando, haciéndose las íntimas amigas e intercambiando secretos mientras desde el otro lado de la discoteca Mabel y yo nos preguntábamos qué podían tener en común esas dos.

La Silvana y Sara Mellafe bailando «El extraño de pelo largo»: nunca me lo hubiera imaginado en mis diecisiete años de vida.

—¿De dónde la sacaste? —me preguntó Mabel.

—Es una amiga, ¿por qué? —le respondí, a la defensiva.

—Tiene harta personalidad tu amiguita —comentó Helia vigilando la pista.

—¿Y tú? ¿No la vas a acompañar? —siguió Mabel.

—Si me querís sacar a bailar tienes que pedírmelo nomás, Mabel —le dije, en broma.

Mabel Cruz, mi amiga, hermana y confidente desde que puse un pie en el colegio Andalucía, una mujer sabia, independiente y a la altura de los tiempos, puso los ojos en blanco y suspiró haciéndose la indignada.

En la pista, la Silvana siguió bailando rock latino y después salió con Sara Mellafe hacia el baño.

—¿A dónde vas? —le pregunté cuando pasó por mi lado.

No me respondió, haciéndose la interesante. Mabel me miró con cara de preocupación y extrañeza, y después volvió a sentarse con Helia a burlarse de los pasos de baile de los demás. El payaso de Schumacher y su perro guardián, el imbécil de Álvaro, pasaron por la pista a saltar y molestar a quien se les cruzara, por completo borrachos. Helia los acusó con uno de los apoderados que estaban a cargo, porque habían prohibido de manera estricta el ingreso de

bebidas alcohólicas. En represalia por la denuncia de Helia, los desgraciados le dieron vuelta un jugo de frambuesa encima de su vestido. Además, se rieron de Faúndez y Carmen Cecilia, que estaban bailando lento, acaramelados, y torturaron al disc-jockey por poner dos veces «You Give Love a Bad Name», de Bon Jovi.

Sin que nadie me viera salí a tomar aire, aunque en realidad necesitaba otra cosa. De modo inconsciente, supongo, estaba echando de menos a Valentina, parado en la terraza de la discoteca mientras a mi alrededor algunos de mis compañeros brindaban por la salida del colegio con pisco de contrabando y otros aprovechaban para despedirse con besos y abrazos apasionados. Pasó un buen rato. De pronto vi a Valentina caminando entre las parejas que se besaban. Levantó la cabeza y se llevó una mano a la boca, asombrada.

—¿Los viste? —me preguntó, gesticulando y a susurros—. Por favor, dime que los viste, Duarte.

—No, ¿qué pasó? —reaccioné, intrigado y nervioso, cuestionándome como un estúpido la posibilidad de que hubiera oído mis pensamientos.

—Faúndez con la Carmen Cecilia, por favor, míralos —se burló.

Alejandro Faúndez y Carmen Cecilia Alarcón eran una de las parejas que se besaban. Habían empezado bailando un lento de Debbie Gibson en la pista, hacía rato, y ahora estaban perdidos en la oscuridad, despidiéndose. Ninguno de los dos pertenecía al círculo social de Valentina. Faúndez era uno de los delegados de la sala de computación, o sea, miembro fundador de los odiados HombresN y el mejor ejemplo de un nerd según el concepto de Schumacher y sus amigos; y Carmen Cecilia pertenecía a la pastoral del colegio, o sea, otra relegada social de la que todo el mundo se burlaba. Ambos eran el último eslabón en la cadena alimenticia del colegio, el peldaño más bajo en la escala de la popularidad.

Valentina trató de disimular sus carcajadas y yo me quedé mirándola, sin preocuparme de los demás, para variar preguntándome qué decir, cómo reaccionar, qué expresar, qué ocultar y cómo hacerlo para que no se notara tanto mi amor por ella.

—¿Por qué tanta risa? —le pregunté con curiosidad.

—No sé. —Se puso seria y nerviosa, cortando las bromas—. Lo que

pasa es que no me los imaginaba juntos.

—Para ser bien franco, yo tampoco, pero... —La miré a los ojos—. Supongo que esas cosas pasan.

—¿Qué cosas?

—No sé. Es la última vez que vamos a compartir todos juntos, el curso entero.

—No es cierto —me corrigió en el acto—. Se te olvida el paseo a Aurora.

—Ni me hables del paseo. —Me detuve un segundo, perdido en sus ojos que no dejaban de inquietarme—. Mi mamá quiere ir todos los días al camping a cocinar para el curso.

—Qué amorosa tu mami. Seguro que cocina exquisito.

—Le dije que no fuera. Si quieres probar su mano vas a tener que venir a mi casa.

—¿Es una invitación? —me preguntó, y en ese segundo sentí que todo a mi alrededor se desvanecía como si fuera líquido. Caían los muros de la discoteca Caledonia, se esfumaban los compañeros, se apagaba la música y solo quedábamos ella y yo frente a frente, en silencio.

¿Existía alguna posibilidad de que Valentina Cervantes Leighton me estuviera coqueteando?

Seguimos callados. De nuevo, el vacío y el silencio que había que llenar como fuera.

¿Qué más podía decirle a Valentina Cervantes que ya no supiera? Estaba a punto de intentar alguna pregunta trivial, como si había leído alguna novela interesante, o si había tenido tiempo para ir al cine, pero antes de que pudiera articular algo coherente ella se me adelantó:

— ¿Ya decidiste lo que vas a estudiar, Duarte?

No sé si fue la mueca que hice o el movimiento de mis manos, que empezaron a entrar y salir de los bolsillos de los incómodos pantalones de mi terno, pero Valentina de inmediato se arrepintió de lo que había dicho. Su cara la delató.

—No sé todavía, Cervantes —le respondí intentando ser irónico, pero no era mi estilo y el comentario me salió antipático.

—Perdona, Rodrigo —precisó, avergonzada—. Es que estoy tan acostumbrada a llamarte por tu apellido, que...

—No importa, da lo mismo —la detuve. No quería hacerla sentir mal, al contrario—. A mí me gustaría estudiar cine, pero aquí en Chile no se puede.

Me miró con cara de confusión. No era la respuesta que esperaba.

—Ah, ¿no se puede?

—No. La única escuela de cine que existía la cerraron los milicos.

—No me extraña —comentó, dejando clarísimo que conocía los hechos y cuál era su postura—. Mi mamá siempre hablaba del *oscurantismo* de los primeros años de dictadura, me acuerdo. Hasta la palabra da miedo, ¿no encuentras?

Asentí con la cabeza. Ella hizo una pausa, me imagino que fue para recordar a Laura Paz Leighton, su famosa y premiada mamá periodista, y luego siguió dejándose llevar por ese repentino interés hacia mí.

—¿Y entonces dónde vas a estudiar? —me preguntó y por un segundo pensé que su curiosidad era sincera.

—No sé —le respondí, pensativo—. Dependiendo de cómo me vaya en la prueba a lo mejor postulo a algo como Literatura o Sociología, pero la verdad es que no tengo nada claro.

—Yo tampoco —declaró.

—¿Cómo? Yo pensé que ibas fijo a Periodismo.

—Bueno, sí, algún día me gustaría llegar a ser una buena periodista y...

—Igual que tu mamá.

A la mención de su mamá pareció que me daba las gracias, que se le iluminaba la cara y que entrábamos al fin en un terreno de confianza al que antes ni siquiera nos habíamos acercado.

—Ojalá llegue a ser la mitad de buena periodista que mi mamá —dijo, entusiasmada ante el futuro que se avecinaba—. Con eso me conformo.

—Y lo vas a ser, seguro que vas a estudiar y vas a ser brillante —le prometí y lo hice de corazón porque sabía que ese sería su destino; para alguien como Valentina el éxito era la única posibilidad—. Eres la mejor alumna que ha pasado por el colegio Andalucía.

—Como si eso significara algo —aclaró con modestia—. La universidad es otra cosa, Rodrigo.

Más silencio. Pensé que tenía una infinidad de cosas que decirle y tan poco tiempo. Era la primera vez que hablábamos tanto rato, que me trataba de Rodrigo y no de Duarte, que me preguntaba por mis intereses personales y que nadie nos interrumpía con gritos o sobrenombres. No sabía por dónde empezar la conversación y elegí el peor de los temas, el menos conveniente y el que más me enfurecía.

—Te mereces mucho más que ese imbécil —dije de pronto, decidido, aunque consciente de los riesgos que estaba corriendo.

Valentina abrió los ojos, impresionada y molesta con mi breve intervención. No se la esperaba. Había transgredido todos los límites de nuestra incipiente confianza.

—Perdón, ¿y ese comentario por qué? —preguntó con asombro. Seguro creyó que estaba ebrio, igual que su querido Axel—. ¿Tanto crees que me conoces?

—No, no sé, puede ser —tartamudeé, reculando y tratando de salvarme de su abrupta mirada de odio—. Yo creía que sí te conocía, pero ahora que te veo con Schumacher me doy cuenta de que no, que en realidad no te conozco nada. Yo te imaginaba de otra forma.

—Entonces es tu problema. Tienes demasiada imaginación.

Tres años. Mil noventa y cinco días habían pasado desde esa mañana de marzo, cuando me recibió en el patio del colegio y me dejó sin aire.

—No te enojes.

Tres años admirándola en secreto, pensando en sus ojos, imaginando que iba a llegar el minuto en que se daría cuenta de mi existencia.

—Esto se supone que no te lo iba a decir nunca, Valentina, pero...

Tres años de ilusiones, declaraciones a la almohada y películas proyectadas en 35 milímetros en la pantalla Cinerama con Sensurround que tenía instalada en mi cabeza nerd.

—Ya sé que estás pololeando con Schumacher y que no te voy a ver nunca más, así que ahora me atrevo a decirte lo que...

Me miró con atención, nerviosa, como si supiera con exactitud lo que estaba a punto de confesarle. Seguro no era la primera vez que le pasaba. Era obvio que había estado en la misma situación antes, con otros galanes mediocres y muertos de miedo tratando de expresar con palabras lo que sentían antes de enfrentarse a la humillación inexorable del rechazo.

—Yo pienso mucho en ti, Valentina —le dije fuerte y claro para que me escuchara todo el mundo—. Desde siempre.

Silencio. No sé qué música se escuchaba desde la Caledonia en ese momento. Me encantaría saber, aunque estoy casi seguro de que era «Where Are You Now?», de Jimmy Harnen, pero esa balada salió el 89, así que técnicamente es imposible. En realidad, en ese momento ya poco importaba la canción porque todo lo que no era Valentina Cervantes había desaparecido. No existía nada más.

—No sé qué decirte, Rodrigo —me dijo, nerviosa, encogiéndose de hombros y buscando las palabras precisas para no herirme.

—No tienes que decir nada —respondí para calmarla.

—Todo bien —se apuró en aclarar, a la defensiva—. Cero drama.

—A lo mejor debería haberme quedado callado, pero ¿qué importa a estas alturas? —La miré, alerta a su reacción—. No pierdo nada. Seguro que después de esta noche no te volveré a ver nunca más.

—No entiendo por qué dices eso —reclamó, enojada.

—Porque es la verdad —le expliqué—. En estos tres años no es mucho lo que hemos hablado.

Se quedó quieta, pensando, con la misma cara que ponía en clase al tratar de sumar fracciones, entender logaritmos o resolver una ecuación.

—Bueno, nunca es demasiado tarde —reconoció, segura, casi tomándolo como un proyecto escolar o como una tarea más del Centro de Alumnos—. Es cierto lo que dices, nos conocemos poco, pero yo sé que no eres como los demás. Eres un gallo inteligente, sensible, educado y por eso...

Era como el final de la película, el momento en que se acababan los conflictos del protagonista porque ya había logrado lo que más anhelaba. La chica por la que tanto había luchado ya estaba entre sus brazos después de noventa minutos de sufrimiento y obstáculos. Muchos obstáculos.

—Llevo tres años metido en ese colegio —le recordé, intenso, pero sin quejarme, porque me sentía feliz—. Tres años pensando que iba a llegar este momento y justo cuando llega, resulta que es el último día de nuestras vidas juntos y ya no te voy a ver en las mañanas con cara de sueño ni tomando café con leche en los recreos ni reclamando por

los derechos de tus compañeros en el consejo de curso. Se acabó.

Valentina se acercó y me calló con un beso en la mejilla. Me quedé inmóvil, sin saber qué hacer. Era cosa de decidir: o me quedaba atrás, con los perdedores, y me resignaba a ser un pobre huaso bruto sin carácter ni experiencia, como decía el payaso Schumacher, o me atrevía con todo.

—Te juro que nos vamos a seguir viendo, Rodrigo —me prometió.

Esa fue la señal, el empujón que necesitaba. Me acerqué y sin pedir permiso le di un beso en la boca.

Pensé en los probables escenarios.

a) Valentina podía empujarme lejos y darme una bofetada. En este caso le pediría disculpas y me iría corriendo a buscar a la Silvana para esfumarme lo antes posible.

b) Valentina también podía pararme y explicar lo que ya era bastante evidente, que después de muchas idas y vueltas por fin estaba intentando una relación seria con Axel Schumacher, por eso no podía aceptar el beso, aunque sí mi amistad sincera. Esta era la opción más probable y también la más deprimente.

Al contacto con sus labios pensé si sería primera y última vez, debut y despedida. ¿Cuántos besos más como ese se sucederían a lo largo de nuestras vidas?

Valentina no me alejó de su lado ni tampoco interrumpió el beso. Al contrario, me tomó las manos con suavidad y se dejó llevar, guiándome con sus propios labios.

Fueron cinco segundos en el paraíso, aunque para mí fue el premio después de tres años de quererla en silencio. Por mi cabeza pasaron otra vez las mañanas de invierno, cuando llegaba muerta de frío y me saludaba desde la puerta de la sala; o cuando había clase de Educación Física y secretamente nos mirábamos desde un extremo de la cancha de fútbol; o en las fiestas, recitales, festivales y para la semana del colegio, cuando nos dejaban usar ropa de calle y se veía más linda que nunca con el cintillo rosado al pelo y sus jardineras de mezclilla.

Después de tres años, en esa noche inolvidable en la comuna de La Reina, por fin la tenía entre mis brazos.

El beso continuó hasta que tuvimos que separarnos para tomar aire y mirarnos a los ojos. Ahí estábamos los dos, reconociéndonos, serios y

conscientes de lo que acabábamos de hacer, con los pulsos agitados, las respiraciones entrecortadas y la sensación de que habíamos descubierto algo nuevo en medio de la noche.

Valentina suspiró, no sé si para volver a besarme o para decirme algo, cuando una voz tan desagradable como conocida nos envenenó el momento para siempre.

—Suéltala, huaso.

Me tomó del cuello y me empujó al suelo. Sentí que me pateaba la espalda y los testículos tratándome de picante de mierda, huaso culiao y roto metido a gente. Escuché los gritos de Valentina y de otras mujeres del curso que intentaban calmarlo. De repente sentí que con los golpes se me cortaba la respiración y no me importó. Schumacher seguía pateándome en el suelo mientras juraba que me iba a hacer desaparecer, que me iba a aplastar como a un insecto, que nunca me iba a olvidar de la maldita fiesta de graduación.

No me importó, porque estaba feliz.

Había besado a Valentina y no existía amenaza ni pateadura que pudiera borrarme su recuerdo.

4

La banda sonora

SILVANA

Jueves 10 de diciembre de 1987
5.59 AM
Dos días antes del fuego

Cinco días después de haber desaparecido de la fiesta de graduación, Silvana se levantó temprano. A las seis de la mañana ya estaba calentando la leche para el desayuno. La noche anterior había tenido otra de esas peleas con su madre.

No quería seguir pensando en lo que había pasado en la discoteca. No era su culpa y esperaba que Rodrigo algún día pudiera entenderlo. Ella también podía hacerse la ofendida y no responder sus recados; también podía colgar el teléfono si él la llamaba o cruzar la vereda para evitar encontrárselo cuando la mandaban a comprar al pueblo; también tenía derecho a indignarse porque la había dejado botada en una fiesta llena de cuicos prepotentes para irse con la Desabrida, esa flaca que lo hacía perder la cabeza y convertirse en otro Rodri, uno raro y desconocido para ella.

Valentina Cervantes, así se llamaba la Desabrida.

Veinticuatro horas después de aquella dichosa fiesta de graduación, Silvana pensaba que jamás sería capaz de perdonarlo; pero con el paso de los días, y como era bastante esperable, el corazón se le había ablandado. Ya era capaz de reconocer su parte de la culpa —mezclar pisco con champaña, bailar Samantha Fox y Los Enanitos Verdes como una loca y después irse con el Rucio— y podía entender que estuviera molesto con ella.

Después del desayuno dejó la loza lavada y seca para evitar nuevos encontrones con su madre. Salió del camping a las siete de la mañana con la misión de no seguir pensando en la fiesta ni en la Desabrida. Corrió por la playa hacia el sur y casi de inmediato se acordó de Rodri; tal vez cuando volviera del trote podía pasar por su casa. Quizás podía pillarlo desprevenido y por fin, después de cinco días interminables de angustia y desazón, hablar con él para aclarar las cosas. Ya no le importaba lo que había pasado con la Desabrida, no le preocupaban los besos ni los abrazos que seguramente se habían dado. ¿Se habrán acostado?, se preguntó, aunque no lo creía probable, porque la cara de monja se le caía al suelo. De verdad prefería no saber nada porque después, cuando se quedaba sola y aburrida en su pieza, le daba con ponerse a imaginar, a martirizarse y a echarse la culpa y no era una sensación agradable. Tal vez la Desabrida no era tan insípida, a lo mejor tenía algún sabor. Quizás no era tan monja y lo que decían era cierto, que las que se hacen las mojigatas siempre son las peores. Verdad o no, a Silvana no le hacía bien pensar en la posibilidad de perder a Rodrigo ni de compartirlo con otra. Menos con ese tipo de mujer que conocía tan bien.

En la vida se había topado con otras tan desabridas como Valentina Cervantes. Niñas lindas y de buena familia, criadas en casas con empleadas domésticas y porcelana fina. *Chiquillas bien*, como llamaba su papi a esas turistas blancuchentas y rubiecitas que después de un rato al sol se ponían como pancoras a medio hervir. Señoritas educadas en colegios de monjas que pedían permiso para todo, que vivían de las apariencias y el qué dirán. No las soportaba, se llevaba pésimo con esa clase de mujeres porque eran lo opuesto a ella. De Silvana podían comentar una infinidad de barbaridades, inventarle romances prohibidos, amantes viejos e historias sórdidas, echarle en cara su historial completo de errores y escándalos varios, pero jamás iban a acusarla de cínica o mentirosa, de hacerse la tonta o la santurrona, porque nunca lo había sido. Ese no era su estilo. Silvana era como era y todo Aurora lo sabía.

Siguió bordeando el lago a pies descalzos, con las zapatillas en la mano. Ya estaba acostumbrada al contacto con la tierra mojada y las pequeñas heridas entre los dedos. Trotó a paso medio hasta el muelle y

pensó en atravesarlo, pero vio un grupo de pescadores recogiendo sus redes y se asustó. Respiró hondo y sin detener su trote decidió seguir de largo, siempre al sur por la ribera oeste.

Quince minutos después todavía no sentía cansancio y ya estaba llegando a la Península, el sector más exclusivo del lago Aurora y cuyo acceso a la playa estaba restringido para todo el mundo que no fuera propietario, menos para ella y Rodrigo, porque tenían un atajo clandestino para entrar. Esta vez no quiso colarse. Siguió corriendo a grandes trancos y pensando en él, en la Desabrida, el Rucio, el Moreno y esa Pioja Petulante tan desagradable, los compañeros de curso del Rodri. Todavía no entendía bien cómo habían llegado a las manos con la Pioja, aunque desde el principio no le dio confianza. Tampoco sabía si el Rucio la había invitado a su casa después de la fiesta porque quería acostarse con ella o solo para sacarle información.

A esas alturas todos los compañeros sabían que Silvana había conocido hacía mucho tiempo a Axel y Lobo, el Rucio y el Moreno. Primero por su amiga Julita, en una disco de la comuna de San Miguel, en Santiago: ella se acordaba perfecto de todo, hasta de la minifalda de mezclilla nevada que llevaba puesta y de las canciones de Rick Astley y Bananarama que había bailado; y después en Aurora, durante una inolvidable semana de verano, la Semana Aurorina, que gracias a las preguntas de la Pioja Petulante en el baño de la Caledonia estaba reviviendo como si fuera ayer mientras se alejaba de la península Buenaventura y seguía corriendo por la ribera oeste del lago.

A pesar de los dramas y las peleas aún sin solución, la noche de la fiesta lo había pasado estupendo. Eso pensó cuando se le quitaron la resaca de la champaña y la furia con Rodri por haberla abandonado. No se arrepentía de nada de lo que había hecho con el Rucio, que tampoco era tanto. Recién entonces Silvana pudo recordar los detalles.

Del bikini fucsia furioso que le prestó para bañarse.

De sus manos grandes empujándola a la piscina y después abrazándola para que se le pasara el frío.

De los primeros besos locos que se dieron.

De sus ojos verdes o azules, nunca supo bien, vigilándola al amanecer.

De su lengua larga que no pedía permiso.

De su traje de baño Ocean Pacific color calipso brillando debajo del agua y abultándose entre sus piernas cuando ella lo rozaba con su cuerpo.

De su cara de odio cuando le avisó que esa noche no iba a acostarse con ella.

—No puedes dejarme así —le dijo indicando lo que guardaba debajo del calipso Ocean Pacific—. ¿Por qué no quieres?

—No es que no quiera, pero... esta noche no —le aclaró antes de que siguiera insistiendo—. Nos conocemos repoco todavía como para...

—¿Cómo que poco? —la interrumpió él, abriendo los ojos con mayúscula sorpresa—. ¡Nos conocemos demasiado!

—¿De dónde, a ver? —Lo empujó de vuelta a la piscina, desafiándolo, medio en broma—. ¿De dónde nos conocemos?

—Te conozco por la Julita y después cuando mochileamos con el Lobo. ¿Cómo me voy a olvidar de ti, preciosa? Tendría que estar loco.

—No te creo nada, ¿sabís? —Se quedó mirándolo.

—Créeme. Igual me he acordado ene de ti —le confesó—. Te va a sonar raro, pero eres muy especial...

—No me digas. —Abrió los ojos, casi a punto de caer—. Si soy tan especial, ¿cómo me llamo?

—¿Cómo?

—Dime cómo me llamo.

La playa junto al lago terminó en un roquerío. Silvana siguió corriendo por el sendero que subía hacia los cerros mientras las palabras y las caras de Axel seguían provocándola con la misma intensidad y rudeza de esa noche.

—Si soy tan especial, seguro te acuerdas de mi nombre. ¿Cómo me llamo? —le preguntó una vez más, levantando la voz.

A lo lejos, en el tercer piso de la casa llena de salas y corredores donde vivía Axel Schumacher, se encendió la luz de un dormitorio. Él le explicó que vivía con una tía, pero que nadie los iba a molestar. Si por casualidad la señora aparecía, lo único que tenía que hacer era ignorarla. Silvana se quedó mirándolo, todavía enojada con él y sin la respuesta que estaba esperando.

—Perdona, es que soy bueno para las caras, pero malo para los

nombres —se excusó él, tratando de calmarla—. Además, yo te conozco por tu apodo.

Silvana levantó la cabeza, atenta a lo que iba a salir de su boca, y se quitó el pelo de los ojos.

—Te conozco como la Diente de Oro.

Axel sonrió, mostrando su alba sonrisa en la penumbra. Sujetó su mano y a la fuerza la ubicó entre sus piernas. Silvana sintió la dureza bajo el traje de baño y por un segundo se quedó inmóvil, sin saber qué hacer, descolocada.

—Mira lo que te estás perdiendo, por mañosa.

Solo en ese segundo reaccionó y se lanzó sobre él. Lo abofeteó a tientas, con toda la fuerza que le permitían sus nervios. La rabia le nubló la vista, le paralizó los músculos. Aunque le dolía el corazón, no dejó que él se diera cuenta. Alcanzó a sujetar su cabeza con las manos y a hundirlo bajo el agua. Durante unos segundos se quedó inmóvil, con los ojos abiertos, como asumiendo su castigo.

—¿Qué fue lo que me dijiste? —le preguntó, sin soltarlo—. ¡Repite lo que dijiste!

Axel permaneció sumergido bajo el agua y de pronto se incorporó, en un solo movimiento la rodeó con las manos y la empujó contra el borde de la piscina.

—No sabes lo que te pierdes —le advirtió.

Silvana lo empujó, alejándose de él, y salió de la piscina sin dirigirle la palabra. Axel dio unas brazadas bajo el agua como si nada hubiera pasado hasta que apareció su tía Olaya muerta de preocupación por los gritos y entonces los dos se trenzaron en una discusión que Silvana no quiso interrumpir. Ya estaba amaneciendo. Cuando por fin salió del agua, Axel le pidió disculpas por su actitud y le ordenó a su tía que le diera algo de plata para un taxi. Silvana se quedó quieta con una toalla sobre los hombros.

—¿No me vas a ir a dejar?

Axel no respondió y se perdió en uno de los corredores de la casa.

El recuerdo de la burla de Axel, y especialmente de ese sobrenombre que una década después de haber sido inventado todavía tenía el poder de enfurecerla, la hicieron reaccionar. Se quedó casi sin aliento, enrabiada en medio de la nada, rodeada por unos sauces a la orilla de

un camino desconocido, y en ese momento se dio cuenta de que no sabía dónde estaba. Hacía un buen rato había dejado de mirar a su alrededor.

Todo por culpa del rucio Schumacher.

Caminó hacia la carretera para volver al pueblo y en el trayecto se propuso no volver a pensar en hombres. Ni en Rodri ni en el Rucio infame. Pensó que en realidad todos los hombres eran unos infames.

En la entrada principal de Aurora retomó el trote. Cuando llegó a la plaza vio que un bus de turismo cruzaba por un costado de la plaza. Se quedó mirando con curiosidad y nervios. La temporada de verano por fin estaba comenzando. El bus pasó frente al restaurante Loyola y en ese momento se dio cuenta de que eran ellos, los compañeros de Rodrigo. En una de las ventanas vio a la Pioja Petulante con la Desabrida, las dos asomadas tomando fotos como si Aurora fuera el África y ella un animal más del safari.

VALE

Jueves 10 de diciembre de 1987
8.30 AM
Dos días antes del fuego

El día está nublado, pero poco le importa. El bus con el logo del colegio Andalucía avanza por la carretera Panamericana hacia el sur, y Valentina tiene tantas cosas en qué pensar que la falta de sol es la más simple de sus preocupaciones. Le sobran motivos para estar nerviosa y hasta un poco malhumorada. Para empezar, el parloteo constante de Madelin, la mamá de Sarita, con el señor Rivera, el profesor jefe, que no dejan de comentar todo lo que ven a su alrededor. Además de sus voces molestas, no debe olvidar el innecesario drama que desde la fiesta de graduación tiene con Axel, un conflicto que a estas alturas no entiende ni le interesa.

Valentina ha tratado de tomar distancia. Apenas ha respondido las llamadas indispensables, las que tenían que ver con el paseo o los detalles de la graduación. Nada de temas personales con el señor Schumacher. Por ahora es mejor así, considerando todos los antecedentes que ha recopilado sin siquiera intentarlo: la avalancha de chismes, algunos de verdad malintencionados, sobre lo que había pasado después de la Caledonia con la amiga de Rodrigo; los otros rumores igual de horribles sobre Duarte y la misma Valentina, todos azuzados por las lenguas venenosas de Mabel Cruz y Helia Parraguez, que los habían visto besándose y con quienes pensaba tener una larga conversación apenas se instalaran en el camping; la ley del hielo total y absoluta a la que la tenía sometida Sarita desde la fiesta; y, por supuesto, lo más importante, las llamadas de Rodrigo.

En los últimos cinco días, desde el momento en que se separaron en la puerta de su casa, ha hablado con él tres veces diarias. En la mañana, después de almuerzo y tarde en la noche, después de las noticias. Quince llamadas, en total.

Primero Valentina marcó su número para darle las gracias por

llevarla a su casa después de la fiesta de graduación y también ser tan caballero. Muerta de vergüenza preguntó por él y cuando Rodrigo la atendió se puso tan histérica que no supo bien cómo explicarle el motivo de su llamada.

—Gracias por todo, Rodrigo —se apuró en decir y luego le colgó.

Seguro pensó que estaba loca.

Después la llamó él. Le preguntó cómo estaba y enseguida le advirtió que, a diferencia suya, no tenía una razón concreta para marcar su número. Solo quería escuchar su voz. Valentina no lo dijo, pero lo pensó: para ser un nerd, Rodrigo Duarte sabía bastante bien cómo llamar la atención de una niña.

La llamada la dejó pensando. Se acordó de la disco Caledonia y de la terraza de los besos, de sus compañeros de curso abrazados en la oscuridad y de Rodrigo declarándole su amor desde segundo medio. Al día siguiente, trasnochada y sin ánimo, se pasó el día reflexionando sobre lo ocurrido.

Una parte de Valentina estaba emocionada y confundida, porque sabía que detrás de los besos con Rodrigo había algo más. Su otra mitad se preguntaba con desesperación qué podía hacer para limpiar su reputación manchada. Como presidenta del Centro de Alumnos, pensaba esta Valentina mojigata y convencional, que tal vez era la verdadera, no podía exponerse a esa clase de escándalos, menos con un compañero de curso.

Rodrigo volvió a llamarla esa noche, la del segundo día después de la fiesta, y aunque hablaron una hora y media ella no le contó nada de sus cuestionamientos. Rodrigo empezó a llamarla al menos una vez al día. Sin permiso ni motivos, solo para conversar. Hablaban de música, de películas y de algunos programas de la tele. Él se interesaba por sus temas y proyectos; a ella le parecía que era totalmente distinto a los demás tipos de su edad, pensaba que tenía un mundo fascinante y no le cabía ninguna duda de que a corto plazo sería un hombre exitoso.

—El cielo es el límite —le había asegurado en la última llamada antes del paseo—. Estoy segura de que vas a ser el mejor cineasta de este país.

Ahora, cinco días y quince llamadas después, sus inseguridades han desaparecido, piensa mientras observa el TDK que Axel y Lobo

encontraron en su mochila, el que le grabó Rodrigo y que dice con lápiz pasta azul *CANCIONES PARA CONOCER EL LAGO AURORA*.

Ve que Sarita está sentada al final del bus, sola, con anteojos oscuros, sin mirar a nadie, indignada porque su mamá decidió a última hora ser parte del pequeño comité de apoderados acompañando el paseo y, además, porque ya van a ser las diez de la mañana y Axel y Lobo no se han aparecido. Eso significa que su amiga se va a quedar sola, piensa Valentina mirando por la ventana mientras a lo lejos puede oír la voz gangosa de Helia Parraguez desmenuzando el último rumor del Cuarto A.

—... hasta que lo logró. El que la sigue la consigue —susurra pensando que nadie puede escucharla—. ¿Has hablado con él?

—Nada —le responde Mabel, cortante—. Y no me interesa. La inconsecuencia es un defecto que me duele mucho y Rodrigo lo sabe bien. Que se haga el tonto es otra cosa.

Valentina gira la cabeza y vigila hacia atrás, mirando a través de la abertura que queda entre los asientos del bus. Ahora el señor Rivera duerme junto a Madelin mientras ella se queja del clima con otras dos apoderadas.

—No te hagas mala sangre, Duarte no vale la pena —le aconseja Helia a Mabel, negándose a cortar el tema y sin darse cuenta de que Valentina las vigila, dos hileras de asientos más adelante.

—No me digas lo que tengo que hacer, por favor —le pide Mabel, molesta—. Yo conozco a Rodrigo mejor que tú, mejor que nadie, sé que él es distinto.

—Sea como sea, igual es hombre —le recuerda Helia—. Que nunca se te olvide ese detalle.

Mabel la ignora y se pierde entre las páginas de un deteriorado ejemplar de *Abaddón el exterminador*, de Ernesto Sábato.

—¿Mabel? No te pongas así —le pide Helia, arriscando la nariz—. Por favor, por lo que más quieras, no te enojes conmigo.

Valentina ve que Mabel Cruz, siempre un enigma sin solución para ella y todos aquellos que tenían la suerte inusual de conocerla, se levanta y se cambia de asiento, lejos de su única amiga. Helia la sigue con la mirada, roja de indignación. Valentina se fija que está a punto de ponerse a llorar.

Desde su sitio al final del bus Sarita observa a Mabel Cruz con desprecio, como lo hace a diario y en venganza desde segundo medio, después de que Mabel la denunciara a la dirección del colegio y a Carabineros de Chile por intento de secuestro.

La noticia había sido el gran escándalo de los últimos años de enseñanza media y había terminado con la suspensión de Sarita por dos semanas. Aunque ella reclamaba su inocencia, Valentina sabía que mentía. Con Axel habían sido los artífices de una broma ridícula. Después de una clase de Educación Física, asignatura donde Mabel Cruz era el blanco predilecto de bromas de dudoso gusto, siempre inventadas por Axel y donde los temas eran su sobrepeso o su regla, a Sarita se le había ocurrido esconderle el bolso de gimnasia en el camarín de hombres. A esa hora, cuatro y cuarenta y cinco de la tarde, los alumnos ya terminaban la jornada y estaban ansiosos por volver a sus casas. Cuando Mabel fue a buscar su mochila, Sarita cerró la puerta con una llave que le había robado al auxiliar del colegio. Así, quedó encerrada durante doce horas en el camarín vacío y fétido a suciedad masculina, sin poder volver a su casa ni comer ni hablar con su familia. La broma quedó guardada en los anales del colegio Andalucía y selló para siempre el odio que existía entre Sarita Mellafe y Mabel Cruz.

Valentina abre la caja del casete y lo inserta en el walkman. Sarita la vigila desde el final del bus y ahora practica sus legendarias caras de desprecio con ella, las mismas que después utilizará con Lobo, si el infeliz se aparece algún día.

Recordando tu expresión
vuelvo a desear
Esas noches de calor
llenas de ansiedad
Sofocado por el sueño y la presión
Busco un cuerpo para amar
La distancia va perdiendo su espesor
Pronta entrega, por favor.

CANCIONES PARA CONOCER EL LAGO AURORA

LADO A

Primera entrega Virus 4:38
Never Let Me Down Again Depeche Mode 4:47
Wish You Were Here Pink Floyd 5:34
Every Breath You Take The Police 4:12
Blue Monday New Order 7:29
Smoke Gets in Your Eyes The Platters 2:40
Save a Prayer Duran Duran 5:32
Love, in Itself Depeche Mode 4:29
Dark Entries Bauhaus 3:51
Messages OMD 4:05
¿Por qué los ricos? Los Prisioneros 4:56
Estar solo Los Prisioneros 4:32
Evelyn Los Prisioneros 4:24
Please Let Me Get What I Want The Smiths 1:52

LADO B

Haunted When the Minutes Drag Love and Rockets 4:32
But Not Tonight Depeche Mode 4:15
Imágenes paganas Virus 4:20
Lost The Church 4:48
In Between Days The Cure 2:57
The Great Commandment Camouflage 4:26
Destination The Church 5:52
Somewhere in My Heart Aztec Camera 4:01
Tus viejas cartas Los Enanitos Verdes 3:31
A Forest The Cure 5:54
Of All the Things We've Made OMD 3:30
A Question of Lust Depeche Mode 4:29

El bus se detiene en una escuela agrícola donde Madelin y el señor Rivera insisten en comprar miel y huevos de campo. Todos se bajan. Valentina se hace la mareada y se queda en su asiento. Piensa en dormitar un poco y seguir escuchando el casete hasta llegar a «Tus

viejas cartas», que le gusta y la emociona hasta el llanto y que, desde ahora, después de oír el casete, la obligará a pensar en Rodrigo Duarte. Está repasando la letra de la canción, que es un poco cursi aunque igual hermosa, y se acuerda de otra de Los Enanitos Verdes que se llama «Sumar tiempo no es sumar amor».

—Galla, ¿podemos hablar?

Sarita está de pie junto a su asiento.

—Claro. —Valentina asiente con la cabeza y presiona STOP en el walkman justo cuando están empezando los primeros acordes de «A Forest», un tema de The Cure que ella no conocía y que Rodrigo le había prometido tocar en la guitarra una noche de ese fin de semana.

Sarita baja la vista y mira el walkman. A través de la tapa de plástico transparente se ve el casete detenido y lo que está escrito en el Lado B: *CANCIONES PARA CONOCER EL LAGO AURORA*.

—Sigo furia contigo —declara—. No entiendo cómo dices que eres mi mejor amiga y mírate. ¿Me has preguntado cómo estoy o cómo me siento? ¿Me has llamado para saber si sigo viva?

—Ay, Mellafe, no seas exagerada, te llamé y...

—¡Eres pésima amiga! —le grita sin miedo a que la oigan.

—Acabo de terminar una relación de tres años y medio con un hombre con el que pensaba casarme, tener hijos y una familia, pero a ti para variar te da lo mismo, ¡te resbala, igual que todo!

—Claro que me importa lo que te pase, Mellafe, pero...

Sarita Mellafe pone los ojos en blanco y en ese instante Valentina se estremece de miedo porque sabe que nada de lo que diga o haga servirá para calmarla. No importa cuántas veces pida perdón, ella siempre le echará en cara su error.

—Perdóname, Sarita —es lo único que se le ocurre decir.

—Me mintió, galla... me mintió.

—Llora, desahógate. Te va a hacer bien.

—Nos íbamos a casar... —Su voz se quiebra y por un segundo a Valentina le parece que se va a quedar muda, pero luego continúa con más dolor—. Y me mintió, galla... ¿quién sabe cuántas veces más me mintió? A mí, a mí que soy la que más lo quiere. ¡Conocían a esa rota, la Diente de Oro! ¡Los dos con Axel la conocían! ¡Se la agarraron, Vale! ¡Se la agarraron entre los dos!

—No sigas pensando en eso, no te hace bien —la calma e intenta no parecer demasiado sorprendida con la última frase, un detalle que no manejaba y que le cuesta imaginar—. Esa niña no tiene la culpa, ella solo fue a una fiesta acompañando a alguien y se encontró con...

—¿Cómo puedes defender a esa ordinaria?

—No la conozco, no la puedo defender.

—¡Asquerosos! ¡Son unos *chuleros* asquerosos!

De pronto Sarita Mellafe escucha el ruido de un motor que reconoce. Mira a Valentina con los ojos blancos, abruptamente sobresaltada. De un segundo a otro de su rostro se borran la pena, el llanto y el odio hacia la Diente de Oro.

Corrige la altura de su chasquilla en el reflejo de la ventana para luego bajarse corriendo del bus. El sonido del motor se hace cada vez más cercano. La camioneta de Axel se detiene junto a la carretera. En el interior de la Saveiro, Valentina alcanza a ver a Axel con Lobo y otra chica, una desconocida. Sarita la observa con asco e inmediata desconfianza.

—¿Y ésta quién es? —pregunta sin saludarla.

Axel lanza una carcajada, intercambiando una de sus miradas cómplices con Lobo.

—Te presento a Carrie, mi hermana nueva.

AXEL S.

Jueves 10 de diciembre de 1987
10.05 AM
Dos días antes del fuego

Necesita esfumarse antes del *show* de Dolly. Se supone que el Eastern 075 de Miami con escala en Lima llega a las ocho y media de la mañana. Debe apurarse, ya son más de las diez y todavía no se puede despegar de las sábanas cuando se abre la puerta y aparecen Lobo y su tía Olaya, cuál de los dos más histérico dando instrucciones, gritando órdenes, exigiendo. Que nos tenemos que ir a Aurora. Que Sarita debe estar hecha una fiera. Que no tiene la mochila lista. Que deben pasar al Jumbo a comprar trago y carbón. Que cómo es posible que tomen trago si son menores de edad. Que perdone, tía, pero es el paseo de egreso, es una sola vez en la vida y una champañita para brindar por el futuro no le hace mal a nadie.

Axel se levanta de la cama, definitivamente malhumorado, y cuando está a punto de decir algo en su defensa se oye el citófono de la puerta principal y la tía Olaya lanza un grito de conmoción y entonces sus planes se vienen al suelo como un castillo de naipes. Porque de todos los pecados el que más comete, lo sabe, es el de la pereza, y por pereza ahora va a tener que tragarse el *fucking show* de Dolly hasta el final y sin intermedio.

No tiene otra salida.

La limo es el mismo vejestorio que su padre dejó tirada en un estacionamiento del centro antes de morir. Solo Dolly la usa cuando quiere provocar uno de sus impactos visuales clase B, cada vez más esporádicos, por suerte. Técnicamente, esa limo es suya, piensa. Varias veces ha tratado de convencer a Dolly de que se la regale para venderla, o por último para grabar un cortometraje, pero ella se niega. Dice que es un recuerdo de su padre y que los recuerdos se atesoran para toda la vida, aunque se caigan a pedazos.

Lobo, su tía Olaya, las dos empleadas, la lavandera y el jardinero

corren a recibir a Dolly. Axel se queda en la cama, desnudo y escondido hasta la cabeza bajo las sábanas mientras escucha con los ojos cerrados los chillidos eufóricos que vienen desde afuera.

Dolly Domínguez, viuda de Schumacher, esta vez no viene sola. Según explica a gritos en la entrada de la casa, un viaje de tres meses se convirtió por arte de magia (subtítulos: la herencia de su padre) en una introspección «bastante más profunda» de medio año, con renovación espiritual completa; un romance imposible de predecir que la tomó por sorpresa en Tánger; un ataque de pánico en el aeropuerto Schiphol, en Ámsterdam, durante una escala interminable; un intento de robo con violencia en el extrarradio de Barcelona; y al final unos días de lo más deliciosos en Miami, ciudad que no era particularmente de su agrado, como se empeñó en precisar durante la explicación, pero donde finalmente tomó la sabia decisión de casarse de nuevo. Sí, de casarse de nuevo, insiste Dolly, y al oírla Axel se incorpora sobre su cama, estira una mano para buscar marihuana, pisco o algo.

Mira por la ventana y entonces ve al desafortunado novio. Es el cuarto en la seguidilla de fracasos matrimoniales, el segundo oficial después de Hermann, su padre. Este pobre infeliz se llama Ted Castro: cubano, productor de cine y televisión viviendo en Miami. Axel lo vigila y en dos segundos adivina cómo lo llamará. Ted Castro será Scarface. Lo que Axel no alcanza a ver desde la ventana es el asiento trasero de la limo donde está Scarface con alguien más.

Para salir a la calle y escapar con Lobo, Axel debe atravesar el amplio living de la casa. Desde el pasillo hasta la puerta de calle sin pausas y, sobre todo, sin toparse con Dolly. Mientras menos contacto tenga con ella, mejor, le explica a su amigo mientras carga la mochila con lo indispensable para cuatro días, incluyendo una caja de preservativos marca Trojan que compró en el último viaje a Estados Unidos. Lobo le pregunta por qué se niega a saludar a su madre antes de que se vayan al paseo, si hace un año que no la ve, pero Axel no responde. Piensa que Lobo no entiende así que decide ignorarlo. Él insiste. Axel lo mira con odio. Si hay algo que detesta en Lobo es la necesidad de sacar a la familia para todo. Ahora está a punto de contarle que el nuevo marido de su madre no viene solo, pero no alcanza a decir nada porque Dolly los intercepta en su recorrido justo

cuando están a punto de llegar a la meta, la puerta de calle. Dolly se lanza a los brazos de su único hijo con un grito falso y desgarrador. Él los conoce bien, le recuerdan a su infancia. En ese segundo, cuando el grito animalesco de esa mujer penetra en su tímpano haciéndole daño, Axel siente el perfume de violeta y azahar que lo inunda todo, igual que la primera vez.

* * *

Jueves 10 de diciembre de 1987
10.25 AM

Lo logra. Después de muchas explicaciones empuja a Lobo hasta la puerta. Dolly llora a mares y de seguro va a seguir tratando de llamar la atención hasta que su tía Olaya y Scarface la lleven a la clínica privada más cercana, o hasta que alguna de las empleadas se acuerde de servirle una copa de cualquier brebaje con más de treinta grados de alcohol.

Desde su cama Dolly acusa a Axel de ingratitud y traición. Está segura de que él planificó un sabotaje a su emotivo acto de bienvenida, todo para provocarla, humillarla y hacerla sentir culpable, como es su estilo. Axel alcanza a escuchar algunas frases inconexas de su cacareo sin sentido y de inmediato se da cuenta de dos cosas. Lo evidente: que Dolly está más loca y alcoholizada que cuando se fue; y lo oculto: que Scarface podría estar aprovechándose de ella.

Ted Castro, su nuevo y sonriente papá, se presenta a sí mismo como mánager de artistas y productor de cine independiente. El más importante de toda la South Florida, precisa. A Axel le parece un personaje interesante para desmenuzar en un futuro próximo, sobre todo cuando le cuenta con orgullo que acaba de terminar el rodaje de una película de bajo presupuesto. Es una lástima que Scarface haya aparecido en tan mal momento, justo cuando va saliendo. Dolly le exige que se quede. Con Scarface necesitan partir cuanto antes a Santo Domingo para mostrarle la playa y quizás pasar al campo, en Bucalemu, donde están sus amigas quedándose por el fin de semana sin los maridos. Axel se pregunta si existe algo más repugnante que las amigas de Dolly emborrachándose en Bucalemu y concluye que no.

Mientras piensa en la condena fatal del pobre Scarface, Dolly le insiste en que debe quedarse para cuidar a la niña. Lobo tose falsamente y mira a Axel aguantando una sonrisa. Con torpeza le indica la puerta que da a la cocina, desde donde se asoma una de las empleadas cargando maletas seguida por una chica joven, de unos dieciocho años, con el pelo negro y los labios pintados de fucsia. Dolly la presenta como Carrie, la hija de Scarface.

Al verla por primera vez Axel piensa que su nueva hermana es igual a Lynda Carter, la Mujer Maravilla.

Dolly trata de tentarlo con dos maletas llenas de regalos. Vienen cosas divertidas, como el Atari nuevo, unos *walkie talkies* que le pidió hace un año y un montón de películas en VHS, lo único que de verdad le interesa.

Carrie le cae bien. Lobo queda hechizado por ella apenas la ve y no quiere que la invite al paseo por terror a lo que va a opinar Sarita, pero al final Axel hace lo que se le da la gana y ese día no será la excepción.

Ahora maneja la Saveiro a ciento cuarenta por hora y nadie le dice nada. Lobo sigue nervioso por la presencia llamativa de Carrie y la gringa es tan loca que apenas se da cuenta de la velocidad que alcanzan al llegar a la carretera.

—*First time in Chile*? —le pregunta Axel para romper el hielo.

—*First time out of America* —le responde Carrie sin mirarlo, sentada en el asiento del copiloto.

—*You are in America* —la corrige—. *This is still America*.

—*No, it's not* —le reclama ella—. *It's Chile*.

—*It's South America, but we are still americans*.

Axel la vigila mientras ella examina sus uñas, no demasiado interesada en la conversación.

—*Do you like it*? —le pregunta.

—*Do I like what*? —Ella levanta la mirada, sin entender.

—*Are you enjoying my country*? —sigue Axel, tratando de iniciar una conversación—. *Don't expect too much. This place sucks*.

—Solo vi el aeropuerto y la sala de tu casa —le recuerda Carrie, ahora con los ojos celestes e inquietantes a la altura de los suyos—. *No, Axel, I'm not having fun*.

Axel sonríe, mira a Lobo por el espejo retrovisor. Durante el resto del viaje hablan poco. Escuchan música. Duran Duran y cosas así. Lobo se aburre muschísimo en el asiento trasero y después de un rato le pregunta a Axel si puede encender un pito. A Axel le parece una excelente idea, Carrie pregunta qué es un pito y cuando le revelan que un pito es un silbato, pero también la manera chilensis de llamar a un *joint*, cigarrillo relleno de marihuana, a la gringa loca se le ilumina la cara. Por primera vez sonríe, enseña sus dientes perfectos y en ese segundo a Axel le empieza a caer mejor. Su amor y devoción por Carrie Castro comienza diez minutos más tarde cuando, después de haber fumado, ella pregunta si puede poner un casete y los oídos y los ojos y el corazón de Axel están a punto de reventar al descubrir lo que se oye por los parlantes de la Saveiro. Resulta que, además de guapa, simpática, sociable y de tener los ojos más lindos que ha visto en su vida, a Carrie Castro le gusta el rock and roll.

SARITA MELLAFE

Jueves 10 de diciembre de 1987
12.31 PM

Sueña con Bariloche, con la discoteca Cerebro, que por suerte es muy diferente a la Caledonia. Los techos son altos, los muros de espejos y la pista de baile parece no terminar nunca. Las luces estroboscópicas dibujan figuras verdes sobre su cabeza y la hacen sentir viva, adulta, cosmopolita, regia. Baila toda la noche con Lobo y por suerte no transpiran. Eso hubiera sido fatal, porque están los dos vestidos de gala, de alta noche, impecables. Ella con un vestido color durazno de seda, precioso y delicado, y él con esmoquin completo, con chaqué y colleras. Todo a la medida. Parecen príncipes, los más elegantes de la fiesta de graduación, donde tampoco hay mucha competencia.

Debería estar brindando. Debería aprovechar de compartir con sus mejores amigos, nunca con el perraje, y menos con sus enemigos, como la Iguana Cruz. Debería ser capaz de relajarse y disfrutar, pero cuando está a punto de dejarse llevar por la música y el buen ambiente ve que Lobo se mueve como un trompo al ritmo de una canción inidentificable y un poco tropicaloide y entonces la asaltan al mismo tiempo varias sospechas evidentes.

¿Desde cuándo Lobo baila con tanta gracia?

¿Por qué la fiesta de graduación es en Bariloche?

Lobo la toma por la cintura, empujándola hacia el centro de la pista.

Cuando abre los ojos y despierta se da cuenta de que no está en Bariloche.

El bus está entrando al pueblo de Aurora, su mamá está cantando «La cucaracha» con el profe Rivera y ella tiene los ojos hinchados por culpa de una siesta no planificada.

* * *

DOMINGO
DESPUÉS DE LA FIESTA

(Segunda parte)

Me llamo Sarita Andrea Mellafe Cisternas y te odio.

No lo niego. Cuando te quemé la espalda con el cigarro me di un gusto. Lo disfruté. Me sentí poseída por una fuerza que no quería controlar.

La fuerza me obligó a quemarte la piel.

Lo mismo me pasó hace dos años con la Iguana Cruz, mutante fétida del infierno, cuando por hacer una bromita sin mala intención se me ocurrió dejarla encerrada en el camarín de hombres y después de un tremendo escándalo la imbécil consiguió que me suspendieran. Fue una injusticia terrible. La cerda me acusó de intento de secuestro. ¿Alguien podría creerlo? Por favor, explíquenme: ¿quién va a querer secuestrar un montón de grasa medio podrida?

Quería humillarla y dejarla en ridículo, OKEY, *lo admito, aunque para quedar en ridículo Mabel Cruz nunca ha necesitado mi ayuda ni la de nadie, pero ¿secuestrarla? O sea, paso*.

Estaba en el patio con Axel y Lobo después de Educación Física. Durante noventa minutos nos habíamos reído a gritos de la chancha cochina de la Iguana y sus saltos de morsa sobre el caballete. Era demasiado chistoso verla hacer el ridículo en su buzo amarillo pato, tratando de levantar en el aire ese culo de elefante. No éramos los únicos, todo el curso se reía a carcajadas, incluyendo la Valentina, el huaso Duarte, los HombresN y hasta la Guatona de los Mocos, pero como tengo mala fama y los nerds me aborrecen —no tengo idea por qué— después pasó lo que pasó.

Los nerds son una raza traicionera, de lo peor. No hay que confiar en ellos ni en sus caras de víctima, no aplaudirles sus notas sobresalientes ni tolerar sus sonrisitas con los profes. Hay que sospechar de ese conocimiento ñoño que juran que tienen, de los datos que no le sirven a nadie y de esas ganas feroces de dominar el mundo. Esa tarde yo vi cómo se burlaban de la pobre Iguana, compañera nerd. A gritos se reían cada vez que caía de guata al suelo, azotándose las pechugas deformes sobre la colchoneta. Después de la denuncia, ellos fueron los primeros en acusarme.

Esa tarde la fuerza me poseyó de nuevo. A Axelito Corazón no le costó mucho darse cuenta de que estaba tramando algo: me conoce, me ama y no puede vivir sin mí. Por eso él sabe cuando me pongo malula. Para matar el aburrimiento les propuse a él y a Lobo hacer una bromita para molestar a la Iguana. Los dos la odiaban tanto como yo, así que estuvieron de

acuerdo, pero con la condición de que yo tenía que hacerlo todo, o sea, esconder la mochila y conseguir la llave del camarín de hombres con Pipe, el Depravado, uno de los auxiliares. Adivinen quién tuvo que inventar que necesitaba toallas higiénicas para robar la llave sin que el degenerado se diera cuenta. Podría haberme rendido y dejar la broma para la próxima semana, pero no. Seguí adelante porque la fuerza me estaba controlando, lo juro. No era yo.

Contigo fue parecido. Yo solo quería hablar y saber más de ti, averiguar quién eras y por qué habías conocido a Lobo. Pero te emborrachaste, pasaste todos los límites y entonces de la nada misma La Fuerza apareció otra vez.

—¿Hubo onda con alguno?

—Con los dos.

—¿Te metiste con los dos?

—No, corazón, yo pololeé con los dos.

Me dieron ganas de vomitar.

Asco.

Asco y pena.

Asco, pena y ganas de que todo el mundo supiera la calaña de gentuza que vive en Aurora.

Lo reconozco, Diente de Oro, me dejaste impactada.

Impactada es poco: con la boca abierta.

Porque una puede tener personalidad fuerte y hacerse la chora, competir de igual a igual con un hombre y no agachar el moño ante nada, menos frente a las provocaciones de una rota orgánica como tú, pero con tu ordinariez no se puede. Es imposible. No me resulta.

Todo en ti me enerva. Me enfurece. Me avergüenza.

No puedo seguir escribiendo.

Tal vez no vuelva a escribir nunca más en este maldito diario.

Voy a quemarlo.

* * *

Sarita no cumplió su promesa. No se atrevió a quemar el diario y algunos días más tarde volvió a escribir en sus páginas.

NO SOPORTO A MI VIEJA

A primera vista Aurora le pareció un pueblucho deprimente y seco, plagado de moscas, polvo y huasos ladinos. La tierra de la Diente de Oro era una sola calle sin pavimentar que empezaba en el lago y terminaba en una plaza de armas cuya única gracia era una fuente de agua que en una época más gloriosa había tenido peces de colores. Después de la llegada de Axel y Lobo, el profesor Rivera trató de coquetear con las apoderadas y empezó a explicar algo sobre la historia de Aurora que Sarita ignoró por completo. Era experta en ignorar lo que no le interesaba y detestaba la historia tanto como la cebolla o el folklore. Valentina, su mamá y las otras dos apoderadas se quedaron mirando al profesor, embobadas. Al analizar sus caras a Sarita le volvió instantáneamente el mal humor y las ganas de haber nacido hombre. Nunca quería ser como esas mujeres. Soñaba con casarse, tener una casa, primero, y muchos hijos, después, pero por ningún motivo quería convertirse en su madre.

Luego de ver la sonrisa de su Lobo saludándola desde la Saveiro de Axel, por un momento se le olvidó que Madelin estaba en el bus, envuelta en una nube de Kouros, ese pachulí asqueroso que le había regalado el papá, pendiente de todo lo que hacía, repitiendo los nombres de las cosas que veía en la carretera (mira las vacas, qué lindos los sauces, aquí hay una viña famosísima) y celebrando las bromas idiotas de Rivera y de las otras apoderadas. ¿Por qué su mamá tenía que ofrecerse de voluntaria para arruinarle el paseo?, se preguntaba Sarita. Ya era bastante horrible el destino turístico como para sumarle la presencia de su madre. Porque a pesar de su talento para ignorar lo que no le interesaba, con Madelin era imposible. Su madre sabía cómo hacerse notar.

Deprimida y sin ánimo para seguir los conflictos, había tomado la decisión de reconciliarse con Valentina más por conveniencia que por verdaderos sentimientos. No podía quedarse sola, menos durante el paseo. Ya había perdido a Lobo. Ahora necesitaba aliados útiles para los próximos días, y aunque Vale se había equivocado, seguía considerándola una amiga.

A Lobo no pensaba perdonarlo, al menos no sin antes inventar un

castigo extremo que sirviera de escarmiento y que estuviera a la altura de las circunstancias. Ya se le ocurriría algo. Con Axel tenía una sola certeza: también se merecía una penitencia.

Su mente jugó un momento. Se detuvo a imaginar una penitencia para Axel Schumacher y extrañó sus carcajadas más que las caricias de Lobo. Ahí estaban de nuevo: los malos pensamientos. Para acallar sus deseos, si es que podía llamarle así a la sospechosa tristeza en la que caía cuando no estaba con Axel, decidió pensar en algo que matara cualquier asomo de deseo. Pensó en Valentina.

No, a Vale no podía culparla. Ella solo se había dejado manipular por los juegos de Duarte. Como siempre lo hacían los nerds cuando querían llamar la atención, además de grabarle ese casete de canciones comunistas le había hablado de libros y películas para seducirla y ella, que era su amiga y la adoraba, pero que a ratos parecía tener más ego que cerebro o ganas de ser alguien en la vida, había caído en la trampa. Sarita no entendía cómo una chica que se supone decente y lista podía degradarse tanto, y tampoco si Valentina era capaz de dimensionar las consecuencias de lo que había hecho con Duarte en esa terraza infecta de la disco Caledonia.

Sarita no los había visto, por suerte, pero le habían contado todo. Más de lo que quería saber. Hasta los detalles que hubiera pagado por no oír, como los tiernos abrazos de madrugada y Vale con la chaqueta de Duarte puesta sobre los hombros.

Había comenzado como otro rumor gracioso de la fiesta de graduación nacido en uno de los grupos de nerds, esos que desde tercero medio inexplicablemente habían proliferado en el colegio. La Espárrago se lo había contado a la Guatona de los Mocos —qué asco, pensó Sarita al recordar— y esta última había llamado a uno de los HombresN o algo así. No quería imaginar las caras de estos mutantes nerds transmitiendo la triste historia como si fuera una gripe. Duarte y la Vale Cervantes *atracando* en la terraza de la Caledonia, justo al lado de Faúndez y la canuta de Carmen Cecilia («es como la mamá de *Carrie*», se burlaba Axel a gritos y a ella le encantaba porque habían visto la película juntos), que también estaban *atracando*.

Era demasiado. Lo que más horror y repugnancia le provocaba a Sarita no era el *atraque* en sí entre Valentina y Duarte, sino el hecho de

compartir ese momento tan íntimo con una pareja de extraterrestres como Faúndez y Carmen Cecilia. Para Sarita eso era un síntoma grave: su amiga no solo había perdido el rumbo, también lo poco que le quedaba de dignidad. *Atracar* con Duarte era un error, estaba claro; hacerlo prácticamente a la vista de todo el mundo y al lado del computín y la fanática religiosa era un suicidio, y una vez más la obligaba a replantearse su amistad con Valentina. Cualquiera podía equivocarse y caer en las redes de Duarte que, estaba comprobado, no tenía un pelo de tonto. Sin que se notara, arrastrándose de a poco y aprovechando la situación, había ganado terreno con su amiga. Ya no era el huaso picante que venía de provincia suplicando amistad, ahora era el que se había agarrado a la presidenta del Centro de Alumnos en la fiesta de graduación.

Duarte era un héroe y eso la enfurecía.

Aunque todavía estaba impactada con los hechos, Sarita se había prometido no tocarle el tema a Valentina. Mientras ella no se atreviera a confesar lo que sentía por ese tipo nefasto prefería ahorrarse el discurso, no ser la amargada y cerrar la boca, al menos hasta tener más información. Por ahora lo único que existía era un chisme cochino y malintencionado cuyo origen era la peor escoria salida de las cloacas del colegio Andalucía: Helia Parraguez, La Espárrago Mutante. Esa Hernia enferma era capaz de todo.

Cuando el bus se detuvo en la entrada del camping, Sarita necesitaba un baño. Antes de bajarse alcanzó a ver la Saveiro estacionada. Axel y Lobo fumaban cigarros importados con la desconocida, a la que después le presentaron como Carrie Castro, la nueva hermanastra de Axel recién llegada de Miami, Florida. Al principio le cayó como patada al hígado, sobre todo porque estaba de un genio terrible, quería ir al baño y además no podía confiar en una mujer que usaba sombra violeta y labial fucsia, pero después de un rato, cuando por fin pudo vaciar su vejiga, reconciliarse con Lobo y escuchar la historia completa de cómo habían conocido a la famosa Diente de Oro, la tal Carrie Castro empezó a parecerle más simpática. Al ser hermanastra de Axel no representaba una amenaza real. Era la hija del marido de su mamá, no podía ser tan cerdo. Ese pensamiento la tranquilizó por un momento y la hizo imaginar una eventual alianza

con la gringa.

Mientras le daban la bienvenida a Carrie, Lobo se acercó con discreción y le pidió que conversaran. Sarita le aclaró que no era el momento.

—No seas así, Mellafe —le insistió Axel, un momento después, al ver que su amigo estaba triste—. Escucha al Lobo, él te ama, eres su reina.

—No te metas, Axel, en serio —le advirtió ella, molesta porque le parecía injusto que tratara de interceder por Lobo si también era su amigo—. No te conviene. ¿O en serio crees que soy tan estúpida como la Valentina?

Axel la miró perplejo, aunque en el fondo sabía que ese momento, el del ajuste de cuentas, iba a llegar. Vigiló que nadie estuviera escuchándolos.

—No, no creo nada de eso, pero... —Se interrumpió, suave, tratando de entenderla y de ser cauto con sus palabras—. ¿Por qué te enojas conmigo si yo te quiero tanto?

—¡Porque tú estabas con él! —le recordó—. Tú llevaste a Lobo a esas fiestas asquerosas donde las *chanecas* dejan que les hagan de todo, ¡no mientas!

—No seas prejuiciosa, Sarita, que eso es demasiado chileno —le recordó Axel, buscando alivianar la conversación.

—Soy chilena y enferma de prejuiciosa —se defendió ella, cortante —. A mucha honra.

Sarita le hizo un desprecio que sirvió para que, desde lejos, Lobo se diera cuenta de que esta vez su ira no sería fácil de controlar. Se estaba alejando del grupo en busca del lugar para instalar las carpas mientras los demás se sacaban fotos. En la orilla del lago Sarita vio que Valentina posaba con uno de los HombresN, el gordo seboso que había llegado a cuarto medio y que Axel llamaba Montezuma porque era igual al mono de ese juego de Atari. La Espárrago tocaba el agua del lago con las palmas de las manos, como si estuviera rezando. La Iguana la miraba con los pies en el agua y los pantalones guardapeos de *batik* arremangados hasta los muslos. Al ver el espectáculo a orillas de esas aguas verduscas y malolientes Sarita Mellafe aguantó una arcada que subía desde su estómago y una vez más confirmó que sus peores terrores no eran infundados. Los próximos cuatro días serían un

infierno.

En eso estaba, haciendo una lista mental de las cosas que tenía que evitar, empezando por su madre, a la que apenas soportaba, cuando escuchó gritos en la entrada del camping. No llevaban ni media hora de paseo y ya se oían gritos.

Todos los que estaban en la playa corrieron a mirar, incluyendo a Valentina y los mutantes. Desde lejos Sarita vio que Axel y Lobo jugaban a la pelota, se lanzaban algo de mano en mano, muertos de la risa. No le dio mayor importancia. Valentina avanzó con cara de tragedia entre los compañeros, seguida por la Iguana Cruz y otros que también habían oído los gritos. Entonces Sarita se acercó un poco más y recién en ese instante se dio cuenta de lo que estaba sucediendo. A gritos Duarte trataba de parar a Axel y Lobo mientras ellos jugaban básquetbol con su cámara de video.

—¡Axel! ¡Lobo! —gritó Valentina, acercándose—. Devuélvanle la cámara.

—Pero si estamos jugando —se defendió Axel—. No seas fome.

—¡Devuélvele esa cámara a Rodrigo, imbécil! —le ordenó.

Axel se rio y le lanzó la cámara a Lobo. Sarita se fijó que Duarte agachaba la cabeza porque ya no podía ni quería seguir mirando.

—Lobo, devuélvesela —insistió Valentina, perdiendo la paciencia.

—Qué grave, Vale, córtala, tú no eres así —le pidió Axel y le hizo un gesto a Lobo para que le lanzara la cámara.

Rodrigo Duarte se estremeció una vez más. Sarita vigiló su cara mientras la cámara volaba por el aire y Valentina seguía gritando que no podían seguir comportándose como unos cabros chicos, que era una falta de respeto, que estaban saliendo de cuarto medio y tenían que relacionarse como hombres adultos, que Axel no tenía idea lo que valían las cosas porque a él nada le había costado en la vida.

Sarita fue testigo de cuánto le dolió a Axel este último comentario y por eso entendió perfectamente cuando levantó las manos, se encogió de hombros y lanzando una de esas míticas carcajadas que tan feliz la hacían dejó que la cámara se reventara en el suelo de tierra del camping.

DUARTE

Jueves 10 de diciembre de 1987
4.35 PM
Dos días antes del fuego

Era el regalo de mis tatas y mis padres, mi herramienta de trabajo y la llave que me abriría las puertas del mundo entero, pero no me importó.

Se partió en tres. Un pedazo del lente quedó colgando. La batería también terminó destrozada.

Con esa cámara de video habíamos grabado varios cortos con la Silvana. Era parte importante de mi vida de adolescente gracias a *Terror y deseo en el lago Aurora*, mi ópera prima que había resultado en un aburrido mediometraje por culpa de la actuación poco inspirada de Julita. Además, estaban todas esas películas *under* que no alcanzamos a grabar y de las que solo quedaban ideas sueltas dando vueltas por mi cabeza. No había nada que hacer, salvo pensar en mi frustrada filmografía y lanzarme con fuerza sobre Axel Schumacher para molerlo a puñetazos y patadas como hace tanto tiempo se lo merecía.

—¡Duarte! —gritó alguien, un hombre, no sé quién.

Alcancé a darle dos golpes, uno en las costillas y otro en la cabeza, a ver si le mataba las dos neuronas solitarias que le quedaban.

—¡Suéltalo, mierda! —El segundo grito me bastó para reconocer la voz de Álvaro Villalobos.

Lobo, el esclavo siempre sonriente, y Sara Mellafe, la chihuahua del averno, nos separaron. No se me aceleró el pulso ni perdí la calma como en otros enfrentamientos. Era tanto el odio que le tenía al payaso Schumacher que ya no me provocaba nada. El odio le había ganado al miedo y ese era mi lema para hundirlo en los próximos días del paseo. No iba a tragarme nunca más sus burlas ni sus humillaciones, eso estaba claro, y tampoco iba a permitir que maltratara a Valentina por acercarse a mí. Aunque me costara sangre, iba a salir del colegio con al menos una sola gran lección aprendida: la

de saber ganarme el respeto de los demás. Por eso me dio gusto pegarle a Schumacher. Sentí placer y no lo niego. En esos dos puñetazos, ninguno demasiado fuerte ni letal, le agarré el gusto a la revancha. Nunca más se me olvidó el sabor.

Mi cámara estaba hecha añicos y parecía que no me importaba. Al menos eso intentaba hacerles creer a los demás, aunque no fuera cierto. Con el labio ensangrentado y los ojos bien abiertos Schumacher brincaba a mi alrededor mientras amenazaba con más peleas y violencia. Después prometió pagarme la cámara porque él tenía una JVC mucho más moderna y que no usaba porque era millonario y podía comprarse mil cámaras iguales si quería o hasta una de 35 milímetros si le daban ganas. Pero no quería ni tenía ganas. Sara Mellafe trató de calmarlo. No valía la pena dar explicaciones porque ella era testigo ocular, estaba claro que yo había provocado la pelea. Lo mejor era ignorarme como siempre hacían.

—¿Ahora entienden por qué odio estos paseos? —Sara Mellafe interrogó a sus amigos a gritos—. Porque estamos obligados a compartir *todos con todos* y eso no es normal.

El payaso y sus amigos se fueron a instalar las carpas. Valentina me preguntó si necesitaba algo, pero no pude responder. Supongo que entendió el estado en el que me encontraba porque no siguió insistiendo. Me tomó la mano, pero no dijo nada y se quedó a mi lado en silencio. Sara Mellafe nos interrumpió con sus ladridos de malcriada.

—Vale, vamos —le ordenó, seca—. No tengo idea cómo se arma una carpa.

Valentina no la miró. Ni siquiera giró la cabeza.

—¿No me vas a responder? —insistió.

No hubo respuesta. Valentina respiró profundo y trató de mantener la compostura, siempre dándole la espalda. Sara Mellafe hizo una mueca de indignación y se quedó mirándome, como si me culpara a mí de todo lo ocurrido.

—Para de hacerte la víctima, Duarte, ¿querís? —me dijo—. La Vale nunca te va a pescar.

—¿Y tú qué sabes? —Valentina pareció despertar de una larga siesta —. ¿Eres adivina?

Algo crujió en mi pecho. No era angustia ni nervios ante lo desconocido ni vergüenza de hacer el ridículo. Era una sensación de triunfo y justicia, un rayo de esperanza en medio de los chillidos, los golpes y la burla. ¿Era solo una idea mía o Valentina Cervantes me estaba defendiendo de la chihuahua?

Sara Mellafe movió la cabeza, descorazonada.

—Patético —me dijo antes de salir.

Desde su primer desprecio, cuando a cambio de un saludo y una sonrisa me respondió con su clásico «córrete, roto» en la fila del casino del colegio, me di cuenta de quién era Sara Mellafe. Una niña maleducada y sin talento ni pasión, la hija favorita de su padre, eternamente aburrida de todos los privilegios del dinero fácil, siempre con un rictus de desagrado en la cara, olfateando algo podrido, desconfiando de todos, sospechando hasta de su sombra. Y solo tenía diecisiete años.

—¿Dónde vas a dormir? —me preguntó Valentina mientras sus compañeros terminaban de armar las carpas.

—Yo creo que voy a dormir en mi casa, pero voy a pasar el día aquí con ustedes —le respondí, entusiasmado.

—Promételo —me dijo, bien seria.

—Te lo prometo, Cervantes. —Sus ojos se achicaron un poco y se me aceleró el pulso. De nuevo los nervios me empezaron a molestar—. Además, tengo que mostrarte los lugares más lindos del pueblo.

—Mientras escuchamos *Canciones para conocer el lago Aurora*.

Se acordaba del casete. Lejos de ponerme más nervioso el detalle de la banda sonora de nuestro incipiente romance me devolvió la tranquilidad y la confianza en mi proyecto. Ya había perdido mucho tiempo en la contemplación de Valentina Cervantes, ahora me tocaba actuar.

En lugar de irnos con los demás seguimos por el muelle para encontrarnos con el Gato. Dos días antes le había pedido prestada la lancha a cambio de unas invitaciones al cine y unos VHS eróticos de Gloria Guida.

—Me la cuidas como hueso de santo —me advirtió, no muy convencido.

—Más que a mi vida, Gato —le aseguré—. Tú tranquilo y rompe

paga.

Valentina me preguntó a dónde íbamos y le dije que era la primera sorpresa del paseo. Le tenía preparada una por día, o sea, cuatro sorpresas en total. Me miró como si me hubiera vuelto loco, aunque encantada con el panorama. Por primera vez sentí que no estaba acostumbrada a que la hicieran feliz, a que la trataran bien, a que le dieran sorpresas o que le dedicaran tiempo. Su soledad, esa que había marcado su personalidad como una cicatriz, era real. Por un segundo estuve a punto de decirle de manera espontánea que la quería, que la había extrañado, que desde la fiesta de graduación me sentía distinto, que gracias a ella pensaba que el mundo era un lugar bonito y que la naturaleza humana era algo sorprendente. Antes de que pensara que Carmen Cecilia me había metido en alguno de sus grupos de lectura del Antiguo Testamento, decidí quedarme callado. Era mejor no presionar.

Veinticinco interminables minutos más tarde ya nadie podía molestarnos. Estábamos solos, con anteojos de sol, perdidos en la inmensidad del lago.

¿Cuántas veces había soñado despierto con ese momento y con otras variaciones de la misma idea, en un lago, en la playa, en la montaña o en una calle de Santiago?

—Deberías estar orgulloso de tu pueblo —me dijo ella, sacándome a tiempo de la nostalgia—. Aurora es precioso.

Cuando llegamos a La Puerta del Diablo los dos estábamos impresionados. Ella por el paisaje verde intenso que nos empezaba a rodear como si fuera la entrada a una dimensión paralela donde nadie podía hacernos daño, y yo por tenerla a mi lado, deslumbrada, con los ojos bien abiertos e incrédulos, aún sin tragarse mis sorpresas ni mis espontáneas manifestaciones de cariño.

La Puerta del Diablo, el islote cercano al pueblo, era el orgullo secreto de todo aurorino, el rincón donde las parejas iban a enamorarse o a pedir matrimonio. Subimos hasta la parte más alta. Valentina me dio las gracias y no supe qué responder ni cómo moverme. Mi torpeza fue tan evidente que ella se tuvo que acercar para dar el próximo paso. Me tomó la cara con las manos y simplemente me besó.

Fue nuestro segundo beso, ahora más calmado, sin los apuros ni la ansiedad de la noche de la fiesta. Nos quedamos abrazados por un instante. El silencio era incómodo, pero no me quedaba otra, tenía que soportarlo y acostumbrarme a él. Traté de planificar en mi mente lo que iba a decirle cuando llegara el momento. Tal vez debía explicarle que me sentía bien con ella, aunque seguro sería una reiteración inútil, actitud tan típica mía, porque si algo había quedado claro después de la madrugada de la fiesta eran mis sentimientos. Quizás tenía que recalcarlos para que no se le olvidaran, expresarle de nuevo lo que ya sabía y que tal vez había pensado en los últimos días. Me separé un poco de su rostro para perderme en sus ojos. No existía nada parecido a mirarla en silencio. Cuando estaba a punto de besarla otra vez, embriagado por el deseo y lo irreal del momento, de pronto su pupila izquierda se dilató.

—Hay alguien. —La boca que iba a besar se abrió en una mueca de pánico—. Alguien nos está mirando.

Miré hacia el sendero que descendía desde la punta del islote hasta el muelle y entonces lo vi, a lo lejos. Valentina se aferró a mi brazo, asustada.

—Tranquila.

Me acerqué un poco bajando por la estrecha huella. Valentina no se separó de mí. A un lado del sendero había un bulto irreconocible en medio de la vegetación.

—Ten cuidado, Rodrigo, por favor —me advirtió preocupada, sin soltar mi brazo—. Estoy segura de que había alguien mirando.

Di un par de pasos, avanzando hacia el bulto. Me fijé que estaba cubierto por un saco embarrado.

—Vámonos de aquí.

Cuando me agaché para examinarlo de cerca, algo se movió en el interior. Valentina lanzó un grito cuyo eco se escuchó hasta la otra ribera del lago. El bulto volvió a moverse y entonces alguien se asomó y descubrí quien era.

* * *

Nadie de afuera sabía demasiado sobre el Loco Aarón, otra leyenda casi tan popular como La Puerta del Diablo. El hombre era

considerado por los turistas como un vagabundo, el clásico orate que no podía faltar en ningún pueblo chico y al que era recomendable evitar a toda costa porque, se decía, a veces se ponía violento, en especial si andaba con trago, lo cual ocurría bastante seguido. Los aurorinos, en cambio, conocíamos al revés y al derecho la historia del Loco, al menos la versión que mis abuelos nos habían contado a mí y a mi hermana Pamela cuando éramos niños durante largas sobremesas que a veces terminaban de noche.

Aarón Hurtado hablaba poco y se movía mucho por toda la provincia. Nadie sabía dónde vivía o si vivía de verdad en algún lugar específico. Algunos juraban que se había levantado un ranchito en las afueras de Lago Negro y que todo lo que tenía era gracias a las limosnas que le daban los turistas. Otros, los más viejos, como mi tata y en especial mi abuela, que lo conocían desde que eran adolescentes, decían que el Loco era un connotado doctor con especialidad en psiquiatría, una eminencia en la década de los sesenta. Había trabajado desde joven en el Sanatorio Buenaventura, donde había llegado a ser director general. Con Aurora lo unía desde siempre un cariño especial porque su esposa, Eva Valdés, era del pueblo. La familia Hurtado Valdés viajaba desde Santiago para quedarse un mes completo en una casa ubicada en la ribera oeste, en el extremo de la Península Buenaventura. A la altura del cruce, una intersección trágica de tres rutas que ya en 1987 estaba repleta de animitas, vírgenes y recordatorios de accidentes fatales, el doctor Hurtado había perdido el control de la camioneta. El vehículo se había salido de la carretera para chocar con un camión y terminar incrustado en una roca al final de una quebrada de trescientos metros de profundidad. Todos murieron instantáneamente, menos el padre, que resultó únicamente con una pierna fracturada.

La leyenda dice que después de la tragedia Aarón sepultó el pasado. No quería saber más de su profesión ni de nada parecido a la ciencia, se lanzó a vivir en medio de la naturaleza, sin trabajar ni preocuparse de cuestiones mundanas aprovechando los recursos que le ofrecían el bosque, el lago y, por supuesto, los turistas. Él había sido uno de ellos, un tipo adinerado que se jactaba de gastar su dinero en brindarle lo mejor a su familia, por eso sabía a la perfección cómo tratarlos para

obtener exactamente lo que quería. La clave era inspirar miedo y culpa. Al Loco Aarón le bastaba con aparecerse por la playa grande a la hora de almuerzo para despertar de inmediato la culpa católica en esas pobres familias de clase alta, incapaces de disfrutar sus vacaciones si antes no aliviaban sus conciencias con alguna limosna para el pobre Loco, ese hombrecito, el vagabundo, el ermitaño, el sobreviviente. Después de unos billetes, un jugo o un plato con sobras de comida, los veraneantes podían reponerse y seguir gozando las vacaciones.

Al principio Aarón se negaba a hablar. Rara vez usaba palabras para comunicarse, prefería los gestos, las interjecciones y los bramidos, a veces de rabia, de hambre o porque alguien le había hecho daño. Era usual que lo culparan de robos o de propasarse con las turistas.

Apenas lo vi le pregunté si necesitaba algo. Él se ovilló en el suelo, como retorciéndose de dolor, y después me agarró del brazo, siempre mirando con desconfianza a Valentina.

—¿Qué pasa, Aaroncito? —le pregunté.

—Nada que hacer —me calló sin soltarme—. No tiene nada que hacer aquí ella.

Siguió mirándola con temor.

—Ya sabemos lo que hace el lago —aclaró el Loco Aarón, acelerando la respiración—. Mejor que nadie venga. Que nadie se acerque. Sáquenlos a todos de aquí, antes de que sea tarde.

Valentina y yo no sabíamos si llorar o empezar a reír de sus «profecías».

SILVANA

Jueves 10 de diciembre de 1987
6.11 PM
Dos días antes del fuego

Silvana no recordaba bien los detalles de la discoteca, ni siquiera se acordaba del nombre de la famosa Gelatería Barufino, pero poco después de la fiesta de graduación de Rodrigo, muerta de curiosidad y con ganas de conversar de lo humano y lo divino, había decidido llamar a Julita a Santiago. Le costó varios días ubicarla, porque andaba desaparecida luego de dejar botada a doña Fadua con el trabajo en la verdulería, pero cuando por fin logró comunicarse con ella estuvieron hablando casi una hora y media. Silvana le preguntó por la disco de Santiago donde habían conocido al Rucio y al Moreno y entonces ella, con su memoria de elefante a pesar de las adicciones varias y de su frustración absoluta al contemplar su pasado de soltera, se acordó de la Gelatería Barufino y de Axel Schumacher («tenía un apellido raro», dijo), el Rucio, y Álvaro Villalobos, el Moreno.

Primero, en la discoteca, Julita se había dado unos besos con Axel. «Besos locos», como decía ella. Después el desgraciado le había coqueteado a Silvana. Al final se acordaba que Álvaro había atracado «un poco más fuerte», con La Pecosa, una amiga suya que era de la Quinta Región, y también le había tirado las manos un rato a La Arañita, la hermana menor de La Pecosa, una niña bien simpática que era parte del grupo y que tenía la chasquilla más alta de toda la Gelatería Barufino. Una vez más, Silvana quedó impresionada con la cantidad de detalles que podía memorizar su amiga Julita. Según ella, el Moreno era más peligroso que el Rucio porque se hacía el santurrón y a esos había que tenerles terror cuando estiraban las manos.

Silvana no participaba de las aventuras santiaguinas, Julita no la invitaba a la capital por miedo a que sus padres, que eran tan católicos, anticuados y sin educación, la acusaran de secuestro. Esa fue la primera y última vez que Julita la llevó a Santiago. Aunque tuvo

que pagar cada minuto de diversión con los castigos de sus padres, lo pasó sensacional.

Después de esa aventura estuvo dos meses encerrada.

—Del camping al liceo y del liceo al camping —le advirtió su padre con esa voz aterradora que conocía tan bien y donde se mezclaban a la perfección la ira y la vergüenza.

Le prohibieron hablar por teléfono y juntarse con Julita. Su madre inventó que su amiga trabajaba como «niña de alterne» en la casa de la señora Odette, en Lago Negro, ese pueblo deprimente, porque la habían visto saliendo borracha de madrugada abrazada a unos hombres casados de Rancagua. Silvana la defendió, aunque no estaba segura de la falsedad del chisme.

Al verano siguiente, un día cualquiera de enero, el Rucio y el Moreno llegaron al camping pidiendo rebaja para arrendar una cabaña por una semana. A su mamá no le gustaban los turistas que regateaban. De inmediato les advirtió que no se hacían rebajas, menos en temporada alta, y los mandó a dormir al final de la playa grande con el riesgo de que los agarraran los Carabineros, porque estaba estrictamente prohibido acampar, ingerir bebidas alcohólicas y hacer fogatas. Después de reconocerlos, en un acto de caridad y al mismo tiempo de inocente venganza, Silvana les ofreció a los afuerinos una carpa en la zona 12-A, que era la última del recinto, a pasos del vertedero donde terminaban todos los excrementos de Aurora. Axel y Lobo se rieron y le preguntaron si era verdad. Silvana rio, pero no lo negó.

Ahora es otro verano, dos años después. Todavía piensa en todo lo que Julita le contó por teléfono mientras desde la ventana de su pieza, en el segundo piso de la cabaña principal del camping, vigila atentamente la zona 4. Los egresados instalan sus carpas bajo la supervisión de los profesores y apoderados, pero no alcanza a ver a nadie conocido: ni señas de Rodri ni la Desabrida ni la Pioja Petulante ni el Rucio ni el Moreno. Extrañada, abre la puerta de su dormitorio para espiar el pasillo. No hay nadie. Asoma la cabeza hacia la escalera, tratando de no hacer ruido. Al confirmar que sus padres no están, vuelve a su pieza, cierra la puerta y se entrega a una rápida sesión de maquillaje y peluquería. Diez minutos más tarde sale de la cabaña

vestida con un peto rosado y la minifalda de mezclilla nevada (odia repetirla, pero la otra que tiene está manchada con bronceador de zanahoria), el pelo recién inflado por el secador, como le gusta usarlo, aunque le digan que está pasado de moda, y sin hacer ruido, asegurándose de que ni William ni Ninfa estén cerca de la recepción. A esa hora deberían andar en el pueblo haciendo las compras, supone Silvana, o en el muelle, con los apoderados del curso.

—Donde mis ojos te vean —le había advertido su padre antes de la llegada del bus que venía de Santiago—. No vas a asomar ni la nariz al lago en todo el verano.

Había tratado de reclamar, exigiendo permiso para saludar a unos amigos que estudiaban con Rodrigo y que conocía de antes, pero nada. Su padre no transaba, estaba cerrado a cualquier posibilidad de diálogo y eso la enfurecía aún más. Por eso se pasaba el día entero imaginando formas para escapar del camping, porque nadie quería escucharla ni entender los motivos que tenía para ser como era. Silvana sentía que no era dueña de su vida ni tampoco de su cuerpo y que, a pesar de sus dieciocho años, sus padres siempre estaban tomando decisiones por ella.

Camina rápido, alejándose de la recepción y cuidando que el viento no le baje el pelo. A lo lejos, en la zona 4, se escucha el martilleo de algún nuevo campista clavando las estacas para instalar su carpa. Una risa de mujer le llama la atención y la aterra, podría ser su madre. Asustada, se detiene detrás de una hilera de eucaliptos. Nadie debe verla y menos escucharla. Observa a su alrededor, escondida detrás de un árbol, cuando ve a una señora rubia platinada saliendo del camarín de las mujeres del brazo de La Pioja Petulante. Las dos van en traje de baño y miran a su alrededor arriscando la nariz, como si tuvieran asco. Silvana se queda mirándolas desde su rincón y no le cuesta mucho trabajo darse cuenta de que la platinada es la madre de La Pioja, no le cabe ni una duda al verlas avanzar con el mismo tranco y la misma cara de repugnancia hasta la orilla del lago. Silvana aprovecha que el camino queda libre y sigue alejándose. Las mujeres se meten al agua, acaloradas. Puede verlas relajando el ceño y refrescándose con el agua hasta el pecho. Ninguna de las dos se moja el pelo y este detalle a Silvana la intriga. Está pensando en los motivos que podrían tener

para no meter la cabeza bajo el agua cuando unas manos de hombre la abrazan por detrás, se aferran a su cintura y una voz le susurra al oído:

—¿Y tú ya no saludái?

Axel la sujeta entre sus brazos y ella no se queda quieta.

—Suéltame ahora —le ordena.

—¿Cómo tan mala onda? —reclama él, ofendido—. Vengo a visitar tu camping y mira la bienvenida que me das.

No debe sonreír y lo sabe.

No olvidar: ese desgraciado que trata de hacerse el simpático la mandó sola de regreso a su casa la noche de la fiesta. No debe dejar pasar ese detalle ni creer en nada que salga de la boca del Rucio Schumacher porque ha demostrado ser el campeón mundial de las mentiras. Pero es difícil, le cuesta no dejarse llevar y caer tentada de la risa ante alguna de sus bromas infantiles, o a sus caras de idiota cuando ella trata de ponerse seria, o a sus manos tratando de hacerla tropezar de nuevo con la misma piedra.

—¿Por qué tan fría? Pensé que lo habíamos pasado bien la noche de la fiesta —le dice al oído—. De repente podríamos repetirlo.

—Oye, no seas lanzado, si por suerte no alcanzamos a hacer nada —le recuerda ella.

—¿Cómo que por suerte? Igual te morías de ganas.

La atraviesa con su mirada de ave de rapiña y Silvana ya no puede más. Le transpiran las manos, la boca se le seca y no sabe qué más decirle para mantenerlo a raya.

—Igual no te lo voy a negar —se atreve, directa—. Lo pasé del uno contigo.

Axel Schumacher suelta una carcajada y Silvana intuye que se está burlando de ella. De lo que dice, de lo que hace, de cómo se viste y se mueve y, en especial, de cómo habla.

—¿Cuál es el chiste? —le pregunta, sospechando de sus risitas—. Cuéntalo para reírme yo también.

—No es ningún chiste —le contesta él agarrándola de nuevo por la cintura—. Todo esto es en serio.

No le importan las burlas, le dan lo mismo. Está acostumbrada a que la miren en menos. En un pueblo como Aurora y viviendo y trabajando en un camping donde los turistas se creen dueños y señores, eso es lo

primero que se aprende.

Axel le acaricia el cuello en busca de sus labios.

—No entiendo por qué no quieres estar conmigo —le dice—. En serio, igual me da ene pena porque pensé que la otra noche, después de la fiesta...

—¿Qué?

—Igual pensé que habían pasado cosas entre nosotros. Al día siguiente desperté y me acordé de ti.

—¿De qué te acordaste?

—De ti. De tus besos. Tienes unos labios exquisitos. ¿Te lo habían dicho?

Axel se queda contemplando su boca.

Entonces, entregada a lo que venga y sin hacerse más preguntas, Silvana se deja llevar por lo que siente y anhela y se lanza al cuello del Rucio Schumacher para besarlo impulsivamente, sin pudores inútiles ni culpas que no conducen a nada. Siente sus labios tibios contra los suyos y de nuevo su pelvis dura presionándola a llegar más allá, a entregarse de manera definitiva dejando todos los miedos sepultados en lo más profundo del lago. Sigue besándola como enajenado, en otro mundo distante, y ahora sujeta sus pechos por encima de la blusa con flores amarillas que le regaló Julita para un cumpleaños y que hace dos veranos le empezó a quedar demasiado ajustada. Besa su mentón y baja por su cuello para continuar justo en el espacio entre sus pechos. Muerde con suavidad la tela blanca de la blusa con flores amarillas y al ver su rostro excitado Silvana ya no puede controlarlo ni controlarse; aunque sabe que debería hacerlo sus manos no responden, su voz tampoco. El miedo a ser descubierta con Axel Schumacher en medio del bosque de eucaliptos del camping no basta para rechazar esos besos ansiosos, esa lengua recorriéndola entera, deslizándose más abajo de la blusa, allá donde *de verdad* todavía nadie ha llegado. Axel la sujeta contra el tronco del árbol que le sirvió de escondite y sin pedir permiso hunde la cabeza entre sus piernas. Silvana se estremece, con una mano se afirma del árbol y con la otra sostiene la cabeza de Axel, imparable, sin darse por vencido.

Cierra los ojos. No quiere saber nada más. Piensa en lo que siente, que le gusta, y en la culpa que no debe permitir que la embargue al

día siguiente, cuando abra los ojos en su cama y sienta su olor impregnado en la piel, o sus dedos marcados en algún rincón del cuerpo.

MADELIN DE MELLAFE

Viernes 11 de diciembre de 1987
1.58 PM
Un día antes del fuego

Esa tarde Sarita había llegado del colegio con un humor de perros, peor que el habitual, como ya era costumbre desde que Valentina salía de modo oficial con Axel. Madelin Cisternas de Mellafe sabía, o al menos intuía con cierto pánico, que detrás de la obsesiva devoción de su hija por el único hijo y heredero de Hermann Schumacher se ocultaba algo más, un sentimiento prohibido e inconfesable que guardaba como el mayor de sus secretos. No era una amistad pura la que existía entre Sarita y Axel. Madelin era ignorante en muchos temas, pero conocía a la perfección las miradas, esos celos inexplicables y enfermizos y también había visto cómo se ponía su hija cuando no conseguía lo que quería.

—Se mueren dónde va a ser el paseo —se quejó a la hora de la comida, sin tocar su palta reina.

Estaban los cuatro comiendo con Nino y el Palalo.

—¿Dónde? —le preguntó con curiosidad el Palalo.

—En un camping, en Aurora.

Un látigo helado recorrió la espalda de Madelin desde el cuello.

—¿Aurora? —preguntó, recordando.

—Eso dije, mamá, Aurora —recalcó Sarita, hastiada—. ¿Por qué esa cara?, ¿conoces por allá?

Madelin se quedó paralizada.

—Eso queda en la Sexta Región, de mi General Libertador Bernardo O'Higgins Riquelme —informó Nino Mellafe acariciando su bigote con la solemnidad que le gustaba imprimirle a sus conocimientos de geografía de Chile—. Bella tierra huasa. ¿Conoces por esos lados, mijita?

—No —respondió categórica Madelin—. Ni de nombre. No me suena para nada.

El terror inicial a la mención de ese pueblo antecedió a la culpa, primero, luego a la desesperanza y finalmente a la resignación. Madelin era práctica y ya sabía cómo lidiar con cada uno de esos estados, atravesándolos sin pensar mucho en sus acciones sino en las consecuencias inmediatas que podrían traer sus actos. A pesar de todo, seguía siendo una mujer precavida. Por eso al día siguiente se levantó al alba y sin contarle a nadie se ofreció como voluntaria en el comité de apoderados para acompañar a los egresados en el paseo a Aurora.

Cuando Sarita se enteró le dijo que era una intrusa, que la odiaba con el alma y que por nada del mundo iba a permitir que le arruinara los mejores años de su vida. A pesar de la cara descompuesta de su hija y de las cosas horribles que salieron de su boca, Madelin guardó silencio y siguió adelante con su plan.

Ahora ya estaba en Aurora, aburrida a morir con todo lo que la rodeaba en ese camping infernal donde reinaban los mosquitos y la temperatura superaba los 35 grados, asqueada en especial de los servicios higiénicos, que eran nauseabundos, pero también nerviosa por lo que en cualquier momento podía llegar a suceder si no se preocupaba del asunto. Las cuentas pendientes no se pagan solas, pensó con las mejillas enrojecidas y brillantes de sudor durante el trayecto desde Santiago.

Apenas se bajó del bus reconoció a la mujer. Estaba recibiendo a los alumnos. No se saludaron, lo cual era bastante lógico dadas las circunstancias. Se limitó a vigilarla desde la puerta de la recepción; Madelin se ocultó detrás de sus anteojos oscuros con marco dorado y no soltó el brazo de su hija. Sarita, por suerte y para su sorpresa, no sospechó nada ni le hizo preguntas. Estaba más preocupada de su reciente pelea con Lobo, de la hermanastra norteamericana de Axel y de la amistad de Valentina con ese niño Duarte, al que trataban sin piedad alguna de huaso Duarte o roto Duarte y al que, para asombro de Madelin, acusaban de comunista. Ella sabía que su hija era exagerada, pequeña y perversa, y por eso estaba ahí, atrapada en el paseo de los egresados en ese rincón del mundo al que había jurado nunca más volver.

Estaba en Aurora por su hija.

Al día siguiente, después del desayuno, aprovechó que Sarita Andrea

se asoleaba en la playa para desaparecer por media hora. Buscó a la mujer en la recepción del camping, pero no la encontró. Su marido, un hombre alto y fornido que se presentó como William Maldonado, le dijo que su esposa estaba en el muelle con el profesor Rivera. En el modesto living comedor de la cabaña de los administradores Madelin le dio las gracias al hombre, abrumada por el calor y la falta de líquido. Antes de salir esperó una atención, que le ofreciera un vaso de agua o algo, pero eso no ocurrió, al contrario, Maldonado solo la siguió hasta la puerta, apurándola y recalcando dónde podía encontrar a su esposa. A Madelin su actitud le pareció una ordinariez sin nombre; ella era una clienta más de su camping mugriento y estaba pagando una cifra nada barata por el famoso paseo de egresados. Pensó en decirle todo eso y unas cuántas otras verdades, además de presentarle sus quejas por el estado de los baños y de exigirle una boleta por los servicios prestados, cuando vio una foto de la mujer sobre un estante. Era un retrato en blanco y negro y tenía un marco de ónix que a Madelin le pareció espantoso. La foto, en cambio, era hermosa.

La mujer era joven y entre sus brazos sostenía a una niña que solo tenía nueve meses, aunque representaba por lo menos un año y medio. La pequeña observaba a la cámara sonriendo con una mano en el pelo.

Madelin sujetó la foto. William se quedó mirándola con desconfianza.

—¿Es su señora? —le preguntó para salir del paso.

—Con mi hija —le respondió él, cortante, quitándole el retrato y ubicándolo de nuevo en su lugar.

Madelin observó una vez más la cara de la niña de la foto y se fue sin despedirse ni dar las gracias.

En efecto, la mujer estaba en el muelle junto al profesor Rivera. Cuando quiso acercarse el profesor insistió en que debía acompañarlo a hablar con los estudiantes sobre los horarios de almuerzo y comida para que no incurrieran en atrasos ni ausencias. Madelin miró a la mujer del camping con velada paciencia. Si la conversación había estado pendiente durante casi veinte años, bien podía esperar otros veinte minutos, pensó con frustración.

—Juntémonos en la casa de botes mañana a las dos —le dijo la

mujer del camping antes de alejarse.

Al día siguiente, a las dos en punto estaba de pie en la puerta de la casa de botes. Para su suerte, Sarita y los demás estaban en la playa. Hirviendo de calor y nerviosa por la situación, se quedó esperando un momento. Miró el reloj, pensó que tal vez la mujer ya había entrado. Se asomó por la puerta y observó hacia el interior. Había dos botes con la madera podrida, varios motores en desuso y materiales de construcción. Pensó en quedarse y esperar, porque adentro el calor era más soportable que a pleno sol, pero pronto la embargó una sensación de pánico y vergüenza. Si alguien la veía salir de la casa de botes empezarían las preguntas, las dudas y con ellas las mentiras. Todas las mentiras que componían el mapa de su pasado, con un punto rojo en el pueblo de Lago Negro.

Madelin avanzó hasta la puerta de la casa de botes, dispuesta a irse. Cuando la abrió vio la figura de la mujer, su rostro enjuto e impertérrito observándola y, en el fondo y aunque no se lo reconociera jamás, juzgándola con la mirada como lo había hecho la primera vez, hace casi veinte años.

—No tenemos mucho tiempo —le advirtió de inmediato.

Ninfa Esparza, así se llamaba.

Ninfa vigiló la puerta por un segundo y luego la cerró.

—Hable. La escucho —le dijo, como esperando una sentencia, sin mirarla.

Madelin intentó ordenar sus pensamientos.

—Necesitaba hablar con usted porque no quiero que vaya a pensar que...

—Yo no estoy pensando nada —la interrumpió.

Respiró hondo para no perder la calma. Recordaba como si fuera ayer cada segundo del primer y único encuentro que había tenido con Ninfa Esparza.

—Yo no sabía nada del paseo... —explicó Madelin—. Y también pienso que ojalá no nos hubiéramos encontrado, pero ¿qué le vamos a hacer?

—Demasiado tarde —recalcó Ninfa, sin quitar la mirada de la puerta de la casa de botes—. ¿Para esto quería hablar conmigo? ¿Qué más?

Pensó un instante en cómo expresar lo que de verdad quería decir y

descubrió que eran demasiadas cosas a la vez como para explicárselas a esa pobre mujer en una sola conversación a la ligera. Necesitaba proteger a su familia de la casualidad tan poco afortunada, especialmente a Sarita. Ofreciéndose como apoderada en el paseo a Aurora también buscaba silenciar en parte los remordimientos que le venían cada vez que se acordaba de la zona, o cuando veía el amor de Nino o de sus hijos, que no sospechaban nada de su pasado ni de su relación con Lago Negro o Aurora.

—¿Cómo es? —preguntó Madelin, emocionada.

—¿Cómo es quién? —reaccionó Ninfa, dura.

—La niña, pues —insistió, turbada—. ¿Cómo es su personalidad? ¿Qué hace? ¿Qué le gusta?

Ninfa suspiró, pensativa, y sus pensamientos parecieron no gustarle, porque Madelin se fijó que fruncía el ceño, molesta. Tal vez era solo su imaginación.

—Si quiere saber cómo es la niña pregúntele a cualquier aurorino y le va a contestar mejor que yo —le respondió seca, malhumorada.

—¿Por qué dice eso? —le preguntó Madelin, a esas alturas alarmada con el tono que usaba para referirse a su hija.

—La niña ya no es tan niña, es una mujer hecha y derecha —le informó—. Y tiene un carácter que yo no sé a quién habrá sacado.

—Es muy joven todavía.

—Igual nomás, no tiene edad para hacer las barbaridades que hace.

—Así es la juventud, señora.

—La suya habrá sido así —le reprochó con cierto goce—. La mía no, señora. Yo trabajo desde los siete años y no precisamente en lo que hacía usted en Lago Negro.

Madelin la miró con resentimiento. Era la hora del desquite.

—Hasta aquí nomás llega esta conversación —sentenció Ninfa—. Estas cosas pasan. Maldades del destino. Ahora córtela con las preguntas y no se habla más del asunto.

—Es que me gustaría explicarle que… —insistió Madelin.

—No me interesa —la paró en seco—. Pasaron casi veinte años y nunca me hicieron falta tus explicaciones.

Madelin contuvo el llanto. Ninfa no la consoló porque pensaba que no se lo merecía.

—Ya es tarde para lágrimas, Madelin —le aconsejó sin convicción—. Hace años que a mí se me olvidó que la Silvana no es mi hija carnal. Ahora te toca a ti.

—No puedo —le confesó Madelin, exhausta, con la angustia y la culpa a punto de quebrarla—. Por más que he tratado, es imposible olvidar. Hace muchos años yo enterré ese pasado. Cambié de vida, de ciudad, me casé, tengo mi marido, mis hijos, mi casa, mi familia, mi...

—Por eso, es mejor que cuides todo lo que tienes y no sigas hurgando en el pasado. No trates de ver a la Silvana, no hables con ella. Es demasiado viva, ligerito va a sospechar y va a empezar a hacer preguntas.

—Tú no le has contado nada... sobre su origen, ¿verdad?

—Solo sabe que fue adoptada, lo que no quiero que sepa es que su madre no la quiso cuando nació.

—Eso no es verdad, Ninfa.

—Que nunca sepa que la dejaron tirada en una acequia, esperando a que se ahogara o a que se la comieran los pericotes.

—¡No fue así!

—Que nunca sepa que la hija de perra que la abandonó eres tú.

* * *

Ninfa se quedó muda, movió la cabeza a modo de reprobación y se fue. En el ambiente se escucharon las risas de los campistas, el motor de una lancha y el traqueteo de zorzales en el techo de zinc de la casa de botes.

Madelin no quiso llorar, aunque se merecía un buen desahogo. Necesitaba descargar la tensión que la oprimía desde que había puesto un pie en el camping. Las palabras de Ninfa todavía resonaban en su cabeza. Se llevó las manos a la cara, buscando el llanto, pero las lágrimas no salieron. Frustrada y sin ánimo de seguir sufriendo, respiró profundo pensando que en ese último aliento desaparecerían todos los fantasmas de Aurora, Lago Negro y las calles polvorientas que la habían visto crecer. Cuando salió de la casa de botes ya se sentía más aliviada porque estaba convencida de que había hecho todo lo posible para resolver el asunto. Madelin pensó que en esa conversación con Ninfa las dos habían enterrado para siempre los

pocos restos que quedaban del pasado.

Lo que Madelin ignoraba era que su hija no se había quedado tomando sol en la playa.

A esa hora Sarita Andrea también estaba en la casa de botes, después de un intento de reconciliación con Lobo.

5

La noche de los cobardes

SARITA MELLAFE

Viernes 11 de diciembre de 1987
Un día antes del fuego

Como siempre, la culpa fue de Lobo.

Si no hubiera conocido a la Diente de Oro.

Si la Diente de Oro no hubiera ido con Duarte a la fiesta de graduación.

Si ella no hubiera descubierto la gran mentira justo esa noche, la más importante de su adolescencia.

Si los tarados de la generación 1986 del colegio Andalucía no hubieran metido putas al hotel de Bariloche.

Si no hubieran tenido que ir al maldito paseo a Aurora.

Si ella no se hubiera apiadado de Lobo ni hubiera oído sus súplicas ni le hubiera aguantado las manos por debajo de la pollera.

Si no hubiera tenido tantas ganas de besarlo y abrazarlo y sacarle la ropa y verlo completamente desnudo, incluyendo su cosa.

Si no lo amara tanto como para regalarle *eso* como reconciliación.

Si hubieran preferido la carpa en lugar de la casa de botes para hacer las paces.

***

La mamá dice que se nota demasiado que somos madre e hija porque no nacimos para el camping sino para hotel mínimo tres estrellas, con cama blanda, almohada decente y room service. *Yo le encuentro la razón.*

Veinticuatro horas acampando y ya me quiero matar.

No tengo nada bueno que decir de este infierno llamado Aurora, y para

más remate la Vale sigue como tonta con el roto Duarte y eso me pone de pésimo humor. Me siento traicionada en lo más profundo de mi ser. Axel ya perdió todas las esperanzas de reconquistarla, el pobrecito le ha hecho todas sus gracias, incluso bañarse pilucho delante de ella en ese lago mugriento a las dos de la mañana como si fuera una estrella de rock. Nada le resultó: ni jurarse Gustavo Cerati ni cantarle baladas románticas al oído ni reconocer que se le había pasado la mano con la cámara de video de Duarte.

Después de dos días la Vale sigue como atontada, desaparece tardes enteras y fijo que se escapa con Duarte a alguno de sus panoramas nerds. Pensé que seguro la llevaba al cine del pueblo, me muero del asco, pero justo estaba saliendo de las duchas comunes del camping (sin comentarios) cuando sin querer escuché una conversación ajena.

Cuando una está rodeada de gente rara y fea, tener oído biónico puede ser un martirio.

De una ducha a la otra, la Guatona de los Mocos estaba hablando con la Vanessa Páez, que hasta ese momento no me caía tan mal, aunque sus pechugas y la manera que tenía de mostrárselas a todo el mundo, hombres y mujeres, me perturbaba demasiado. La Mocos decía que estaba tomando sol (Dios mío, sálvame) cuando vio una lancha cruzando el lago y adentro adivina quién iba. La Vane Páez le preguntó quién, aunque sin demasiado interés, y para hacerse la interesante la Guatona de los Mocos jugó con el suspenso hasta que cinco minutos después se dignó a abrir la boca. «DUARTE CON LA CALENTINA CERVANTES», le dijo la gorda desgraciada a la Vane Páez y a mí me hirvió la sangre de la pura rabia porque nadie habla así de mis amigos. Me tapé como pude con la toalla, a punto de vomitar porque las chalas me quedaban chicas y mi dedo gordo casi estaba tocando la baldosa amarillenta de las duchas, pero me armé de valor y salí a defender a los míos. No me guardé nada, desde afuera le grité a la Guatona de los Mocos que se quedara bien callada porque estaba hablando de mi amiga. «No estoy diciendo ninguna mentira», me contestó la gorda insolente asomando su cabezota empapada. Me quedé tiesa porque si hay un espectáculo de terror que NO QUERÍA VER POR NINGÚN MOTIVO era el cuerpo de la Guatona de los Mocos detrás de esa cortina plástica con hongos que no la tapaba por completo.

«¿Qué sabís tú, guatona ordinaria?», le dije, «¿qué te has imaginado

venir a hablar así de la Valentina?».

«Pero si así le dicen a tu amiga, la Calentina, por algo será», se metió la Vane Páez desde su propia ducha, «no es culpa de la Naty».

Por un segundo me quedé en blanco.

«¿Quién es la Naty?», le pregunté, en serio. «Yo no conozco a ninguna Naty, solo conozco a la Guatona de los Mocos».

Ahí mismo empecé a odiar a la tetona fácil de la Vane Páez, chula orgánica, igual que todos los demás.

«Oye, Sarita, no seas así, no hay para qué insultar», dijo Tetas y con sus palabras no hizo más que aumentar mi indignación, el asco que sentía y las ganas de devolverme lo antes posible a mi casa.

«¿Y qué te metís tú, galla?», le pregunté, «¿alguien llamó a una rota pechugona para pedir su opinión?».

Lo que pasó después no tiene ninguna importancia, pero me costó una pelea a muerte con la Vane Páez, una acusación con el profe Rivera y un mal rato con la mamá, pero nada de eso me importó de verdad, solo imaginarme a mi amiga en una lancha con Duarte.

Me preocupa lo que pueda pasar en esos paseos. No creo que la Vale sea tan idiota como para perder la virginidad antes del matrimonio y que se le ocurra hacerlo con el huaso Duarte y más encima arriba de una lancha.

La Iguana y la Espárrago en traje de baño son la cosa más espeluznante que han visto mis ojos. Desde El exorcista *que no tenía tanto miedo.*

ODIO TU CAMPING ASQUEROSO.

No te vi cuando llegamos y lo agradezco. Tampoco me topé contigo esa noche, la del jueves, cuando comimos atún con tallarines todos juntos alrededor de la fogata y alguien dijo que había visto un ovni, probablemente Faúndez o alguno de los HombresN. Al día siguiente, el viernes, te divisé a lo lejos en la recepción del camping y de nuevo me dio una rabia parida, pero menos que antes.

Ayer te cruzaste conmigo en la playa y me di el gusto de no saludarte. Al pasar escuché que me tratabas de maleducada, pioja y falta de respeto. Me dieron ganas de darte un par de cachetadas bien puestas en esa jeta de caballo que te gastas y de pasadita recordarte que el respeto se gana, pero ¿sabes qué? Mejor que no. Preferí quedarme callada porque no te mereces mi atención. Darte vuelta la cara a bofetadas sería reconocer que existes y

eso conmigo no lo vas a conseguir, Diente.

ODIO TU CAMPING ASQUEROSO.

Anoche Lobo se me acercó después de la fogata. O tal vez fue la noche anterior, no me acuerdo bien. Seguro es la angustia que me hace confundir los días. YO SABÍA QUE ALGO MALO IBA A PASAR *y recién ahora que estoy en esta carpa, sola, hambrienta y muerta de miedo a las arañas, las culebras y las putas como tú, me doy cuenta de que no debería haber venido. ¿Por qué no me quedé en mi casa, preparando el verano en Santo Domingo*?

Lobo sigue arrastrándose como un insecto. Dice que cuando te conoció, en ese mochileo fétido que hizo con Axel, no pasó nada contigo. Apenas unos besos sin lengua, de niños chicos, además tú te estabas acostando con Axel. Francamente, me das vergüenza. Prefiero no saber más, por ahora le voy a creer a mi pololo. La mentirosa eres tú, malacatosa y ordinaria.

Después de hablar como dos horas y de escuchar sus ruegos (eso fue lo malo, escucharlo), Lobo y yo nos quedamos aturdidos al sol, reconciliados a medias. Él me abraza y trata de darme besos en el cuello y ya nada es lo mismo, a mí me da vergüenza que lo haga en público, aunque me guste, porque por ahí anda el viejo depravado del profe Rivera y las mutantes de la Espárrago y la Iguana, luciendo sus carnes sueltas en traje de baño, MONSTRUAS COCHINAS. *Lobo no para, me dice que ya está bueno ya, que tenemos que arreglarnos como Dios manda. Quiere que nos vayamos a hacer un* NANAY *a la carpa y yo al tiro me pongo crespa, le digo que no sea peliento, ¿cómo se le ocurre hablarme de* NANAY?

«Soy tu polola, sin respeto», le grito y él me tironea y yo no lo pesco. «¿Con quién crees que estás hablando?».

¿Qué se habrá creído, que soy una de las chanecas de la Gelatería Barufino? Hace rato que se le pasa la mano con las calenturas. Antes se ponía cargante una vez a la semana, casi siempre los domingos después del Jappening con Ja*, ahora resulta que ya es cuestión de día por medio y me tiene chata. Según la Fran Marangunic, una excompañera de las Monjas Francesas y la única de ese colegio macabro con la que todavía me hablo, que es un poco loca, pero súper decente y centrada cuando se trata de hombres, lo pertinente (para una que es joven y está empezando) es una vez a la semana satisfacer al pololo. Así dice ella, satisfacerlo, y yo al tiro me imagino cosas asquerosas que no estoy dispuesta a hacer*.

«Chica, me tenís enfermo», sigue Lobo. «Esto no es sano, me haces sentir mal, en serio, no me puedo seguir aguantando las ganas.»

Le recuerdo que hasta hace un par horas lo odiaba a muerte por mentiroso, y entonces él se quiebra otra vez y vuelve con las explicaciones y el lloriqueo, que también me exaspera. En el fondo, Diente de Oro, todo es tu culpa porque eres una galla suelta, sucia y con otros hábitos. Hábitos súper distintos a los que tiene la gente decente. NO ERES COMO NOSOTROS, *eres ligera de cascos, como dice el papá, o sea que cualquier micro te sirve, como me repitió Lobo textual, eso dijo, que no le hacías el quite a nada porque te gustan demasiado los hombres,* TODOS LOS HOMBRES, *y eso es precisamente lo que a mí me da asco y una pena negra por ti y tu futuro*.

Lobo insiste con que nos olvidemos para siempre de ti y que vayamos a hacernos cariño a la carpa, ahora se guarda el NANAY, *pero a mí me da vergüenza porque desde lejos, entre los árboles, veo que los nerds están reunidos justo en la carpa de al lado, tocando guitarra, fumando Advance y tomando vino en caja. (Qué horror este paseo.) Están agrandados por el trago y me miran como buscando pelea. Hablan de mí en voz baja, pero los escucho igual. La Espárrago toca en guitarra una versión patética de «De mí enamórate», de Daniela Romo, mientras le coquetea descaradamente a la Iguana Cruz, en una escena romántica que prefiero saltarme de puro susto. Cuando estoy a punto de mandar a la cresta a la Espárrago maldita, por chillona, Lobo me agarra de la cintura, me levanta en el aire y me dice que se le acaba de ocurrir una idea fenomenal*.

Caminamos hasta el final de la playa, ahí donde se acaba el camping. No hay nadie en la casa de botes. Apenas entramos Lobo se me tira al cuello y no le digo nada para no espantarlo. No quiero que siga pensando que soy cartucha. Quiero que piense que soy una galla normal, como mi amiga Fran Marangunic. Yo también tengo ganas de hacerlo, no lo niego, así que me quedo callada cuando me toca suave por encima del sostén. Tampoco digo nada cuando se saca la polera, al contrario, me gusta que me muestre su pecho peludo y sus calugas y que me mire con cara de «Todo esto es tuyo, Chica». Nos besamos y es rico, exquisito, pienso que tal vez sea el momento de hacer lo que he jurado que NO VOY A HACER, *entregarle todo, regalarle* LO ÚNICO QUE TIENE UNA MUJER, *como dice la mamá, dejar que me tiente y hacerme caer en sus garras de hombre. Después de tantos años juntos quizás llegó la hora de perder la virginidad con Lobo, seguro es la*

mejor forma de borrarte a ti de la faz de la tierra, dándole justo lo que quiere. Lo pienso con seriedad mientras siguen los besos y las manos en distintas partes de mi cuerpo. Él baja la mano por mi espalda y me toca por debajo de la ropa interior. No me desagrada, así que seguimos. Me encanta. Me vuelve loca. Ya está decidido, voy a llegar hasta el final. Sarita Mellafe, ¿qué crees que estás haciendo? De repente todo se va a la mierda. Me miro desde afuera y veo lo que hago, cómo me muevo y respiro, cómo le regalo algo tan íntimo y trascendental a Lobo en un lugar tan horrible, rodeada de bidones de parafina, madera podrida y envuelta en olor a desagüe. Puedo tener todas las ganas del mundo, haber perdonado a Lobo y amarlo con locura, pero así no pienso recordar mi primera vez. Nunca tan suelta. Nunca tan tú.

De repente se abre la puerta de la casa de botes y todo lo que pasa después es un SUEÑO. Poco después, Lobo me hace preguntas, pero lo mando a la mierda, le digo que no me acuerdo de nada y que él tampoco.

Todo lo que pasa después es como una PESADILLA donde la única persona que reconozco eres tú. Estás en medio de un salón con tu vestido BRISHANTE color salmón bailando canciones chulas con pasos de baile provocadores y tu cara de caliente mientras mueves esas caderas gigantes, monstruosas, y juntas los labios y lanzas al aire los besos que a las putas les encanta usar para llamar a los hombres, besos al aire que ellos juran que son declaraciones de guerra y que esta vez no te resultan porque no existes. Nunca has existido.

La vieja del camping entra a la casa de botes hablando con la mamá. Con Lobo alcanzamos a escondernos antes de que nos vean, a mí con la blusita abierta y a él sin camiseta, con el cierre del pantalón abierto hasta la mitad y todo ahí asomado para afuera. Es tanta mi vergüenza y el pánico a que nos pillen que no me llama la atención que la mamá esté con la vieja del camping ni que la vieja del camping le hable golpeado a la mamá ni que la mamá le pregunte cosas sin sentido ni que se ponga a llorar como Magdalena cuando la vieja del camping le habla de las MALDADES DEL DESTINO y otras cosas de telenovela. Lobo me toma las manos, súper afectado y yo no sé por qué. No me doy cuenta. Me pregunta: «¿Qué onda tu vieja?», sin hablar, solo moviendo los labios para que no nos escuchen mientras la mamá y la vieja del camping siguen conversando como si se conocieran desde siempre, no grandes amigas pero sí bien conocidas, y

después se ponen a discutir como si hubieran pasado años acumulando las ganas de gritarse la vida y de cobrarse sentimientos cochinos, como si la vieja del camping la hubiera estado esperando para decirle esa sarta de barbaridades que le dice y que escuchamos con Lobo, todas esas cosas horribles sobre la Diente de Oro que ojalá no hubiera oído jamás, como que no quiere que sepa que su madre no la quiso, o que nunca sepa que la dejaron tirada en una acequia esperando a que se la comieran los pericotes, o que nunca sepa que la hija de perra que la abandonó eres tú.

* * *

Sarita arranca las últimas dos páginas del cuaderno de Hello Kitty y las guarda en su mochila. Recién entonces advierte que ha estado por lo menos una hora y media encerrada en esa carpa, tratando de ordenar sus pensamientos a través de la escritura. A lo lejos, en la zona 4 del camping, en la playa y en los camarines, sus compañeros siguen cantando.

Abre las dos páginas sueltas y revisa al pasar lo que escribió.

—¿Sarita?

Su madre se asoma sin aviso por la abertura de la carpa y la sobresalta.

—Sarita, ¿te sientes bien?

Madelin intenta tomarle la temperatura tocándole la frente, pero ella no la mira. Con discreción arruga las hojas en la mano para meterlas a su bolsillo, sale y se aleja de su madre sin responderle, también de los nerds de la carpa de al lado y del camping Buenaventura hasta que ya no escucha el guitarreo insoportable de la Espárrago ni los gritos de los pájaros que chillan como criaturas prehistóricas. Mira a su alrededor y cuando confirma que está sola y a salvo, Sarita Mellafe saca las últimas dos páginas que escribió en su diario y las quema.

Cuando la conversación que ha oído en la casa de botes queda reducida a unas pocas cenizas y una nube de humo se siente un poco más aliviada. No quiere volver al camping, pero sabe que está obligada a hacerlo. Para ganar tiempo y recobrar la calma decide regresar cruzando por del pueblo. Si hay algo que necesita evitar es que Lobo, Axel o Valentina la vean en ese estado. Lobo va a empezar de nuevo

con las preguntas y la necesidad de explicaciones, o a toda costa va a querer comentar y opinar sobre lo que escucharon. Seguro va a tratar de aprovecharse de su situación para acercarse y doblegarla, como lo hace siempre con su cara de niño bueno, aparentando ser incapaz de matar una mosca.

Camina por una avenida llamada simplemente «Central» cuando un taxi negro destartalado y con techo amarillo cruza frente a ella. Sarita mira hacia el interior del vehículo, le llama la atención ver un taxi en ese pueblo polvoriento. Por un segundo piensa que en ese vehículo está su salvación, cree que lo más conveniente sería estirar la mano o mover los brazos hasta lograr que el chofer se detenga, subirse y ordenarle que la saque, que la libere, que se la lleve lo más lejos posible de Aurora, de su madre, de Axel, de Valentina, de Lobo y de la Diente de Oro. Mientras Sarita imagina el destino final que escogería si efectivamente se subiera al taxi, todo lo que ve a su alrededor comienza a adquirir sentido. De pronto, después de un pestañeo, reconoce en el asiento trasero el pelo frondoso y rubio de su madre.

El taxi acelera y se aleja por la Avenida Central. Sarita no lo piensa y por instinto sigue caminando hacia la misma dirección. Al comienzo lo hace con desesperación, acelerada porque sabe que en algún momento perderá de vista al taxi y también a su madre. Por unos minutos está a punto de alcanzarlo y de que Madelin la vea, en su carrera ansiosa por saber qué hay detrás de ese viaje en taxi y cuál es su destino final. Después de un rato de ventaja el chofer acelera por una calle lateral y Sarita lo ve desaparecer junto a un aviso caminero que dice «Lago Negro 5 km».

Vuelve corriendo al camping. Todos están en la playa, incluyendo a Lobo.

Nadie se pregunta por ella. Nadie la echa de menos.

Sarita Mellafe se siente invisible. Aprovechando esta nueva habilidad que jamás en la vida imaginó que tendría, corre hacia la carpa de Axel. Una vez más, la infaltable Espárrago se cruza en su camino, pero esta vez logra huir del recorrido de sus ojos negros y saltones para ocultarse en el espacio que queda entre las carpas. No quiere que nadie la vea. ¿En qué momento empezó a tenerle tanto miedo a los nerds?, se pregunta, agazapada en cuatro patas y alerta a

cualquier movimiento. Por unos minutos se queda quieta, indigna y con vergüenza de sí misma por haber caído tan, pero tan bajo, hasta que del interior de la carpa aparece Mabel con la cara roja y húmeda de transpiración. Desde su rincón Sarita ve que Mabel y Helia se miran sin hablar. Códigos internos, sospecha. Helia se acerca y besa a Mabel en los labios. Es un beso de amor, se fija Sarita. Las dos se toman de la mano por un segundo, Helia va a besarla de nuevo, pero Mabel la detiene.

—Después —le pide—. Ahora es peligroso, nos pueden ver.

Sarita se tapa la boca, tardíamente impactada. Helia aleja su mano del alcance de Mabel, herida, y avanza bajo los árboles. Mabel la sigue hasta que la alcanza.

—Helia, no te enojes.

Sarita aprovecha el segundo que tiene para arrancar y salta hacia el sendero para llegar a la carpa que comparten Axel y Lobo.

Luego de elucubrar varias teorías sobre el paradero de las llaves de la Saveiro, las encuentra en el lugar que suponía, los Levi's con agregado que Axel usó el primer día. Al salir de la carpa con las llaves en el bolsillo decide que no va a mirar hacia atrás. Esta vez no va a tratar de ocultarse de las miradas arpías de los nerds ni de justificar su ausencia en la playa con los demás. Se cansó, se agotó, está exhausta. Ahora tiene un solo objetivo en la vida y es correr a la Saveiro y conducir hasta ese lugar seguramente horrible llamado Lago Negro.

MADELIN DE MELLAFE

Viernes 11 de diciembre de 1987
4.44 PM
Un día antes del fuego

La casa de Lago Negro está igual. Al menos eso le parece cuando se baja casi sin aliento del único taxi que encuentra en toda la provincia con una caja de chocolates con forma de corazón envuelta en papel de regalo bajo el brazo. Por fuera, la construcción de calle Almirante Markman no despierta sospechas, es solo una más de las casas antiguas que aún quedan en pie en ese pueblo olvidado por la humanidad y lo moderno. Como dato curioso Madelin recuerda que Lago Negro ni siquiera aparece en los mapas, aunque sí sale Aurora, lo que desde siempre ha marcado una diferencia abismal entre la gente de ambos pueblos. Los aurorinos desprecian a los de Lago Negro y en el pasado, cuando ella frecuentaba los dos lugares por motivos de trabajo y también de diversión, la diferencia era todavía mayor. No había televisión, la gente era más inocente, los huasos de la zona ganaban más dinero y Madelin sospecha que el negocio de la casa de Lago Negro, o sea, el amor, era más rentable que ahora.

Espera que el chofer del taxi se vaya para tocar la puerta. Se le ocurre pedirle que la espere frente a la panadería, en la cuadra siguiente, para no despertar sospechas. Sabe bien cómo es la gente por esos lados. Pasa el tiempo, pero aurorinos y lagonegrinos siguen igual de chismosos. Aunque, al fin y al cabo, se recuerda a sí misma mientras espera que por fin se vaya el taxista, ya no tiene necesidad de darle explicaciones a nadie. Es otra mujer, con otros propósitos en la vida, con otra cabeza y tal vez hasta con un alma distinta a la que tenía hace dos décadas, esa alma masoquista que no se quería a sí misma y que vivía jugando a las apariencias, el engaño y la magia.

Antes de tocar el timbre de la casa de tres pisos, Madelin sabe que tendrá que esperar un buen rato hasta que alguna de las flojonazas se digne a abrir la puerta. Pasa el tiempo, pero sospecha que las niñas de

antes y las de ahora tienen los mismos hábitos. Por eso no le extraña el silencio que reina a esa hora, la esperada hora de la siesta después de una calurosa noche de diciembre. Seguro se acostaron de madrugada y si alguien no las despierta seguirán durmiendo hasta pasadas las doce, cuando ya sea demasiado tarde y la señora Odette ponga el grito en el cielo porque ninguna está bañada ni arreglada ni perfumada y los clientes de Chillán ya tengan los autos estacionados en la puerta y la Turca ya no halle qué más servirles para obligarlos a esperarlas a ellas, las sinvergüenzas, las perezosas, las que creen que pueden dormir hasta que les salgan raíces si se les antoja.

Toca el timbre cinco veces y por un segundo piensa que alguien la está vigilando desde adentro, quizás hasta la misma señora Odette, vieja zorra hedionda que lo ve y lo sabe todo, pero después de respirar hondo agudiza el oído para escuchar a lo lejos el traqueteo incesante de unas sandalias por el suelo de madera del patio chico, el de las piezas baratas y que en sus tiempos eran gratis para el Año Nuevo y Fiestas Patrias.

Madelin toca de nuevo.

—¡Ya van!

El grito que proviene de la casa la conmueve tanto que, cuando la Turca abre la puerta y ve de nuevo sus ojos azules y su piel color azabache, además de lanzarse a sus brazos y llenarla de besos Madelin quiere llorar, llorar sin pensar en que alguien la está mirando, o de la impresión que podría dar a ojos de algún desconocido. Llorar hasta reventar si es necesario y después tomarse unos traguitos de aguardiente perfumado, o de ese pajarete fuerte que a ella le venía tan bien antes de una noche ajetreada.

La Turca de sus amores, la Turca linda, el amigo más fiel que ha tenido en su vida, con sus perlas y anillos, se le cuelga al cuello y empieza a gritar con la voz quebrada hacia el patio chico, allá donde residen las nuevas, y también al segundo y tercer piso, donde duermen y trabajan las más antiguas, y espera que sus chillidos de animal herido ojalá lleguen hasta la pieza de la señora Odette.

—No, si ya no duerme arriba —le aclara de entrada la Turca a Madelin, sin soltarle el brazo—. ¿Con qué ropa, niña, si con suerte se puede el traste?

—Turca, no seas mala —le pide Madelin.

—Si la mala es ella. —Se acerca para hablarle en voz baja—. Nos debe a todas tres meses de sueldo y quiere que andemos con la cara llena de risa, que las chiquillas gasten plata en pintura, en ropa y en pelo. Tú sabes cuánto cuesta andar bonita, Madelin. ¿Cómo no vas a saber, si eras la reina de este chiquero?

De a poco comienzan a aparecer las niñas estables, o sea, las privilegiadas que tienen casa, comida y ropa limpia donde la señora Odette. Madelin no conoce a ninguna. Una por una las estables bajan de los pisos superiores con cara de sueño y mal humor, sin saludarla ni prestar atención a lo que pasa a su alrededor. Madelin piensa que en sus tiempos las cosas eran distintas, cuando entraba al salón se comportaba igualita a una dama de sociedad, saludaba de mano a todo el mundo, decía con suavidad su nombre, buenas tardes, gracias, de nada y por favor, y jamás gritaba ni levantaba la voz ni decía bromas sexuales o de doble sentido. Eso quedaba para algunas de sus compañeras menos pulidas, no para ella.

La Turca le pregunta si los chocolates que trae son para ella y Madelin está a punto de decirle que no, que los compró para que la jefa comparta con las niñas, aunque en realidad a esas alturas de la visita ya tiene clarísimo que la Turquita y la señora Odette son las únicas personas que conoce y que todavía están vivas en la casa de Lago Negro.

Sin esperar respuesta la Turca le arrebata los chocolates y rompe el papel plástico con sus manos flacas y masculinas mientras se queja del hambre. La jefa las tiene a todas a puro té y papas con arroz, reclama, todos los días, dos veces al día, y las niñas sufren lo indecible porque se les tranca el intestino.

—Yo no sé cómo todavía no se han comido entre ellas.

Madelin le toma la mano, emocionada, cuando escucha nuevos pasos a lo largo del zaguán. La Turca se arregla el pelo, limpia sus ojos de incipientes lágrimas de emoción y carraspea un poco antes de hablar.

—Estoy acá, mamita, en la galería —grita con voz ronca hacia el primer pasillo—. Mire nomás quién nos vino a ver.

Madelin recuerda sus primeros días cruzando esa misma galería,

tomando desayuno al sol o compartiendo cigarros con otras niñas en los balcones del segundo piso. También vienen a su cabeza los interminables y lluviosos inviernos, los braseros volcados que provocaban incendios repentinos y las enfermedades, todas esas enfermedades malditas que traían los hombres detrás de sus billetes y que costaba tiempo, plata y mucha vergüenza sanar.

La señora Odette le había dado su primer trabajo, al comienzo sirviendo tragos a turno completo, sin parar, de amanecida, y después como *niña de alterne* estable, con sueldo fijo más propinas y atenciones privadas. La señora Odette, esa a la que nuevas y antiguas le temían como al diablo, era la madre que a Madelin siempre le había faltado. Ella cumplió ese rol en el momento más oscuro de su vida, poco después de su llegada a Lago Negro, ya no recuerda bien el año, debe haber sido el 64 o el 65 o el 66, cuando Madelin por fin abrió los ojos y se dio cuenta de lo que provocaba en los hombres; cuando entendió lo mucho que podía lograr en un pueblo mugriento con el cuerpo, la cara y los modales que tenía. Porque Madelin era pobre y venía de abajo, pero tenía excelente memoria y había gozado de una buena educación.

—No sé quién es esta mujer —asegura la señora Odette después de examinarla.

—Mamita, ¿cómo no? Si está igualita —le dice La Turca, todavía impactado.

—¿En serio no me reconoce, jefa? —se acerca Madelin y por un segundo parece que la anciana va a reconocer su voz—. Si no estoy tan vieja.

—Para esta casa estás muy vieja, lo siento —le aclara de inmediato la señora Odette, evitándola.

Madelin mueve la cabeza de lado a lado. No sabe si reír, ponerse a llorar o decirle un par de verdades.

—Oiga, mamita, si ella no viene na' a pedir trabajo —interviene la Turca en el momento preciso—. ¿En serio no sabe quién es?

La señora Odette sigue negando, perdida.

—Mamita, soy yo —le confiesa Madelin, en un último intento por ganarse a la mujer—. Soy La Gringa.

El entrecejo de la legendaria madame de Lago Negro se arrisca por

un instante, entregándose por fin a los efectos que le producen ese nombre. La Gringa, un nombre que Madelin no escuchaba ni mucho menos usaba hace más de veinte años, desde los últimos días vividos en esa casa de madera y cemento.

—No puede ser —dice la señora Odette, sobrecogida—. ¿No te habías muerto?

—¿Cómo le dice eso, mamita? —le pregunta La Turca, avergonzada —. Mírela, si está vivita, coleando y más hermosa que nunca, si parece artista de la tele. Siempre tuviste lindo pelo, Gringa, no hay na' que hacerle.

—Madelin, no puede ser verdad, niña. —Abre los ojos y levanta las manos, dándole por fin la bienvenida que esperaba—. Si yo juraba que te habías muerto, ven aquí, muchacha, dame un abrazo que me voy a mear de felicidad.

Madelin abraza a su primera patrona y el olor a pasado y a colonia de lavanda inunda cada rincón de su cuerpo. Nada ha cambiado, el tiempo no avanza, todo está igual que esa última noche, la noche de su escape bajo la lluvia, la noche final, cuando salió corriendo de la provincia con una niña de unos cuantos meses entre los brazos y nunca más se atrevió a volver ni a recordar ni a mirar hacia atrás.

Entonces sucede lo esperable según las estrictas reglas de urbanidad del sur de Chile. Justo cuando Madelin está pensando en volver al camping antes de que Sarita la eche de menos, la señora Odette y La Turca la obligan, no la invitan, *la obligan* a quedarse a tomar once. Negarse es imposible. No en esta zona y menos en Lago Negro, donde las visitas son un pasatiempo extraño e inusual que ya nadie practica.

Las niñas nuevas deberían conocerla, le recomienda la Turca a la señora Odette, y oír sus historias para que así aprendan a tratar a la clientela como Dios manda. Madelin explica que prefiere pasar a verlas otro día, antes de regresar a Santiago, e intenta buscar una excusa convincente. Pero Madelin termina por verse obligada a aceptar la invitación, aunque le ruega a la señora Odette que no la obligue a hablar con las demás niñas.

El resto de la tarde se pasa rápido entre anécdotas y confesiones. La señora Odette y la Turca quieren saberlo todo sobre Madelin, desde esa noche, cuando se escapó de la casa bajo una lluvia torrencial y

todas pensaron que se había arrancado con un amante que tenía en Talca que imaginaban era el padre de la niña, esa criatura inesperada que le había cambiado el destino a la pobre Gringa como ningún hombre lo había conseguido, ni dentro ni fuera de la casa de Almirante Markman.

Madelin se toma una taza de té más por cortesía que por ganas y empieza a contarles lo que quieren saber desde hace casi dos décadas, todo lo que pasó esa noche de invierno, en pleno junio, con un frío que congelaba hasta las lágrimas y una lluvia que empezaba a caer a goterones en casi todas las piezas de la casa. Quiere confesarles la verdad, que esa noche se fue con su hija porque tenía planes para ella, planes que llevaba mucho tiempo tratando de concretar y que no solo significaban la felicidad de la niña sino además la suya. Iban a pagarle por su hija, no una cifra para hacerse millonaria, pero sí para darse el lujo de no volver nunca más a la casa ni a Lago Negro ni a la provincia y de empezar una vida en otra parte. También quiere dejarles bien claro a la Turca y a la señora Odette que el padre de su primera hija no es el señor Esquella, ese cliente de Talca que ellas recuerdan, pero cuando están en medio de la conversación, las tres emocionadas gritando a voz en cuello, Madelin escucha otros gritos más dramáticos desde la puerta de la casa. La señora Odette piensa que son clientes borrachos o carabineros de franco buscando problemas. Le pide a la Turca que vaya a poner orden porque ella apenas se puede los pies, pero antes de que obedezca se asoma una de las niñas estables seguida por Sarita.

Madelin mueve la cabeza y su mirada se cruza con los ojos penetrantes de su hija.

—¿Por qué no me contaste que tenías conocidos en este pueblo?

AXEL S.

Viernes 11 de diciembre de 1987
6.32 PM
Un día antes del fuego

Sarita había desaparecido todo el día y Lobo estaba nervioso porque no era lo habitual.

A Axel no le costó mucho darse cuenta de que algo malo le pasaba a su amigo. Cuando le preguntó por la casa de botes se quedó mirando sus North Star blanquísimas y se puso histérico, como esa vez que Divita, su mojigata hermana mayor, le preguntó si era virgen y él no supo cómo responderle ni dónde meterse. A Lobo le costaba mentir y, aunque lo hacía con frecuencia, siempre terminaban pillándolo. Sarita, Axel, su madre, su abuela o sus hermanas. Por la expresión de su cara, Axel pensó que por fin se había acostado con Miss Mellafe y ahora se sentía culpable gracias a su educación católica y al montón de mujeres machistas, amargadas y retrógradas que componían su familia tan extraña.

Se quedaron todo el día en el muelle. Los dos solos, como en los viejos tiempos, antes de Sarita o Valentina, antes de que empezaran a fijarse en las niñas, cuando solo importaban las bicicletas, las películas de terror y el último *cartridge* para el Atari 2600. A veces, cuando se sentía solo, Axel extrañaba esos tiempos más simples y no le gustaba, porque se acordaba de su padre.

Al llegar al muelle habían encontrado a un pequeño grupo de mutantes tomando sol. Entre ellas, Axel reconoció a Helia y le dieron ganas de provocarla. No recuerda muy bien qué le dijo ni cómo, pero todos se rieron de sus bromas. En algún momento Lobo tuvo que pararlo porque a veces se le pasaba la mano con la crueldad y ya la tenía haciendo pucheros, a punto de llorar. Axel pensó que tenía un superpoder especial, que era hacer sufrir con poco esfuerzo a Helia/ Hernia Parraguez.

¿Se lo merecía? Tal vez no.

¿Lo divertía? Seguro que sí.

¿Pensaba dejar de hacerlo? Jamás.

Había algo en los movimientos de la Espárrago que le producían una sensación extraña, una cierta inquietud deliciosa en su mirada, algo perturbador, maligno y capaz de hacer mucho daño. Eso le llamaba la atención, lo que nadie antes había visto en Helia/Hernia porque, en el fondo, nadie se había molestado en saber quién existía detrás de esa máscara tan espantosa. Axel y Lobo habían llegado a imaginar que no era humana, como un personaje de la serie *V, invasión extraterrestre*.

Después de una humillación constante y cruel que había durado por lo menos cuarenta minutos ininterrumpidos, los mutantes, incluyendo a Helia, se habían rendido. Valentina llegó después, no lo miró ni lo saludó, y cuando preguntó por Sarita, a modo de revancha espontánea, Axel decidió ignorarla por completo. Sabía que era la única forma de tratarla.

Carrie fue el gran descubrimiento del paseo. Así lo confirmaron con Lobo dos días después de conocerla. Ambos estaban fascinados con su personalidad atrevida, sus gustos musicales, su acento gringo exquisito y tentador, sus ojos penetrantes y su relajo total para hablar de sexo. No era como las niñas de su edad, y menos como las chilenas que conocían, siempre tan conservadoras y preocupadas de la opinión del resto.

A su radiante medio hermana nada le impresionaba demasiado, a lo más el frío y los trajes de baño que usaban la Iguana y la Espárrago. Carrie pensaba que Chile estaba congelado en los años sesenta, y cuando quería podía tener un humor negrísimo, peor que el suyo. Eso le encantaba.

Estaban felices mirando el atardecer, soñando con arrendar unas motos de agua para demostrar a los mutantes quiénes mandaban en el lago, cuando por fin apareció Sarita.

—Axel, necesito hablar contigo —le dijo sin saludar a nadie.

Al oírla, Axel miró a Lobo y al instante temió por su vida. Carrie le preguntó a Sarita si no le gustaba tomar sol y cuando ella no le respondió todos se percataron de que la urgencia era real.

—Chica, mi amor, ¿dónde te habías metido? —la interrogó Lobo—. Te he buscado por todo el camping, me tenías súper preocupado.

Lobo se acercó y trató de tomarle la mano. Le habló en voz baja, al oído, para que nadie más pudiera escucharlos.

—¿Estás bien, mi amor? —le preguntó—. ¿Hablaste con tu mamá?

Sarita se apartó de él. No lo miró ni le respondió. Bajo su mano insistente, Lobo sintió su pulso agitado. Trató de buscarle la mirada, pero fue imposible. Desde el bosque de eucaliptos apareció Madelin con anteojos oscuros y el pelo revuelto. Axel la saludó con cariño y se fijó en la mirada de terror que le daba a su hija. Al verla, Sarita se estremeció.

—Sarita, ¿me acompañas un momentito al baño? —le pidió Madelin —. Necesito ducharme.

Sarita arriscó la nariz y giró la cabeza hacia su madre.

—¿Tan vieja estái que no te podís duchar sola? —le preguntó.

—No seas insolente con tu mamá, Sarita —intervino Valentina, conciliadora, pero ni la madre ni la hija parecieron escucharla.

Sarita caminó hacia Madelin, vigilándola.

—Para otras cosas eres tan independiente —le recordó—. Por ejemplo, para visitar a tus viejas amistades.

—Hija, ven, acompáñame —se apuró Madelin, tomándola del brazo.

—¿No te dai cuenta que estoy con mis amigos? —la detuvo Sarita, empujándola un poco para liberarse de ella—. ¡Déjame tranquila! ¡Anda sola!

—Chica, cálmate.

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Ándate!

Los gritos destemplados de Sarita a su madre dejaron boquiabiertos a Axel y Valentina. Lobo intuía los motivos de su ira, y aunque no justificaba para nada la reacción, prefirió quedarse callado hasta que por fin Madelin obedeció las órdenes de su hija y desapareció por el sendero entre los árboles.

—Mellafe, ¿por qué tratas así a tu mamá? —le preguntó Valentina.

—No seas metida, galla —reaccionó Sarita, iracunda—. ¿Me meto yo en los problemas con tu viejo? ¿Te pregunto acaso por qué no te pesca ni para los cumpleaños?

Valentina se quedó en silencio, y aunque le dolieron las palabras de su amiga, se negó a alimentar la discusión.

—Ya, Sarita, ven conmigo —le dijo Lobo tratando de calmarla.

Sarita no lo miró ni respondió a sus caricias. No lo tomó en cuenta cuando se acercó a Axel ni cuando le agarró la mano para llevárselo a caminar por la orilla del lago a la hora de la puesta de sol. Axel la siguió sin hacer preguntas y observó desde lejos a Álvaro y Valentina, en la playa, encogiéndose de hombros.

En esa caminata, Sarita guardó silencio hasta que llegaron al final de la playa. Axel trató de hacerla reír. Le preguntó si había peleado con Lobo. Ella le dijo que no y miró hacia la casa de botes.

—Axel, necesito que me hagas un favor —le dijo—. Eres el único que puede ayudarme.

El amor inconmensurable que Axel sentía por Sarita Mellafe hizo que no le importara el robo de la Saveiro y que aceptara ayudarla en su nuevo plan sin preguntas ni condiciones.

—¿Qué quieres que haga?

—Lo que mejor sabes hacer.

SILVANA

Sábado 12 de diciembre de 1987
3.22 PM
Siete horas antes del fuego

El día que empezó a odiar a Axel Schumacher, antes de que todo ardiera, él le pidió que le mostrara la zona, que lo llevara a los lugares más lindos del pueblo. Dijo que quería aprovechar el tiempo que quedaba para conocerla mejor, para acercarse un poco más, para terminar lo que habían empezado la noche de la fiesta de graduación, medio borrachos, en la piscina de su casa de San Damián.

Silvana no le creyó nada, pero no pudo evitar pensar que sus palabras sonaban bonitas porque las decía inspirado, como si estuviera actuando. Parecía que de verdad era un tipo amable, buena persona, sensible, juguetón y preocupado por los demás.

Había llegado haciéndose el lindo a comprar unas bebidas. Silvana estaba acalorada y muerta de aburrimiento en la recepción del camping, leyendo una *Super Rock* antigua donde aparecía Álvaro Scaramelli sin polera. Le encantaban los morenos con las bocas grandes y los ojos almendrados.

El Rucio Schumacher apareció solo, cosa rara porque no se separaba de sus amigotes ni por casualidad, y preguntó cuánto costaba la Free de un litro. Ella le dijo el precio, él sacó un billete de cien pesos y le preguntó si vendían cigarros. Silvana negó con la cabeza y por simple curiosidad le preguntó de qué marca fumaba.

—Barclay —le respondió mientras contaba las monedas del vuelto para después guardarlas en el bolsillo de su billetera Ocean Pacific, igual que sus shorts. Su camiseta amarilla sin mangas no tenía marca, se fijó Silvana, y las sandalias eran O'Neill—. ¿Y tú?, ¿fumas?

—A veces —le contestó—. Cuando no estoy trabajando.

—¿Y qué más haces cuando no estás trabajando? —siguió él, coqueto, sin disfrazar ni por un instante sus verdaderas intenciones de conquista.

—De todo —respondió ella, desafiante—. ¿Por qué? ¿Me quieres invitar a alguna parte?

—A lo mejor, ¿quién sabe? —La sonrisa de Axel se agrandó en su boca, y aunque a Silvana le dieron unas ganas locas e inexplicables de besarlo, se contuvo—. Depende de cómo te portes.

—Entonces espérate bien sentado, porque no creas que se me ha pasado la furia contigo, Schumacher —le advirtió, luchando contra sus deseos más íntimos y tratando de no perder de vista las faltas de respeto cometidas antes, los besos robados en la piscina y el interminable viaje entre la enorme casa de San Damián y el camping Buenaventura, a la mañana siguiente—. ¿Querís saber cuánto me demoré en llegar a mi casa después de tu fiesta?

—Perdona, Silvana —reconoció con humildad—. Es mi culpa, *sorry*, en serio. Te debería haber traído hasta la puerta de tu casa, como te lo merecías.

—¿Vas a comprar algo más? —Silvana bajó la cabeza hacia el mesón de vidrio donde se guardaban los confites y se concentró en evitar su mirada porque sabía lo que le provocaría el mínimo cruce con la suya.

Fue inútil tratar de arrancar. Inventó que sonaba el teléfono en alguna parte, que su madre la llamaba desde la zona de cabañas, pero él no le creyó. Le sujetó las muñecas y se quedó mirándola, de nuevo al acecho.

—¿Por qué no me llevas a dar una vueltecita al lago? —propuso—. No te cuesta nada.

Silvana debería haber dicho que no.

—¿No me ves que estoy trabajando?

Debería haber llamado a su papi para que lo ahuyentara lo más rápido posible, como le gustaba hacer con los huasos del pueblo cuando se ponían cargantes.

—Pero te puedes escapar —sugirió Axel—. No va a ser ni la primera ni la última vez.

Debería haber pedido ayuda antes de que fuera demasiado tarde y no existiera posibilidad de huir.

Pero no lo hizo. No escapó ni reclamó ni pidió ayuda ni más detalles porque por primera vez en mucho tiempo se sintió reconocida, considerada y quizás, apurando un poco las circunstancias e

interpretando con optimismo las miradas cariñosas del Rucio Schumacher, respetada. No era ingenua, sabía mejor que cualquiera quién era el tipo que estaba parado frente a ella ofreciéndole panoramas insólitos, y qué intenciones ocultas tenía. Pero había algo en él y algo en ella que encajaba a la perfección como una mezcla explosiva, sospechaba de todo corazón. Una combinación peligrosa de personalidades que estaba destinada al fracaso absoluto. En ese tiempo Silvana no sabía con exactitud qué ingredientes tenía esa mezcla venenosa ni si le gustaba o no, pero le daba miedo porque nunca había experimentado nada parecido con nadie.

Una hora después ya eran más de las cinco y Silvana y Axel estaban en traje de baño, saltando al agua verde del lago Aurora desde un pequeño bote a motor detenido en medio de la nada.

Al ver el bote junto al muelle Silvana había pensado que se trataba de la lancha del Gato. Supuso que el Gato andaba por ahí, rondando a su papi en silencio, como siempre, haciendo gala de su apodo, y que al verla iba a comenzar con las preguntas de rigor. Si ella no le respondía, o si no le decía toda la verdad, o si lo miraba en menos, como era su costumbre, seguro el bruto se iría rojo de rabia derecho a la oficina de administración para acusarla. Verla con el Rucio Schumacher subiéndose a una lancha era exactamente lo que el Gato necesitaba para perjudicarla con su papi. Como ya sabía que nunca iba a tenerla entre sus brazos, porque ella misma se lo había dicho con todas sus letras, varias veces, sobria y borracha, de día y de noche, ahora se había empeñado en maltratarla y en ponerla en contra de sus padres. Afortunadamente, la embarcación que estaba atracada en el enclenque muelle del camping no era ni se parecía a la lancha del Gato, era un bote a motor bastante más elegante, que Axel les había arrendado a unas turistas extranjeras.

Ahora el bote está al noreste del camping, en medio del lago. El motor está apagado y Silvana nada escapando de las manos ansiosas de Axel, que se niega a perder el tiempo. Por un momento se apiada de él y le da algo de ventaja. El agua le refresca la piel irritada por el sol de media tarde.

Silvana nada mucho más rápido que Axel. Cuando por fin logra alcanzarla sus manos la agarran con firmeza por los muslos,

obligándola a subirse sobre él. Se hunden bajo el agua sin soltarse, ella abre los ojos y sigue besándolo con determinación. Entonces separa un poco más las piernas para sentir su dureza, tentada y entregada, la misma dureza de la noche de la fiesta de graduación, pero ahora en su lago amado, el mismo que la ha visto tantas veces en otros encuentros nunca tan fogosos como este. Axel la toma por la cintura, la besa en el cuello desde atrás, presionando su entrepierna abultada contra sus nalgas. Está excitado, ella lo nota. Más que la noche de la fiesta o el día anterior. Quiere arrancarle el bikini y hacerle el amor ahí mismo en el bote, en medio de la nada, a riesgo de que alguien los vea: algún turista en *jet ski*, otro bote pesquero o uno de los aeroplanos que a veces sobrevuelan la zona.

Silvana no lo va a permitir. No va a dejar que Axel la desnude y menos que le haga de todo arriba del bote. Antes lo va a seducir hasta el límite de sus fuerzas, hasta que ya no pueda ni respirar. Esa será su pequeña venganza por haber sido tan grosero.

—Ven, sígueme —le ordena Axel, acomodándose la entrepierna bajo el agua.

Lo que Axel ignora es que a Silvana nadie le da órdenes, menos en su lago. Decide ignorarlo y sigue nadando alrededor del bote. Axel salta como puede para subirse y ella se da cuenta de que no es tan atlético ni tan hábil como aparenta.

—¿No vas a venir? —le pregunta a gritos.

Silvana da un brinco desde el agua y lo agarra con fuerza por el cuello para empujarlo de vuelta al lago.

Luchan bajo el agua durante un buen rato y hasta ese momento la tarde perfecta con Axel Schumacher es un sueño de telenovela convertido en realidad, un encuentro extraño que no planificó ni en la más atrevida de sus fantasías.

—Mejor nos calmamos. —Le pone las manos sobre el pecho, deteniéndolo.

—¿Por qué? —pregunta él, intrigado porque según sus cálculos todo va perfecto.

—Juntos somos peligrosos —reconoce Silvana, penetrándolo con la mirada, sin pestañear.

—Pero si estamos en la mejor parte —sigue él, volviendo a la carga.

Silvana guarda silencio. No sabe bien qué responder ni qué le provocan sus caricias. Axel desliza una mano por su pecho mojado. Piensa cómo detenerlo de forma educada, sin espantarlo ni que suponga que es una mojigata, o que se hace la tonta, o que no está interesada. Lo deja tocarla por un segundo, él nota de inmediato que le gusta y entonces se atreve a acariciarle ambos pechos con más fuerza mientras la empuja contra el fondo del bote. Su respiración se acelera, algo recorre su cuerpo. Silvana se estremece.

—¿Estás bien? —le pregunta Axel mientras le recorre el cuello con la lengua.

Apenas le queda aire para asentir con la cabeza. Se apura en volver a besarlo en la boca para interrumpir el movimiento de su pelvis porque está yendo demasiado rápido. Él le mete la lengua y sigue tocando sus pechos, ahora bajo el bikini, concentrándose en su pezón izquierdo. Gime en su oído ardiendo de ganas, frotando su pierna, y de pronto Silvana se fija en un detalle: su traje de baño marca Ocean Pacific se ha bajado un poco, revelando un extraño trozo de piel arrugada y sin forma que se asoma por el borde.

Se besan un poco más *fuerte*, como diría Julita, pero de repente a Silvana la situación le parece incómoda porque el bote se mueve mucho y sigue paranoica ante la remota posibilidad de que alguien la vea. Ya ha tenido suficiente con los aurorinos.

—Aquí no, Schumacher —le advierte.

—Pero si nadie está mirando. —Axel le muestra la inmensidad verde del lago, pero a Silvana no la engañan: sabe que en Aurora siempre hay alguien que mira.

Después de la negativa de Silvana, Axel se pone de mal humor. Su plan no ha resultado. Ella se da cuenta de inmediato de su abrupto cambio de ánimo, lo besa de nuevo para calmarlo, pero ya nada es lo mismo.

—Volvamos mejor —le exige Silvana—. Ya se está haciendo tarde.

En el viaje de regreso al camping no se hablan. Silvana está molesta porque de nuevo Axel la tocó sin pedir permiso. A él todo parece enfurecerlo, desde conducir el bote a motor hasta tener que regresar al camping junto a sus compañeros, a los que por alguna razón llama «nerds mutantes», se fija ella.

—Eres un cabro chico —lo enfrenta—. Estás acostumbrado a que todo se haga a tu pinta, ¿cierto?

—¿Qué sabís tú? —le contesta él, indignado, con el timón en la mano—. Tú no me conocís. No sabís quién soy.

—Mira cómo te pusiste porque no te di la pasada —lo acusa ella—. ¿Qué edad tenís, Schumacher? ¿Doce?

Axel no la mira ni le habla hasta que llegan al muelle. Se bajan en silencio. Silvana no se despide de él, pero cuando ya está bastante lejos del muelle gira con lentitud la cabeza y se da cuenta de que se ha bajado del bote para seguirla por la playa.

—Espérame, Silvana.

Silvana piensa que está más loco de lo que imaginaba.

—Perdóname. Tenís razón. Soy un pendejo.

No se rinde. Le insiste con su idea fija: no deben separarse por nada del mundo porque se está enamorando de ella.

—Córtala, Schumacher.

—Es la verdad. Me pasan cosas contigo. Cosas súper bonitas.

—¿La firme esperái que te crea? Apuesto que eres de esos gallos que se enamoran todos los días.

—No es cierto, soy un romántico. Y lo que siento por ti es real.

Axel vacila un segundo y le hace cariño en el pelo.

—Tan real que da miedo.

Silvana se estremece un poco ante el contacto físico, pero sigue observándolo con expectación y deseo contenido.

—Además, te tengo una sorpresa.

—¿Otra más? —le pregunta Silvana, sin creerle—. Si con el paseo bastaba. Y yo que pensé que estabas enojado conmigo.

—¿Por qué?

—Porque te dejé con todas las ganas. No me digái que no, gallo.

—Tú te lo pierdes. Filo. ¿Cómo me voy a enojar por eso? Si entre nosotros pasa algo más, quiero que lo disfrutemos los dos.

Silvana escucha sus palabras. De nuevo, le cree. Sin saber por qué, se siente obligada a darle confianza.

—Igual la pasé bien, y en una de esas, ¿cómo sabes?

—¿Qué? —le pregunta él, excitado.

—En una de esas me pillas aburrida y podemos hacer otro paseíto —

sugiere con picardía—. El que la sigue la consigue.

Axel y Silvana se miran bajo el cielo de Aurora al atardecer.

—Ven conmigo —le pide él, tomándola con suavidad de las manos —. Ya se va a hacer de noche. No nos separemos. Esta noche no.

Quedan de verse dentro de una hora más en el mismo lugar, en el cruce de los senderos que comunican las tres áreas del camping Buenaventura: la playa, la oficina de administración y la zona de carpas. Pero una hora más tarde regresa puntual y según lo acordado con dos botellas de champaña y un poco de marihuana.

Silvana está obligada a mentir. Le inventa a su mami que le duelen los ovarios y se acuesta temprano, con compresas calientes. Tiene que esperar a que todos se duerman en la cabaña, escapar por la ventana sin que cruja ni un solo pedazo de madera y saltar desde el segundo piso, pero a todo eso ya está acostumbrada porque lo ha hecho decenas de veces en otras ocasiones, casi siempre azuzada por Julita.

—Encontré un lugar donde nadie nos va a molestar —promete Axel cuando se reencuentran en el cruce.

—¿Qué lugar? Porque yo soy de acá y a mí no me vas a venir a engrupir.

—Confía en mí —la interrumpe él, seguro—. ¿O crees que no te puedo sorprender?

—¿En mi pueblo? Está difícil.

Caminan por la playa de Aurora. Ya es de noche. A lo lejos se escucha el sonido de ollas, platos y cubiertos. Los egresados del colegio Andalucía están comiendo.

—¿Y tú no cenas con tus compañeros? —le pregunta Silvana con curiosidad—. ¿No tienes hambre?

Axel abre su mochila y en el interior Silvana ve galletas, papas fritas y un frasco de aceitunas.

—Aunque el hambre que tengo no se quita con esto —se ríe y a Silvana no le queda más remedio que sumarse.

Axel quiere tomarla por la cintura y abrazarla, pero a ella le cuesta relajarse. No puede evitar sentirse observada. Se imagina a su papi compartiendo la cena con los campistas, a la Desabrida fumándose un cigarro, a Rodrigo viéndola alejarse por la playa a oscuras con el Rucio, el mismo desgraciado que recién le había hecho trizas su

cámara de video y que se merecía lo peor de este mundo y al que, a pesar de todos los intentos por evitarlo, termina abrazada a orillas del lago.

—Llegamos —dice él y su voz se extingue a través de la playa pedregosa del camping.

Silvana levanta la cabeza y entonces ve la casa de botes.

—Entremos. No te vas a arrepentir.

La casa de botes que en invierno se llueve y que cada verano su papi quiere echar abajo.

—No me gustó este paseo —le dice, desilusionada—. ¿Para qué me trajiste tan lejos?

—Pero si todavía no has visto nada. Relájate.

Se acerca y la besa. Sus manos se mueven rápido, y aunque Silvana no entiende bien lo que está sucediendo, ya no le parecen desconocidas ni tan faltas de respeto. Siempre había pensado que historias como esa, de príncipes y princesas, le ocurrían a las demás, a las niñas ricas como la Desabrida, o más lanzadas a la vida, como Julita, y no a las pueblerinas sin experiencia como ella. Axel le toma la mano y la guía hacia el interior de la casa de botes. En un rincón Silvana ve un colchón con unas mantas, dos velas apagadas y un tocacasetes marca Sanyo.

—¿Y esto? —le pregunta, impresionada.

Él no le responde. Está ocupado encendiendo las velas, primero, y luego insertando un casete de Aerosmith en el tocacasetes, el «Permanent Vacation».

—¿No vas a decir nada? —le pregunta, esperando ansioso su reacción.

—No cachaba que eras tan tierno —confiesa ella, sorprendida—. Te imaginaba súper distinto.

—¿Cómo?

—Más creído. Así como la otra noche, en tu casa.

—Ahora es diferente. Ahora estamos en tu tierra.

Axel la besa de nuevo y aunque le fascinan sus besos Silvana está distraída: no encuentra la manera de decirle que se muere de ganas de probar la champaña porque su papi no la deja tomar.

—¿La abro? —le pregunta, entusiasmada.

Axel se ríe y le quita la botella de las manos.

—Parece que tienes sed.

Silvana asiente con fascinación y lo observa mientras él abre la botella. El sonido del corcho le provoca un deseo urgente de brindar y celebrar por los buenos momentos que le regala la vida. Se siente bien y a salvo, siempre protegida por el lago y por su estrella que la vigila donde quiera que vaya.

Axel le sirve una primera copa de champaña en un pequeño vaso de plástico y se la toma casi sin darse cuenta; al primer sorbo largo ya casi no le queda. No hace falta que le pida otra copa para que él atine y le sirva de nuevo. Toman un segundo trago y Silvana piensa que es cierto lo que dicen en las películas: al instante las burbujas se le suben a la cabeza, pero después cree que no es verdad, que en su caso las burbujas se apelotonan en su pecho, sobre todo cuando Axel le quita el vaso de plástico y la besa.

Ya no tiene excusas para negarse. Axel se ha esforzado tanto por sorprenderla. Mira de nuevo las mantas sobre el colchón, las velas encendidas, las aceitunas y sobre todo la champaña, porque imagina que siempre en un encuentro romántico aparece una botella. Desde ahora cada vez que tome champaña se va a acordar de él.

Axel se acerca para besarla, su mano avanza directo a sus piernas, le acaricia los muslos y Silvana sabe lo que eso significa. Trata de buscar excusas y pretextos, alguna razón para decirle que no sin ofenderlo ni que vuelva a cambiar de humor. Necesita decirle que no sin decirle que no. Mientras lo besa sus manos acarician la parte interior de sus muslos y a esas alturas todos los motivos que ha inventado para negarse a hacer el amor con Axel Schumacher no sirven de nada.

—Esto es de verdad, Silvana. Quiero hacerte el amor esta noche y va a ser inolvidable.

AXEL S.

Sábado 12 de diciembre de 1987
10.44 PM
Diecisiete minutos antes del fuego

«Quiero hacerte el amor esta noche y va a ser inolvidable.»

Desde ese momento la frase pasa automáticamente a la sección «clásicos», junto a «esto es de verdad» y «te quiero como una gran amiga», piensa mientras sirve más champaña.

Es un maestro.

La Diente de Oro arde por dentro, y eso que todavía no se ha dado cuenta de lo que le depara la noche. Esta vez el viejo Schumacher se hace el tierno, un disfraz que nunca le ha costado demasiado ponerse y que a lo largo del tiempo ha perfeccionado con meticulosidad, como un hobby. Sus ojos azules y expresivos hacen casi todo el trabajo, de eso no hay duda. Como alguna vez le advirtió su padre, en un país como Chile los ojos claros abren puertas. Muchas puertas. Silvana lo mira con emoción, sonríe ante sus caras de cachorrito indefenso y ni siquiera reclama cuando le levanta la falda para acariciarle el trasero por encima de la ropa interior. Se ve nerviosa y hasta un poco histérica cuando se excita demasiado, lo que según Axel es una señal inequívoca de que sus esfuerzos de galán tendrán una recompensa jugosa e inmediata. Está claro que en algún momento del cortejo Silvana dejará de ponerle barreras a sus besos y caricias y empezará a disfrutar, igual que todas las anteriores que trataron de hacerse las difíciles y que se quedaron en el camino. Cuando eso ocurra, es decir, el momento de la liberación de la Diente de Oro, ya no habrá vuelta atrás. Está seguro. Axel lo sabe por experiencia, las locas que en un comienzo tratan de reprimir sus deseos al final son las que piden *replay*, se recuerda a sí mismo mientras se encuentra de nuevo con esos pechos y confirma que son lo que más le gusta del cuerpo imperfecto de Silvana. Pobre Diente de Oro, se repite al besar con suma delicadeza su pezón izquierdo y recorrer sus nalgas con la mano

abierta. Después de este encuentro lo más probable es que se aburra de ella y que termine corriendo el destino de sus antecesoras, las otras Dientes de Oro.

—Pase lo que pase entre nosotros, nunca desconfíes de mí —le ruega Axel, y está a punto de llamarla «Diente de Oro», pero algo lo detiene en el momento oportuno, antes de que ella se dé cuenta—. Se dicen muchas cosas de mí, pero no tienes que creer ninguna.

—Somos iguales, entonces —reconoce ella, con una sonrisa—. Los dos tenemos mala fama.

Axel ensaya una de sus sonrisas de pícaro y levanta el vaso plástico. Antes de beber, la besa.

—Por la mala fama.

SILVANA

Sábado 12 de diciembre de 1987
10.57 PM
Tres minutos antes del fuego

El último brindis es breve. Silvana se acaba el tercer vaso de champaña y ahora siente en la piel los efectos. Ya no le gustan tanto el sabor ni las burbujas. Axel le ofrece un poco más y por un segundo está a punto de aceptar solo por miedo a que piense que es una niña chica, que no sabe tomar, que tiene mal gusto o que no es capaz de apreciar las cosas buenas de la vida. Pero en ese momento, cuando él está a punto de rellenar su vaso de plástico por tercera vez, la casa de botes parece estrecharse a su alrededor. Los bidones de aceite de motor se le vienen encima, también los cascos de madera de los botes, las redes de pesca mordisqueadas por las ratas y unos triciclos a pedal que su papi trajo hace unos veranos desde Santiago, prometiendo que serían un negocio redondo entre los turistas.

Silvana le pide a Axel que la acompañe de regreso al camping. Ya es tarde y se siente un poco mareada. Lo mejor será que se vean mañana, sin trago y con más calma. Axel le dice que no, que borre esa idea ridícula de su cabeza.

—La noche está en pañales. No vas a salir de aquí.

A Silvana no le gusta el tono que usa. Una vez más se siente obligada a hacer lo que no quiere por culpa del niño rico de San Damián; la sensación no solo la pone incómoda, también la indigna y le dan ganas de romper de inmediato el intento de romance. Ella es así, se recuerda a sí misma. No piensa transar. Si algo no le gusta, se viste y se va.

Se levanta pensando que el trayecto de la casa de botes al camping solo le tomará cinco minutos por la orilla del lago. No se despide de Axel. No se lo merece. Pero cuando está rodeando uno de los enormes triciclos acuáticos en desuso para alcanzar la puerta una mano la agarra con fuerza por la muñeca hasta casi torcerla.

—Mañana vas a despertar arrepentida —le advierte Axel.

Silvana cree que va a besarla de nuevo, pero se equivoca. Está distinto, poseído por sus demonios, frustrado ante un no rotundo y definitivo que no lo deja en paz y que a cualquier precio va a tratar de convertir en un sí obligado. Sin aviso la empuja al colchón, Silvana cae hacia atrás y por un segundo, mientras va cayendo, cree que se va a golpear la cabeza, pero finalmente solo se pega en el hombro. Respira profundo, se concentra. Trata de no gritar, de no tener miedo y sobre todo de no manifestarlo, así como desde niña le han enseñado a reaccionar en este tipo de situaciones extremas, desde que era una chiquilla flaca con mucho pelo y demasiada personalidad rodeada de pueblerinos que no la comprendían. Ha sido preparada para amenazas como Axel Schumacher, por eso no debe perder el control: es un cuico borracho más y con ganas, acostumbrado a mujeres fáciles, sumisas, sin personalidad. Conoce esa clase de cobardes, no son peligrosos si actúa con cuidado y determinación, se recuerda a sí misma mientras él se le acerca hablando sin parar, escupiendo su odio de macho dañado y su aliento espeso a cigarro, ebrio de resentimiento y excitación.

—Yo no sé qué te habrás imaginado que soy, pero me agotas, pendeja, en serio, me haces sentir como si te estuviera pidiendo un favor, ¡si al final eres tú la que va a disfrutar más que yo! —Sus palabras retumban entre las paredes de la casa de botes—. ¿O crees que me tiro a la primera huasa cochina y ladillenta que se me cruza? ¿Eso es lo que crees de mí, Diente del *fucking* Oro? —Se ríe a carcajadas hasta que casi no se le entiende lo que dice, toma la botella de champaña y bebe un poco más, el líquido chorrea por sus mejillas y cuello y moja las pantorrillas de Silvana—. Dime, ¿por qué te dicen La Diente de Oro? Cuenta la verdad.

—Déjame tranquila, me quiero ir. —Silvana trata de levantarse del colchón, pero la palma derecha de Axel se abre sobre su pecho y la inmoviliza.

No puede respirar.

Sus ojos azules brillan como nunca.

—Nos vamos a quedar aquí toda la noche pasándolo bien, porque eso es lo que quieres desde hace rato, no lo niegues —le recuerda, sin dejar espacio para condiciones ni reclamos—. Ganaste, te llegó el

momento, te ganaste el premio mayor. Voy a cumplir todas tus fantasías. Una por una.

Silvana quiere gritar y pedir ayuda con todas sus fuerzas, pero una parte ingenua de sí todavía cree que puede sola con él.

—Abre las piernas. —Su voz suave trata de convencerla de que todo está bien, que no hay violencia, que es lo normal entre un hombre y una mujer—. No tienes que hacer nada más que abrir las piernas.

—No. —Silvana alcanza a susurrar con la respiración agitada, mordiéndose los labios.

Las manos huesudas de Axel aprisionan las suyas sobre el colchón. Le repite al oído frases inconexas, le recuerda cuánto la desea, le promete hacerla muy feliz y llevarla a muchos lugares alejados de la casa de botes, de Aurora y de ese país feo, a otro planeta donde nadie los va a molestar nunca más.

—Déjame salir.

—¡No te vas a ir, mierda!

Axel le separa las piernas a la fuerza y desliza una mano para alcanzar su ropa interior. Ahora está más furioso que antes, como si cada «NO» le diera fuerza. Hasta ese segundo es otro borracho tratando de propasarse, nada nuevo ni sorprendente considerando quién es Schumacher y cómo trata a las mujeres. Pero cuando la obliga a abrir las piernas Silvana siente que ya no hay espacio para juegos. No es una broma ni un rasgo de su personalidad ni las consecuencias de otra borrachera trágica; Axel está consciente de lo que hace y no siente miedo a hacerlo, al contrario, el dolor de Silvana le provoca placer.

Se nota en su cara cómo lo disfruta. Le gusta tenerla inmovilizada, a su antojo, casi sin respirar bajo el peso de su cuerpo grueso de rugbista. Goza separando aún más sus muslos y tocándola allá abajo sin ningún respeto ni delicadeza, como nunca nadie la había tocado antes. De pronto Axel no puede más y se deja llevar por la calentura, le dice una grosería al oído que le sale del alma y que ella recordará muchos años después, al volver a oír su voz.

Sigue tironeando el calzón hasta romperlo. Gotas de su saliva le caen en la cara. Silvana llora un poco y casi al instante se avergüenza de esas lágrimas. Axel le dice que no llore, que eso le pasa por usar calzones baratos. Silvana había jurado que Axel Schumacher nunca la

vería llorar, pero no cumple su promesa: llora y lo hace con ganas y determinación, lista para arruinarle la fiesta al hijo de puta, para obligarlo a parar su tortura, a sentirse podrido, aunque sea por un momento. A dejar de moverse sobre ella como un animal quejumbroso y preguntarle qué mierda le pasa. Pero él no es cualquier hijo de puta, es uno enfermo y herido, adivina, y mientras él sigue manoseando sus partes más íntimas se pregunta si tal vez no sea la primera, si quizás haya otras como ella rondando por su cabeza como fantasmas, otras víctimas ocultas de sus manos, de esos besos a la fuerza y del desprecio venenoso que no se le borra jamás de la mirada.

No sabe cuánto tiempo pasa.

El cierre de sus Levi's 501 le roza las piernas y con el movimiento frenético sobre el colchón le hiere la piel del muslo. Por dos semanas una cicatriz gruesa y roja, del tamaño de un encendedor, quedará abierta en su carne. Como el *souvenir* de un viaje.

Silvana ignora por completo cuánto tiempo pasa en la casa de botes. No tiene noción de las horas, solo sabe que al principio hace frío y después, con los gritos, el miedo y las amenazas, comienza a sentir que la piel le arde por dentro. De pronto el techo se ilumina como si fuera un espectáculo. Luces rojas, amarillas y azules rebotan en el cielo falso. Silvana cree que de verdad se está muriendo, que Axel Schumacher la mató y que esos fuegos artificiales son parte de una extraña ceremonia de bienvenida a otro lugar. Axel se ríe a gritos, borracho, sin dejar de moverse en su interior. Ella trata de levantarse, pide auxilio y se estremece de rabia, pero no sirve de nada porque él vuelve a sostenerla por las muñecas como si fueran un par de esposas de acero. Para callarla le muerde la lengua hasta hacerla sangrar. Silvana no comprende bien lo que está pasando a su alrededor. Hasta ahora podría ser que experimentara su propia pesadilla, esa que tantas veces le contaron a todo color, en todas las versiones posibles y con una amplia gama de machos villanos. La misma historia de violación y muerte con la que su madre trataba de asustarla para que cambiara su trato hacia los hombres. El mismo tango interminable que la había acompañado desde la pubertad en cada esquina del pueblo. Pero en esta pesadilla de advertencia hay detalles que no encajan, como las luces de colores en el techo de la casa de botes, cuyo significado no es

capaz de interpretar; los alaridos que parecen risas de Axel, fuera de sí mismo; o esas siluetas que de repente comienza a distinguir en un rincón de la casa de botes. Son dos, agazapadas como buitres junto a un estante donde hay latas de pintura y aceite de motor. Al verla las sombras se sobresaltan y parecen escabullirse rápidamente hacia la puerta de la casa de botes. Silvana no sabe quiénes son ni qué hacen ahí, pero lo intuye poco después, en el segundo en el que Axel se estira sobre ella y acaba en su interior para caer rendido sobre su pecho. Silvana no se queda quieta, le da manotazos débiles, casi sin fuerza.

Busca su ropa para cubrir su desnudez mientras lo insulta, horrorizada y en *shock* porque aún no puede asimilar lo que acaba de vivir, todavía hay algo irreal en todo lo que ve y siente, y en ese segundo fatal se da cuenta de dos detalles fundamentales que no ha registrado: Rodrigo está de pie con una pistola en la mano y el fuego ha encendido un pedazo del colchón donde Axel Schumacher, el gringo, el macho, la leyenda, el niño rico de San Damián, acaba de violarla.

Axel sigue riendo hasta que Silvana escucha un disparo. Después todo es humo, fuego quemando la madera de los botes y esos ojos azules brillando toda la noche.

DUARTE

Martes 15 de diciembre de 1987
Tres días después del fuego

—Yo te creo —me dijo mi papá cuando le conté todo lo que había pasado, a puerta cerrada, en una de las conversaciones entre hombres que tanto le gustaban, mientras mi mamá calentaba sopa de lentejas en la cocina y rezaba Padrenuestros con mis abuelos y la Chola.

A esa hora de la noche del sábado 12 de diciembre, Valentina y yo estábamos saliendo de restaurante Loyola. Junto a otros compañeros habíamos compartido unas cervezas y unos sándwiches, y nos preparábamos para ir a descansar. Aunque yo no estaba alojando en las carpas con los demás, como anfitrión del pueblo me había ofrecido para acompañar a Valentina y otras compañeras hasta el camping. No sé con exactitud qué hora era cuando salimos del restaurante, pero estaban sirviendo la última ronda de tragos antes de cerrar. En el camino nos entretuvimos mirando la programación del cine Plaza. Sin miedo a parecer aún más nerd, de lo más emocionado le expliqué a Valentina lo importante que era ese lugar para mí. Era mi refugio privado, mi casa en el árbol y la escuela de cine que nunca tendría. Ella se rio. Pensé que podría burlarse, pero no fue así. Estaba de verdad interesada. Le confesé mi lista mental con todas las películas que había visto en esa sala helada, hedionda a humedad y parafina a pesar de las frecuentes remodelaciones, y con butacas desvencijadas que resistían estoicas el paso del tiempo.

Alien. Gremlins. El enigma de otro mundo.

Valentina me escuchó con atención.

—Las vi las tres.

Terminator. Christine. El imperio contraataca.

—También las vi las tres.

Se acercó un poco, interesada, y me dijo que le gustaba mucho John Carpenter.

Lluvia púrpura. La noche del cometa. Juegos de guerra.

—Apuesto que he visto *Purple Rain* más veces que tú —dijo ella.

Me sorprendí, me puse nervioso, me enamoré. Le pregunté por qué conocía a John Carpenter y entonces me contó que su mamá y su papá eran cinéfilos. Se habían conocido en un festival de cine mientras hacían la práctica como periodistas y desde ese momento las películas habían ocupado un rol esencial en su vida.

Vacaciones. Relámpago azul. Impacto fulminante.

—Esa no la he visto. ¿La de Clint Eastwood?

Era cinéfila.

Valentina Cervantes no solo era la niña más linda del colegio Andalucía y la más aplicada y la mejor compañera. Además, era cinéfila y yo no lo sabía. ¿Cómo me había perdido tanto? ¿Por qué me estaba enterando de ese detalle tan importante cuando ya era demasiado tarde?

Se alejó unos pasos para observar los afiches de *Aquí vive el horror* y *Nueve semanas y media*, que habían quedado olvidados para siempre decorando la modesta entrada del cine. Me confesó que había soñado dos veces con Mickey Rourke y aunque me gustó que se sintiera en confianza no pude evitar ponerme un poco celoso. Me sentí estúpido.

Puede que hayan pasado diez minutos o un poco más antes de retomar la caminata por la Avenida Central, de regreso al camping, junto a los demás compañeros.

En el bar, Mabel me había invitado a dos rondas de cerveza. Cuando volvíamos por el camino me di cuenta de que se mareaba. Avanzaba con dificultad y respiraba raro, como si le faltara el aire. Valentina también la vio y se preocupó por ella. Le pregunté si necesitaba algo y entre dientes me contestó que no quería nada de mí porque era un hipócrita. Se enfureció y no supe por qué. Íbamos a empezar una de nuestras discusiones sin rumbo cuando Helia nos interrumpió, explicó que a Mabel le había caído mal un churrasco y se quedó más atrás con ella, ayudándola a vomitar. Volvió a mirarme con cara de odio, a punto de decirme algo, pero en ese momento no me llamó demasiado la atención porque esa cara, de odio, es la que Mabel tiene siempre.

Valentina y yo nos quedamos solos mientras los demás se preparaban para dormir. Le pregunté si quería ir a la playa a tomar algo antes de despedirnos. Le recordé que era nuestra última noche

juntos en Aurora.

Caminamos hasta la orilla del lago sin confesarle a nadie nuestros planes. Me sentí feliz. Esa complicidad me hacía bien, me devolvía la confianza. Tal vez si por fin vencía mis miedos y me atrevía, quizás si dejaba de pensar en el fracaso y empezaba a creerme de verdad un ganador, algún día podría conquistarla. Por eso apenas llegamos a la playa me atreví a tomarle la mano y la besé en los labios. No pensé en la posibilidad de que se negara, que me explicara que estaba confundida, que no se atrevía o que simplemente no tenía ganas de besarme.

El beso duró apenas unos segundos porque nos interrumpieron los gritos.

SARITA MELLAFE

Miércoles 16 de diciembre de 1987
Cuatro días después del fuego

El mensaje decía a las ocho de la tarde en punto en la casa de Axel, pero Sarita no pudo evitarlo y llegó media hora antes. No fue una buena idea adelantarse, porque interrumpió una discusión terrible entre Axel y su mamá. Una empleada vieja que no había visto antes le abrió la puerta y la hizo pasar mientras en uno de los dormitorios del segundo piso su amigo le gritaba a Dolly que la odiaba con el alma y que nunca la iba a perdonar por todos los traumas que le había provocado en su infancia y juventud.

Sarita se quedó en el living de la fría casa de San Damián preguntándose a qué hora llegaban los demás. Se tomó un café. Sonó el timbre y como la empleada no apareció, ella misma tuvo que abrir la puerta a los abogados y darles la bienvenida. Esperó sentada con ellos durante otros quince minutos hasta que empezaron a aparecer los demás.

Lobo fue el primero en llegar. Tenía cara de pena y se notaba que había dormido poco. Sarita optó por saludarlo fríamente y no hablarle. Lo odiaba.

Hacía solo cuarenta y ocho horas, y como para complicar aún más la situación, había decidido que se iba a estudiar a Talca. Como siempre le ocurría a Sarita con él, la ley del hielo estaba funcionando a la perfección. Poco después apareció Carrie en una de sus espantosas tenidas deportivas, abrumada y con unas ojeras que le llegaban al suelo, y Valentina al final, demasiado seria y, según se encargó de aclarar de entrada, sin las fuerzas mínimas para seguir hablando de la horrible tragedia que habían vivido el fin de semana recién pasado. De los cinco era la más afectada.

Axel y su mamá aparecieron más tarde, disimulando. Sarita vio que Axel se servía un vodka solo sin ofrecerle a nadie y confirmó que el estado emocional de su amigo había empeorado. Sin pedir permiso,

tomó la palabra.

—Como ya todos saben, mañana comienzan las entrevistas oficiales con la policía —anunció Sarita mirando uno por uno a los presentes, incluyendo a la pareja de abogados—. Por eso estamos aquí, para decir con exactitud la verdad sobre lo que vimos en el camping.

La mirada de Sarita se topó de pronto con la de Valentina.

—No todos vimos lo mismo, Sarita —la corrigió—. Y tampoco estoy segura de que esto sea legal.

Dolly levantó la cabeza mirando a los abogados, a la defensiva.

—Por supuesto que es legal —aseguró el abogado más joven—. Estamos recopilando los antecedentes para enfrentar de la mejor forma posible la ronda de entrevistas preliminares, eso no tiene nada de malo.

Valentina no quedó convencida con la explicación, pero siguió escuchando.

—Vale, todos sabemos lo que pasó en el camping —le aseguró Sarita —. Esa mujer, Silvana Maldonado, persiguió a Axel hasta la casa de botes. Tuvieron relaciones porque ella se le tiró encima, estaba ebria y se le ofreció. Todos la habíamos visto en ocasiones anteriores haciendo lo mismo, no nos engañemos, y sabemos la fama que tiene, no solo en Aurora, también su reputación se conoce en Santiago.

Sarita vigiló a Valentina y esperó su reacción. Carrie suspiró, agobiada.

Valentina intercambió una mirada de inseguridad y preocupación con Axel, que bajó la cabeza, molesto y concentrado en el vodka. Los abogados tomaron nota de los detalles de la declaración. El más joven le hizo un gesto a Sarita para que continuara con el relato cronológico de los hechos ocurridos la noche del 12 de diciembre.

—Cuando Axel y esta niña, Silvana, estaban haciéndolo, apareció nuestro compañero de curso, Rodrigo Duarte —continuó Sarita, decidió no quitarle la mirada de encima a Valentina hasta obligarla a reaccionar a sus palabras—. Rodrigo tiene su genio, pero esa noche estaba como nunca. Gritaba como un energúmeno, enfermo de celos, desequilibrado total, con una pistola en la mano. Al verlos a ambos desnudos, no aguantó más la rabia y se puso a disparar.

—¡Pero eso yo no lo vi! ¡Yo no estaba ahí! —interrumpió Valentina,

alterada por la versión de los hechos de Sarita—. Lo siento, Axel, pero no pueden pedirme que declare ante la policía algo que no vi.

Axel se encogió de hombros, como si no le importara.

—Da lo mismo —le contestó—. Haz lo que quieras.

Dolly trató de tomarle la mano, pero él se alejó. Molesta y agobiada, Sarita se sentó junto a Valentina.

—¿Viste a Duarte con la pistola en la mano? —le preguntó.

—Sí, pero él no tenía la pistola, yo lo sé porque estaba con él antes de...

—¿Lo viste o no con la pistola en la mano, Valentina? ¡Responde!

—Sí.

—Eso es lo único que importa: que Rodrigo Duarte fue el que disparó.

Sarita atravesó con la mirada a su mejor amiga y, una vez más, confió en la naturaleza humana.

VALE

Jueves 17 de diciembre de 1987
Cinco días después del fuego

Valentina se sentó frente a la inspectora Úrsula Gálvez y trató de dejar las emociones a un lado para concentrarse en los recuerdos.

—Estábamos en la playa —dijo con aire solemne—. Veníamos llegando del pueblo, yo estaba muerta de sueño, pero la noche estaba tan linda que nos quedamos conversando un rato más. Rodrigo fue el primero en darse cuenta.

—¿De qué? —le preguntó la detective.

—De los gritos.

—¿Quién gritaba?

—Al principio pensamos que era un animal, pero después él aseguró que no era así. Era una persona. Corrió por la playa y yo me preocupé porque no entendía bien lo que estaba pasando, estaba todo oscuro. —Pensó en el lago y por un segundo la piel se le erizó de nuevo, como esa noche—. De a poco empezaron a aparecer los demás, todos se preguntaban por los gritos. Alguien dijo que venían de la casa de botes. Cuando íbamos por la playa vimos las llamas. Rodrigo entró, luego apareció el señor del camping, el papá de Silvana, y poco después escuchamos los disparos.

—¿Cuántos disparos escuchaste, Valentina?

—Tres. Fueron tres, estoy segura.

Valentina los recordó en secuencia, uno por uno, separados solo por un par de segundos, y se fijó en la gruesa libreta donde la inspectora Gálvez escribía sin parar.

—¿Quién hizo los disparos?

—No lo sé.

—¿Viste a alguien armado antes o después del incendio en la casa de botes?

La detective levantó el lápiz de la libreta y se quedó mirándola. Valentina se detuvo a recordar y espontáneamente movió la cabeza,

asintiendo.

—Cuando salió de la casa de botes, tenía el arma... en la mano —se apuró en decir mientras recordaba.

—¿Quién?

—Rodrigo. Él salió de la casa de botes con la pistola en la mano.

—Pero tú no lo viste entrar con la pistola, ¿verdad?

Movió la cabeza negando con seguridad.

—Valentina, ¿viste a alguien más entrando o saliendo de la casa de botes?

La pregunta de la detective la dejó congelada por un instante. No intentó disimular, ocultar sus emociones no parecía una buena idea en ese momento, como tampoco le convenía mentir acerca de la cronología de los hechos o de quiénes habían participado en lo ocurrido. Durante un breve lapso la flamante presidenta del Centro de Alumnos del colegio Andalucia se enfrascó en un silencio que le dolía, sin responder a la pregunta de la inspectora de policía, luchando contra sus propios demonios y al mismo tiempo tratando de diferenciar lo que tenía que decir de lo que en verdad había visto esa noche. No supo por qué ni cómo, pero cuando estaba atrapada por las dudas sin querer pensó en el rostro de su madre y de pronto todo pareció iluminarse.

—Álvaro y Sarita —dijo con resignación—. Los vi saliendo de la casa de botes antes de que Rodrigo entrara.

La inspectora Gálvez anotó la nueva información y destacó algunas frases encerrándolas en un rectángulo. Valentina se preguntó cuáles eran esas frases, pero su vista no era tan prodigiosa.

—¿Alguien más los vio? —preguntó Gálvez.

—Todos los que estábamos ahí, supongo.

—¿Quiénes estaban contigo?

—Rodrigo Duarte, Mabel Cruz, Helia Parraguez, Faúndez, la Carmen Cecilia, la Vane Páez, la Guadalupe Foster creo que también estaba.

Se detuvo a pensar en los rostros de sus compañeros en la playa, iluminados por las llamas que salían de la casa de botes. Cada día aparecían más imágenes sobre esa noche, pero había una en particular que no la dejaba en paz: el señor del camping, el padre de Silvana, corriendo en llamas con el cuerpo de su hija en los brazos.

Valentina no podía dejar de pensar en Silvana.

Después de la entrevista con la policía su padre le exigió que no hablara con nadie más. Tenía que callar. El teléfono de la casa no paraba de sonar. La empleada recibió la orden estricta de no pasarle ninguna llamada, pero a Valentina no le quedó más remedio que contestar una de Sarita y contarle todo lo que había pasado el interrogatorio.

—No pude, Mellafe —confesó—. No fui capaz de mentirle a la policía.

SARITA MELLAFE

Jueves 17 de diciembre de 1987
Cinco días después del fuego

No quiso escucharla. Le dijo que era la peor amiga que había tenido en su vida, que la tenía enferma de los nervios con sus traumas y le colgó. Se quedó sentada en el suelo helado del baño con el teléfono sobre las rodillas y el cable largo extendido desde el living. Iba a ponerse a llorar y esta vez era tristeza genuina y no rabia, como le pasaba casi siempre, porque pensaba que Valentina era la única amiga que le quedaba y eso la entristecía de verdad. Después se acordó de lo que Vale había hecho, y en especial de lo que le había dicho por teléfono, y se calmó. No lloró. No valía la pena.

«No fui capaz de mentirle a la policía.»

Sarita pensaba que Valentina era su amiga, pero se equivocaba. El episodio con la policía era una muestra más de su falta de compromiso. Con Axel, con el grupo, pero sobre todo con ella, que le había pedido su colaboración. En el fondo Vale había caído en el mismo error de otras amigas suyas del pasado: la envidia.

«Esto es más delicado de lo que todos ustedes piensan.»

No la necesitaba. Ni a ella ni sus consejos mediocres ni esa cara de niña buena que en el fondo siempre estaba tramando algo porque la detestaba en secreto. En el fondo siempre la había odiado.

«Yo no tengo nada en contra de esa niña.»

Esa parte era la que más la enfurecía: Valentina defendiendo a la mugrienta de la Diente de Oro, como si ya no le hubiera hecho suficiente daño. Decía que era simpática y auténtica, y que Sarita estaba enojada con ella porque le tenía envidia. La idea de envidiar a la Diente de Oro no solo le parecía de mal gusto, también lo consideraba una maldad de parte de su supuesta amiga. Por eso al día siguiente, después de un merecido descanso de ocho horas en las que no sintió ni un asomo de culpa, y de pensar bien en los riesgos y las consecuencias de sus actos, Sarita Andrea Mellafe Cisternas invitó a

Valentina a tomar el té y aprovechó la situación para encerrarla en su dormitorio y, sin rodeos, contarle la verdad macabra que había descubierto sin querer en ese pueblo infernal llamado Aurora.

—La Diente de Oro es hija de mi mamá.

AXEL S.

Jueves 24 de diciembre de 1987
9.43 PM

Cuando le informaron que tenía que irse del país, Axel Schumacher puso tres condiciones. Dolly, que a esas alturas estaba tan afectada por los estupefacientes que solo anhelaba deshacerse de él lo más rápido posible, le explicó que después de lo que había ocurrido en el camping no estaba en posición de exigir nada en absoluto. Si quería salvarse tenía que acatar las órdenes y escapar cuanto antes del país.

Durante el resto de la severa conversación con su madre y el equipo de abogados de Izurieta y Dahl, íntimos del difunto Hermann Schumacher, Axel siguió insistiendo con sus tres condiciones como un niño que quiere abrir sus regalos antes de que llegue la Navidad.

La primera condición era no tener que despedirse de nadie.

La segunda era que nadie lo acompañara al aeropuerto.

La tercera era llevarse a Carrie.

Las dos primeras condiciones fueron aceptadas sin reservas por Dolly, primero, y después por su tía Olaya, que estaba más preocupada que su madre por el inminente viaje obligado. La tercera condición, en cambio, significó un problema para todo el mundo y eso le encantó. Dolly no entendía por qué Axel quería irse al extranjero con una hermanastra a la que apenas conocía.

—El viaje a Aurora nos unió mucho —le dijo Axel a Dolly, entre lágrimas falsas de las que después se reiría a carcajadas con Carrie.

—De verdad Axel es el hermano que nunca tuve, papá —le dijo Carrie a Ted, soñando con escapar rápido de ese país gris y aburrido y reencontrarse con sus amigos en Florida.

Cuarenta y ocho horas exactas después, Axel y Carrie estaban en la clase turista de un vuelo American Airlines con destino a Miami con escala en Lima.

Axel sabía que incluso para su estilo de vida y personalidad el viaje era intempestivo. Era muy probable que no decir adiós a sus mejores

amigos le trajera consecuencias a futuro. Y así fue. Sarita se hizo la ofendida durante varios meses, no recuerda bien cuántos, y por otro lado le costó bastante convencer a Lobo de por qué no hay que confiar en las despedidas sentimentaloides. A pesar de los problemas, el escape del reino maldito de San Damián era lo mejor que a Axel le había pasado en la vida.

Salió de Chile justo cuando la prensa empezaba a manifestar cierto interés por el caso Aurora, como si no hubiera nada más importante que investigar, pensaba, como la guerra o el hambre. Para calmarse, antes del viaje decidió fumar medio cigarro de marihuana que tenía guardado. No fue una buena idea. Unos minutos después advirtió cómo el miedo y la paranoia comenzaban a apoderarse de su cabeza aturdida por el OG Kush. Una sensación de asfixia subía y bajaba por su pecho, como anticipando un infarto, o algo peor. Se fue a la cocina de la casa, buscó algo para tomar. Solo había una botella de J&B cerrada. La abrió y sin pensarlo demasiado se la empinó hasta que sintió cómo el chorro de whisky le quemaba la lengua, la garganta, el esófago y después de unos segundos, el cuerpo entero. Su madre lo encontró con la botella en la mano y montó en cólera, jugando a la abstemia. Axel confirmó que estaba loca.

—¡No puedes subirte borracho al avión! —le gritó Dolly.

—No estoy borracho —le dijo Axel.

—Deja esa botella, por favor.

Lanzó una carcajada porque era imposible contenerla.

—¿Una alcohólica me está pidiendo que deje la botella? —le preguntó—. Me encanta tu sentido del humor, Dolly.

—Axel, hijo, no tengas miedo. —Dolly trató de acariciarlo y en lugar de sentirse bien pensó que todo era una trampa, que detrás de las manos cálidas de su madre había un precio altísimo que estaba obligado a pagar sin reclamos ni negociaciones—. Todo va a salir bien, hijo mío, lo vamos a resolver.

—¿Qué vas a resolver tú, por favor, si eres una inútil? —la increpó, burlándose de sus intentos por parecer una madre preocupada.

Dolly se quedó muda. Estaba acostumbrada a los berrinches de Axel y sabía reconocer con exactitud el momento en el que se convertían en faltas de respeto, primero, y después en arranques de violencia

desatada.

—¿Por qué me tratas así? —le preguntó, con la cabeza agachada—. Estoy haciendo lo mejor que puedo con los abogados y tú...

—No es suficiente con pagar los abogados, Dolly —la interrumpió, cortante—. Primero tienes que creerme.

Dolly suspiró, le arrebató la botella y caminó por la amplia cocina abriendo las puertas de los muebles.

—¿Qué importa lo que yo crea? —se preguntó—. Por la misma mierda, ¿dónde se guardan los vasos en esta casa?

Axel tomó un vaso del lavaplatos y le sirvió whisky. Dolly bebió sin ocultar el deleite que le provocaba el licor. Arriscó la nariz al verificar que Axel seguía tomando de la botella.

—Niñito, qué asco. —Se acercó, le quitó la botella y trató de abrazarlo—. ¿Por qué dices que no te creo? Claro que te creo. ¿Cómo no te voy a creer, por Dios?

—Yo no hice nada, te lo juro.

—Por supuesto que no, mi amor. Eres inocente, esto no es más que un malentendido feroz, por eso estamos trabajando con Izurieta y Dahl, que son los mejores del país y que te conocen desde que naciste.

Axel cerró los ojos y le dio otro sorbo largo a la botella de J&B.

—Odio tener que separarme de ti, hijo mío —le mintió con descaro, Axel ya conocía ese llanto y podía leer entre líneas—. Pero tienes que partir.

—No entiendo por qué, si no hice nada malo —se quejó una vez más, a esas alturas ya sin un motivo—. Yo también soy víctima de lo que pasó en Aurora, ¡yo no le hice nada a esa tipa ni a nadie, mamá!

Dolly se terminó el vaso de J&B y se apuró en servir el segundo trago. Axel insistió en buscar su mirada hasta que por fin lo consiguió.

—¿Por qué no me crees?

—¡Axel, basta!

—Dime que me crees! —le gritó a todo pulmón—. ¡Dime que me crees, mierda!

Entonces vino el llanto, siempre infalible cada vez que Dolly Domínguez viuda de Schumacher se sentía acorralada.

—¡Abre los ojos, por Dios! La policía está convencida de que el incendio fue intencional y que los disparos salieron de un arma que tú

llevaste al paseo —le dijo seria, a modo de despedida—. Lo mejor es que te quedes en Estados Unidos por un buen tiempo.

Dolly estaba radiante. Axel podía sentir su felicidad.

—Plata hay, mi amor, sabes que eso nunca ha sido un problema.

Una vez más, su madre tenía la excusa perfecta para quitárselo de encima. Divorcios, depresiones postdivorcios, abortos espontáneos, alarmas de cáncer, la muerte de un conocido: todo le servía para silenciar los remordimientos de mala madre, esas voces insolentes que a menudo osaban perturbar sus privilegios. Cualquier problema era motivo suficiente para dejarlo solo, tirado en cualquier parte del mundo con la billetera llena, todas las libertades imaginables y esa extraña sensación de ser una carga.

—¿De dónde sacaste el arma? —le preguntó.

Era una de las Smith & Wesson que su padre guardaba como reliquias y que nunca, en sus diecinueve años de vida, se había visto obligado a usar. Axel sabía dónde estaba, en la caja fuerte de la biblioteca, la única habitación de la casa a la que solo él tenía acceso. Ni su tía Olaya ni sus mejores amigos sabían de la existencia de esa pistola y mucho menos que la había guardado en su mochila antes de partir a Aurora.

Cada vez que pensaba en la Smith & Wesson recordaba a su padre. Cuando la policía le preguntó qué lo había motivado a llevar el arma al paseo, Axel le había dicho lo mismo que a Dolly.

—Por defensa personal. Rodrigo Duarte quería matarme.

DUARTE

26 de diciembre de 1987

Cuando mi papá me preguntó por qué odiaba tanto al degenerado de Axel Schumacher no atiné a responder nada. Mi mamá se apuró en explicar que no lo odiaba, que era imposible porque yo era un chiquillo bueno, y la gente buena no sabe lo que es el odio.

Era cierto que lo había amenazado dos veces, y no estaba arrepentido. La primera fue en el colegio, en medio de una pelea.

—Te vai a arrepentir de haber nacido, Schumacher.

La segunda vez había sido en el camping, poco después de ver mi cámara de video despedazada.

—Te voy a matar, rucio culiao.

No era envidia. ¿Qué podía envidiar yo de Schumacher?, ¿su casa, su camioneta, su moto, su ropa? Tampoco eran celos. Valentina ya no lo tomaba en cuenta, decía que era una persona muy difícil de entender. Lo que yo sentía era odio, odio simple, puro y acumulado después de tres años de tortura. Aguantar a Schumacher era el peor sufrimiento que me había tocado enfrentar en la vida y también el precio a pagar por haber tenido la audacia de llegar de una escuela pública de provincia a un colegio privado del barrio alto.

Era un insolente.

En esta parte de la conversación mi mamá se había puesto a llorar. Mi papá trató de calmarla, pero era imposible, las lágrimas seguían corriendo por su cara y aunque parecía tranquila, el llanto no desaparecía. Hacía tres años ella misma había previsto esas lágrimas. Lo supe después de mi confesión, cuando me fui a la pieza para tratar de dormir. Se quedaron solos. Mi papá empezó a tomar vino. En medio de mis desvelos y los recuerdos del incendio, escuché sin querer la conversación y entonces entendí todo.

—El destino siempre nos cobra un precio por lo que le hacemos a los hijos y nosotros nos equivocamos con el Rorro —le dijo mi mamá a mi papá con una amargura que nunca había reconocido en su voz—. Si se

hubiera educado aquí en Aurora las cosas serían distintas, nada de esto estaría pasando.

—No sé de dónde saliste experta en educación si ni siquiera terminaste la escuela —la interrumpió mi papá, enfurecido.

Hubo un silencio.

—Eso sí que no te lo voy a aguantar, Chelo.

—¿Acaso estoy diciendo alguna mentira?

—Si no terminé fue porque no tuve los medios y después por ti, porque nunca quisiste que dejara la casa ni los niños —le respondió ella, indignada porque conocía bien esos arranques de menosprecio que le venían cada cierto tiempo—. ¿Qué querías?, ¿que tu hijo fuera presidente de la República? ¿Por eso lo mandaste a estudiar a Santiago?

—¡Tú estuviste de acuerdo!

—¡Y me arrepiento! ¡Me arrepiento todos los días de mi vida! —gritó mi mamá y casi de inmediato bajó el volumen de su voz, volviendo a sus casillas, pensando otra vez en los que a esa hora dormíamos y que podíamos escucharla o despertar con sus lamentos—. ¿Para qué lo mandamos a Santiago? ¿Para que conociera gente linda, gente de plata? Abre los ojos, Marcelo, no somos gente linda, no somos gente de plata.

Alguien llamó por teléfono. Mi mamá contestó, alterada. Escuchó un momento en un silencio nervioso y después colgó sin decir ni una palabra.

—Era la Ninfa, del hospital —le dijo a mi papá—: William acaba de fallecer.

Mi mamá se fue a acostar y cerró con llave la puerta del dormitorio. Mi papá se quedó echado en el sillón con la copa en la mano y la botella cerca. Siguió tomando hasta el día siguiente. Desde mi pieza escuché los sorbeteos de vino, el llanto, los gemidos, los rezos a susurros. Cuando la Chola se levantó a las seis de la mañana a encender el fuego para lavar la ropa de cama lo encontró llorando en el suelo y pidiendo perdón por todos los errores que había cometido, empezando por amargarle la vida a mi mamá. La Chola le hizo un café bien cargado, pero no alcanzó a probarlo porque llegaron los detectives preguntando por mí.

MABEL

28 de diciembre de 1987

Según el informe publicado en la prensa, Rodrigo había entrado a la casa de botes con el arma en la mano. Ese detalle, en apariencia sin importancia, era fundamental a la hora de considerar los elementos de premeditación y alevosía que el abogado de Axel Schumacher pretendía usar para inculparlo.

Mabel no podía creer que alguien se atreviera a dar un testimonio falso. Sabía que sus compañeros de colegio eran en su mayoría seres tontos y aborrecibles, la peor manifestación de esa pseudoaristocracia chilensis beneficiada por las atrocidades de la dictadura militar, sobre todo los seres que pululaban alrededor de Schumacher y la repulsiva Sara Mellafe, pero ni en sus peores pesadillas había imaginado que esos mismos compañeros a los que llevaba una vida soportando serían capaces de caer tan bajo y hacer tanto daño.

Llevaba diez días sin dormir cuando la policía la citó a declarar. Antes, en el camping, le habían hecho dos entrevistas seguidas donde sus nervios la habían dejado como histérica y contradictoria. Helia decía que no era para tanto. Como siempre, pensaba que estaba exagerando, pero eso lo pensaba cada vez que Mabel se preocupaba por Rodrigo.

Helia tenía razones para perder la paciencia. La devoción de Mabel por Rodrigo Duarte a veces llegaba a límites insospechados, como cuando le daba clases gratis de Química, o cuando en tercero medio dedicó dos semanas enteras de su vida a terminarle una maqueta para Artes Plásticas. Mabel lo hacía porque Rodrigo era su gran amigo, un hombre que hasta hacía unas semanas consideraba inteligente y sensible, y que se merecía todo su cariño. Ahora Mabel peinaba su pelo crespo pensando en todo lo que estaba dispuesta a hacer por él.

—No entró con la pistola en la mano —afirmó, seria y con total convicción, sentada en la helada oficina de la Policía de Investigaciones.

—¿Lo viste entrando a la casa de botes? —le preguntó una detective, la misma inspectora que la había entrevistado en el camping la madrugada después del incendio.

—No entrando, pero sí un poco antes —precisó Mabel.

Se detuvo y pensó en las imágenes exactas. La memoria no podía fallarle, no en ese momento. La memoria era lo único que tenía.

—Rodrigo estaba con Valentina —dijo—. Los vi corriendo hacia la casa de botes y él no tenía la pistola en la mano, estoy segura.

—Si no la tenía, ¿de dónde la sacó? —La detective frunció el ceño y ella lo tomó como un desafío.

—La pistola era de Schumacher —le recordó—. ¡Él llevó el arma a Aurora!

La inspectora Úrsula Gálvez se quedó mirándola desde el escritorio de su pequeña oficina. Mabel contempló sus ojos oscuros y por un momento olvidó que era detective.

—Mabel, ¿qué estabas haciendo tú a la hora del incendio?

HELIA

28 de diciembre de 1987

No podían decir la verdad. Al menos no toda la verdad, esa que solo conocían M. y ella y que no podían compartir con el resto del mundo porque era un asunto delicado. Así había quedado resuelto esa noche entre las dos, poco antes de ir al pueblo con los demás después de una batalla campal.

La discusión empezó porque Helia soñaba con quedarse en la carpa y no ver a nadie, pero M. la había convencido con el mismo discurso de siempre.

—No podemos ser tan antisociales.

—¿Por qué no?

—Se supone que vinimos al paseo a compartir.

—Pero si nunca hemos compartido con nadie.

—Ya me comprometí con Rodrigo. Si quieres quédate tú.

—No me voy a quedar sola en la carpa. Me da miedo.

—Entonces ven con nosotros.

—¿De verdad quieres que vaya? ¿O lo dices solo para que no me sienta mal?

—No sé, Helia.

—Contéstame, no te cuesta nada.

—No sé, decide tú. ¿Quieres ir?

—Es que hace tanto frío. Y me desagrada tanto Duarte.

—Entonces no vayas.

—Es que no te quiero dejar sola.

Finalmente estaban abrigándose para salir y al verla de cerca Helia se había percatado de un detalle: M. se había pintado los labios. La pregunta era para quién lo había hecho. ¿Era para ella, a quien le juraba devoción prácticamente todos los días y todas las noches, o para Duarte, el gran amigo y su nada amenazante rival?

La respuesta la había obtenido poco después, entre jarras de cerveza y churrascos con tomate, en el bar restaurante Loyola. El único de

Aurora, como le gustaba enfatizar al estúpido de Duarte. Helia no lo odiaba, pero le parecía poco interesante y zalamero, y la verdad, le costaba entender cómo una mente a todas luces privilegiada como la de su amada M. terminaba rindiéndole pleitesía a un tipo humano tan intrascendente, el cliché del arribista chilensis, predecible y con esa pose de víctima que en definitiva la sacaba de quicio. En cambio, a M. le fascinaba dejarse emocionar por las tristes desventuras del huaso Duarte: sus problemas de locomoción interprovincial que le impedían llegar a la hora; los conflictos vocacionales por querer estudiar cine en un país sin escuelas de cine; y por supuesto, ¿cómo olvidarlas?, esas patéticas ilusiones amorosas que tenía con la Calentina Cervantes. Helia pensaba que Duarte era un camaleón, que se colaba entre las personas para parecerse a ellas y después las apuñalaba por la espalda.

Apenas llegaron al restaurante, M. trató de acercarse a Rodrigo, pero él no la tomó en cuenta porque estaba encantado con la Calentina. Se le notaban en la cara las ganas. Asqueada, Helia esperó con paciencia y después de un rato se acercó discretamente a ofrecerle una cerveza a M., pero ella ni siquiera la miró. Preguntó dónde estaba el baño y cuando le preguntó si la acompañaba le agarró las manos con fuerza y le dijo que por favor la dejara tranquila porque estaba empezando a asfixiarla. Helia se quedó petrificada y con el corazón partido en cuatro, pensando en lo que había vivido en los últimos días, en los abrazos nocturnos y los desayunos junto a M. y en lo mucho que le gustaba despertar en la carpa aferrada a ella como si fuera su única tabla de salvación.

Esa noche M. estaba tan ebria como los demás. Nuevamente Duarte le había hecho daño. Helia se enfurecía al verlo jugando al galán delante de la Calentina, como si viniera recién conociéndola, ofreciéndose para acompañarlos hasta el camping. Helia estaba al borde del colapso escuchando los clichés de Duarte cuando de pronto vio que M. necesitaba ayuda.

Trató de socorrerla sin llamar la atención de los demás. Duarte y la Calentina, que venían abrazados, querían reanimarla, pero Helia se deshizo rápidamente de los dos inventando una intoxicación por alimentos por culpa de los sándwiches consumidos en ese restaurante infecto.

Cuando por fin regresaron al camping y en la carpa le contó lo que había inventado, M. primero se enojó y después casi se muere de la risa. Se quedaron tendidas encima del saco de dormir. No hacía frío. M. se quejaba de que la carpa le daba vueltas. Helia, que no tomaba ni cerveza y que estaba acostumbrada a los efectos del alcohol en los demás, le tomó la mano y la besó con cariño.

Se quedaron abrazadas y exhaustas. A M. no le costó mucho quedarse dormida entre sus brazos. Helia la observó inmóvil en la penumbra y se juró a sí misma que nunca más iba a separarse de esa mujer.

Todo podría haber sido recordado como un bello momento si no hubiera sido por los gritos, las explosiones y el llanto. Helia pensó que era una broma: Schumacher y el Lobo haciendo de las suyas en algún rincón del camping, burlándose de algún débil egresado, pero cuando por fin salieron de la carpa terminando de vestirse vieron a Duarte con la Calentina gritando y corriendo por la playa.

—¡Se está quemando en la casa de botes! —le gritó Duarte a alguien.

Poco después Helia se dio cuenta de que se trataba del administrador del camping, el papá de la Diente de Oro.

AXEL S.

26 de diciembre de 1987

Despertó gritando y con la cara empapada en sudor. Carrie estaba sentada a su lado en el avión con una novela en inglés en una mano y una cerveza light en la otra.

—*Nightmare*? —le preguntó.

Axel no le respondió y se acurrucó en el asiento para volver a dormir, pero no estuvo ni cerca de conseguirlo. El ruido de los motores del avión lo ponía nervioso. Todo se repetía, desde el comienzo. En su cabeza volvían a proyectarse con exactitud las mismas imágenes del sueño, pero esta vez en una versión realista y demasiado televisiva que lo confundía y lo encolerizaba con igual intensidad.

Primero aparecía la Diente de Oro gritando su nombre, luego Sarita riendo y, un momento después, llorando a mares junto a Lobo y los detectives. Recordaba las puertas de la casa de botes que se abrían, él en el suelo, rodeado por las llamas. El Hombre del Camping aparecía corriendo hacia el lago mientras se quemaba vivo, con la Diente de Oro entre los brazos. Valentina de rodillas, llorando mientras esperaba la llegada de la ambulancia. Duarte con las manos en la cabeza, gritando que todo había sido una trampa y que los culpables tenían que pagar con cárcel.

¿Quiénes eran los culpables?

También aparecían en el sueño todas las preguntas que Axel no supo responder de manera acertada cuando se las hicieron la primera vez; las muecas de la Gálvez, esa inspectora de policía ordinaria y resentida social que lo miraba con asco; los comentarios de los compañeros que lo odiaban y que sospechaban de él, que afortunadamente no eran demasiados ni muy importantes; y por supuesto los feroces alaridos de Sarita cuando Lobo le confirmó que de verdad corrían peligro, que estaban metidos hasta el cuello en la peor tragedia de sus vidas, que si alguien llegaba a enterarse de lo que había pasado en realidad en esa maldita casa de botes no tenían ninguna posibilidad de salvarse.

—¿Salvarnos de qué, por favor, si no hicimos nada? —reclamó Sarita.

—¡La broma se les escapó de las manos a los dos! —acusó Álvaro, mortalmente serio y con el rostro afectado por las noches sin dormir y muchas horas rezando—. Por lo menos reconócelo, Sarita.

Axel no se movió de la cama donde estaba recostado. Se quedó mudo escuchando la conversación.

—¡Yo no hice nada! —le gritó Sarita.

—Tú le pediste a Axel que se metiera con la Diente de Oro para sacarle celos a la Valentina, asúmelo —le reprochó Álvaro, alterado porque veía que Sarita no reaccionaba—. Ahora todos estamos pagando las consecuencias de tu sentido del humor.

Sarita se agitó de furia, sin creer lo que estaba oyendo.

—Oye, roto de mierda, ¿qué te has creído para hablarme así? —reaccionó, horrorizada con el trato de su novio, y por un segundo Axel juró que le iba a pegar—. Te pasaste, esto sí no te lo voy a perdonar. Lo mínimo que espero de ti es que me apoyes en este momento... todos estamos nerviosos y tú me sales con este pastel.

—¡Tú vives nerviosa! —la acusó Álvaro, fuera de sí—. ¡Y la Diente de Oro no tiene la culpa! ¡Eres tú, con tu carácter y tu odio a todo el mundo!

Sarita se quedó callada, aún sin tragarse el estallido de su novio, preparando el contraataque.

—¿Por qué la defiendes tanto? —lo interrogó con desconfianza—. ¿Acaso todavía te gust? ¿Qué te hizo que te dejó tan loco? ¿Tiene alguna especialidad?

Álvaro respiró hondo y la miró con preocupación.

—Sarita, yo entiendo que estés dolida con la Silvana, pero ella no tiene la culpa de nada —le dijo, amable, bajando la voz y el ánimo de discutir—. Deberías acercarte a tu mamá y tratar de hablar con ella por lo que escuchamos, no puedes dejar que esto las separe.

—¡No tengo nada que hablar con nadie! —le gritó Sarita, tajante, mirando de reojo a Axel—. ¡Cállate, Lobo!

—Entonces voy a hablar yo con ella —propuso Álvaro.

—¿Cómo se te ocurre? No vengas a hacerte el héroe, porque todo esto que estamos sufriendo es por tu culpa y la de Axel.

Axel levantó la cabeza como despertando de un largo estado de hibernación, aunque en realidad estaba atento a todas las cosas horribles que se habían dicho Sarita y Álvaro. En ese momento, sin embargo, su cabeza no registró la mención de la mamá de Sarita ni los consejos que le daba Álvaro para resolver el problema.

—¿Qué tengo que ver yo? —preguntó, confundido.

Sarita lo enfrentó sin rodeos.

—Si en ese verano cuando se fueron a mochilear no hubieran conocido a la Diente de Oro no estaríamos pasando por esto.

Después de muchos cuestionamientos y un estado de reflexión general, Álvaro había decidido que tenían que contarle la verdad a la policía. Sarita y Axel se negaron rotundamente.

—Atrévete a hablar y te olvidas para siempre de mí —lo amenazó Sarita.

Álvaro la miró como si la desconociera.

—Te recuerdo que hay un muerto y una herida por tu culpa.

—¡No es mi culpa! ¡No es mi culpa que el viejo y la hija se hayan quemado.

—Tenemos que decir la verdad, mi amor, no podemos dejar que esto nos separe.

—Entonces cierra bien esa boca. Y si se te ocurre hablar prepárate para no volver a verme nunca más en tu vida.

La pesadilla de Axel terminaba con Sarita mirándolo y buscando su apoyo.

Antes de subirse al avión Alex se había enterado de la muerte del papá de Silvana, don William. Ahora la figura del hombre alto y fornido encontrando a su hija en la casa de botes se había sumado a su sueño recurrente.

En el vuelo entre Santiago y Miami, Axel se preguntó si esas pesadillas serían pasajeras, si tal vez eran efectos del trauma y si algún día desaparecerían por completo.

SARITA MELLAFE

Hola, Axel:

Te escribo esta carta porque tu mamá me dio tu dirección en Miami y necesitaba urgente hablar contigo.

No tengo idea qué estás haciendo allá ni por qué mierda te fuiste sin avisar, pero este viaje tan a la rápida nos está perjudicando a todos, no sé si me entiendes, o sea, si querías irte de vacaciones podrías haber esperado un poco a que pasara la tormenta.

Tu mamá dice que el viaje fue una recomendación de último minuto por parte de tus abogados. ¿Por qué no podías contarnos a todos y así no hacíamos el loco delante de los detectives?

Lobo está furia contigo y la Vale también. Yo les dije que algo muy grave tenía que estar pasando para que hicieras semejante rotería, pero a estas alturas, un mes después, ya no me queda tan claro.

Aquí el ambiente está en verdad macabro. Peor que antes. Nadie sabe lo que va a pasar, un día estamos todos optimistas pensando que todo va a salir bien y al siguiente nos llega una mala noticia, como por ejemplo que uno de los presuntos implicados en el incendio decidió mandarse a cambiar a Miami en la mitad de la investigación. Es como para sospechar, ¿no?

Una cosita más: tus abogados son unos imbéciles. Muy apellido alemán tendrán, y habrán sido muy amigos de tu papá, que en paz descanse, pero te dieron un pésimo consejo.

La novedad (de la que acabamos de enterarnos con Lobo, por eso te escribo) es que el huaso Duarte declaró que nunca había tocado la pistola.

Estos rotos no aprenden.

Nadie te conoce como yo, Axelito corazón. Tú sabes que siempre te voy a perdonar todo, hasta lo más terrible, pero por favor, llámame o escríbeme si todavía me consideras tu amiga o si no quieres que piense que eres un maleducado y un infeliz.

P.S. ¿Es cierto que te fuiste con tu hermanastra?

* * *

Axel no la llamó.

SILVANA

11 de abril de 1988

La dieron de alta para Semana Santa, y aunque Silvana no tenía nada de religiosa se puso contenta porque era una fecha que a su mamá le encantaba. Por fin iban a tener un motivo para celebrar por partida doble, su regreso a la casa y la resurrección de Cristo. En el hospital pensaban que se quedaría hasta fin de año con la esperanza de que la operaran de nuevo, pero el doctor le dijo que no podían asegurar nada todavía. Había ciertos pasos que seguir. Primero una junta médica tenía que analizar cómo evolucionaban las quemaduras y después podían seguir adelante con las cirugías de reconstrucción.

Silvana no había querido mirarse al espejo. La psicóloga que la visitaba los viernes al mediodía, la doctora Mónica, le decía que no era conveniente tratar de invisibilizar su rostro, tarde o temprano iba a tener que reconocerlo como una parte suya. Ella prefería no hablar; cada vez que su madre, la doctora Mónica o alguna enfermera le tocaba el tema lo evitaba a toda costa, se refugiaba en alguna revista o simplemente se quedaba muda, sin reaccionar, mirando la lluvia a través del ventanal del pabellón de quemados.

Las enfermeras decían que no importaban las cicatrices que quedaran en su *carita*, así le decían, su *carita*, porque siempre iba a ser una niña preciosa y la belleza natural no se quita con nada, ni con el fuego. Silvana sabía que eso no era cierto, pero se acostumbró tan fácil a las mentiras y las atenciones del personal que pasaron cinco meses y no se dio ni cuenta. El pabellón de quemados se convirtió en su nuevo hogar.

Después de la cuarta cirugía, un día el doctor le dio por fin el alta y dos alternativas para seguir adelante: esperar o tratar de buscar un especialista en el extranjero.

El día que regresó a Aurora su madre la fue a buscar con la señora Lavinia en su camioneta. Cuando entraron por la Avenida Central a Silvana ya se le caían las lágrimas. La señora Lavinia y su madre

trataron de consolarla, pero terminaron contagiándose con la emoción. Al llegar al camping Silvana les dijo a ambas que las quería mucho y que nunca las iba a olvidar. La señora Lavinia siguió llorando, ahora con más ganas, avergonzada porque se suponía que estaba acompañando a Ninfa para contener su llanto y no para sumarse a él. Silvana las vio abrazadas en la recepción del camping; el olor a eucaliptus inundando el ambiente y el calor de la leña en cada rincón la hicieron pensar en sí misma a los diez años y casi instantáneamente recordó también a su padre. Por un segundo imaginó que aparecería desde la zona de carpas preguntando por el almuerzo y quejándose porque unos campistas sin educación habían dejado basura en la zona de carpas.

Silvana tiró su mochila sobre la cama y rápidamente se devolvió a la puerta.

—Ten cuidado, mijita —le pidió Ninfa cuando vio que salía corriendo—. ¡Silvana!

Hacía frío, por lo que el polerón y el vendaje que le cubría casi todo el rostro eran de mucha utilidad. A lo lejos, entre los eucaliptos, distinguió el brillo del lago a esa hora aún cubierto por la bruma de la mañana. Al verlo se detuvo y le dieron ganas de llorar de felicidad. Se sentó en el muelle. En la playa vio que el Gato y unos pescadores se quedaban mirándola, embobados. No los tomó en cuenta. Se asomó al borde del muelle y estiró la mano tratando de tocar el agua.

—¡Chiquilla, te volviste loca! —le gritó Ninfa, desde lejos, corriendo hacia ella—. ¡No te vayas a caer!

No quería meterse al lago, solo tocar el agua, pero desde esa posición era imposible tratar de explicárselo a su madre. Movió el cuerpo hacia adelante, escuchando cada vez más cerca sus gritos de alarma. No les prestó atención. Estaba a punto de lograr su objetivo y acercar la mano a la superficie del lago cuando la sorprendió la imagen aterradora de su propia cabeza cubierta por el polerón y el vendaje en el reflejo del agua. No se alcanzaban a ver su pelo ni sus facciones, solo sus ojos grandes y asustadizos asomándose.

Cuando volvieron a la casa compartieron una paila de huevos con jamonada y una taza de té. Lavinia se fue porque tenía que trabajar en el restaurante y Ninfa salió a atender a unos campistas extranjeros que

habían llegado al alba. Silvana terminó de comer, vigiló los movimientos de su madre y se encerró en el baño. Con cuidado se quitó la capucha del polerón y luego fue desenrollando lentamente el vendaje que le cubría la cara. Aunque hacía meses había dejado los calmantes no sentía dolor alguno, ni siquiera una molestia, a lo más una ligera tensión en algunas zonas mientras la venda se iba separando de su piel.

Al terminar el proceso levantó la cabeza y con cuidado se miró en el espejo. Respiró con dificultad. Sus ojos eran la única parte de su cara que no había sufrido lesiones. Tosió un poco para tratar de aliviar la angustia. Sus mejillas estaban abiertas, en carne viva. Un sabor amargo subió por su garganta. Los labios eran dos trozos de piel sin forma. Por instinto abrió la boca y al ver el movimiento que hacían los retazos de sus labios no pudo controlarse. Vomitó de pie, casi sin agacharse.

Miró de nuevo su imagen en el espejo y trató de memorizar todo lo que veía.

Era la única manera de no olvidar nunca más.

II

INVIERNO, 2001

EN CARNE VIVA

I'll have my party alone today
Who cares anyway?
I don't need'em now, I don't need'em now
Who wants presents with pretty bows?
Who wants party clothes?
I don't need'em now, I don't need'em now
Can't I dim the lights? Can't I cut the cake?
A wish is just a wish; what difference does it make?
Now that everyone's gathered here
Sing out loud and clear, cheerful as can be
Happy birthday to me

SYREETA,
Happy Birthday to Me

1

SIETE SOBRES DE COLORES

VALE

El sobre verde

Tragedia en Aurora:
«Los alaridos se oían desde la playa grande»

Miedo. Angustia. Conmoción. El apacible pueblo lacustre de Aurora se viste de luto para despedir a un conocido padre de familia mientras la policía intenta responder la pregunta clave:
¿Qué pasó en el camping Buenaventura?

*

Todo parecía indicar que este sería un hermoso paseo de fin de curso para los alumnos del Cuarto Año A del colegio Andalucía, de Las Condes.
Sin embargo, el destino tenía otros planes para los jóvenes egresados

Por Marla Mackenzie Haddad, enviada especial.

Cada año, don William Maldonado y su familia reciben la época estival con especial regocijo. Es el tiempo de la fruta y la verdura frescas, las largas tardes de pesca y el momento tan esperado en que la temperatura empieza a subir en la idílica zona donde viven, a orillas del lago Aurora, en el pueblo del mismo nombre, en la Sexta Región.

Conocida por su tranquilidad y sobrecogedores parajes, la bella y misteriosa Aurora también es popular por su gastronomía, con base en guisos enjundiosos, pescados y vacunos. Bien sabe del tema Lavinia

Loyola, la devastada dueña del restaurante que lleva su apellido, el más conocido del pueblo, famoso por sus gigantescos churrascos de asiento, las ancas de rana fritas y suculentas cazuelas de pava. Aurorina de pura cepa, esta agricultora, granjera, empresaria y pequeña transportista de sesenta y dos años, soltera, sin hijos ni compromisos, se confiesa todavía aturdida por los trágicos acontecimientos que en los últimos días han llevado el nombre de Aurora a las primeras planas de los diarios más importantes de la capital, además de los noticieros centrales de todos los canales de la televisión.

«Han pasado tres días y yo solo pienso en la Navidad que se nos viene encima», se lamenta doña Lavinia, todavía sin resignarse a los acontecimientos. «Por desgracia este fin de año no va a ser alegre como los de antes. Estamos todos con el ánimo por el suelo y mi local ha sido un refugio donde consolarnos un poco de tanta pena».

Los últimos días habían empezado a hacerse más largos a orillas del lago Aurora. En el camping, don William había invertido una pequeña fortuna en la remodelación de los servicios sanitarios y el hermoseamiento de las zonas de carpas. «Hasta pensaba inaugurar unos botes a pedales que tenía listos para la temporada», recuerda Ninfa Esparza, su desconsolada viuda. Don William esperaba excelentes dividendos para el final del año 87 y el esperado verano del 88. Es en esta época en particular cuando se concentran los mayores ingresos entre los pequeños empresarios de la región.

«En invierno, en cambio, aquí se muere todo lo que creció en verano», asegura Ninfa, una rancagüina de tremendo esfuerzo que hace veinte años se vino al pueblo por amor junto a su entonces prometido, al que hoy debe dar el último adiós. En el corazón de Aurora se casó por la iglesia, en la capilla local, y tuvo a su única hija, Silvana, la misma niña alegre y vivaz que hoy está presente en las oraciones de toda una devastada comunidad.

«Nadie viene por estos lados cuando hace frío», se lamenta su madre, «y menos ahora después de la tragedia». El recuerdo de su hija de dieciocho años, baleada y quemada esa trágica noche de sábado, inunda repentinamente sus ojos. No quiere dar detalles del macabro incendio que se llevó a su esposo y que dejó a su única hija luchando

por su vida a cada minuto en el hospital de Chillán.

«La Silvy no es de rendirse, es peleadora, igual que yo y que su padre. Yo sé que mi niña se va a salvar porque Dios así me lo prometió», asegura de corazón mirando lo que quedó de la casa de botes donde pereció don William. Desde lejos se observan restos de madera y metal quemados junto a los escombros, mudos testigos de los acontecimientos que hoy, a casi una semana de lo sucedido, todavía resultan confusos.

¿Qué cree usted que pasó esa noche, Ninfa?

Lo único que yo sé es lo que declaré con los detectives. Mi niña se acostó temprano porque se sentía enferma. Pasada la medianoche, habrán sido la una o las dos de la mañana, sentimos los gritos. Al principio no prestamos atención con William, porque los campistas a veces se quedan tomando, ponen música y gritan, son cabros jóvenes y estamos acostumbrados, pero después de un buen rato Willy se asomó a mirar hacia la zona de carpas y al tiro me gritó para adentro.

¿Qué le gritó?

Que llamara a los bomberos porque se estaba quemando la casa de botes. Miré por la ventana de mi pieza y me asusté cuando vi las llamas por encima de los árboles. Los alaridos se oían desde la playa grande.

UN TRIPLE DUELO

¿Era la primera vez que Silvana se arrancaba de la casa?

Ninfa no contesta. Se detiene un momento y niega con la cabeza.

¿Lo había hecho otras veces?

Muchas veces, claro, si ella es así, traviesa. Le gusta mandarse sola y ahí empiezan los problemas. Es verdad que a mi niña le gusta salir, siempre ha sido sociable, pero eso es porque aquí se aburre. En el pueblo casi no hay gente de su edad y todos los que vienen al camping después de unos días se van. A la Silvy le encanta hacer amigos. Es muy confiada mi hija, por eso a lo mejor le pasó lo que le pasó.

¿Qué cree usted que le pasó? ¿Qué le hicieron a Silvana?

Ninfa vuelve a emocionarse y por un segundo parece que no será capaz de continuar esta entrevista. Quien firma este reportaje en profundidad considera seriamente interrumpir el encuentro, pero no es necesario. La madre de Silvana hace de tripas corazón, saca fuerzas de

alguna parte de su cuerpo y, simplemente, recuerda.

A mi hija esa noche la humillaron. Le dieron ilusiones y después se rieron de ella. No conformes con burlarse, siguieron con la broma. Porque así son, así han sido siempre. Les gusta reírse del pobre, del roto, del negro, del feo, del que no tiene para comer. Cuando se ríen de nosotros es como si se rieran dos veces. Y se toparon con mi Silvy, que no se achica delante de nadie, que no respeta ni a Dios ni al diablo, y la broma se convirtió en esto, en una tragedia que nunca me voy a cansar de llorar. Nada de esto tendría que haber pasado. ¿Se da cuenta? Por la broma de unos hijitos de su papá yo perdí lo único que tenía en esta vida. Perdí a mi familia, con todo lo que me ha costado tenerla y salir adelante, perdí a mi marido y ni Dios lo quiera capacito que también termine perdiendo a mi niña.

¿La echa mucho de menos?

Todos los días, a cada rato. ¿Cómo se sentiría usted si le dijeran que su única hija se puede morir en cualquier momento? Por la gravedad de sus quemaduras es propensa a cualquier infección, el Señor se la puede estar llevando ahora mismo mientras hablo con usted.

Le ofrezco un pañuelo de papel. Ninfa no lo acepta y se recompone para seguir adelante.

¿Cómo lo hace para no perder la fe?

No la puedo perder, señorita. Si yo pierdo la fe, entonces ¿de qué sirven mis oraciones? Cuando me vengo abajo me pongo a pensar en ella, en cuando era chiquitita y también en nuestras peleas. Como madre e hija no todo ha sido miel sobre hojuelas, ¿para qué le voy a mentir? A veces, cuando la echo más de menos, me da por pensar que va a aparecer correteando por el lago, como una loca, o que va a llegar toda mojada después de meterse a nadar a pesar de que tantas veces le hemos leído la cartilla con el Willy: que tenga cuidado y respeto porque el lago es traicionero y, al igual que los mares, tiene corrientes que uno no puede ver porque son invisibles. «Mucha gente se ha ahogado en ese lago, Silvana», le digo yo, pero ella no le tiene miedo a nada. Me acuerdo de mi pobre hija y de lo que está sufriendo en el hospital y para levantarme en la mañana me gusta pensar que por algo el Señor me la dejó viva. Por algo no se murió en la casa de botes. Por algo no la pudieron matar ni las balas ni el fuego.

A diferencia de años anteriores, este 1988 no habrá verano ni festejos

para la familia Maldonado. La idea de celebrar la Navidad y el Año Nuevo parecen imposibles para Ninfa. En los próximos días los turistas no podrán instalar sus carpas en el camping Buenaventura. Debido a la investigación aún en curso sobre lo que ocurrió el pasado 12 de diciembre, el recinto se encuentra cerrado para el público hasta nuevo aviso. *Algunos me dicen que pierdo por tragedia triple, por la muerte del Willy, por lo que le pasó a mi Silvy y por el cierre del camping, pero no es así*, opina Ninfa, segura de sus palabras. *Ya tendremos tiempo para abrir más adelante, Dios mediante, cuando todo esto haya pasado. Ahora lo único que importa es llegar a la verdad*.

* * *

Valentina no pudo terminar de leer.

En el inhóspito subterráneo donde está relegado el departamento de archivo del diario *El Águila* cerró el enorme tomo empastado. Era el volumen correspondiente a diciembre de 1987 y contenía todos los recortes de prensa de la época. Después de revisarlo, tuvo dos conclusiones que le hubiera gustado compartir con alguien. Primero, la colega Marla Mackenzie Haddad tenía una pluma verdaderamente infame, plagada de clichés de mal gusto y un tono ingenuo solo comparable con el peor amarillismo televisivo de los años de la dictadura; y segundo, le costaba creer que hubiera pasado tanto tiempo tan rápido desde el incendio. Catorce años parecían una eternidad y ese pensamiento, el de haber perdido los años fundamentales de su vida en cosas que no valían la pena, la aterraba.

En ningún aspecto de su vida Valentina se sentía mejor que antes. No era más feliz ni estaba más realizada profesionalmente. Tampoco se reconocía más madura o resuelta en términos emocionales. Era la misma de diciembre de 1987, pero ahora trabajaba el triple, se tomaba media botella de vino al día y ya no le tenía pavor al sexo.

Al igual que la mayoría de los medios de comunicación, *El Águila* se preparaba para un número especial de aniversario por lo ocurrido en Aurora, un tema que no era del agrado de Valentina y menos de su padre, pero que el directorio del conglomerado editorial había exigido como parte de la señal de transparencia e imparcialidad que querían dar a toda costa.

Aunque Rafael Cervantes seguía ocupando el asiento del director de *El Águila*, no sin renunciar una vez al mes y enfrentando todos los días a un comité de traidores que cuestionaban su línea editorial de neoizquierda, Valentina pensaba que su padre había perdido el poder que ostentaba antes y que sin duda había utilizado para sepultar a sus rivales. Rafael era un tiburón del periodismo, uno viejo, enfermo y cuya genética estaba alterada por desechos tóxicos. Ser su hija no era una tarea fácil; Valentina amaba a su padre, pero era consciente del precio que había tenido que pagar en el mundo del periodismo por llevar su llamativo apellido. Aunque tenía reparos con la mayoría de sus decisiones, especialmente con las que tenían que ver con las páginas de Economía, Crónica Roja y Espectáculos, por lo general prefería remar hacia su lado y demostrar la gratitud que se esperaba de ella. Valentina no podía olvidar que hacía apenas tres años nadie la conocía, no tenía trabajo ni currículum del que jactarse, su única característica era su origen: era la única hija de Rafael Cervantes, el eterno cascarrabias de *El Águila* y figura omnipresente en la historia del periodismo nacional, y Laura Paz Leighton, la mártir de la crónica política local. Todo había cambiado con un reportaje sobre la historia del feminismo, firmado por Valentina y publicado por una revista colombiana de cierto pedigrí académico, que había puesto su nombre en el mapa. A Valentina le gustaba pensar que ese texto, escrito de manera independiente, *ad honorem* y con total libertad creativa, era el catalizador de su incipiente carrera periodística y el trampolín que la había llevado a obtener el puesto que tenía hoy en *El Águila*, tan cerca de su padre como para no perderlo de vista, pero lo bastante lejos de su reinado de horror como para evitar innecesarios conflictos editoriales que con certeza terminarían en el plano familiar. Se trataba de la dirección de suplementos, la enorme responsabilidad de sacar adelante las siete revistas que de lunes a domingo acompañaban el periódico de todos los chilenos.

Después de una larga conversación donde se había tomado tres expresos dobles que casi al instante destrozaron su colon, Rafael la obligó a aceptar el encargo. No lo hizo como si le pidiera un favor o como un padre le hablaría a una hija, fue simplemente la orden de un superior. Alguien tenía que escribir el reportaje de aniversario de

Aurora y al director del diario de mayor circulación nacional no se le ocurría nadie mejor que su hija, testigo clave del incendio, para golpear a la competencia y dar el tiro de gracia.

Ahora Valentina está congelada de frío y saltona por la sobredosis de cafeína mirando a la fuerza algunas de las fotos de la época. Mentalmente se pregunta por qué no pedir ayuda a algún colega, o a uno de los estudiantes en práctica que pululan buscando tareas que hacer, pero pronto se recuerda a sí misma cuánto le cuesta delegar, en especial si se trata de instrucciones directas de su padre. Mientras observa las imágenes y lee las crónicas de hace catorce años, Valentina imagina que vuelve a pasear por las calles de Aurora en compañía de Rodrigo, siguiendo el mismo recorrido que hicieron esa última noche, la del 12 de diciembre de 1987.

Valentina recuerda el restaurante donde comieron churrascos y tomaron cerveza, después lo que hablaron en la caminata de vuelta al camping, con la parada que hicieron en el cine del pueblo para compartir un cigarro y hablar de las películas que les gustaban. A diferencia de sus compañeros, ella se acuerda de casi todo lo que pasó esa noche, en especial de esos detalles ínfimos que a los detectives que la entrevistaron no parecieron interesarles, como la actitud errática de Mabel Cruz, por ejemplo, la inexplicable presencia de Carrie F. Castro en los alrededores de la casa de botes, o los fuegos artificiales que ella misma había visto en la camioneta de Axel. Mientras más pensaba en los acontecimientos más difícil era entender su cronología o aclarar las verdaderas causas del incendio. El juez había dictaminado que el origen del fuego era el arma percutada sobre bidones con parafina y no los fuegos artificiales, que eran parte de una broma, lo que sin duda había eximido de toda culpa a Axel, Sarita y Lobo. Después de una investigación bastante superficial y un juicio abreviado donde casi no hubo defensa del imputado, la sentencia había sido demoledora. A pesar de los testimonios en contra, incluyendo el de Valentina, de la falta de pruebas concretas y de las enormes contradicciones que existían en el relato de los testigos, Rodrigo había resultado culpable de incendio con resultado de muerte, la de William Maldonado Cifuentes, el padre de Silvana, e intento de homicidio frustrado contra Silvana y Axel.

Observa el expediente del juez que acompaña las notas de prensa. Un *post-it* amarillo está pegado en una esquina, con una flecha hacia un párrafo destacado. Es la transcripción del informe médico de Silvana, fechado el 13 de diciembre de 1987 a las 4.48 AM.

La señora Ingrid, inamovible encargada de archivo de *El Águila*, interrumpe su letargo y le grita desde el mesón que tiene una llamada. Le parece extraño, ya que no acostumbra a recibir llamadas en otro lugar que no sea su oficina, el único rincón del universo donde se siente segura. Mientras camina hacia el teléfono, se ilumina en un segundo y adivina quién la llama.

—Buenos días. ¿Qué te vas a poner en la noche?

Por un instante demasiado breve la voz de Sarita la hace volver a conectarse con un mundo terrenal y superfluo donde se siente más cómoda. Piensa que tal vez debería advertirle del reportaje para evitar posteriores revanchas, pero Sarita no se lo permite y ella la comprende: después de catorce años de espera, por fin su querida amiga llega al altar. En definitiva, no es el momento para recordarle lo que pasó en Aurora y menos para explicarle que va a escribir un reportaje emotivo sobre las secuelas del incendio y también sobre los enormes vacíos que quedaron después de la sentencia.

—Mellafe, estoy ocupada. ¿Te puedo llamar de vuelta?

—No me vas a llamar, solo estoy confirmando que nos vemos en la noche. Te mato si llegas tarde. A las ocho en punto.

—Un beso, nos vemos.

Valentina cuelga y durante los próximos quince minutos la embarga un estado de rabia y descontento. Odia la interacción social. Le desagrada sentirse obligada a compartir con los demás. También detesta a las invitadas a la despedida de soltera, en especial a la insufrible Fran Marangunic, la excompañera de las Monjas Francesas de Sarita, con quien tiene una rivalidad personal evidente desde hace décadas.

A medida que van pasando los minutos su molestia va decreciendo. Vuelve a las noticias de Aurora de fines de 1987 y comienzos de 1988 cuando un pequeño recuadro amarillo la sorprende en una nota de la revista *Séptimo Día*.

VÍCTIMA DE INCENDIO EN CAMPING AÚN EN RIESGO VITAL

Una hora después sigue trabajando en su departamento, revisando el anuario de su generación. Está decidida a usar unos jeans y una blusa negra en la despedida de soltera de Sarita. Todo va bien hasta que, en las páginas centrales del anuario, en la sección «Momentos inolvidables» aparece una foto de Axel a torso desnudo en el equipo de vóley y de inmediato su seguridad se desvanece. Cierra los ojos, piensa en no perder el foco. Su ánimo iba muy bien encauzado para las tareas de asistir a la despedida de soltera y después encerrarse con llave a escribir sin parar hasta terminar la nota. Mientras intenta maquillarse, sin demasiado éxito ni inspiración, se concentra una vez más en el objetivo.

Tiene planificado utilizar un enfoque distinto a la hora de escribir el texto, con un estilo más contemporáneo y seco, quizás no tan literario como se ha puesto de moda sino más objetivo. Con esa imparcialidad que tan solo la realidad pura y desnuda puede alcanzar y, lógico, en primera persona («estás obligada, no tienes opción», le había advertido su padre-jefe), pero haciendo énfasis en los hechos por sobre las impresiones personales.

Valentina no sabe cómo termina de vestirse y maquillarse ni cómo sale de su departamento de Providencia y atraviesa medio barrio alto manejando para llegar a la flamante casa de Francisca «Fran» Marangunic en Santa María de Manquehue. Lo único que recuerda de este arco de tiempo es un color: el verde botella de un sobre que destaca entre su correspondencia y cuya apertura posterga para el regreso.

Apenas saluda a Sarita se percata de que la dueña de casa no se acerca a darle la bienvenida. Fran Marangunic ni siquiera se digna a saludarla. Valentina intuye que la noche será incómoda y, por suerte, breve. Como era de suponerse, la festejada está exultante, con un vestido *strapless* tipo Audrey Hepburn en *Desayuno en Tiffany's*, perlas incluidas, y un maquillaje especial, gentileza de Fran en su nueva faceta de *make-up artist*, que la hace irradiar felicidad. A pesar de ver a su amiga tan contenta, Valentina no puede evitar sentirse decepcionada: con o sin querer Sarita se ha transformado en lo que más odiaba, una mujer mesurada, paciente y llena de esperanzas en el futuro. ¿Dónde quedó la Mellafe de antes, la que odiaba a todo el que

osaba acercársele, la deslenguada y venenosa del Cuarto A generación 1987?

Valentina busca una respuesta mientras se prepara un segundo gin tonic.

Aunque Sarita ha prohibido terminantemente juguetes sexuales, *vedettos* y toda clase de motivos temáticos con forma de órganos sexuales masculinos, sin pedirle permiso Fran Marangunic ha contratado dos bailarines nudistas que de un segundo a otro aparecen vestidos de enfermeros eróticos para sacarse la ropa junto a la piscina *infinity* desde donde se aprecia la noche santiaguina. Las invitadas se vuelven locas. Casi todas son parte de la comitiva de Fran Marangunic, además de algunas amigas de Sarita de la escuela de Relaciones Públicas. Los hombres terminan totalmente desnudos besando a algunas de las mujeres. Valentina se da cuenta de que Sarita está furiosa con Fran Marangunic porque ése no es su estilo. Si Lobo llegara a enterarse seguro le montaría un escándalo de proporciones y con justa razón.

Al final, la despedida de soltera resulta un fracaso: Sarita termina sola en una pieza, muerta de vergüenza e indignación porque según ella las ordinarieces y roterías ya han pasado todos los límites, especialmente después de que una de las invitadas, una prima en segundo grado de Fran Marangunic, se encerrara en una pieza con uno de los bailarines. Después de un momento la rabia se le pasa. Se acuerda de que está próxima a casarse y entonces ya nada parece importarle.

Solo quedan dos días para volver a ver a su Lobo.

—Ya no doy más —le confiesa a Valentina cuando por fin se quedan solas, jugueteando con las perlas falsas de su collar—. Lo único que quiero es que vuelva y casarnos y recuperar el tiempo que hemos perdido. Necesito ponerme al día y formar mi familia. Voy a tener hijos como mala de la cabeza, te lo juro.

Valentina le sonríe, pero no se atreve a decir lo que realmente está pensando.

Sumida en un extraño estado de introspección, quizás alimentado por los recuerdos de Aurora, el matrimonio de Sarita y la certeza de que se quedará soltera para siempre, Valentina regresa a su

departamento y se estira sobre la cama hasta que ya no siente el cuerpo. Piensa sentarse a escribir, pero se queda dormida con ropa y la luz encendida. Sueña con Axel y con todas las cosas que estuvo a punto de hacer con él en los tiempos del colegio y que no hizo.

Al día siguiente comprueba su estado de cansancio cuando la despierta un rayo de sol y se percata de que tampoco se molestó en cerrar las cortinas. Un primer recuerdo matinal, de esos que la asaltan desde niña a las horas más insólitas, ocupa su cabeza instantáneamente: el sobre color verde.

Hola, Valentina

Como egresada de la generación 1987
tenemos una invitación para ti.

¿TE ACUERDAS DE AURORA?

La cita es el viernes 15 de junio
a las 19 horas
en el Nuevo Camping Buenaventura.
Te esperamos, no faltes.

* * *

Imaginó que por fin se molestaba en abrir el sobre verde y que de a poco el pánico la iba paralizando de la cabeza a los pies. Entonces las llamas empezaban a ocupar de nuevo sus pesadillas, igual que los primeros días después del incendio, y las voces de los testimonios policiales se repetían en su conciencia sin parar, como las canciones trágicas de una banda sonora para conocer Aurora.

Sin duda la Desabrida era su primera invitada al evento. No la más importante, aunque sí la primera.

AXEL S.

El sobre rojo

—¿Te acuerdas de Aurora?

La voz al otro lado del teléfono por un segundo suena como un mal chiste.

¿Se acordaba Axel Schumacher de Aurora? Sí, claro. No todos los días ni a toda hora, tampoco como parte de las pesadillas o los traumas en los que seguramente tendría que indagar con un siquiatra cuando llegara el momento indicado, como le recomendaba con cariño Carrie cuando perdía la cabeza y el control.

Sí, por supuesto que recordaba el incendio de Aurora como un triste accidente que había marcado su egreso de la educación media y las vidas de todos sus amigos del colegio, pero jamás se había sentido culpable, ni siquiera responsable indirecto de los hechos ocurridos en el paseo. Le gustaba pensar que la mala suerte perseguía a los seres humanos como una condena, nadie tiene asegurada la vida ni la buena fortuna. Aurora representaba justo eso para Axel: una prueba, la demostración concreta de que la mala suerte sí existía y que a cualquiera le podía tocar. Mucha gente olvidaba que él también había sido una víctima de Aurora: su oído izquierdo todavía funcionaba a medias producto de los disparos a quemarropa de Rodrigo Duarte.

Catorce años después del incendio, la voz de Valentina al teléfono se escucha tan lejos como Aurora o como las pálidas imágenes que todavía recuerda de esa noche. Está de pie en la terraza de un interminable departamento ubicado en Tribeca, al sur de la isla de Manhattan, en Nueva York, mientras intenta preparar un expreso en una cafetera italiana que le mandó de regalo un cliente. No hay muebles a su alrededor, solo un mesón de madera que de a poco empezó a utilizar como escritorio, sala de reuniones y comedor, además de un sillón ubicado de manera estratégica frente a la pared blanca que le sirve de telón para proyectar sus referencias cinéfilas.

—¿Sabes lo que esto significa? —le pregunta Valentina como si estuviera hablando de un secreto de estado mientras en la pared se ve el videoclip en tonos rojizos de una *boy band* mexicana.

—Ni idea, pero hay una sola forma de averiguarlo —le contesta él, tratando de calmarla—. ¿Ya hablaste con Sarita y Lobo?

—¿Estás loco? —le aclara ella, rotunda—. Se casan en una semana, no los quiero molestar justo ahora.

—Para variar estás exagerando, Vale —se burla Axel—. Estás convertida en una anciana paranoica, peor que mi vieja y sus amistades. Escribe tu reportaje sobre Aurora y olvídate de esa invitación ridícula, es lo mejor que puedes hacer.

—¿Cómo quieres que me olvide? —insiste ella—. No es tan fácil. ¡Alguien está detrás de esto!

—¿Quieres que vaya contigo? —se ofrece él, galán—. Yo feliz te acompaño.

El coqueteo con Valentina es innecesario, lo admite, más todavía en el contexto aún trágico del camping, el paseo y todos los malos ratos que tuvieron que enfrentar como adultos hace catorce años, pero es imposible evitarlo. Como era de esperar, el intento de seducción logra reanimarlo. Por un segundo la voz de Valentina suena más simpática y encantadora de lo que realmente es y Axel cae rendido a esas irrefrenables ganas traicioneras que ya ha experimentado antes, las de tomar el próximo vuelo a Santiago y olvidarse para siempre de sus clientes, de su libertad creativa sin límites de ningún tipo y de la carísima vida neoyorquina a la que ya se ha acostumbrado.

Tal vez podría aprovechar la estabilidad política y económica de su aborrecida patria para iniciar una carrera en Chile, convencer a algunos directores de cuentas de filmar en ciertos rincones del país y montar una pequeña *boutique* audiovisual al sur del mundo. Como director de los comerciales más caros de la última década, Axel Schumacher podía hacer mucho por la industria local. Dinero sobra, lo que falta son ideas, piensa. Por un segundo la posibilidad de ser un pionero logra seducirlo en serio. Como un adolescente, imagina que si el proyecto resultara podría transformarse en el superhéroe de la publicidad chilena, le daría trabajo a mucha gente y vendería las hermosas locaciones del país como su sello de calidad. Todo suena

perfecto hasta que se detiene a observar la vista panorámica en 360 grados que incluye el departamento casi vacío, comprado después de cinco años intensos de trabajo y aprendizaje. A lo lejos el río Hudson brilla bajo el sol del mediodía.

Axel examina su imagen en el espejo mientras trata de ignorar los delirios de Valentina, que no para de hablar de la invitación, esa maldita invitación en un sobre de color verde que según ella no proviene del colegio Andalucía y mucho menos del centro de exalumnos.

Ella lo sabría. Sería la primera en enterarse de que se está celebrando un paseo de aniversario y también sería la primera en oponerse a que el paseo fuera en Aurora.

Axel abre la camisa que lleva puesta y desliza la mano abierta por su cuerpo tonificado. Se mira en un espejo de pared que refleja con violencia los rayos del sol. Valentina le habla por diez minutos más, el tiempo necesario para comprobar que necesita intensificar sus sesiones de cardio y probar nuevas rutinas de abdominales. Es claro que sus oblicuos están menos marcados que la última que vez que se examinó. Cuando Valentina se calla y deja de agobiarlo, Axel se comporta como todo un caballero y le pregunta si puede llamarla más tarde porque está a punto de entrar a una importante reunión de trabajo. Vale le dice que lo entiende, que no se preocupe, aunque su tono cortante denota molestia. Por más que lo intente, con él no puede disimular. Axel cuelga el teléfono y a través del interminable espejo le sonríe a alguien.

—*Sorry for that*.

Se quita la camisa con lentitud mientras camina hacia una mujer asiática que con absoluta paciencia lo espera sentada sobre la cama. Durante veinte minutos hace el amor con la chica y no vuelve a pensar en la llamada de Valentina. Su único foco es ese cuerpo blanquísimo, desnudo entre las sábanas de su flamante nuevo hogar.

La chica asiática gime un poco hasta que acaba con un grito de *I'm coming, baby* y Axel no le cree nada porque todas dicen lo mismo. Fingen sus orgasmos igual, con las mismas palabras, y eso le parece inaceptable. No se trata de prostitutas de cincuenta dólares ni de esas adictas al *crack* que se encuentran en Craigslist y que parecen recién

aterrizadas de otro planeta. Axel piensa que por trescientos dólares la hora tiene el derecho a exigir orgasmos más creíbles. Va a quejarse por teléfono con la agencia West Side Eden, pero al final opta por no comentarle nada a la chica asiática porque tiene buen gusto musical. Ama a My Bloody Valentine y Slowdive y eso es más importante que su mediocridad a la hora de fingir orgasmos. Se quedan conversando un rato más sobre música *shoegazer* hasta que la llaman por teléfono y tiene que irse corriendo. Quedan de verse en un par de semanas.

Por primera vez en los cuatro días que lleva viviendo en el departamento de Tribeca, Axel Schumacher se queda solo. Piensa que debería devolverle la llamada a Valentina para evitar futuros rencores, pero lo que menos necesita en esa mañana perfecta de sol es seguir escuchando sus cacareos. También podría llamar a Sarita para contarle de Valentina, o a Carrie para invitarla a Nueva York cuando tenga días libres entre las grabaciones de la teleserie que está grabando en Chile. Por ahora está claro que el departamento es un diamante en bruto y necesita urgente un toque femenino distinguido, por lo que la visita de Carrie es indispensable. Sumido en sus pensamientos y el agotamiento postsexo, se queda inmóvil en la cama hasta las tres de la tarde. El hambre y la falta de ejercicio lo obligan a tomar decisiones urgentes. Se viste rápido para bajar a comer algo en su nuevo barrio cuando el teléfono suena otra vez y logra ponerlo de mal humor. ¿Es demasiado pedir un día de tranquilidad?

—*Hi, you reached Axel. You know exactly what to do and when*.

La contestadora chilla y casi instantáneamente la voz de Valentina vuelve a estremecerlo.

—¿Axel? ¿Axel? ¿Estás ahí? Contéstame, porfa. Es urgente.

Quince minutos después está devorando un filete con papas en un pequeño restaurante italiano. Come rápido mientras hojea la *TimeOut* y marca las películas que quiere ver: un clásico con Veronica Lake en el Film Forum y *Apocalipsis ahora* en el MoMA, en copia restaurada. Vuelve al departamento pensando en darse una ducha y reflexionar sobre la última versión del *storyboard* para el videoclip de una cantante colombiana que debe aprobar antes de la medianoche, hora de Los Ángeles. Cuando está entrando al aséptico edificio de Tribeca aparece Simon, el *concierge*, y le entrega su primera correspondencia.

Entre las cuentas, los folletos y los sobres grises del Citibank hay uno que llama la atención, uno rojo color sangre.

* * *

—Dice exactamente lo mismo.

Con el celular en altavoz examina de nuevo el sobre y la carta. Lo lograron, piensa, ya consiguieron ponerlo tenso y ahora tiene la desagradable sensación de que su día ha sido arruinado.

—«Hola, Axel, como egresado de la generación 1987 tenemos una invitación para ti. ¿Te acuerdas de Aurora?»

—«Tenemos.» ¿Te das cuenta de lo que te digo? —Valentina hace una pausa para jugar a la detective y a él le parece gracioso, aunque no tiene motivos para reírse: el filete le ha caído mal al estómago y se ha puesto de pésimo humor—. Son más de una persona, pero ¿quiénes?

Piensa en los mutantes de toda la vida, sus eternos archienemigos del colegio.

—Seguro alguno de los nerds tratando de llamar la atención, como siempre —le responde, molesto y muy convencido de su teoría—. Clásica venganza de nerds.

—Es importante que estemos pendientes de los demás —le pide Valentina con la voz casi quebrada; Axel no sabe si de verdad está preocupada o si se trata solo de una pobrísima excusa para acercarse a él—. Si es una broma, es de pésimo gusto. No entiendo quién puede reírse de algo tan terrible.

—No te preocupes, voy a investigar —le promete, muy serio y con un toque de romanticismo.

—¿Cómo? ¿Cómo vas a investigar?

Se queda en silencio por un segundo y revisa con detalle el resto de su correspondencia. Todas las cartas están dirigidas a la misma persona, Stephanie L. Majors, la dueña anterior del departamento, menos el sobre rojo, que está a su nombre.

—Acabo de cambiarme a este departamento hace menos de una semana —le explica—. Las únicas personas que tienen esta dirección son mi agente y mi abogado.

* * *

Ahí está, brincando de un taxi bajo la lluvia de otoño y perdiéndose entre el tráfico incesante de turistas de la calle Houston. Camina a paso decidido y sin mirar a nadie, concentrado en su BlackBerry y en su destino final, una pequeña casa de masajes ubicada en un subterráneo de Chinatown donde Axel Schumacher encuentra la satisfacción casi instantánea a sus apetitos sexuales.

No es la primera vez que lo sigue desde que llegó a Estados Unidos. Ya sabe dónde vive (222 West St, Departamento 9F, NY 100013); lo que come (café, *smoothies*, carne roja y verduras); cómo lava su ropa (en un local chino a una cuadra de su departamento); cuántos pasos camina para comprar el café (trescientos metros) y a qué hora prefiere contratar prostitutas asiáticas a domicilio (en la mañana).

Esa noche Silvana sueña con descansar, pero la felicidad de saber que por fin los sobres de colores están llegando a sus destinatarios la llena de un placer extraño y necesita celebrar. Cierra los ojos y de nuevo imagina a Axel abriendo su sobre rojo, empuñando las manos de ira, bebiendo, chillando e insultando al resto del mundo en un rito salvaje donde jura vengarse y al mismo tiempo eliminar todo vestigio de la mujer que llamaban la Diente de Oro.

Cuando despierta supone que está en su habitación, pero pronto descubre que todavía se encuentra hundida en el asiento trasero del taxi. El chofer le pregunta si quiere regresar al hotel o si prefiere seguir esperando al hombre del abrigo negro.

La lluvia no para.

SARITA MELLAFE

El sobre negro

Era envidia, un clásico, la misma sensación de ahogo y vacío que había experimentado por primera vez a los seis años y que se repetía a lo largo de su vida como un patrón del que era imposible huir aunque quisiera. No tenía salida: antes eran las niñas feas y pobres manoseando sus Barbies importadas de Miami; ahora se trataba de Valentina, que envidiaba su matrimonio con Álvaro y por eso se había encargado de despellejarla sin anestesia en su propia despedida de soltera, delante de sus invitadas, incluida la cada día más estupenda Fran Marangunic, en un gesto que no solo le parecía una ordinariez sin perdón de Dios, sino que además hablaba pésimo de los valores que profesaba su amiga, si es que le quedaba alguno, y del respeto que tenía hacia los demás.

Después de dieciséis años juntos, Sarita Mellafe por fin iba a casarse con Álvaro, el hombre de su vida, el único que había conocido y enseguida amado. Sin embargo, en su infinito egoísmo de solterona resentida, Valentina pensaba que era una exagerada por preocuparse tal vez un poco más de la cuenta por los detalles de la ceremonia, o por querer una fiesta lo más sencilla posible y no por la falta de dinero, la cual por desgracia era bastante evidente, sino para evitar las críticas y la mala leche de los invitados venenosos, que según Fran Marangunic nunca faltaban. Sí, tal vez Sarita estaba nerviosa, sobreexigida y seguramente exageraba un poco, como toda novia que ha esperado catorce años para dar el sí, pero se trataba de su matrimonio, el único que pensaba tener en la vida.

Quedaban apenas dos semanas para el gran evento. La mamá estaba más insoportable que de costumbre y el papá solo le dirigía la palabra para recordarle el presupuesto o para recortarle algunos gastos, como una pequeña orquesta de cuerdas o una fuente de chocolate que había cotizado. Le dolía el alma cada vez que Álvaro o el papá le hablaban

de la recesión, de las deudas de la empresa o la plata que estaban gastando. Siempre había pensado que las novias no tenían por qué enterarse de las cosas monetarias, le parecía ordinario, de mal gusto, y la sacaba con violencia del estado de ensoñación que significaba para ella casarse. Con la cabeza en alto se tragó la frustración y el deseo incumplido de tener un matrimonio digno, caro y elegante, igual como lo habían tenido Fran Marangunic en su momento y casi todas sus excompañeras de las Monjas Francesas. Se quedó callada, probando un sabor que no le gustaba, el de la resignación. Eran solo catorce días más viviendo en esa casa maldita, después empezaba su nueva vida junto a Álvaro, por fin lejos de sus padres.

Lo que pasó después Sarita lo recuerda como si fuera una película de terror. Era normal que las novias soñaran con la ceremonia, se lo habían advertido. Lo francamente extraño era que el sueño en realidad no fuera un sueño sino una pesadilla, y que no terminara jamás. Sarita escuchaba a Álvaro y la pesadilla no tenía fin, seguía hablando y llorando, ofreciéndole detalles que no necesitaba y que ni siquiera era capaz de escuchar porque estaba a miles de kilómetros de distancia, abandonada en una galaxia donde por fin se sentía a salvo.

Fue el lunes, a diez días del matrimonio por la iglesia. Por decisión conjunta, Álvaro y Sarita iban a celebrar la ceremonia civil con una pequeña reunión familiar seguida de un almuerzo en Donde Diva, el restaurante de su suegra. La cita era al mediodía en la oficina del registro civil, en pleno centro. Se suponía que Álvaro regresaría de Talca a más tardar el domingo; no había podido escaparse antes del trabajo y por eso ella había tenido que enfrentar sola todos los preparativos del matrimonio. Ahora esperaba con ansias que llegara a almorzar, despejado de todos sus compromisos de trabajo y listo para compartir con ella el gran paso que por fin estaban a punto de dar.

Pero Álvaro no apareció al almuerzo dominical, tampoco a la hora de la siesta. No llamó por teléfono ni mandó recados. Esa noche Sarita trató de llamarlo a la casa que compartía en Talca con otros compañeros del trabajo, pero nadie le respondió. Intentó comunicarse con la casa de su mamá. Pidió hablar con la hermana más chica, pero Leora, la monstruosa abuela, que era mil veces más vieja y venenosa que la madre, le reconoció la voz y colgó la llamada. Sarita se quedó

de espaldas sobre la cama masticando la rabia y deseándole lo peor a la anciana, preguntándose si tal vez las mujeres de Álvaro (su madre, su eterna abuela y sus tres hermanas oligofrénicas) sabían más que ella. Se durmió pensando en desgracias de todo tipo y en el matrimonio por el civil, que sería en unas cuántas horas. Imaginó que quedaba viuda antes de casarse porque a Álvaro se le había caído un tractor encima, pero ni su madre ni sus hermanas se tomaban la molestia de contarle la verdad.

A las siete de la mañana del lunes Álvaro apareció por su casa. Se veía sucio, trasnochado y con los ojos irritados de tanto llorar. Olía a trago mal disimulado con colonia barata. Sarita no le preguntó qué pasaba, esperó con paciencia a que él tuviera el tiempo y la fuerza para confesar.

Subieron a su dormitorio. Sarita cerró la puerta y lo vigiló. Estaba de espaldas, evitándola. Ella siguió muda, refugiada en el silencio porque era la única manera de defenderse que le quedaba.

—Sarita, mi amor, no quiero hacerte daño —le dijo—. Tenemos que hablar.

Respiró a la máxima capacidad que daban sus pulmones para aliviar los deseos de no oírlo. Necesitaba que se guardara con urgencia sus lágrimas y sus buenas intenciones y que todo siguiera igual, sin cambios de último minuto. En su mente rogó que Álvaro recapacitara, que pensara en el futuro y que se arrepintiera de todo lo que estaba a punto de contar. Estiró el cuello para tocar su chasquilla empinada por la combinación de gel y laca y en ese momento se dio cuenta de que él lloraba sin parar, como un niño. No intentó consolarlo. Lo miró en silencio y con lástima, un ingrediente más del amor inexplicable que sentía hacia él. Todavía pensaba que podía cerrar la boca y guardarse toda la basura que tenía atragantada para otro momento más propicio. Ojalá ese momento no llegara nunca, deseó. El silencio aún podía salvarlos.

A pesar de los ruegos de Sarita, Álvaro habló y lo hizo con seguridad, sin rodeos. Se notaba que había preparado lo que tenía que decir, detalle que no hizo más que inquietarla mientras lo escuchaba. Durante la confesión se ahogó en llanto varias veces, movió los brazos para enfatizar algunos momentos, se insultó, se abofeteó, se tiró el

pelo, se quiso morir, pidió ayuda y juró que iba a cambiar. Cuando el espectáculo por fin terminó, Sarita se quedó sentada, esperando más información. Agachó la cabeza y también estuvo a punto de rendirse al llanto, pero solo logró que los ojos se le humedecieran un poco.

—Perdóname, mi amor.

La voz de Álvaro rogando su perdón le devolvió la ira. Levantó el brazo sin pensar, miró su palma abierta viajando en el aire y abofeteó su mejilla izquierda.

—Hijo de puta. —El insulto le salió de las entrañas—. No pienso casarme contigo.

Cerró la puerta de un empujón y escuchó el marco que crujía con el golpe. Caminó hasta el living de la casa. Álvaro no trató de alcanzarla. Sarita pensó que seguía llorando en su dormitorio, o tal vez sobándose la mejilla. La mamá se asomó desde la cocina con una bandeja de aperitivos y le preguntó qué había pasado. Al observarla Sarita se dio cuenta de inmediato de que Madelin Cisternas de Mellafe intuía algo extraño y se enfureció. Envidió no ser ella, no tener su sabiduría callejera, no poder adivinar cuándo un hombre le estaba mintiendo. Álvaro lo había hecho durante catorce años y ella seguía inmóvil en la oscuridad, creyéndole, casi invisible.

—Sari, dime, ¿qué pasó? —le insistió Madelin—. ¿Qué te dijo?

No pudo responder. Le faltó el aire. Se acercó a la mesa de arrimo y trató de sostenerse. Pensó que se iba a desmayar. Su madre la tomó del brazo, le dijo que podía recostarse en su cama mientras ella y su padre hablaban con Álvaro. Sarita se quedó con ambas manos apoyadas sobre la mesa. De pronto vio las cartas.

—Esta llegó a tu nombre —le dijo Madelin con un sobre negro en la mano.

* * *

Al principio no la reconoce. La chasquilla en punta ha dado paso a una melena oscura que la hace verse mayor y más grave. Junto a su amiga, aquella mujer alta y delgada con el pelo largo, recorren los pasillos del supermercado Jumbo de avenida Padre Hurtado.

Silvana acaba de enterarse de que Sarita Mellafe se casará en los próximos días y lo que siente ya no es alegría sino euforia. Quiere

saltar y gritar porque le parece que todo eso es un regalo que no pronosticó. Ama las casualidades y ahora está disfrutando de una sorprendente que sin duda enriquecerá todos los detalles de su diseño maestro. ¿Quién podría haber creado algo tan puro e imperfecto sino el propio destino?

Es viernes en la tarde y el supermercado está repleto. En una de las filas de la caja, Sarita no se despega de su amiga misteriosa. Silvana las vigila discretamente, fingiendo que lee una revista *TVyNovelas* con Carrie F. Castro en bikini en la portada, aún tratando de asimilar la coincidencia como una fortaleza y no como dificultad.

Carrie F. Castro se confiesa en el set de MIL VECES TE AMO:
«ESTOY DISPUESTA A TODO POR HACER CINE»

Sarita y su amiga pagan la compra y cargan las bolsas hasta el estacionamiento. Silvana deja la revista y las sigue por un pasillo, luego por una escalera mecánica. Saca la BlackBerry del bolsillo del abrigo y anota «Investigar amiga» categorizando la nota como una tarea urgente. Las mujeres se suben a un Land Rover azul que conduce la amiga de Sarita. Desde lejos Silvana memoriza la patente del vehículo sin dejar de pensar en lo mismo: la casualidad, la coincidencia y el destino. Después de tantos años de espera la Pioja Petulante cumple su sueño y llega al altar del brazo de su querido esclavo de toda la vida justo cuando el tiempo se le acaba, en el preciso instante en que la justicia toca a su puerta para recordarle que nada es eterno.

Sarita Mellafe es su invitada de honor porque es sangre de su sangre.

LOBO

El sobre blanco

Manejó la noche entera. No se acuerda de la carretera Panamericana. Repasó tantas veces lo que pensaba decirle a Sarita que terminó olvidándolo todo.

—Si estoy aquí es porque te amo, Chica.

Sarita pensaba que la llamaba Chica cada vez que se metía con otras mujeres, pero no era así. Álvaro Villalobos podía jurarlo.

—Te amo y no quiero hacerte daño.

Su voz sonaba más o menos grave según el estado de ánimo y la cantidad de alcohol ingerida antes de ensayar la confesión. Ahora estaba borracho medio, sentado al volante del jeep, cruzando la Panamericana Sur aún oscura, en un recorrido que había hecho una infinidad de veces antes en situaciones más felices.

—Pase lo que pase siempre vas a ser mi amor, y voy a respetar cualquier decisión que tomes, aunque se me rompa el corazón y nunca más vuelva a conocer a nadie como tú.

Eran las cinco y media de la madrugada y le costaba hablar, no porque estuviera un poco borracho, que lo estaba, o porque le tuviera terror a Sarita, que a veces sí lo tenía, sino por el maldito cargo de conciencia que ni por un segundo lo dejaba tranquilo.

—Me equivoqué, Chica. Y no sé si vas a poder perdonarme.

Axel era el único de sus amigos que conocía la historia completa, desde el comienzo, y después de oírla le había dado un consejo trágico: resignarse a perder a Sarita para siempre. Catorce años eran demasiados como para seguir esperando y Sarita se merecía alguien que la tomara en serio, no un pendejo *guagualón* —esa palabra había usado Axel y le había dolido en el alma—, un *guagualón* que no sabía dónde estaba parado porque su mamita y sus hermanas lo habían traumatizado desde niño. Pero Miss Mellafe, como la llamaba cariñosamente, no tenía la culpa. En esta parte, cuando Axel salía en

defensa de Sarita, a Álvaro se le deshacía el corazón porque sabía que su amigo tenía razón, que lo que había hecho era gravísimo y que nada volvería a ser igual entre los tres.

—Sarita, no te he dicho toda la verdad sobre Talca.

Álvaro sentía que en ese momento de su vida la culpa era su motor, la conmoción que lo remecía a diario y la meta que lo obligaba a levantarse cada mañana. No podía seguir viviendo así, sin dormir ni comer ni saber en qué momento todo iba a explotar en su propia cara. Se sentía como el peor infeliz por haber sostenido una mentira durante tantos años, y aunque no eran catorce, como después Sarita le había reprochado a gritos por teléfono, totalmente descontrolada, era una buena parte del tiempo que llevaban juntos. Álvaro pensaba que este detalle, la doble vida, que seguro seguiría echándole en cara incansablemente, no hacía más que agravar su monstruosa falta. Aunque era consciente de la gravedad de los hechos, no podía omitir nada. Ya había tomado una decisión radical y no pensaba arrepentirse: o continuaba mintiendo a Sarita, y de paso pudriéndose por dentro; o confesaba la historia completa, de primera fuente, con todos los detalles, considerando los hechos ocurridos en su intensa vida de estudiante universitario y posterior joven profesional entre marzo de 1988 y junio de 2001.

Todavía estaba a tiempo de salvarse.

Ordenó sus pensamientos cronológicamente. Empezó por el principio, con su llegada a la ciudad de Talca, la instalación en la pensión de la señora Yasmina, una conocida de su mamá; sus primeros pasos en la Facultad de Agronomía, donde rápidamente empezó a destacar entre sus compañeros como un alumno brillante y un líder natural; y la conformación de su nuevo grupo de amigos, ninguno de los cuales llegó a conocer a Sarita.

Álvaro cerró los ojos y le contó a Sarita cómo al tercer año de carrera una noche fue a bailar con sus amigos a una discoteque de Talca. Le confesó que se le habían pasado los ron con Coca-Cola y que sin saber cómo ni en qué estado había conocido a una niña. Como Sarita no le pidió detalles de su identidad, Álvaro continuó el relato sin decir su nombre agregando que la niña era talquina y que se habían ido juntos de la discoteca. Esa noche no había pasado nada

entre ellos y él pensó que no volvería a verla. Sarita arriscó la nariz porque vislumbraba hacia dónde estaba yendo la conversación. Álvaro sabía que el misterio y la incertidumbre la ponían extremadamente nerviosa, pero no hizo nada por ayudarla a sentirse mejor. Le explicó que él y la niña talquina se toparon una segunda vez en un bar cerca de la universidad, que él le había pedido el teléfono y que sin buscarlo empezaron a salir, o al menos a verse informalmente casi todos los días, a veces dos veces al día. Hablaban por teléfono hasta tarde y se contaban todo. Muchas veces le habló a su nueva amiga de los problemas que tenía con Sarita. Varias noches la talquina se quedó escuchando sus pequeños dramas íntimos, casi siempre relativos al acto sexual. Para Álvaro compartir sus emociones tan abiertamente con una mujer era una experiencia nueva y desconocida; nunca había tenido una amistad tan profunda con una niña. La talquina se transformó en su mejor amiga, primero, la hermana menor que no había tenido, y después en algo más comprometedor. Lobo se dio cuenta de lo que sentía poco después, cuando la niña empezó a salir con un compañero de la Facultad y él se enfureció.

Álvaro le contó a Sarita que de eso habían pasado nueve años, que la niña se llamaba Genoveva, que ya no estaban juntos desde hacía mucho tiempo, pero que tenía una hija con ella, una niña de cinco años llamada Lorena a la que adoraba y que en ningún caso representaba un impedimento para seguir amándola ni para casarse con ella, como estaba planeado.

Se quedó en silencio. Miró el rostro imperturbable de Sarita y pensó que los ensayos habían servido bastante. Por un momento estuvo convencido de que lo había hecho perfecto, que su versión de la historia sonaba creíble y que a cualquier ser humano le podría haber ocurrido algo parecido. Pero después vinieron la bofetada, la rabia y la confusión. Sintió el odio de Sarita en su propia carne, y aunque trató de calmarla fue inútil. Salió corriendo, sin llorar. Él se quedó en el dormitorio con la respiración entrecortada, negándose a que ese fuera el final. Miró de nuevo las fotos en la pared, los recuerdos de veranos pasados, cuando eran jóvenes e insoportables, y entonces se convenció de la horrible realidad.

Lo había hecho todo mal, desde el comienzo.

Se emborrachó en su bar de adolescente, en avenida Vitacura, hasta que Axel fue a recogerlo.

Al día siguiente su madre lo despertó muy optimista para contarle que Sarita había llamado por teléfono para cancelar el matrimonio por la iglesia. Álvaro no pudo dar explicaciones, y su madre, que lo conocía mejor que nadie, tuvo que morderse la lengua para que su felicidad no se notara. Lo besó en la mejilla y le entregó un sobre blanco que había llegado a su nombre.

* * *

De los siete cobardes con sus siete sobres, Álvaro era al que más odiaba. No era su invitado especial ni representaba el mejor de sus recuerdos del pasado, era solo una marioneta triste, el juguete bobalicón y pasado de moda de Axel Schumacher. Siempre había sido manipulado por su amigo, pero también por su novia, la Pioja Petulante, y por una galería de mujeres que le manejaban la vida.

Silvana se sentó junto a él en la barra del bar de Vitacura. El barman le pasó la cuenta y le advirtió que no iba a servirle más alcohol. Álvaro apoyó la cabeza sobre los brazos, sollozando con amargura. Le explicó al barman, a quien al parecer conocía, que había tenido un pésimo día y necesitaba que alguien marcara en su celular el teléfono de un amigo.

Algo se remeció en su interior. Silvana agachó la cabeza y se refugió en su whisky recién servido. No ofreció ayuda porque pensó que, a pesar de su borrachera, Álvaro podía reconocerla. Catorce años era mucho tiempo, o muy poco.

Se bebió de un sorbo el resto del trago, dejó unos billetes sobre la barra y al pasar junto a él apoyó una mano en el hombro de Álvaro.

—Todo va a salir bien —dijo y le sonrió con provocación, como quien mira el abismo desde el borde de un acantilado.

CARRIE F. CASTRO

El sobre amarillo

En la primera escena Carrie es asesinada de forma brutal por el Surfista Enmascarado. El criminal la mata utilizando una guadaña. Además, la empuja a una piscina con agua *disgusting and greenish, full of vermin*, citando directamente el texto escrito en inglés y firmado por un guionista sin IMDb llamado Nathan Lombardo. Carrie no sabe con exactitud qué es una guadaña, pero le entusiasma tanto la idea de debutar en el cine como una *scream queen* que no le importa. Ama las películas de terror desde que su padre la obligó a ver *El exorcista* en Betamax, a los ocho años, pero eso no piensa comentarlo con los productores ni con el director porque se supone que ella es demasiado joven para saber lo que es un Betamax. El conflicto no lo tiene con la escena del asesinato en sí, que le encanta, ni con el vestuario con el que debe morir, la obligatoria ropa interior, ni con las cinco líneas de texto que en nada ayudan a crear un personaje tridimensional.

Lo que realmente la angustia es que la película no se estrenará en cines, sino *straight-to-video*.

Esa mañana su agente, Denise Saxon, de Saxon Entertainment, la había amenazado:

—*Straight-to-video is straight to hell*.

«Directo al video es directo al infierno.»

Blue, la *healer* que tenía en Miami, estaba en contra de cualquier manifestación artística que consideraba la violencia como un recurso.

Había leído mil veces el guion de *Just after Dusk (Después del atardecer)*, una película de terror independiente a filmarse en Fort Lauderdale, Florida. El productor, un veterano del género del terror y la ciencia ficción, le había advertido que no le pagarían demasiado, pero que al menos tendría la oportunidad de debutar en 35 milímetros trabajando junto a la actriz Faye Dunaway (*Bonnie & Clyde*), que ya estaba confirmada como la madre del protagonista.

Carrie no sabe quién rayos es Faye Dunaway, pero cuando le cuenta por teléfono a Axel es como si le hubiera hablado de Marilyn Monroe, se vuelve loco y la obliga a jurar que lo invitará al rodaje porque definitivamente él tiene que conocer a la legendaria protagonista de *Chinatown* y *Los ojos de Laura Mars*. Carrie piensa que necesita un agente como Axel.

—No pretendas tener una carrera en Hollywood si no sabes quién es Faye Dunaway —la regaña, molesto—. En realidad, es muy triste que hayas crecido en Estados Unidos, con todas las posibilidades de ver todas las películas que quieras, y que seas tan ignorante respecto al cine, Carrie, no has visto nada.

—*Fuck you*.

—*Fuck you*? ¿Eso le vas a decir a Faye Dunaway?

Cuando Carrie confirma su participación en *Just after Dusk*, Denise la despide de Saxon Entertainment y le exige que vuelva a su país tercermundista a hacer telenovelas.

Carrie nunca ha pensado abandonar las telenovelas. Planeaba filmar la película con los permisos que le dan en Inter8, su sempiterna casa televisiva. Después de dos años sigue grabando el mismo interminable culebrón, *Mil veces te amo*, donde interpreta el rol de Endora Evans, una enfermera enamoradiza y de buen corazón que se convierte en psicópata asesina, pirómana y bisexual. No tiene de qué quejarse: gracias a las improbables fechorías de Endora, y a los filosos *cliffhangers* de los viernes, Carrie viaja gratis por el mundo, tiene un auto último modelo sin pagar un peso y no gasta en ropa ni cosméticos ni productos de limpieza. Endora y *Mil veces te amo* son la cúspide de su carrera televisiva. Cuando Carrie piensa en eso no puede dejar de deprimirse y vuelve a su obsesión por reinventarse y, por ejemplo, hacer cine.

Segura de que su plan dará resultado, Carrie F. Castro, como reza su IMDb, aterriza en Fort Lauderdale una lluviosa tarde de junio. Por teléfono Axel promete visitarla, o tal vez ella puede volar a Nueva York a conocer su apartamento nuevo y ayudarla con la decoración, dice. Cuando llega al hotel, nada lujoso según su primera impresión, descubre con espanto que no hay ninguna reserva a su nombre ni tampoco un AP (asistente de producción) esperándola. El recepcionista

del hotel ni siquiera sabe de qué película está hablando. Carrie debe pasar las próximas dos horas luchando contra sus propias rabietas de diva de la pantalla chica mientras trata de comunicarse con la productora en Miami Beach y suplicándole a Denise Saxon que se haga cargo, pero nada resulta, nadie la toma en cuenta y está sola frente al esquivo mundo del cine regional de Florida con la alerta de una tormenta tropical aún sin nombre que se avecina desde el Atlántico. Denise Saxon le deja un mensaje de voz, recordándole que ella se lo advirtió y que todavía está a tiempo de escapar del *video home*.

Luego de dos horas de llamadas telefónicas y amenazas de lluvia, aparece un tipo con aspecto de recién levantado que le informa que debido a la tormenta el rodaje de *Just after Dusk* se atrasará una semana. La película se rodará en video de alta definición y Faye Dunaway ha sido reemplazada por una desconocida actriz llamada Susan Lombardo.

Junto a las malas noticias el tipo se presenta como Nathan Lombardo, escritor, director y primer asistente de producción de *Just after Dusk*. También le entrega un sobre amarillo que, cosa curiosa, ha llegado para ella a las oficinas de Miami Beach junto con el resto de su *fan-mail*.

* * *

Según su red de investigadores, Carrie F. Castro nació en Boca Raton, Florida, fruto del intempestivo romance entre Marjorie Mason, la hija de un pastor adventista, y Teodoro Castro, un inmigrante cubano. Carrie fue la única hija de la pareja, que se separó seis meses después de casarse. Marjorie abandonó a la niña con el padre para iniciar una nueva relación con otro pastor adventista.

Teodoro, mejor conocido como Teddy Castro en el ambiente del espectáculo de South Florida, se hizo cargo de la pequeña Carrie procurando siempre mantenerla alejada de su propio universo de acción, el de los hoteles, los casinos, las fiestas, los conciertos y la noche salvaje de Miami.

Carrie creció en una casa de Coconut Grove rodeada de privilegios y comodidades como si fuera una más de sus compañeras de colegio, la hija de un abogado prominente o de un cirujano plástico famoso. Pero

Teddy Castro no se dedicaba al derecho ni al rejuvenecimiento de la elite sino al vicio, el eterno pasatiempo de los turistas en la ciudad.

Primero hizo relaciones públicas en los mejores salones de espectáculos de South Beach, luego abrió su propio local, el mítico Café Ipanema, que le llenó los bolsillos de dólares americanos y cocaína colombiana. Con el tiempo Teddy logró ganarse una reputación, la de hombre intachable a la hora de hacer negocios, lo que le valió el aprecio genuino de los empresarios de la noche, *madames*, traficantes y pequeños gánsteres.

Según el informe presentado por sus investigadores, hubo un tiempo en que todo el mundo amaba a Teddy Castro.

Como una forma de lavar el dinero que ganaban sus socios un día a Teddy se le ocurrió invertir en la película de un amigo, un melodrama pornográfico titulado *The Coral Gables Orgy* (1980). Así nació una nueva empresa, Castro Film Enterprises, que entre 1981 y 1987 lo mantuvo ocupado como productor de películas de presupuesto cero, que transitaban entre el cine de terror, la ciencia ficción y la acción extrema casi siempre plagiando los *blockbusters* de moda.

A pesar de su aparente cercanía con la producción cinematográfica, Carrie F. Castro no se para frente a una cámara hasta que, a fines de 1987, viaja a Chile y por una casualidad, que cuenta de forma majadera y en detalle en cada entrevista que le hacen, acompaña a una amiga a un casting y termina como antagonista en *Mil veces te amo*.

Cuando era niña Silvana amaba las telenovelas, pero no había visto *Mil veces te amo*.

MABEL

El sobre celeste

Por suerte, Mateucci llega temprano. Si hubiera sido otro paciente, las cosas serían muy distintas, pero por suerte fue Mateucci y no, por ejemplo, Palmer o Santa Cruz. Palmer hubiera sido una catástrofe, piensa mientras conduce sin ganas el Renault verde y busca mentalmente los pañuelos desechables por si le dieran ganas de llorar de nuevo. Por suerte fue Mateucci, que apareció cinco para las dos, justo cuando ella estaba en medio de un colapso nervioso de *alto impacto y compromiso emocional*. No se acuerda de casi nada, solo del sobre celeste entre sus manos húmedas y temblorosas, del reloj de la consulta marcando cinco para las dos y de la cara impávida del bueno de Mateucci sin entender nada y ella muda de la pura vergüenza ante su evidente falta de profesionalismo. Pero Mateucci es un hombre sensato y afable y termina dándose cuenta de que esa tarde el estado de su terapeuta no es el apto para recibirlo. Mabel explica a grandes rasgos la situación, que estaba sentada esperándolo y se le ocurrió la mala idea de abrir su correspondencia minutos antes de la sesión, que se encontró con un sobre en particular cuya lectura la dejó helada. Una lectura de *alto impacto y compromiso emocional* insiste, y Mateucci se muere de ganas de saber más porque tiene una curiosidad exacerbada. El sobre celeste sigue encima del escritorio y ella no quiere que Mateucci lo vea, pero Mateucci lo ve igual porque el muy cabrón tiene una vista privilegiada, se acuerda Mabel, y le pregunta sin pudor alguno si acaso ese es el sobre del que habla.

Mabel no le contesta. No corresponde. La invitación en el sobre celeste la descompone instantáneamente y ya nada le importa. Primero se deshace de Mateucci, quien no pierde ni un segundo para hacer más preguntas, como ¿quién envió el sobre celeste? o ¿qué hay en su interior? para tratar de meterse en su intimidad. Mabel evade todas las preguntas con precisión y lo cita para la semana siguiente a una sesión

que no le cobrará. Mateucci se queda de pie en la consulta, esperando algo más, pero la psicóloga ya no tiene paciencia para esperar ni para comprender y por un segundo su rostro adquiere un rictus que podría interpretarse como amenazante o burlesco para la integridad de Mateucci como paciente.

Veinte minutos más tarde va camino a Aurora escuchando rock de los años ochenta a todo volumen y pensando si Mateucci se habrá sentido violentado de alguna manera por su comportamiento. Cuando llega a la casa ubicada en la calle principal del pueblo, Mabel Cruz comienza a sentir que los recuerdos tienen peso y olor. No quiere llegar de sorpresa, por lo que decide llamar desde un teléfono público, unas cuadras antes de la casa, para anunciar su visita. En la casa le contesta la señora Amelia, la mamá de Rodrigo, y gentilmente le explica que su hijo ya no vive ahí, que tiene un celular donde lo puede encontrar. Mabel le da las gracias y marca el nuevo número. Le responde Ximena, la novia de la que tanto le había hablado en sus cartas.

Al oír la voz de su amigo Mabel se emociona. Rodrigo le confiesa que se muere por verla. Cinco minutos después están de pie en la entrada de una casa de El Copihue, rodeados de perros que ladran de felicidad y trenzados en un largo abrazo. Ximena los observa sonriente a través de la ventana de la cocina. Mabel alcanza a verla durante el abrazo y no puede evitar ponerse un poco nerviosa.

Hace cinco años que no se ven, la última vez fue cuando Rodrigo salió en libertad. Ahora Mabel cree que todo ha cambiado para su amigo: está ocupado trabajando en el camping Buenaventura con la señora Ninfa y tiene esta relación desde hace casi un año con Ximena, que es profesora básica en El Copihue.

—Soy feliz —le confiesa—. No le tengo rencor a nadie, esa es la verdad.

Siempre pensó que Rodrigo Duarte era un ángel que apareció tarde en su vida y que algún día no muy lejano terminarían juntos. Mabel escucha sus pensamientos como si los estuviera diciendo en voz alta y enseguida siente un pudor intolerable que se traspasa a su rostro. Nerviosa y con las mejillas enrojecidas, teme que Rodrigo se dé cuenta por lo que abre su cartera y se apura en sacar el sobre celeste.

—¿Sabes algo de esto?

Rodrigo examina el sobre con cuidado y niega con la cabeza. Mabel se fija que lo hace casi como un acto reflejo. Abre la invitación, pero antes de leer el contenido pareciera que ya ha adivinado lo que dice.

—No sé nada —asegura, tajante y a la defensiva—. Y para ser bien franco prefiero no saber nada tampoco.

Deja el sobre encima de la mesa del comedor y no vuelve a mirarla. La coraza que se ha puesto encima se refleja en su nuevo estado de ánimo. Está distinto. Mabel se acerca e intenta explicarle.

—Con la Helia pensamos que es una reunión de curso.

—A mí no me invitaron.

* * *

En esta oportunidad, a Dios gracias, no le hace falta recurrir a su fecunda imaginación para adivinar la cara que puso Mabel Cruz, las palabras que dijo o la excusa que utilizó para salir corriendo a último minuto de la consulta. Ahora Silvana tiene la versión en primera persona, en vivo y en directo desde el lugar de los hechos.

—Te escucho —le dice a su acompañante en el discreto bar del hotel.

Es un hombre calvo, de unos treinta y tantos años y con un aire envenenado en la mirada. Lleva una camisa negra de manga corta y en su abultado bíceps derecho tiene un tatuaje tribal que a Silvana siempre le ha parecido espantoso. Lo conoció por casualidad en una de sus noches santiaguinas, una semana después de su regreso, en un *after office*. Estaba fumando sola en un rincón del bar cuando él se apareció ofreciendo un vodka tonic a cambio de un cigarrillo. Silvana no toma vodka por ningún motivo, pero le regaló el cigarrillo que estaba fumando y le sonrió mientras se alejaba por la pista de baile. El hombre calvo nunca más pudo olvidarse de ella. Un par de semanas más tarde volvió a encontrárselo en otro *after office*. Entonces le dijo que se llamaba Pancho, que trabajaba en una empresa de seguros llamada ZetaCorp, que estaba separado y tenía dos niñas. Silvana no tuvo razones para dudar de su historia, por lo que aceptó una ronda de tragos. Se rieron toda la noche. Pancho era un hombre-niño simpático, creativo y con un sentido del humor extraño. Entre carcajadas de

amanecida Silvana pensó que el desconocido podía serle útil en el futuro, aunque no sabía con exactitud para qué, y después de mucho cuestionárselo y de confirmar que estaba preparada decidió invitarlo a su hotel.

Al día siguiente despertaron abrazados. Pancho la invitó a tomar desayuno, ella dijo que no. Él preguntó hasta cuándo pensaba quedarse en Chile y si podían verse de nuevo esa misma noche, porque tenía muchas ganas de llevarla a su restaurante favorito, uno tailandés del que le había hablado en algún momento de la noche. Silvana no recordaba nada, pero antes de que siguiera con propuestas e invitaciones le contó que se iba esa misma tarde y que no podrían verse de nuevo. Lo habían pasado bien y punto, ahora llegaba la hora de despedirse.

No recuerda bien cómo, pero Pancho se encargó de que sus despedidas nunca fueran definitivas. Por eso ahora lo tiene sentado frente a ella con una copa de vino blanco en la mano y el entusiasmo de sentirse útil marcado en la mirada.

Francisco «Pancho» Mateucci le da un sorbo a su copa y le cuenta todo sobre la psicóloga Mabel Cruz, la sexta destinataria.

HELIA

El sobre rosado

Mamá decía que de niña Helia era en extremo rara, más que sus hermanas a la misma edad. Por eso había tenido que dedicarle más tiempo, dinero y desvelos que a las otras dos. Helia era físicamente más débil y enfermiza, no sabía defenderse de los horrores del mundo, tenía un ligero defecto al hablar y una sensibilidad demasiado desarrollada para su corta edad. A los seis años se pasaba el día llorando por cualquier motivo.

Mamá decía (todavía lo dice) que en su lista de hijas favoritas primero estaba Lili, que es la más linda y eso ninguna se atreve a ponerlo en duda, después Patita, que es brillante y con educación, y al final Helia, que no tiene mucha gracia, ella lo sabía (lo sabe), pero es la menor y por eso llama (un poco) la atención.

Helia pensaba que Mamá la quería, eso no lo cuestionaba. Pero a veces estaba segura de que su forma de demostrar los afectos necesitaba por lo menos una revisión urgente. Mamá era Mamá, y también era jefa en la librería Pasatiempo de calle Manuel Montt donde ella y sus hermanas trabajaban de lunes a viernes, de nueve de la mañana a siete de la tarde, con media hora de colación.

La librería no era un negocio para llenarse los bolsillos de plata, pero les servía para pagar las cuentas y darse algunos pequeños gustos, como los viernes de comida china, además de honrar la memoria de su difunto padre, don Víctor Parraguez, el fundador de Pasatiempo.

Esa mañana se atrasaron cuarenta y cinco minutos con la apertura al público. Le tocaba subir la cortina a Lili, pero la noche anterior había ido a una salsoteca con unas amigas y a las nueve y media todavía estaba en la cama, con resaca. Como siempre, Patita se había despertado temprano, pero tenía estrictas órdenes de no despertar a Lili (Helia también las tenía), porque Mamá quería que aprendiera a asumir sus responsabilidades de adulta. No había responsabilidad ni

privilegio más grande que subir la cortina metálica de la librería.

Patita no despertó a Lili ni abrió la librería. Helia estuvo a punto de hacerlo por ella, pero su hermana se lo prohibió. Helia y Patita se quedaron tomando desayuno hasta que Lili despertó, a las diez y cuarto, y Mamá se enojó porque desde la ventana de su pieza había visto a los clientes perdidos por culpa de su flojera.

Al final Lili se peleó con Patita (y también con Helia) por no despertarla, y después de subir la cortina metálica y abrir las puertas al público tuvo un pequeño ataque de histeria frente a una clienta que buscaba *Marcelino, pan y vino*, y a Helia no le quedó más que consolarla. Aunque tenía (todavía lo tiene) un carácter feísimo, era su hermana.

El ambiente de tensión en la librería no mejoró durante el resto de la mañana y afectó a las tres hermanas. Lili seguía furiosa con el mundo y Mamá no estaba dispuesta a dar su brazo a torcer y menos a cambiar la cara de cuchilla filosa con la que había amanecido. Así estaban Mamá y sus hijas, incluyendo a Helia Parraguez, cuando a eso del mediodía pasó el cartero.

Helia no recordaba la última vez que había recibido una carta. Miró el sobre rosado sin ocultar su sorpresa. Lili le preguntó quién era tan cursi como para mandarle una carta en un sobre rosado. Mamá y Patita se fijaron que no había remitente. Patita le preguntó a Helia si pensaba abrirla y ella dijo que todavía no. Tanto Mamá como Lili y Patita pensaron que Helia tenía un amante.

Abrió la carta una hora más tarde, en la plaza, después de su hora de colación. No entendió lo que significaba ni por qué le había llegado a ella, pero Helia adivinó que su vida estaba a punto de cambiar.

* * *

Tres días después de la llegada de la invitación, entra a la librería Pasatiempo. Hay tres mujeres atendiendo, las tres parecen ocupadas ordenando un cargamento de libros que acaba de llegar. Helia y su hermana mayor hablan con entusiasmo de Simone de Beauvoir. Al oír ese nombre Silvana se siente una década más joven y por un segundo le parece que Olivia está junto a ella, sentada en su silla, examinando los libros.

—Buenas tardes —le pregunta una mujer morena y espigada a la que llaman Lili—. ¿Estás buscando algo?

—Sí —responde Silvana—: Simone de Beauvoir.

Lili sonríe e intercambia una mirada con Helia, que está al otro lado del mostrador. Silvana agacha la cabeza, alerta, y le parece que ha cambiado su aspecto desde la última vez que la vigiló a la distancia, hace un par de meses.

—Estás de suerte —le dice Lili—, nos acaba de llegar una edición argentina de *La mujer rota*.

—En realidad estoy buscando *El segundo sexo*.

Helia avanza desde el mostrador. Silvana considera la posibilidad de salir en ese segundo y abortar el plan, o seguir adelante con el Diseño Maestro y dar el próximo paso.

—No lo tenemos —le informa Helia, interesada—. Pero lo podríamos encargar a Buenos Aires. Se demora un poco, eso sí, con el correo y la aduana y todo eso, pero llega en un mes y medio, más o menos.

Con lentitud sucede lo que Silvana había previsto. Hablan del ensayo *El segundo sexo* escrito por Simone de Beauvoir. Helia le comenta que tiene una edición en su casa, Silvana pregunta dónde vive, ella le cuenta que comparte el tercer piso de la librería con su madre y sus hermanas. Antes de que Silvana haga más preguntas Helia la interrumpe para recomendarle que haga el pedido cuanto antes, así el libro llega pronto. Silvana no manifiesta de manera explícita su deseo de encargarlo, pero, de modo inexplicable, Helia sigue insistiendo e incluso le ofrece un descuento del diez por ciento, rebajando los costos de envío.

Silvana termina por no aceptar el trato. Agacha la mirada explicando que no puede esperar porque solo está de paso y en ese instante una sombra de terror y deseo atraviesa de un lado a otro la mirada de Helia.

—No puede ser. —La sombra siniestra se queda en sus pupilas y las paraliza—. Tú eres la Silvana.

2

La aliada

Es la tercera vez que están juntas desde el incendio, hace catorce años, un poco alegres por la botella de vino tinto que compartieron en el restaurante.

Primero es la visita de Silvana a la librería Pasatiempo con la excusa de *La mujer rota*.

Después la invita a almorzar tapas y sangría a un restaurante español cercano a la librería. Helia se enferma del colon porque come demasiadas croquetas de jamón serrano, que la trastornan.

Ahora se ha atrevido a llamarla a la librería casi a la hora del cierre para preguntarle si quiere salir a tomar algo. Helia, que jamás hace vida social porque le dan ataques de ansiedad, y que no bebe alcohol porque no le gusta el sabor, no sabe qué responder. Trata de inventar excusas, pero ninguna resulta convincente. Silvana le dice que escoja algo lindo para ponerse porque pasará a buscarla a las nueve en punto.

Cuando cuelga el teléfono Helia se estremece de rabia, ansiedad y vergüenza, además de los deseos inútiles de ser otra persona y de no perder la cordura ante una invitación inocente. Solo se trata de aprender a pasarlo bien, supone. Consigo misma y con los demás.

Quiere llamar a Silvana y cancelar. Después de todo, es una extraña, no la conoce realmente, se cruzó en su vida hace catorce años por una lamentable y trágica casualidad. Piensa en no abrirle la puerta, pero ella ya sabe dónde vive.

Algo lindo, piensa Helia, de pie en la puerta del clóset. Nunca ha tenido *algo lindo*.

Silvana se arma de paciencia y la espera en el taxi. Decide no apurarla. Intuye que Helia no será puntual. Cuando por fin llega, parece otra persona.

—Mi hermana Lili me maquilló —le cuenta en tono de excusa.

Se sube al auto con dificultad, doblando con torpeza sus piernas demasiado largas. Silvana no puede dejar de admirarla con estudiada fascinación. Helia se pone nerviosa porque no está acostumbrada a tantas atenciones y menos de una mujer como Silvana.

—¿Qué pasa? —le pregunta, a punto de reventar de los nervios, mientras el taxi avanza por la costanera junto al río—. Me veo mal, ¿verdad?

—Te ves preciosa —le dice Silvana—. Pero espera un poco.

Saca un pequeño espejo de su cartera y un pañuelo desechable. Esparce un poco de base en su mejilla y aclara el tono de la piel. Le muestra su reflejo.

—¿Mejor?

Helia asiente con la cabeza y sonríe, aunque en secreto piensa en la posibilidad de morir de vergüenza.

La cena en Ruggero's, el restaurante italiano escogido por Silvana, es menos tensa que su segunda cita. Por fin Helia parece mostrarse tal como es, torpe y obsesiva, sin el absurdo afán por impresionarla con sus conocimientos académicos, sus insólitas enfermedades o su extraño gusto literario. Ya está más relajada y empieza a compartir algunos sentimientos con ella cuando de repente se rehúsa a seguir hablando de sí misma. Quiere saber más sobre Silvana.

Silvana sabe que de esa esperada confesión depende el éxito del Diseño Maestro, de manera que no lo piensa demasiado y decide expresar hasta el más recóndito de sus sentimientos sin guardarse absolutamente nada. En la honestidad se encuentra la clave para seguir luchando.

—Te lo voy a contar todo, desde el principio. —Su voz se escucha solemne, mezclada con el bossa nova que se oye de fondo en el restaurante italiano—. Pero después de escuchar esta historia necesito pedirte un favor.

Helia mueve la cabeza, extrañada. La gente normal no suele pedirle favores.

—Eres la única que puede ayudarme.

* * *

Silvana llega a Boston, Massachusetts, para la Semana Santa de 1988. Nunca ha volado y hoy no recuerda demasiados detalles de ese primer viaje, apenas las manos sudorosas de la señora Madelin agarrando con fuerza las suyas y rezando alternados un Padrenuestro y un Ave María por cada brinco que daba el avión. Hasta ese momento sigue perdida. No se acuerda bien dónde está ni con quién y padece de una amnesia decreciente que ha afectado la mayoría de los recuerdos previos al incendio.

Mientras le cuenta su historia a Helia en el restaurante italiano en la comuna de Providencia, se sorprende a sí misma pensando que lo anterior no es cierto. Está mintiendo. Su amnesia es imaginaria y opcional. Prefiere que los demás piensen que no podía recordar, o al menos que le costaba, en lugar de conocer de verdad los reveses de su memoria. En ocasiones, entre la avalancha de sueños que tiene en ese tiempo y que rara vez compartiría con alguien, es capaz de verlo todo de nuevo, con detalles y tiempos más o menos precisos: a Axel y a Sarita riendo a carcajadas, como los anfitriones ocultos en las sombras de la casa de botes; a Álvaro discutiendo a gritos con Sarita y acusándola de haberse vuelto loca porque la broma se les había escapado de las manos; a Rodrigo golpeando y empujando a Axel como un animal y luego acercándose a ella para tratar de comprobar si todavía respiraba.

Otras veces también aparecen los demás, los títeres, los que no le importan a nadie.

Helia, uno de ellos, comete el atrevimiento de interrumpirla para preguntar por qué en el avión a Boston la acompaña la mamá de Sara Mellafe. Silvana la hace callar entre dientes y continúa sin adelantarle nada. Es una impertinente.

Hasta ese instante Silvana no ha asimilado el cambio que va a sufrir su vida después de la desgracia. En Chile ha tenido algunas sesiones con un psicólogo, pero solo se da cuenta de la gravedad del futuro cuando después de catorce horas de viaje por fin aterrizan en la ciudad de Boston y advierte que Madelin ha dispuesto todas las comodidades para atenderla.

—La plata no es problema.

Se instalan en el último piso de un hotel Hilton en el centro de la

ciudad. Por la ventana se ven los techos color terracota de los edificios y las nubes le parecen gigantescas. Al desayuno sirven panqueques con miel de palma que no es miel de palma y unos huevos revueltos con tocino que a su papá lo hubieran vuelto loco. Esa habitación del Hilton Faneuil Hall, enorme pero igual de ajena, se convierte en su hogar por los próximos tres meses, antes de cambiarse a Wollaston Beach y empezar de cero.

Madelin habla casi nada de inglés, Silvana menos, por eso al segundo día contrata a Kevin, un traductor joven y con cara de testigo de Jehová que las ayuda a comunicarse con el mundo exterior, en especial con los doctores.

Durante los primeros días Silvana no se pregunta por qué una mujer a la que apenas conoce la acompaña a un país extraño y menos por qué esa desconocida es la señora Madelin Cisternas, justamente la madre de la hija de perra que tanto colaboró para dejarla en su estado. Calcinada, baleada, partida en dos y sin posibilidad alguna de contar su verdad. Cuando por fin enfrenta a Madelin, después de varias evasivas y de que ella tratara por todos los medios imaginables de desviar su atención, la respuesta la deja atónita. Tal vez nunca se le pase la impresión al escuchar su voz.

—Yo me comprometí con tu mamá, Silvana —le dice, controlando el inminente llanto—. Voy a pagar todas las operaciones que tengan que hacerte.

—¿Por qué? —le pregunta ella, desconfiada.

Madelin agacha la cabeza y busca su cartera, ansiosa.

—¿Es por la culpa? —insiste.

Se levanta para sacar de la cartera un paquete de cigarrillos, el encendedor y un cenicero portátil redondo del que nunca se separa. Aspira nerviosa su Silk Cut comprado en el Duty Free. Silvana se da cuenta de que los dedos de sus manos tiemblan al sostener el cigarro.

—¿Cree que gastando plata en mi recuperación se le va a quitar el cargo de conciencia, o que así Dios va a perdonar a la zorra de su hija?

—Silvana, no sabemos bien cómo fueron las cosas.

—¡Yo sí sé cómo fueron y su hija estaba ahí, riéndose! —Silvana la mira a los ojos y espera una palabra de aliento, una caricia o una señal de que tiene la razón, de que está en lo correcto al exigir la verdad en

su real dimensión, pero Madelin guarda silencio—. Se reía de mí porque soy como soy. ¿Qué culpa tengo yo de haber nacido pobre o de no vivir en Las Condes, como ustedes? ¿Qué culpa tengo de hablar como hablo o de vestirme como me visto?

—Tú no tienes la culpa de nada, linda, no es eso.

—Entonces, ¿por qué me pasó esto? —Se acerca para mostrarle los parches del rostro—. Míreme, Madelin... Yo nunca le he hecho mal a nadie, ¡¿por qué me dejaron así?!

—Hay que tener fe, mi niña —le recomienda Madelin.

—¿En qué? ¿En quién? ¿En Dios? ¿En usted? ¿En la justicia? ¿En quién hay que tener fe ahora?

Madelin no puede articular ninguna frase que aplaque la rabia de Silvana. No hay palabras que puedan aliviarla.

Se acerca a ella sin ocultar el tono de amenaza que tiene en la voz. Expresarle su odio es inevitable y necesario.

—Ni toda la plata del mundo va a hacer que los perdone —promete.

—Si estoy haciendo todo esto es porque lo siento, Silvana.

—¿Por qué lo siente tanto?

Silvana piensa que de nuevo Madelin evitará una respuesta que la convenza, que cambiará de tema o que volverá a llorar, pero no ocurre así. Apaga el cigarro en el cenicero de bolsillo y simplemente se lo dice. Así, sin preparativos ni aspavientos ni dejar de mirarla a los ojos. Ha estado esperando el momento preciso para contarle; en el avión estuvo cerca, pero las turbulencias y el nerviosismo previo a la llegada se lo impidieron. Con Ninfa habían acordado todos los detalles del proceso, pero Madelin no ha podido cumplir con los plazos. Es un paso demasiado importante para ella y una confesión que podría traer muchas consecuencias. No quiere que Silvana se sienta presionada a quererla, o a perdonarla, menos en su situación.

—Yo soy tu madre, Silvana.

En el último piso del hotel Hilton, Silvana piensa que se trata de una broma.

En el restaurante italiano de Providencia, Helia mueve la cabeza, sin creerlo. Por un segundo Silvana adivina en sus ojos la intención de hacer otra pregunta desatinada. Se apura en seguir el relato.

Silvana escucha la historia sobre su origen y después, acurrucada en

su cama y tapada hasta el cuello, confirma todos los detalles en una larga y llorada conversación telefónica con Ninfa cuyo altísimo costo, setecientos veintidós dólares, también lo cubre Madelin.

Un mes después, presionada por las constantes preguntas de Nino Mellafe sobre el intempestivo viaje a Nueva York organizado con sus amigas del Club Manquehue, ninguna de las cuales parece tener nombre o apellido, Madelin se ve en la obligación de regresar a Chile. Ya está cansada de contradecirse dando excusas y de dormir aterrada imaginando que en cualquier momento Sarita pueda intuir dónde está y con quién, y terminar contándole toda la verdad a Nino.

Se despide de Silvana con una cena privada para las dos, en el hotel. Le explica que puede contar con ella para lo que necesite en el futuro, tanto en términos económicos como afectivos. No quiere desaparecer de su vida, al contrario, quiere pensar en esa cena mirando las luces de Boston como un nuevo comienzo.

Silvana no cree ni una sola de sus palabras, pero no se lo dice.

Madelin promete que apenas vuelva a Chile le pagará un pasaje a Ninfa para que viaje a verla lo antes posible.

El viaje nunca se concreta.

Silvana se acostumbra a la vida entre el hotel y el hospital. Ya ha vivido un buen tiempo en el pabellón de quemados en Talca y piensa que en Boston nada puede ser tan distinto. En un comienzo no lo es. Pasa cuatro meses hablando poco, consolándose con el café con leche que todos los días a media mañana se toma en el *diner* del hospital y pensando en ellos, en los malditos siete, los que con o sin intención le arruinaron los mejores años de su vida. Mientras espera las fechas de las cirugías a las que someterán su rostro, culpa a sus padres adoptivos, Ninfa y William, por no haberle contado a tiempo quién era Madelin, esa simpática apoderada del colegio Andalucía, y a Madelin por haberla abandonado en una acequia de Lago Negro cuando apenas tenía cinco días de vida.

También dedica los ratos de ocio a una tarea mayor e igualmente dolorosa: recrear en su mente las imágenes del incendio y repetir los testimonios, algunos de verdad aberrantes, que han dado en el juicio al menos cuatro de los siete testigos.

Luego de varios meses de introspección y análisis Silvana puede

dividir a los siete fantasmas de su pasado en dos grupos: los hijos de puta y los culpables por omisión. Axel, Sarita y Álvaro pertenecen al primer grupo, el de los artífices de esa noche fatal. Valentina, Mabel, Helia y Carrie corresponden al segundo, el de los testigos que han callado para salvar el pellejo de sus compañeros. Ahora, cuando es el momento de ajustar las culpas en su real dimensión, lo más importante es conocer a sus enemigos y hasta dónde están dispuestos a llegar para sepultar el pasado.

Durante una de esas tardes de planificación en el *diner* del hospital Silvana ve que una mujer discute a gritos con uno de los enfermeros. Es una anciana robusta y con el pelo de un primoroso teñido rubio.

—No voy a comer por hacerte feliz —le dice en inglés a Vince, el enfermero italoamericano—. Ya te dije que no tengo hambre.

—Tienes que comer o no vas a salir de aquí, cariño —le pide Vince con amabilidad.

—No me llames cariño, no soy cariño tuyo ni de nadie —exige la mujer, a lo que Silvana reacciona con una ligera sonrisa.

Escucha como puede la conversación en inglés hasta que ya no entiende la mayoría de las palabras y no puede seguir sorbiendo su café con leche porque ya no queda nada en la taza de papel. La anciana rubia pasa frente a ella y la mira seriamente.

—¿Y a esta de dónde la sacaste, Vince?

—Es nueva. De México.

—¿Eres mexicana? — le pregunta en correcto español.

Silvana niega con la cabeza.

—*I'm from Chile* —anuncia en inglés.

La mujer respira profundo y estira su mano, presentándose.

—Encantada. Soy Olivia.

Desde el encuentro en el hospital la empresaria Olivia Cohen se fascina con la historia de la paciente chilena. Nunca más vuelve a preocuparse de su propia salud, que día a día empeora a causa de una leucemia fulminante, ni de los conflictos con sus socios, que están empeñados en aprovecharse de su enfermedad y quedarse con el negocio. La que importa ahora es su nueva joven amiga, apenas una adolescente, esa que espera sola una fecha para las cirugías de rostro sin la presencia de una madre, un padre o algún amigo que la

acompañe en una ciudad lluviosa y extraña. Las enfermeras le cuentan a Olivia los detalles más tristes de su historia: que se trata de una chica pobre y de un corazón enorme, que ha sobrevivido a una violación y un incendio en su país y que su madre no tiene los medios para cuidarla mientras tratan sus quemaduras. Conmovida con su drama y sin atreverse a preguntar detalles por miedo a herirla, Olivia se acerca a Silvana como si se tratara de una hija a la que tiene que proteger con desesperación. Al principio lo hace en tono de broma y solo para molestarla por su inglés, que apenas es capaz de entender. Silvana no sabe decir casi nada, excepto algunas palabras básicas que la señora Madelin le ha anotado en una libreta antes de partir, pero casi no se comunica con los enfermeros ni con los doctores. Olivia se compromete a enseñarle el idioma. Al principio Silvana resulta una alumna poco interesada, hasta que se ve en la necesidad urgente de utilizar el inglés para sobrevivir.

Cuando a Olivia la dan de alta vuelve a su casa en Wollaston Beach, en las afueras de Boston. A los pocos días le pide a uno de sus choferes que la lleve de regreso al hospital. La empresaria no puede acostumbrarse a la ausencia de Silvana. Como la joven no logra interrumpir su tratamiento, Olivia debe esperar con paciencia durante los meses que vienen. La visita todos los días a la misma hora y concentra todas sus energías en presionar a la junta médica, donde tiene dos contactos importantes, para que un doctor se haga cargo de su caso. No sin esfuerzo consigue que la operen por primera vez en el otoño norteamericano de 1988.

Dos cirugías plásticas después y a diez meses desde el incendio, Silvana puede hablar inglés, pero su rostro aún no se recompone por completo. Los doctores dicen que hay que esperar, que el trabajo principal de reconstrucción facial ha sido un éxito. Sin embargo, cuando se mira en el espejo vuelve a perder la fe, llora sumida en el desconsuelo y la ira de nuevo se apodera de sus pensamientos. Furiosa y ciega por la rabia, se encierra en una oficina del hospital y decide hacer una llamada internacional mientras los enfermeros tratan de abrir la puerta. Silvana llama a Madelin y la amenaza: le advierte que su hija va a pagar por todo lo que le hizo. Madelin cuelga el teléfono, aterrada. Nunca le contará a nadie de esa llamada.

A pesar de que Silvana hace sus mejores esfuerzos por interesar a Helia en su férrea amistad con Olivia Cohen, le resulta imposible. Desde la confesión sobre la madre biológica de Silvana, su interlocutora pierde todo asomo de concentración y aunque intenta disimularlo está pensando en Sara Mellafe, en su madre y especialmente en la idea retorcida y que jamás imaginó, la idea de que Sara Mellafe sea hermana de la Diente de Oro. Silvana ignora su desatención y le revela un detalle extraordinario: Olivia Cohen es famosa y millonaria.

A los veintitrés años Olivia había decidido que se dedicaría al arte. No como una artista sino como una especie de productora creativa o mecenas. En 1988, cuando la conoce, es una de las coleccionistas más importantes del mundo, además de la dueña de varias importantes galerías en Europa y Estados Unidos. Su nombre está asociado con lo moderno y sofisticado, pero también con una visión política dentro de lo artístico. Cuando Silvana sale del hospital Olivia no duda en ofrecerle trabajo en su primera galería, la de Newbury Street.

Silvana comienza desde abajo, ayudando en la administración y sin saber nada de arte, pero su buena memoria y la capacidad para apreciar las obras sin ninguna clase de prejuicios la ayudan a configurar su propia mirada. Olivia la ayuda mucho, sin duda su gusto es palpable en todos los artistas que le fascinan o en las obras que han determinado su vida en los últimos años. Gracias a Olivia y el trabajo en la galería del área de Back Bay de Boston, Silvana aprende muchas cosas, pero la más útil es saber cómo trabajan los artistas, cómo se enfrentan a la creación, con qué rigor, con qué nivel de obsesión o distancia, con qué deseos de destruir el mundo e inventar uno nuevo. Con ese mismo ímpetu, el de un artista demente en el umbral del proceso creativo, Silvana idea el Diseño Maestro. Quiere imprimirle arte a su idea de justicia.

* * *

Pensando en los siete desgraciados de Aurora pasan los años.

Cuando Olivia le ofrece quedarse con ella en la casa de Wollaston Beach, Silvana no duda en aceptar. Ambas se llevan bien, y aunque Olivia no deja de ser su jefa, hay algo enriquecedor en la amistad, algo

que la seduce. Su madre le pide explicaciones, pero Silvana calla y espera que se conforme con lo único que debe saber: que no volverá a Chile en un buen tiempo, ojalá nunca. Ninfa no entiende por qué piensa quedarse en Boston hasta que un día, a través de Madelin y sus contactos en el hospital, se entera de la existencia de una mujer mayor, incluso mayor que Ninfa, que tiene a Silvana viviendo en su casa y trabajando para ella.

Helia vuelve a interrumpirla. Ahora necesita saber qué clase de relación tenía con Olivia Cohen.

—Éramos amigas. ¿Por qué?

—Hablas de ella como si fueran algo más.

—Algo más. ¿Así como tú con Mabel? —El rostro de Helia se paraliza en una mueca de pánico disimulada con confusión—. La querías mucho en ese tiempo, ¿verdad?

Helia se queda sin palabras, con los restos de su pasta boloñesa en el plato. Siente que le falta el aire. Aunque se ha visto enfrentada a la misma situación en mil ocasiones anteriores, todavía le falta el aire.

—Confía en mí, Helia —le dice Silvana con voz cálida—, yo no soy como los demás. No voy a hacerte daño por cómo amas o cómo odias. Eso sería horrible.

—No sé de qué estás hablando. —Helia trata de interrumpirla para distraer su atención, pero es imposible.

—De tu amor por Mabel.

Su amor por Mabel, piensa. Es una forma bastante particular de describir lo que siente por Mabel.

—Ustedes eran novias. —Silvana se lo dice de forma explícita, mirándola a la cara—. O al menos tenían algo, ¿no? Yo sé que antes del incendio estabas en la carpa con ella.

Helia se niega a recordar esa noche, pero basta un par de miradas de Silvana y se ve empujada a ceder y dejarse llevar por las imágenes que conserva en la cabeza con una fascinación masoquista y casi perversa. El rostro sudoroso de Mabel, sus manos recorriendo su cuerpo bajo el saco de dormir, las voces de los demás compañeros a lo lejos; son detalles que Silvana ignora y que no conocerá jamás.

—Me da mucha pena que nunca hayan logrado estar juntas en una relación de verdad. Hacen una bonita pareja —le confiesa Silvana,

tratando de parecer sincera y convincente—. ¿Todavía la amas?

—Eso no es verdad.

Helia no puede quedarse callada. Le parece una injusticia, por eso se atreve a levantar la voz.

—¿Qué parte no es verdad? —le pregunta Silvana.

—Estuvimos juntas —asegura Helia, convencida—. No fue mucho tiempo, casi seis meses, pero nos sirvió a las dos para descubrir que estábamos destinadas a cultivar una amistad y no un compromiso formal que no nos iba a llevar a ninguna parte.

—¿Eso significa que todavía estás enamorada de ella? —le pregunta Silvana y de inmediato se arrepiente—. Es solo una pregunta, espero que no la tomes mal.

—Mabel es la única amiga que tengo —le confiesa, emocionada—. Pero da lo mismo, es cosa del pasado. Ya casi no la veo, no somos tan cercanas como antes.

—¿Por qué no?

No le contesta porque en un segundo la pena la inunda. Se termina su trago y le pide a Silvana probar el suyo.

—Yo te conté mi historia entera y tú no eres capaz de responder una miserable pregunta —le reprocha Silvana.

—¿Qué quieres saber? —le pregunta Helia, sin devolverle el trago.

—Para empezar, ¿por qué eres tan guapa?

Helia abre sus ojos negros y por un segundo piensa que es la única víctima de un *show* de telerrealidad macabro. Silvana le sonríe y estira una mano para recuperar su vaso.

—No voy a caer en el juego absurdo de los piropos —le aclara Helia sin demasiada convicción—. ¿Qué quieres de mí?

—Se me ocurren muchas cosas que me interesan de ti, pero ahora no es el momento para hablar de eso. —Silvana respira hondo, se pone seria—. Lo que necesito con más urgencia es tu ayuda, Helia. —Se queda muda. No puede creer lo que está escuchando—. Necesito que seas mis ojos al interior del grupo de los siete.

Silvana espera un momento para analizar la reacción de Helia, que termina siendo la prevista.

—Te volviste loca, está claro —asegura, en estado de euforia—. ¡Yo no soy amiga de nadie de ese colegio infame!

—Pero los conoces a todos —le recuerda Silvana—. Sabes todo sobre tus compañeros del Cuarto A, no me digas que no. Perfectamente podrías reencontrarte con ellos y conseguir eso que tanto soñabas hace catorce años.

Helia mueve la cabeza, frustrada.

—¿Cómo podrías saber tú lo que soñaba hace catorce años? Tú no me conoces, Silvana, no sabes quién soy ni lo que he sufrido.

—Sé que soñabas con ser parte del grupo de Axel Schumacher —la acusa—. Soñabas con que te invitaran a las fiestas, a sus cumpleaños y a las discotecas, con que te trataran por tu nombre y no por tu apellido o por alguno de esos apodos humillantes inventados por Sarita Mellafe.

La imagen de un espárrago con anteojos de sol, con el texto *La Hernia de vacaciones* en la pared de un baño.

La Espárrago. La Hernia Parraguez. La Mutante Mala. La Aborto Espontáneo.

—No fue ella, fue Schumacher —reclama con cierto orgullo inexplicable.

—Llegó el momento de recuperar el tiempo perdido y cumplir ese sueño que tenías hace catorce años, Helia.

Primero se siente seducida, y después confundida y humillada. En definitiva, Silvana sí sabe cómo asombrar a una mujer, piensa mientras se pone de pie, dando por terminada la cena. Aunque le cueste, planea volver a casa y dejar a Silvana en la mesa de Ruggero's con la palabra en la boca y todas esas ideas preconcebidas sobre ella. Pero ella no le permite levantarse, la toma de la mano y se la aprieta un poco pidiendo calma, exigiéndole que por un segundo deje los miedos y los prejuicios de lado para concentrarse en escucharla. Necesita explicarle muchas cosas antes de resignarse a un no como respuesta.

Cuando la explicación de Silvana termina, una hora después, Helia parece conmovida. Ruggero's está cerrando y los garzones rondan la mesa amenazando con traer la cuenta.

—¿Cómo quieres que lo haga? —le pregunta Helia mientras la ansiedad parece devorarla por dentro—. No tengo contacto con nadie del colegio.

—No te preocupes, vas a seguir una pauta —le informa—. No vas a

improvisar nada.

—¿Voy a seguir un guion? —le pregunta, encantada.

—Tú lo has dicho, exactamente, un guion —le confirma Silvana rellenando las copas para el último brindis.

Helia piensa en lo que acaba de escuchar y algo se estremece en su interior.

—¿Cómo podría negarme? Nadie odia a esos desgraciados tanto como yo. Nadie ha soñado como yo con formas de hacerlos sufrir, con ideas para torturarlos y obligarlos a que pidan perdón.

Silvana se aleja un poco de ella sin disimular su asombro.

—Te hablo en serio —le aclara Helia.

—Yo también —le asegura Silvana—. Por ahora, en esta primera etapa, solo necesito que te acerques y que los convenzas para que vayan a Aurora en la fecha señalada.

—No te prometo nada, pero puedo intentarlo.

—Perfecto. Entonces ya somos aliadas

—Aliadas en la venganza.

—Justicia, Helia, no venganza.

Helia frunce el ceño, con evidente desilusión. Silvana esboza una sonrisa y le acaricia la mejilla.

—Venganza sería asesinarlos uno por uno, cazarlos como si fueran animales o matarlos de hambre —le explica a Helia con un tono pausado—. Lo que yo busco es una cosa más difícil. Quiero que aprendan.

Silvana le toma la mano y se atreve a besarla cariñosamente.

Al contacto de la piel con sus labios Helia se sobresalta y en ese segundo la embarga una sola certeza, la de un amor para toda la vida.

3

Reencuentros y resurrecciones

En el aeropuerto Ninfa la abraza y la aprieta contra su pecho, y aunque no han pasado catorce años sino solamente cuatro desde la última vez que se despidieron, en el aeropuerto de Boston, la emoción la emborracha, las palabras no le salen de la boca y apenas es capaz de sostener a su hija mientras dura el abrazo.

Ni la madre ni la hija se percatan del trayecto que hace el taxi desde el aeropuerto hasta Aurora. En esos setenta minutos de viaje aprovechan de ponerse al día. Hablan de la situación del país y de la temida recesión económica que se avecina, de los proyectos que Silvana dejó inconclusos en Boston y de cuándo piensa volver. Ninfa se fija que su hija no responde a esta última pregunta y con discreción no insiste más en el asunto por miedo a incomodarla o a hacerla sentir acorralada.

Tal vez ya sepa lo suficiente, sospecha Ninfa. Tal vez ya sepa todo lo que hay que saber.

Antes de entrar al camino secundario que las llevará al lago Aurora, o a lo que queda de él, Silvana le confiesa a su madre cuáles son sus planes inmediatos.

—Quiero reabrir el camping, mamá.

* * *

Hace siete años que el negocio está cerrado. Por una mala coincidencia, o quizás como uno de los inevitables efectos de la tragedia, después del incendio los turistas dejaron de llegar. Ninfa perdió el derecho de la administración del camping Buenaventura porque el titular oficial era William. Después de su muerte nunca se

preocupó de aprender cómo hacer el papeleo, tampoco tenía el dinero suficiente para repostular a la licitación. Cuando Silvana partió a Estados Unidos se quedó sola, pobre y sin el único trabajo que toda la vida había cumplido a medias con su marido y que hoy necesitaba más que nunca. Aceptando la invitación de su comadre Lavinia, un alma siempre leal y caritativa en los momentos más difíciles, empezó a trabajar en el restaurante Loyola, primero como mesera ayudando a las niñas y después en la cocina.

—Pero el camping es lo suyo, mamá —le insiste Silvana sin soltarle las manos—. Lo tenemos que abrir en el nombre de mi papi. Desde alguna parte nos debe estar mirando.

Ninfa se emociona con el recuerdo de William sumado a los nervios del regreso. Está a punto de derramar las lágrimas que ha contenido desde que la vio cruzando la puerta de Salidas Internacionales en un vuelo de conexión desde Atlanta.

—¿Estás segura, hija?

—Es lo que más quiero, mamá.

Lo primero que llama la atención de Silvana es la miseria. No solo el camping ha cerrado sus puertas, también las residenciales del centro, que antes eran la competencia directa, los restaurantes caros que rodeaban la península y los locales comerciales donde hace quince años Silvana se juntaba a fumar y a hablar de hombres con su amiga Julita.

¿Qué será de Julita?

¿Qué pasó en Aurora?

Antes de llegar Ninfa le explica la situación. Reclama que la alcaldesa Maritza Jorquera finalmente perdió la batalla contra un acceso directo hacia la Carretera Panamericana, la infame salida U-72. Algunos aseguraban que una empresa constructora canadiense le había pagado a la alcaldesa para que no defendiera los derechos de los aurorinos y Ninfa cree que el rumor es cierto porque esa mujer nunca le dio confianza, ni con sus vestidos apretados ni con las ínfulas de alcurnia que usaba para mirar en menos a la gente del pueblo, ni con esas ganas desesperadas de salir fotografiada por cualquier estupidez en las páginas de *El Aurorino*. Ninfa desconfiaba profundamente de una alcaldesa que llevaba tantos años encajada en el poder, desde

tiempos de la dictadura, y esos cuatrocientos metros de asfalto llamados U-72 que ignoraban la existencia de Aurora eran la prueba de su falta de compromiso con el pueblo. En apenas seis meses de funcionamiento la salida U-72 se había encargado de incomunicar Aurora del resto del mundo. Gracias al nuevo acceso, financiado por privados y pagado en un comienzo a mil cien pesos por vehículo, los turistas ya no tenían que pasar por la sencilla entrada de Aurora cuando iban rumbo al sur, un detalle insignificante para muchos pero que de inmediato había mermado el comercio y la hotelería locales.

Silvana se sorprende al comprobar que el antiguo letrero que decía «BIENVENIDOS A AURORA: AQUÍ VIVE EL AMOR» ha sido inexplicablemente reemplazado por «BIENVENIDOS A AURORA, LAGO DEL ENCANTO».

—Estamos más pobres que Lago Negro —sigue quejándose Ninfa.

El comentario sorprende y preocupa a Silvana. Cuando Ninfa reclama es como si su cuerpo entero se retorciera. Porque una cosa es ser pobre y otra muy distinta es oír a su madre comparando Aurora con Lago Negro, la cloaca de la región. A la mala cabeza de la alcaldesa Jorquera, continúa, a quien todos los aurorinos trabajadores y decentes odiaban por momia, corrupta e inepta, se sumaba la horrorosa catástrofe de la que algo ya le había adelantado en sus cartas y por teléfono: la sequía.

Según los registros, en la última década el lago Aurora había perdido entre cuatro a ocho metros en ambas riberas, perjudicando a zonas completas de playa, flora y fauna. Las casas de veraneo de la ribera oeste, que hace dos décadas eran ocupadas en exclusiva por familias ricas de Santiago, Rancagua o Talca, habían sido las primeras en quedarse sin muelle. De un verano al siguiente los niños no pudieron tirarse de cabeza al lago simplemente porque ya no quedaba agua. Esas mismas casonas, las más vistosas y caras, con amplias terrazas panorámicas que dominaban la bahía Buenaventura completa, desde Puerta del Diablo hasta la entrada de El Copihue, hoy se vendían a precios ridículos, o se arrendaban con promesas engañosas de vista a un pedazo de lago que en realidad era solo un lejano ojo de agua.

—¿Quién va a querer pagar por ver este peladero? —se pregunta Ninfa, negándose a seguir mirando, como si ya hubiera visto

demasiadas catástrofes en poco tiempo.

Silvana baja la ventana del taxi y le pide al chofer que se detenga un momento. El aire le refresca la cara, entra por su nariz y la despierta del cansancio del vuelo, pero se da cuenta de que tiene otro olor, otra temperatura. Es la misma brisa de su lago querido, pero sopla como un débil recuerdo del viento poderoso de antaño, el que le volaba los pelos cuando salía a correr y que cada tarde de verano a eso de las siete empezaba a helar los huesos de los afuerinos.

Al llegar al camping le toma la mano a Ninfa y con el pecho duro por el asombro y la tristeza observa el ojo de agua cristalina, solitario en medio de la cuenca del lago. Antes de que la pena se exprese en más llanto que mortifique a su madre, Silvana decide adelantar sus pasos y contarle la sorpresa.

—Ya hice todos los trámites, mamá —le confiesa—. Está todo listo: ganamos la licitación del camping.

Ninfa abre los ojos, niega con la cabeza, sin tragarse las sonrisas excéntricas de su hija, pero cuando le muestra los papeles firmados por la municipalidad ante notario y le repite una y otra vez que está todo listo, que no se preocupe y que lo van a hacer por su padre, ya no puede seguir aguantando las lágrimas y llora en los brazos de su hija sin oponer más resistencia. A veces hace bien llorar, se repite Ninfa a sí misma, aunque en silencio siente que no debería permitirse ese instante de debilidad, quizás debería cuidarse y pensar en la cantidad de cosas que tiene que hacer antes del próximo verano. Cuando menciona al pasar el próximo verano Silvana se aparta de ella y con un aire de picardía le avisa que no será necesario esperar tanto.

—Vamos a abrir ahora, mamá. En invierno.

—Pero, mijita, es imposible, si tú sabes que con el frío no viene nadie.

—Van a venir, no se preocupe —le insiste Silvana—. Ya tenemos las primeras reservas.

Ninfa gira la cabeza, sorprendida, y le busca la mirada a la fuerza, como si Silvana todavía fuera una niña rebelde y ella tuviera la certeza de que acaba de hacer alguna maldad inconfesable.

—¿Quiénes van a venir, Silvana?

* * *

Don Marcelo Duarte pone el grito en el cielo cuando la Chola vuelve de la verdulería con el chisme. Dicen que vieron a la señora Ninfa llegando en un taxi y que iba de lo más acompañada.

—Para que veas cómo corren los chismes —le cuenta Ninfa a su hija.

A Silvana no le sorprende. Una hora después, la empleada de los Duarte le abre la puerta y al verla se queda tiesa.

—Hola, Chola.

La Chola la examina de pies a cabeza con aire de desprecio y malsana curiosidad, igual como lo hacía catorce años antes cada vez que iba de visita.

—¿No me vas a saludar después de tanto tiempo?

La mujer se queda inmóvil, asustada.

—¿El Rorro está?

—El Rorrito ya no vive en esta casa, para que sepas —le informa la Chola con cierto placer.

—¿Cómo? ¿Y a dónde se fue?

La señora Amelia y los abuelos no están. Don Marcelo se niega a darle la nueva dirección. Dice que va a buscarla, pero que debe pedírsela a Rodrigo porque no la tiene anotada, solo sabe cómo llegar. De inmediato Silvana sospecha que está mintiendo y no la sorprende en nada su actitud, ese hombre es nacido y criado en Aurora, un fiel representante de los pueblerinos arribistas y desclasados.

Silvana se aleja de la casa de los Duarte molesta y con la desagradable sensación de un rechazo que hace años no experimentaba. De regreso al camping tiene que convencer a su madre para que llame a la señora Amelia y consiga la dirección de Rodrigo.

Ninfa debe cumplir la petición de Silvana con extremo cuidado y a una hora precisa que ha acordado con Amelia porque no quiere que Marcelo Duarte, ni nadie, se entere.

Al oír el melodrama absurdo provocado por algo tan insignificante Silvana agradece los últimos catorce años lejos de Aurora. En su juventud ese pueblo sin piedad era el infierno en la Tierra; hoy, comenzando el nuevo siglo, parece haberse superado a sí mismo.

La dirección que le da la señora Amelia a su madre no es en Aurora, sino en El Copihue, un pueblo anodino a diez kilómetros, famoso por

estar ubicado junto al tristemente célebre Sanatorio Regional Buenaventura, un viejo manicomio abandonado. Silvana no entiende por qué Rodrigo se fue de la casa de sus padres después de cumplir su condena y tampoco imagina por qué escogió El Copihue como su nuevo hogar. Todo le queda claro cuando le abre la puerta de una sencilla casa de madera y entre abrazos le presenta a una joven morena y bajita. Se llama Ximena y es el motivo de todo.

A los dos los ojos se les inundan de lágrimas cuando se miran de nuevo. Silvana solo quiere abrazarlo y llenarlo de besos, en la cara, en el cuello y también en la boca, como cuando eran chicos e inocentes y no tenían noción de sus cuerpos, pero desde el primer momento Rodrigo se muestra distante y reacio al contacto físico. Ximena no los deja solos en ningún momento y eso, lejos de tranquilizar a Silvana, la enfurece. Se imaginaba un reencuentro diferente: le cuesta creer que Rodrigo no se atreva a pedirle a su novia un momento a solas y se pregunta si Ximena de verdad está enterada de la relación que tienen los dos, o de lo trascendental que es para ambos volver a verse. Es posible que para Silvana sea el más importante de todos los reencuentros que tendrá con su llegada. A pesar de sus caras de súplica, y de que en un momento de la tarde lo pide de modo directo y mirándolo a los ojos, Rodrigo prefiere hacerse el sordo.

—¿Te ofrezco un cafecito, Silvana?

Ximena es amable y tiene los ojos achinados, como los de Rodrigo.

—Tengo unas galletas artesanales, las hace una colega, están deliciosas.

Es profesora básica en el liceo de El Copihue y, aunque no gana mucho, le alcanza para vivir. Desde que salió de la cárcel Rodrigo trabaja en lo que encuentra. Ahora está ayudando a Ninfa a limpiar y vender lo poco que queda en el camping Buenaventura: cascos de botes, una lancha, madera y artículos de construcción. Silvana espera contarle de la reapertura y ofrecerle el cargo de administrador del camping.

—¿Por qué no te quedas a comer con nosotros?

Rodrigo le toma la mano a Ximena cuando habla y se ríe de sus bromas inocentes. Silvana se fija que cuando ella pide una copa él le prohíbe que se levante de la mesa y corre a la cocina a buscarla.

Rodrigo y Ximena se quieren, o al menos eso le parece a Silvana. Este detalle, el amor repentino de Rodrigo por una extraña de El Copihue, altera sus planes y la saca del frágil estado de calma en el que se encuentra desde que despegó de Boston.

—¿Por qué no vamos a tomarnos algo al bar?

Además de ser amable y simpática, Ximena cocina exquisito y le gusta salir después de la cena, piensa Silvana. Es una mujer perfecta. Rodrigo aplaude la idea de ir al bar. Después de buscar unas chaquetas, los tres parten por un camino de tierra en el auto arrendado de Silvana. Rodrigo maneja. Silvana va a su lado y Ximena en el asiento trasero.

La noche está helada. Ximena le recuerda a Silvana que el frío en Aurora se quita con vino caliente.

Se emociona cuando llegan a la puerta del bar restaurante Loyola. Se acuerda de los veranos cuando era niña y trabajaba por cien pesos el turno, o cuando su papi la iba a sacar de los pelos si la pillaba tomando cervezas con los campistas. El lugar está igual, solo ha cambiado el letrero de la entrada. Catorce años y la señora Lavinia no ha invertido ni un peso en el negocio, piensa Silvana con desilusión. Es como si el tiempo se hubiera petrificado por voluntad propia en un mundo de plástico: los manteles, los ceniceros, los platos, los frascos de kétchup, mostaza y ají chileno, todo es del mismo material y tiene la misma textura y olor. Silvana piensa que la memoria la traiciona y le parece estar escuchando los gritos de los parroquianos y mirando cómo los meseros cruzan el comedor mientras llevan bandejas con platos de pichanga, churrascos aurorinos y las legendarias ancas de rana fritas. Mira a su alrededor y todos están ahí, rodeándola.

Una hora después, el bar ya está casi vacío. Ximena se termina su trago y le pide a Silvana que los vaya a dejar porque al día siguiente debe levantarse de madrugada. Silvana conduce en silencio hasta El Copihue. Al llegar a la casa espera que Ximena se baje primero para tener un momento en privado con Rodrigo.

—Gracias por traernos, un gusto conocerte, Silvana —se despide Ximena sin soltar la mano de su novio—. Tenemos que vernos de nuevo.

—De todas maneras —promete Rodrigo—. Tú no cocinas, así que te

tenemos que volver a invitar nosotros.

—Rodrigo, no seas pesado —lo para Ximena—. Ven a comer cuando quieras, en serio. Un puesto más en la mesa no nos va a hacer ni más ricos ni más pobres, ¿cierto, mi amor?

Silvana los observa con las manos al volante, muda. Por un segundo cree que lo más conveniente sería seguir su instinto y contarle a Rodrigo lo que está pensando. Que su novia es una descriteriada y que parece su sombra. Que está demostrado que las relaciones posesivas no terminan bien. Que por ningún motivo ella se merece ese trato tan frío, como si fuera una cualquiera en su vida y no *su mujer*, la única y la de siempre, así como pase lo que pase él siempre será *su hombre*, el único y el de siempre. Silvana considera en serio la posibilidad de aclarar esos puntos antes de que Rodrigo y Ximena se bajen del auto, pero la vencen la vergüenza y la hipocresía y se queda callada. Finge haberlo pasado espléndido en la amistosa velada y promete que volverá de visita. Los novios se despiden desde la puerta de la casa tomados de la mano y cuando más tarde en el camping Silvana intenta conciliar el sueño en su dormitorio de niña, esa misma imagen de felicidad se lo impide.

Al día siguiente, su madre la despierta porque tiene visitas.

Es Rodrigo.

* * *

—Tu mami me llamó a las ocho de la mañana para contarme la novedad.

—Le pedí que no le contara nada a nadie. ¿Qué opinas?

Rodrigo duda un momento con una taza vacía en la mano. Silvana le sirve café.

—Que los gringos te hicieron algo en el cerebro y te dejaron mal —la mira y se ríe, aunque a medias—. Volviste más loca que antes. ¿Cómo se te ocurre que vas a reabrir el camping? ¿Para qué?

—Como negocio, ¿para qué va a ser? —le pregunta Silvana mirando hacia el muelle—. Hace catorce años en este lago se gastaba mucha plata, no lo olvides, Rorro.

—Mira a tu alrededor, ahí tienes mi opinión.

Silvana pasea su mirada por la cuenca del lago. El agua comienza

varios metros más allá del muelle, todo lo que se ve es tierra seca, ramas, roca y basura. Aunque el paisaje es sobrecogedor, el tono en la voz de Rodrigo le parece exagerado, recargado de amargura.

—¿Qué le vas a ofrecer a los campistas? —le pregunta—. ¿Desayuno continental con vista panorámica a un vertedero?

Rodrigo camina hasta el muelle y le indica el islote de Puerta del Diablo.

—Están usando Puerta del Diablo y otras zonas del lago como depósito sanitario —le informa, enrabiado—. Métete a internet, investiga antes de ponerte a hacer negocios, Silvana. Ya nada es como cuando éramos niños.

—Gracias por tu optimismo, es justo lo que necesitaba.

Silvana apura sus pasos para alejarse de él, molesta con el comentario. Rodrigo la alcanza, desliza una mano por su espalda para detenerla. Ante el repentino contacto físico ella gira, sobresaltada.

—Te estoy contando lo que sé. —Rodrigo la toma por los brazos con suavidad, calmándola—. No quiero que inviertas en algo que podría arruinarte.

—Nadie me va a arruinar, tú quédate tranquilo —le promete ella—. Tengo recursos.

Aunque Rodrigo no se atreve a preguntar de dónde salieron esos recursos, Silvana aprovecha el momento para contarle de su amistad con Olivia Cohen y de la herencia que le dejó. Mientras habla, Silvana intuye que él maneja alguna información sobre el tema. Rodrigo no sabe si hacer preguntas, que las tiene a montones, o si le conviene guardar silencio. Ha oído otras versiones de la misma historia, casi todas interpretadas con libertad por la señora Ninfa, donde la supuesta amistad entre las mujeres era en realidad una relación de pareja de varios años.

—¿Me vas a decir que heredaste veintidós millones de dólares de un día para otro? —le pregunta Rodrigo, atónito tras escuchar la cifra, como si acabara de recibir un puñetazo en la cara.

—Sin contar las galerías de arte y otras propiedades —precisa Silvana.

—Silvana, eso es mucha plata.

—Ya sé, pero tú me conoces, Rodrigo. Nunca he tenido noción de lo

que es en verdad la plata, por eso necesito compartirla con las personas que amo. Y tú eres una de esas personas. —Se acerca a él con suavidad y le acaricia la barba crecida que le da un aspecto de un hombre rudo y huraño que nunca ha sido—. No te estoy ofreciendo limosna, Rorro, esto es en serio. Quiero ofrecerte un trabajo fijo como administrador del nuevo camping.

Rodrigo agudiza la mirada, desconfiando.

—Yo no sé nada de administración —le advierte.

—Pero sabes perfectamente cómo funciona el negocio.

Rodrigo mueve la cabeza con exasperación.

—¡Veintidós millones, Silvana! ¡Son veintidós millones de dólares y mírate! —Rodrigo pierde la calma, se lleva las manos a la cabeza y trata de comprender—. Tienes el tiempo, la educación y la plata para armar el negocio que quieras en cualquier parte del mundo ¿y te vienes a enterrar viva a este pueblo de mierda.

Entonces aparece la sombra. Por primera vez Rodrigo ve esa nube negrísima que en una milésima de segundo cubre la mirada siempre viva de Silvana. Al comienzo le preocupa que se trate de una baja de presión, luego cree que es su propia eterna desconfianza a las ideas de su amiga de la infancia, y más tarde está seguro de que se trata de algo más oscuro, una segunda intención queriendo ocultarse en las sombras y en el subtexto de la conversación, en la sonrisa de Silvana y en la propuesta laboral que tan bien le haría.

—Si es por invertir hagamos una película. ¿Por qué abrir el camping?

Rodrigo ve que Silvana camina hasta el final del muelle. Antes de responderle, se pierde de un salto.

—¡Silvana!

Corre hacia el borde del muelle y la ve sobre la cuenca seca.

Silvana observa los alrededores del lago. Rodrigo usa las escaleras del muelle para alcanzarla.

—Mi papi murió en este lago, Rodrigo —le recuerda ella—. Y aunque hayan pasado catorce años todavía pienso que fue por mi culpa.

Rodrigo la toma por los brazos y la acerca a él, decidido.

—Don William no falleció por tu culpa —le aclara, serio—. Tú no

tienes la culpa de nada. ¿Cómo se te ocurre pensar algo así?

—Si no le hubiera dado la confianza a...

—Cállate. Los culpables son otros, y tú y yo sabemos bien donde están.

Silvana se aferra a él, conmocionada, y la impresiona su cuerpo firme y de hombre grande. Rodrigo la mira a los ojos, se distrae en sus labios rojos en contraste con la piel blanca de sus mejillas. Está a punto de perder la calma porque solo ella sabe cómo hacerlo, cómo manipularlo, cómo hacerlo caer, y ese talento no lo ha perdido. Silvana se acerca a Rodrigo y lo besa.

—Es lo único que quería. ¿Subimos por la orilla?

Se aleja caminando rápido. Rodrigo la sigue. Todavía se ven los restos de dos botes a un costado del muelle. Al caminar, Silvana siente que unas ratas huyen para esconderse entre las grietas de la tierra.

—Reabrir el camping de mi papi es como traerlo de vuelta a la vida.

4

Por favor, confirmar

De: Helia Parraguez (contacto@libreriapasatiempo.cl)
Para: axel@schumacher.com, mabelconsulta@mindspring.com, saritamellafecisternas@terra.cl, vcervantesleighton@elaguila.suplementos.cl, alvarovillalobosoyarzún@unta.cl, carriefcastro.oficial@inter8.talent.cl
Subject: Invitación a Aurora

Queridos compañeros de la Generación 1987:

Espero que se acuerden de mí tanto como yo los recuerdo a ustedes.

En esta ocasión les escribo estas líneas por la invitación que recibimos. Sé que todos tienen en su poder un sobre con las coordenadas de un misterioso paseo a Aurora que se está organizando para dos semanas más, el viernes 15 de junio.

Cuéntenme qué es de cada uno, cómo están, qué han hecho de sus vidas, y por favor, por favor, por favor, confirmen la asistencia el próximo viernes 15.

¡Un abrazo grande para todos!
Helia

P.S.: La Naty me dijo quiénes estaban en la lista, por eso me tomé la libertad de escribirles a los más cercanos.

De: Sarita Mellafe (saritamellafecisternas@terra.cl)
Para: axel@schumacher.com, alvarovillalobosoyarzún@unta.cl,
Subject: Re: Invitación a Aurora

---

en qué momento caímos tan bajo, por favor?

«los más cercanos», se pasó esta hueona

«LA HERNIAAAAAA» nos escribe como si fuéramos íntimos amigos, por favor, qué falta de pudor, te juro que estoy a punto de responderle que se ubique un poco.

quién se acuerda de ti, hueona parqueada?

cómo estás, axelito? mucho frío en nueva york? seguro no te faltará calor humano, chancho asqueroso.

o estás con la insoportable de la carrie? qué teleserie más mala la que está haciendo ahora, por fa dime que la has visto.

esta pregunta es en serio: quién es la naty?

besos y abrazos
SARITA

De: Valentina Cervantes Leighton (vcervantesleighton@elaguila.suplementos.cl)
Para: axel@schumacher.com, mabelconsulta@mindspring.com, saritamellafecisternas@terra.cl, contacto@libreriapasatiempo.cl, alvarovillalobosoyarzún@unta.cl, carriefcastro.oficial@inter8.talent.cl
Subject: Re: Invitación a Aurora

---

hola a todos

cómo estás, helia? tanto tiempo, qué rico saber de ti.

me sorprende mucho tu mail porque apenas llegaron las invitaciones me puse en contacto con la secretaría del colegio para tratar de averiguar de dónde provenía la idea del paseo. en el colegio no sabían nada, y aunque quedaron de investigar a mí me pareció muy extraño.

como todos saben, desde 1987 pertenezco al centro de ex alumnos, por eso cualquier iniciativa de este tipo primero pasaría por mí.

besitos, muchas ganas de verlos a todos!

Valentina Cervantes Leighton
Directora de Suplementos
El Águila S.A.P.

De: Valentina Cervantes Leighton (vcervantesleighton@elaguila.suplementos.cl)
Para: axel@schumacher.com, saritamellafecisternas@terra.cl, alvarovillalobosoyarzún@unta.cl, carriefcastro.oficial@inter8.talent.cl
Subject: pesquen a la helia

---

oye, no sean maleducados, contéstenle a la helia. no les cuesta nada.

nos vemos en el matri!!!!!!!

álvaro, sarita, qué emoción, amigos queridos, tengo todo listo en el diario para no trabajar al día siguiente y poder bailar y celebrar hasta la madrugada.

lobo, cuándo vuelves de talca? nos vamos a ver antes del magno evento?

Valentina Cervantes Leighton
Directora de Suplementos
El Águila S.A.P.

De: Helia Parraguez (contacto@libreriapasatiempo.cl)
Para: axel@schumacher.com, mabelconsulta@mindspring.com, saritamellafecisternas@terra.cl,

vcervantesleighton@elaguila.suplementos.cl,
alvarovillalobosoyarzún@unta.cl,
carriefcastro.oficial@inter8.talent.cl
Subject: Invitación a Aurora – ÚLTIMA INFORMACIÓN

Vale hermosa, no lo tomes a mal, mi intención no fue pasar por encima de tu autoridad ni mucho menos. Todos sabemos lo participativa que eres, no hace falta echar los títulos encima. Para que se entienda y no quepa duda, te reitero que esta iniciativa NO TIENE NADA QUE VER con tu Centro de Ex-Alumnos, es un paseo organizado por el colegio. No sé con quién hablaste cuando llamaste, aquí la Danae, que es la secre, dice que no recuerda haber hablado contigo.

El profe Rivera está de lo más emocionado y me confesó que ya había más de veinte inscritos con cuota pagada.

Les dejo los datos para que nos vayamos organizando rápido.

Viernes 15 de Junio — Domingo 17 de Junio.

$20.000 por persona (en cabañas con baño privado para 6 personas).

Para los que no tienen movilización, contamos con una van que sale desde la estación del metro Escuela Militar y que cuesta $4.500, pero es IMPORTANTE CONFIRMAR para hacer la reserva correspondiente.

Helia

P.S.: ¿Todos somos carnívoros?

De: Helia Parraguez (contacto@libreriapasatiempo.cl)
Para: axel@schumacher.com, mabelconsulta@mindspring.com,
saritamellafecisternas@terra.cl,
vcervantesleighton@elaguila.suplementos.cl,
alvarovillalobosoyarzún@unta.cl,
carriefcastro.oficial@inter8.talent.cl
Subject: Invitación a Aurora (CONFIRMAR A ESTE MAIL)

Hola a todos.

¿Nadie me va a contestar?

Pucha, qué pena.

Si no les interesa el paseo, me lo dicen, no hay problema, pero sería cool que me confirmaran.

SÍ O NO.

No hace falta nada más.

De: Helia Parraguez (contacto@libreriapasatiempo.cl)
Para: axel@schumacher.com, mabelconsulta@mindspring.com, saritamellafecisternas@terra.cl, vcervantesleighton@elaguila.suplementos.cl, alvarovillalobosoyarzún@unta.cl, carriefcastro.oficial@inter8.talent.cl
Subject: Invitación a Aurora (CONFIRMAR A ESTE MAIL)

Holaaa, yo de nuevo.

Todo listo, hablé por fin con Faúndez y la Carmen Cecilia, no sé si sabían, pero están casados hace seis meses!!!! OMG, no lo van a creer, pero están juntos desde la fiesta de graduación. Qué sorpresa tan linda me llevé, casi como para volver a creer en el amor, aunque qué rabia que no invitaron al matrimonio a nadie del colegio. La Carmen Cecilia, tan graciosa y genial como siempre, está de siete meses así que ella no va a poder acompañarnos a Aurora. Faúndez dice que se anota de todas maneras y que puede llevar a alguien en su auto.

Como nadie colaboró con mi duda sobre la Guadalupe Foster, y como en la secretaría del colegio ya me conocen la voz, llamé de nuevo y simplemente pedí su número de contacto. Le dejé recado en su contestadora, me da la impresión de que está de viaje. Al parecer sigue trabajando en Varig.

Confirmen pronto, por favor, yo sé que están todos ocupados con sus cosas, pero hay mucho que organizar.

Cariños,

Helia.

De: Valentina Cervantes Leighton (vcervantesleighton@elaguila.suplementos.cl)
Para: axel@schumacher.com, mabelconsulta@mindspring.com, saritamellafecisternas@terra.cl, contacto@libreriapasatiempo.cl, alvarovillalobosoyarzún@unta.cl, carriefcastro.oficial@inter8.talent.cl
Subject: Re: Invitación a Aurora

---

hola, helia, ¿cómo estás?

mis disculpas por no haberte respondido antes, pero he estado con mucho trabajo y se me pasó la semana.

no he hablado con los demás del tema, pero me sigue pareciendo extraño no tener mayor información sobre este paseo de reencuentro.

me encantan los asados y feliz de reencontrarme con todos, pero no me parece muy sensato celebrar un paseo en el lugar donde sufrimos tanto por la pérdida de una vida y también por la libertad de un amigo y compañero, no lo olvidemos.

es sólo una opinión. no hace falta que la compartan.

abrazo para todos

Valentina Cervantes Leighton
Directora de Suplementos
El Águila S.A.P.

De: Valentina Cervantes Leighton (vcervantesleighton@elaguila.suplementos.cl)

Para: axel@schumacher.com, saritamellafecisternas@terra.cl, alvarovillalobosoyarzún@unta.cl, carriefcastro.oficial@inter8.talent.cl
Subject: pesquen a la helia

---

en serio, chiquillos? qué edad tienen? no le van a responder nada a la helia?

me parece de pésima educación.

ya sé que ustedes son choros y malos, pero lo cortés no quita lo valiente, basta con saludar y decir que no van al maldito paseo.

Valentina Cervantes Leighton
Directora de Suplementos
El Águila S.A.P.

De: Sarita Mellafe (saritamellafecisternas@terra.cl)
Para: axel@schumacher.com, vcervantesleighton@elaguila.suplementos.cl, alvarovillalobosoyarzún@unta.cl, carriefcastro.oficial@inter8.talent.cl
Subject: RE: pesquen a la helia

---

y qué querís que le digamos, vale, por favor?

a la helia nunca le dirigí la palabra en el colegio y resulta que ahora tengo que ESCRIBIRLE.

me importa un pepino si el paseo lo organiza el colegio o el centro de ex alumnos, si es en aurora o en ibiza, si va faúndez o la canuta de la carmen cecilia, o si la guada foster está de vacaciones, si es azafata de varig o puta. ¿qué me importa, por la cresta?

no pienso ir al famoso paseo y tampoco me voy a disculpar por no ir, o sea, comprenderás que en este momento de mi vida no me sobra el tiempo precisamente y que ahora menos que nunca tengo ganas de verles las caras a ninguno de esos perdedores.

no entiendo por que figura la actriz de teleseries en esta cadena, que

yo sepa no fue al colegio con nosotros, ¿o no me di cuenta?

SARITA

De: Helia Parraguez (contacto@libreriapasatiempo.cl)
Para: axel@schumacher.com, mabelconsulta@mindspring.com, saritamellafecisternas@terra.cl, vcervantesleighton@elaguila.suplementos.cl, alvarovillalobosoyarzún@unta.cl, carriefcastro.oficial@inter8.talent.cl
Subject: Invitación a Aurora (CONFIRMAR A ESTE MAIL)

Hola Valentina, ¿cómo estás? Bien, me imagino, tú siempre estás bien. Todas las semanas leo tus reportajes en El Águila.

Pucha, no es por nada, pero qué pena más grande. Me parece súper amargo tu comentario. Entiendo perfecto el sentido de lo que dices, es válido que tengas tu opinión, pero con cariño pienso que hablas por pura ignorancia, porque no te imaginas todo el trabajo que hay detrás de esta linda iniciativa.

Te cuento que el profesor Rivera ya calza 65 añitos y está muy ilusionado con volver a vernos. Habla mucho de ti, Vale. En realidad todo esto del paseo es por él, para que nos juntemos una vez más, capaz que sea la última oportunidad que tenemos para compartir un momento con nuestro querido profesor jefe. No sé a ti, Valentina, tal vez tu experiencia no sea la misma, pero cada vez que me preguntan de qué colegio egresé, el pecho se me infla y me emociono un poquito antes de decir el nombre del Andalucía.

Besitos para todos, qué rico retomar este contacto. Me pone muy feliz.

Helia

De: Sarita Mellafe (saritamellafecisternas@terra.cl)
Para: axel@schumacher.com, vcervantesleighton@elaguila.suplementos.cl alvarovillalobosoyarzún@unta.cl, carriefcastro.oficial@inter8.talent.cl
Subject: RE: pesquen a la helia

---

por favor, que nadie le conteste!!!!
no se les ocurra darle cuerda al monstruo.
se los suplico.
me da pánico.
A LA HERNIA SE LE INFLA EL PECHO CUANDO HABLA DEL COLEGIO
me muerooooooo

SARITA

De: Axel H. Schumacher (axel@schumacher.com)
Para: contacto@libreriapasatiempo.cl, mabelconsulta@mindspring.com, saritamellafecisternas@terra.cl, vcervantesleighton@elaguila.suplementos.cl, alvarovillalobosoyarzún@unta.cl, carriefcastro.oficial@inter8.talent.cl
Subject: aurora

Hola helia

Serías tan amable de dejar de torturarnos con el famoso paseo, por favor?

Para eso nos mandaste las invitaciones?

Quieres saber si nos acordamos de aurora?

No, nos acordamos de nada porque pasó hace mucho tiempo y el culpable está preso.

Supongo que lo anterior responde todos tus mails delirantes.

Búscate una vida y deja al resto en paz.

Bye.

AXEL H. SCHUMACHER
Filmmaker

De: Helia Parraguez (contacto@libreriapasatiempo.cl)
Para: axel@schumacher.com, mabelconsulta@mindspring.com, saritamellafecisternas@terra.cl, vcervantesleighton@elaguila.suplementos.cl, alvarovillalobosoyarzún@unta.cl, carriefcastro.oficial@inter8.talent.cl
Subject: Invitación a Aurora (CONFIRMAR A ESTE MAIL)

Hola Axel, cómo estás?

Entiendo perfecto tu punto, yo cumplo con dar la información. Me parece que no merezco este trato de tu parte ni de ninguno de ustedes, especialmente al considerar el favor que les estoy haciendo al invertir mi tiempo en la redacción de estos correos informativos. Si no tenían ganas de participar no había para qué responder ni manifestar falso interés.

Te aclaro, además, que en ningún caso mandé las invitaciones y tampoco estoy a cargo de la organización del paseo.

Estamos en una democracia, nadie está obligado a ir a ninguna parte.

Te recuerdo, eso sí, que nuestro compañero Rodrigo Duarte salió en libertad en 1998.

Besitos para todos.

Helia

5

Turistas de invierno

Esa fría y desagradable mañana Sarita Mellafe Cisternas se concentró únicamente en el dolor, ese que a veces todavía podía sentir como si fuera una condición recurrente. Su peor miedo era revivir ese dolor que tan bien conocía porque su cuerpo lo había memorizado, por eso cada vez que tenía un altercado con Álvaro, como ahora, o alguna situación de riesgo, como el paseo a Aurora, se esforzaba en ocupar su mente en ese dolor inconmensurable, el de haberlo perdido todo en un segundo, solo por culpa de un par de frases desafortunadas.

Hace tres semanas que no lo veía ni hablaba con él. No contestaba sus llamadas ni había querido recibirlo cuando fue de visita a la casa.

Lo había borrado del mundo de los vivos, como su mamá decía que se debía hace con los hombres que no valen la pena.

—Yo no voy a casarme contigo —le dice mirándolo a los ojos.

Se lo topa en el departamento de Valentina, el punto de encuentro antes de partir a Aurora. Por petición de Sarita, se han encerrado en un dormitorio a aclarar algunas cosas.

—Ni ahora ni mañana ni la próxima semana —especifica ella—. No voy a ser tu amiga ni tu amante, así que olvídate de mí. Ignórame como puedas, Álvaro, te lo pido en serio y con las mejores intenciones.

—Está bien —acepta él de mala gana—. Pero tampoco puedes pedirme que te borre de un día para otro si hace veinte días nos íbamos a casar.

—No te preocupes, no te estoy pidiendo que hagas nada —le dice con lástima—. Si estamos considerando la posibilidad de ir a ese maldito paseo es solo porque vamos a averiguar de qué se trata todo esto. Lo que pasó entre nosotros no tiene nada que ver, que te quede claro.

Sarita necesitaba dejarle claros sus intereses antes de embarcarse en la locura que significaba ese fin de semana. Estaba convencida de la mala decisión que se había tomado por el pésimo y majadero hábito de respetar a la mayoría. Hasta hacía unos cuantos días, aún se sentía con la energía suficiente para luchar por lo que correspondía: que todos rechazaran esa invitación. Pero su vida había dado un giro tan violento e inesperado que ya no le quedaban restos de voluntad ni ganas de pelear.

Ya no sospechaba lo mismo que al abrir el sobre negro. Para empezar, no creía que se tratara de verdad de un paseo, prefería pensar, como Axelito Corazón, en la teoría de los nerds mutantes. Alguno de esos ociosos resentidos tenía que estar detrás de las invitaciones. No había cabeza normal que fuera capaz de diseñar algo tan ridículo y dramático a la vez, lo que llevaba a Sarita a sospechar de Rodrigo Duarte, *drama queen* por excelencia.

—A Duarte le encantaban las películas de terror, ¿no? —le pregunta Sarita a Valentina en la terraza de su departamento.

—A mí me gustan las novelas de misterio y no se me ocurriría mandar anónimos —le dice Vale—. Yo voto porque vayamos, ya estamos aquí.

—Yo voto porque duermas conmigo en la carpa —le dice Axel, coqueto, esperando que Valentina se sonroje—. ¿O prefieres una cabaña?

—¿Carpa? —pregunta Sarita, alarmada—. A mí nadie me habló de carpas.

Carrie se asoma desde el pasillo del departamento y ve a Axel jugueteando con Valentina. Todos los presentes se dan cuenta de lo evidente: en su sonrisa de actriz versátil y eficaz, habituada a disimular sus emociones o a convertirlas en otras, Carrie no quiere expresar sus celos en público. Los amigos conocen la relación a la distancia que Axel y Carrie mantienen desde hace años. Saben que Axel vive la mitad del tiempo en Nueva York y que por culpa de *Mil veces te amo*, la exitosa telenovela de Inter8, Carrie está obligada a permanecer largas temporadas grabando en Santiago.

—Si quieres dormir con él, yo también estoy incluida en el paquete —le advierte Carrie a Valentina, con el consiguiente silencio sepulcral.

Valentina le sonríe, nerviosa y avergonzada, y simula golpear a Axel con la mano en el hombro.

—No me mires con esa cara, mujer —le dice enseguida Carrie—. ¿Dónde está tu sentido del humor?

Carrie se acerca a Valentina y la saluda con un beso en la mejilla.

—Bueno, al menos vamos a estar todos juntos de nuevo —celebra Álvaro.

—¿Sí? Qué rico y qué nostalgia, ¿no?

Sarita lo mira de arriba abajo y por una milésima de segundo él se pregunta si tal vez su exnovia sería capaz de estirar la mano en la cocina americana del departamento de Valentina para alcanzar un cuchillo y clavárselo en alguna parte del cuerpo.

Dos horas después de lo planeado, Sarita y sus amigos salen del departamento. Van en dos autos, el de Axel y el jeep de Lobo. Sarita no quiere subirse al jeep, así que le pide a Carrie que se vaya con Lobo porque necesita conversar de temas delicados con Axel. Carrie se niega a cambiar de auto, lo que Sarita interpreta como una declaración de guerra para los días que vendrán. Malhumorada y con la certeza de estar haciendo lo incorrecto, Sarita ocupa el asiento trasero. Carrie también se niega a cederle el lugar del copiloto.

—Te pasaste, galla. Era un favor, nada más. Necesitaba hablar con Axel en privado. No te costaba nada dejarnos solos un rato.

—Ya, Mellafe, córtala, tenemos tres días para hablar en privado —le recuerda Axel.

—Apuesto que no va a cerrar la boca hasta que consiga lo que quiere —comenta Carrie—. Pero conmigo no, Sarita, conmigo sabes que no te resulta.

—¿Es broma? ¿Qué te cuesta tener un poco de consideración?

—¿Qué quieres, que me ponga a llorar por lo que te pasó con Álvaro? Lo siento mucho, pero no entiendo cómo viniste, en serio. ¿Eres masoquista?

Sarita quiere asesinar lentamente a Carrie F. Castro, como ella lo hace con otros personajes en la telenovela que protagoniza.

* * *

Valentina habló con Sarita.

Sarita habló con Lobo.

Lobo habló con Axel.

Axel habló con Carrie.

Todos habían recibido el mismo sobre, de un color distinto.

Sarita se preguntó de inmediato por qué a ella le había tocado el negro.

Nadie habló con Mabel ni con Helia, entre las dos se pusieron de acuerdo, pero esa parte de la historia Sarita ni siquiera se la imaginaba. No pensaba en las mutantes.

Cuando llegaron a Aurora todos sin excepción se sorprendieron con lo feo y pobre que estaba el pueblo. O quizás siempre había sido así. Apenas se bajaron de los autos, en la plaza, Valentina se dio cuenta de que el cine ahora era un restaurante de parrilladas decorado con unos dinosaurios en la entrada. Sarita iba a hacer un comentario mordaz sobre lo ordinario que le parecía, pero de pronto vio que en la fachada del restaurante había unos letreros pintados a mano ofreciendo colaciones, té y empanadas, los mismos letreros pintados a mano que tenía la fuente de soda Donde Diva, de propiedad de la mamá de Álvaro, y el lugar donde hasta hacía apenas tres semanas pensaba celebrar su matrimonio con él.

A veces Sarita Mellafe piensa que Dios existe y que no casarse con Álvaro es lo mejor que le podría haber pasado en la vida.

Cuando están solas Valentina insiste en interrogarla sobre las posibilidades de volver con él y perdonar lo que pasó. La opción a Sarita le parece tan remota que ni siquiera tiene una respuesta para dejarla tranquila.

Mientras observan las casas de madera sin pintar y los árboles secos de la plaza, Valentina recuerda con tristeza que esa noche estuvo en ese mismo lugar con Rodrigo, poco antes del incendio.

—Qué grupo tan entretenido, me lo pierdo sin falta —comenta con veneno Sarita ante su recuerdo.

Valentina se queda mirándola con un gesto de lástima e insiste con la teoría que ha defendido, algo majadera según Sarita, desde que recibieron los sobres: que el colegio Andalucía no tiene nada que ver con la organización del paseo y que Helia está mintiendo descaradamente.

—La Espárrago dijo que había hablado con la dirección del colegio —le recuerda Axel—. ¿Qué más quieres?

—¡Yo también hablé con la dirección del colegio! —insiste Valentina, impaciente—. ¡Y me dijeron que no sabían nada de ningún paseo! Por eso lo encuentro tan raro.

—Lo único raro es que me hayan invitado a mí —interrumpe Carrie —. Yo no fui a ese colegio.

—Y por alguna extraña razón estás aquí —le reprocha Sarita.

—Está aquí conmigo porque Carrie es mi mujer —le informa Axel a Sarita—. Además de la mejor actriz del mundo.

Carrie lo besa en la boca. Valentina y Sarita los miran, nerviosas.

—Te amo, pero yo no soy de nadie, muñequito.

El beso de Carrie logra disimular por un rato los celos que siente a flor de piel.

—Bueno, vamos al camping y despejamos todas las dudas —sugiere Álvaro caminando de regreso a al jeep y vigilando de reojo a Sarita para verificar su estado de ánimo.

Sarita no lo mira.

Todos vuelven a subirse a los autos y siguen por la avenida Central con dirección al camping Buenaventura. Al virar en una esquina, una mujer se queda mirándolos con la vista perdida. Entra rápido a una casa y se apura en marcar un número en un teléfono fijo.

—Van en camino —dice Lavinia.

En la recepción del camping Silvana escucha la señal, da las gracias y cuelga. A su alrededor todo está limpio y ordenado para recibir a los turistas.

—Están por llegar —le anuncia a alguien.

Al otro lado de la habitación de madera, Ninfa respira hondo, juntando la fuerza para enfrentar lo que viene. Silvana se acerca y la abraza. Ninfa va a decirle algo, pero no se atreve y así se queda por el resto del fin de semana, con la idea tan extraña de que hay algo que no dijo porque no se acordó o porque no quiso, o porque se trataba de un pensamiento tan macabro y terrible que lo mejor era dejarlo pasar. Olvidar, como siempre.

Desde la ventana de la pieza Ninfa alcanza a ver el portón de la entrada. Los turistas llegan en dos autos. Desde lejos puede distinguir

un auto negro grande y una de esas camionetas 4x4 que William anhelaba comprar algún día. En el segundo puede jurar que ve al Schumacher, pero no está segura porque es un buen trecho y el día está gris, como siempre en invierno. Antes de poder avisarle a Silvana que los turistas están en el portón Ninfa se da cuenta de que su hija ya no está en la habitación. Ha salido corriendo a dar las instrucciones para recibir a los primeros campistas de la temporada de invierno.

Ninfa se persigna, aunque no sabe bien por qué.

* * *

Cuando llegan al camping encuentran más miseria y desolación. Para empezar, ya no hay lago. Sarita se da cuenta cuando van subiendo por el camino, justo antes de la entrada del camping, y lo primero que se ve a lo lejos es el terreno seco, pelado, y un charco de agua sucia al fondo, lejos de la orilla.

—No entiendo. ¿Dónde está la famosa van? —se pregunta Axel al bajarse de la 4x4 frente a la recepción del camping—. ¿Y los autos de los demás?

Valentina examina el entorno con suspicacia. En efecto, no hay más autos, solo un Mazda color gris estacionado en un rincón. Sarita observa mientras Carrie trata de buscar señal telefónica en el celular.

—Me mato —se dice a sí misma, y al oírla a Sarita se le pasa por la cabeza cobrarle la palabra en algún momento del paseo—. Hay poca señal, pero hay.

—¿Alguien tiene el número de la Helia Parraguez? —pregunta Valentina—. Deberíamos habérselo pedido por mail para ponernos de acuerdo cuando llegáramos, pero...

—Yo creo que lo tengo —anuncia Álvaro, con la casi inmediata reacción de Sarita y Axel.

Ambos se miran con indisimulado asombro: no existe razón en el mundo para que Álvaro tenga guardado el número de la Hernia. No tiene ningún sentido.

—¿Se puede saber por qué tienes el número de la Espárrago? —lo interroga Axel.

—Lo mismo me gustaría saber a mí —insiste Sarita.

—¿Desde cuándo la Hernia se convirtió en ícono pop? —se

cuestiona Axel con curiosidad.

—No sé qué estás pensando, Sarita, pero si sospechas de mí...

—Álvaro, por favor, ¿cómo voy a sospechar de ti? —le pregunta, rabiosa—. ¿Cómo podría sospechar de un hombre tan noble, bueno, decente y de palabra?

Álvaro agacha la cabeza, contrariado. Revisa su celular ignorando las criminales miradas de Sarita y las bromas escolares de Axel. Marca el número de Helia. Sarita no le quita la vista de encima, acrecentando el desprecio que ya siente por él y que parece brotarle por los poros como si fuera sudor. Sin querer imagina toda clase de situaciones asquerosas entre Álvaro y la Hernia/Espárrago.

—Está apagado —anuncia Álvaro.

—Lo que nos faltaba, que se haga la difícil —se burla Sarita.

—Yo lo dije, les advertí, pero nadie me escuchó —repite Valentina —. Aquí hay algo que no nos han contado.

—Ya sabemos, Vale, qué latera —reclama Sarita, hastiada—. No es el momento para hacerte la heroína de la película.

Valentina mueve la cabeza, molesta, y levanta la mano, cortando la conversación con un gesto que exaspera a Sarita.

—¿Perdón? —la increpa, molesta—. ¿A quién crees que le estás levantando la manito, por favor? Ubícate un poco, Valentina.

Axel interviene en la discusión.

—Mejor entremos —recomienda, tratando de calmar los ánimos de las dos involucradas—. Adentro alguien tiene que saber algo.

—Aquí no hay nadie —informa Carrie observando su reflejo en una de las ventanas de la recepción del camping.

Carrie alcanza a ver bebidas, cervezas y chocolates dispuestos en un mostrador antiguo. Se acerca un poco más al vidrio y ve que una sombra la vigila desde adentro. Carrie retrocede, asustada.

Sarita avanza hacia la oficina de recepción cuando la puerta se abre de golpe. Del interior se asoma la cabeza de una mujer anciana, vestida completamente de negro. Tiene el pelo tomado en un pañuelo gris y lleva guantes de cuero. Al ver a Sarita la mujer también se asusta y mueve la cabeza, como maldiciendo.

Es la madre de la Diente de Oro.

—Adelante —le dice Ninfa mirándola a los ojos, como disfrutando el

encuentro—. Los estábamos esperando hace rato. No me digan que se perdieron en el camino.

Los cinco observan atentamente a la encargada del camping.

—¿Usted todavía por aquí, señora? —le pregunta Sarita, aún sin salir de su asombro.

—Claro que sí, si esta es mi tierra. ¿Para dónde me voy a ir? —le pregunta Ninfa, con ligera molestia—. Adelante, sus cabañas están listas.

Con amabilidad y como si no existiera un pasado, Ninfa los guía por un camino lateral a la recepción. El sendero de tierra rodea el bosque junto al lago para llegar a un claro en medio de los árboles donde se ven las tres cabañas en forma de A.

—Pueden repartírselas —les avisa—. Las tres están reservadas para ustedes. ¿Me acompañan a firmar el registro?

* * *

Axel y Álvaro vigilan con desconfianza a la mujer. Sarita se queda parada en la puerta de la recepción, sin atreverse a entrar. Valentina observa a sus amigos y aunque entiende la reacción inicial de querer escapar, cree que ya es demasiado tarde para arrepentimientos. Deben seguir adelante hasta descubrir qué hay detrás de la misteriosa invitación.

Carrie es la primera en entrar a la recepción. Aborrece el frío y necesita con urgencia un café. Ninfa anuncia que acaba de poner la tetera, que pueden instalarse mientras aparecen los demás invitados.

—¿Somos los primeros? —pregunta Axel.

Cuando Ninfa lo ve su corazón da un ligero sobresalto. Mueve la cabeza y pasea sin querer la mirada por el grupo de hombres y mujeres para detenerse en la cabellera rubia y los ojos azules del Schumacher. Su sonrisa sigue intacta, se fija Ninfa.

—¿Dónde está tu hija? —le pregunta apenas la ve.

Ninfa agacha la cabeza, se queda muda y sigue ordenando las mesas para el desayuno. Alarmada, Sarita camina hacia ella.

—Si no contesta vamos a llamar a la policía, se lo advierto —la amenaza.

—¿Por qué? Yo estoy haciendo mi trabajo al recibirlos, nada más —

se defiende Ninfa.

—Se supone que este es un paseo del colegio Andalucía —insiste Sarita.

—Si usted lo dice, así debe ser entonces.

Ninfa le sonríe moviendo la cabeza y disfrazando lo que de verdad siente.

—Cálmese, mijita —le aconseja, con exagerada amabilidad—. Tiene cara de cansadita. ¿Por qué no aprovecha de dormir?

—Gracias, pero queremos saber quién organizó este paseo —le explica Valentina—. ¿A nombre de quién están reservadas las cabañas?

Ninfa se detiene un momento y le sonríe de nuevo, amable. Valentina espera su respuesta ante las miradas expectantes de sus compañeros.

—Eso no cuesta nada averiguarlo —le asegura la mujer—. Tiene que estar anotado en alguna parte.

Se acerca al mesón de la recepción y busca entre el desorden de boletas, folletos turísticos, revistas y cuadernos hasta que encuentra una libreta de tapas duras. La abre y revisa. Sarita espera paciente por unos segundos hasta que la ansiedad y la lentitud de la anciana la sacan de quicio. Se acerca al mesón y le arrebata la libreta. Revisa la lista de huéspedes, de inmediato se da cuenta de que Ninfa miente. La lista es demasiado breve para que se demore tanto en leerla. Solo hay tres nombres escritos y está más que claro que uno de ellos es el que están buscando.

—La señora Helia Parraguez —exclama Ninfa—. Se lo iba a decir.

* * *

Todos hablan al mismo tiempo. Otra vez Axel y Sarita se preguntan cómo cayeron tan bajo, por qué no sospecharon antes y en qué momento de sus vidas empezaron a considerar a la mutante Helia como un ser humano pensante. Valentina les exige que dejen las bromas y los sarcasmos para otro minuto porque la situación la pone nerviosa. No saber quién los invitó a Aurora la irrita demasiado.

Mientras discuten sobre la seria posibilidad de que Helia haya inventado todo lo que les dijo en las interminables cadenas de mails, se escucha un estridente motor acercándose a la entrada. Todos salen a

mirar. Se trata un Renault pequeño y antiguo, de color verde. Se estaciona junto a los otros vehículos. La puerta del copiloto se abre y se asoma Helia.

—¡Chiquillos!

Lleva el pelo tomado en un cintillo y un cortaviento amarillo sobre los hombros puntiagudos. Mabel desciende por la puerta del chofer y se queda más atrás, mirando el encuentro con suma cautela.

—Qué horror —se queja Sarita, entre dientes, antes de que Helia esté cerca como para oírla.

Valentina le hace un gesto para que se calle y avanza a saludar a las recién llegadas. Uno por uno, Helia se reencuentra amigablemente con los presentes, dedicándole a cada compañero una palabra especial.

—Valentina, ¿cómo está la pluma feminista de *El Águila*? Tenemos mucho de qué conversar nosotras dos.

Helia sonríe porque sabe que ese comentario es como un bálsamo melifluo al ego de Calentina Cervantes.

—Alvarito, qué rico verte, acabo de darme cuenta de que me llamaste al celular. Lo que pasa es que la señal se pierde entre la Panamericana y el pueblo.

Álvaro le sonríe y la saluda con un frío beso en la mejilla. Sarita detesta tanta familiaridad, pero son demasiadas las cosas que detesta al mismo tiempo, por eso prefiere callar y tomar distancia.

—Carrie, qué guapa, te pasaste —continúa Helia, agitada—. No me pierdo *Mil veces te amo*, soy tu fan número uno. Te juro que a veces me creo Endora Evans, aunque yo no soy tan mala como tú.

Carrie también cae rendida a sus adulaciones. Desconfiar de los piropos para ella no es una alternativa.

—Axel Schumacher, ¿cómo está el ganador del Effie Latino?

—Bien, gracias, Helia, ¿y tú?

Axel la observa con atención. Ni Álvaro ni Sarita saben lo que es un Effie Latino. Valentina se queda pensando porque el nombre le suena.

—Es como el Emmy de la publicidad —explica Carrie—. Axel ganó el premio al mejor director el año pasado por uno de sus comerciales. Qué informada, Helia.

Helia sonríe estirando la tela de su cortaviento amarillo, hace un gesto de damisela agradecida y para terminar la ronda de

presentaciones se detiene en Sarita.

—¿Y tú, Sara? Tanto tiempo, ¿cómo estás galla? ¿Ya te casaste o...?

Sarita junta las manos para evitar el acto reflejo de empuñarlas y romperle la cara a esa mujer perversa. Sabe que Helia Parraguez conoce perfecto el calvario que ha enfrentado en las últimas semanas y podría asegurar que se ha burlado de su dolor bebiendo margaritas con sus amigas y conocidas, pero no alcanza a defenderse porque Valentina la interrumpe y comienza a exigirle a Helia las explicaciones que todos necesitan.

—¿Dónde están los demás? —la interroga, seria—. Pensábamos que ya iban a estar todos, incluyendo al señor Rivera. ¿Por qué no han llegado?

Helia mira de reojo a Mabel.

—Cuéntales, Helia —le exige Mabel.

—Por favor, antes de explicarles la situación, les pido mil disculpas —les dice Helia a sus compañeros, consternada—. Perdonen el desastre, pero estamos frente a lo que se denomina *imponderables*, es decir, razones de fuerza mayor.

—¿Qué pasó, Helia? —la acorrala Valentina, agotada.

—Ha sido una pesadilla, de verdad, chiquillos, lo lamento —se excusa Helia—. Y en realidad no es culpa de nadie, fue pura mala suerte porque primero había mucho interés en el paseo, si no me creen pregúntenle a Mabel. ¿Sí o no, Mabel, que todo el mundo quería venir?

Las miradas de todos los presentes se posan en Mabel Cruz.

Valentina, Álvaro, Axel y Sarita son incapaces de recordar cuándo fue la última vez que la vieron. Carrie ni siquiera recuerda haberla visto alguna vez.

Después de catorce años, Mabel levanta la mano en un frío intento de saludo a sus excompañeros.

—Hola —dice, tímida—. Yo no sé nada.

—¿Cómo que no, Mabel? —le pregunta Helia, sorprendida—. Entre todos nos pusimos de acuerdo, tú también estabas copiada en los mails.

—Eras tú la única interesada en este paseo, Helia.

—¿Dónde están los demás? —pregunta Valentina.

—De a poco se fueron bajando, realmente es una pena —explica Helia, cada vez más desesperada porque es testigo de cómo se van desencajando los rostros de sus excompañeros mientras escuchan las novedades—. El primero en cancelar fue el profesor Rivera porque, claro, hubiera sido súper irresponsable de nuestra parte exponerlo a estas condiciones.

Axel frunce el ceño, extrañado. Ni Álvaro ni Sarita entienden el sentido de lo que dice Helia.

—¿Qué condiciones? —le pregunta Valentina—. No te entiendo nada.

Helia pone los ojos en blanco en señal de agobio.

—A la tormenta.

La voz de Helia resuena entre los eucaliptos que rodean la zona de carpas. Sarita se niega a creer lo que está oyendo.

—Por eso todos los que habían pagado la cuota se arrepintieron a último minuto —cuenta Helia—. Por la tormenta.

—¿Qué tormenta? —le pregunta Valentina.

Helia le sonríe.

A Sarita le queda claro que la Helia/Hernia/Espárrago está disfrutando sus quince minutos de atención.

—Me extraña que tú, Vale, linda, tú que trabajas en un diario de circulación nacional, un medio tan importante como *El Águila*, no sepas nada —le reprocha, impactada—. Para el fin de semana está anunciada una tormenta eléctrica en esta zona.

—No puede ser, es imposible —niega Sarita, impresionada.

—Si es así, ¿por qué no cancelaron el paseo? —le pregunta Valentina.

—Tratamos, pero ya era demasiado tarde —se excusa Helia, encogiéndose de hombros—. Somos los que somos.

Sin alterarse ni perder la compostura, cosa extraña en él, Axel se queda mirando a Helia, intentando traspasar ese cuerpo torpe y siempre al borde del colapso. Intuye que hay algo que no está revelando: la Hernia Mutante del Averno no dice la verdad.

—Si no me creen, llamemos de nuevo a la Guada Foster —sugiere Helia con su celular en la mano—. Al final no podía venir. ¿Les conté que sigue de azafata en Varig?

Indignada ante el ánimo imparable y aburrido de Helia, Sarita se arma de valor y avanza hacia ella. Está dispuesta a todo con tal de que cierre la boca para siempre.

—Se acabó, me agotaste la paciencia. Nos vamos —concluye, segura —. Gracias por hacernos perder el tiempo, Hernia, eres la persona más aburrida que he conocido en mi vida.

—¡Pero si yo no tengo la culpa de la tormenta!

Sarita busca la complicidad de Axel, pero él está demasiado concentrado en analizar el extraño comportamiento de Helia. Álvaro también la observa, sin saber si reírse o si llamar una ambulancia para que se la lleven y la encierren por el resto de sus días.

—Yo no tengo la culpa de nada, les juro —sigue Helia—. ¡No sé por qué me miran así!

—Nadie te está culpando —le dice Mabel, tratando de distraerla.

Valentina sugiere esperar un rato por si alguien más llega. A Sarita le parece una pésima idea. Quiere convencer a Axel para partir cuanto antes de regreso. Hasta sería capaz de reconciliarse momentánea y falsamente con Álvaro para salir de Aurora, pero cuando está divagando entre las posibles soluciones aparece Ninfa con café y chocolate caliente para todos y enseguida el ambiente se relaja un poco.

Álvaro observa a Sarita desde el otro lado de la recepción y Sarita se imagina la pena que debe estar sintiendo, pero se niega a perder. Cuando se sorprende comprendiendo a Álvaro y siendo empática con su situación desesperada, de inmediato vuelve a recordarse a sí misma el dolor horrible que provocó y también le pone rostros a la siniestra Genoveva, la amante talquina, y a su guagua fea y hedionda, y se imagina una vida entera, cincuenta, sesenta años más, aguantando no solamente a la abuela, la madre y las hermanas lunáticas de Álvaro, que son unas viejas repelentes, sino también a su hija ilegítima y a su amante. Así no podría vivir, se repite Sarita mientras toman café y chocolate caliente con nata alrededor de la taza, qué asco, piensa, y todos siguen hablando del paseo.

Helia es la reina de las conversaciones y la que lo sabe todo.

Como una espía, Mabel observa a los demás en silencio.

Axel avanza por el pasillo y se encierra en el baño. Todavía piensa

que hay algo raro en ese encuentro y que Helia sabe demasiado. En el baño no encuentra pistas que lo orienten, solo un olor a jazmín que detesta y que reconoce de un pasado remoto. Así olía la piel de la Diente de Oro hace catorce años, a humedad, jazmín y cebolla en escabeche.

Cuando Axel vuelve al comedor de la recepción están hablando de la posibilidad de quedarse hasta el día siguiente porque la lluvia ya se dejó caer y no va a parar hasta el sábado. Mientras todos se acercan a la ventana a mirar el inicio de la tormenta, Axel vigila los movimientos de Helia. Observa junto a los demás, encantada con la interacción social, como si estuviera gozando de verdad con la puesta en escena. Nadie le quita de la cabeza a Axel que todo lo que ve es una representación.

—Fíjate bien en ella —le advierte a Sarita—. No le creo nada.

—Yo tampoco.

No aguanta más. Cansada del juego del suspenso, Sarita se acerca a Helia y la enfrenta.

—¿Me puedes explicar un detalle que no entiendo? —le pregunta—. ¿Por qué está invitada Carrie, que no es del curso?

—Lo mismo me pregunté yo cuando vi la lista de invitados —se encoge de hombros—. De hecho, algunos no tenían idea quién era y después se acordaron de la teleserie *Mil veces te amo,* que está tan buena, y del paseo, pero muchos compañeros no relacionaban la actriz con esa persona que habían conocido por casualidad, hace catorce años. Fue todo un tema en algunas cadenas de mails.

Sarita busca a Carrie entre los presentes y la ve acercándose mientras se cuelga al hombro una mochila negra.

—Gracias por invitarme —les dice a todos, acercándose a Axel—. No sé tú, cariño, pero yo tengo lugares más importantes donde estar. Me voy.

—Yo también. Vamos —accede Axel.

Sarita vuelve a respirar con normalidad ante la posibilidad de volver pronto a casa.

—¿En serio te quieres ir? —le pregunta Carrie—. ¿No prefieres que llame a un chofer?

—Ya te dijo que nos vamos, Carrie, déjate de preguntas —la detiene

Sarita para acercarse a Helia y Mabel—. Muy rico el chocolate caliente, y la compañía, como siempre, espléndida. Que todos tengan una linda vida, adiós.

Ante la despedida de Sarita, Helia se desencaja por completo.

—No, no, no te puedes ir, Sara. Ahora no.

Desde su sitio Axel vuelve a advertir la abrupta desesperación de Helia, ese raro temblor en las manos y la pausa que hace antes de intervenir.

—Por fin estamos todos juntos —insiste—. A lo mejor sería lindo aprovechar este momento para...

Helia debe callarse porque Sarita comienza a reír a carcajadas.

Álvaro se niega a aceptar que Sarita lo odia.

Axel cree que el misterio está recién comenzando.

Mabel no está segura si Helia es masoquista, o si de verdad no se da cuenta de que la están humillando.

Carrie solo quiere volver a la civilización lo más pronto posible, al precio que sea.

Valentina no piensa moverse de Aurora hasta descubrir la verdad completa, con todos los puntos de vista.

Pero la verdad, esa que los siete destinatarios de los sobres de colores tanto esperan, aparece demasiado pronto.

6

A LA HORA DE LA TORMENTA

Sarita está de pie frente a la puerta de la recepción, lista para salir a mojarse a la lluvia, cuando por el costado de su ojo izquierdo distingue una sombra que cubre parte de su campo visual. En un segundo logra concluir que no se trata precisamente de una sombra, sino de alguien que se ha sumado a la conversación del grupo, alguien que ha entrado desde el estrecho pasillo que lleva a los dormitorios. Cuando abre un poco más los ojos y ve la cara de Axel, que está junto a ella, ya comprende la gravedad mortal del asunto.

—No se vayan —ordena la voz.

Todos se quedan quietos.

Axel abre la boca, sorprendido. Su piel trémula le cuelga del rostro. Valentina lo mira, impactada por su cara de espanto ante la recién llegada.

—Supe que estaban preguntando por mí —afirma.

La lluvia cae con más fuerza y golpea el zinc del techo de la cabaña, acallando la voz profunda y extrañamente apacible de Silvana Maldonado.

—Tantos años. ¿Cómo están? Bienvenidos de nuevo.

Nadie se atreve a reaccionar.

—¿Tú...? —la apunta Helia y luego se dirige a Mabel—. ¡Es ella, la amiga de Duarte!

—Silvana —afirma Mabel—. Su nombre es Silvana.

—Gracias por recordar mi nombre, Mabel —le responde—. Siempre supe que eras la más inteligente.

Después de la sorpresa inicial cunde en el ambiente un aura de escepticismo. Sarita intercambia al pasar una mirada con Silvana y rápidamente levanta la cabeza para evitarla.

—Al menos reconozcan que los sorprendí —les pide Silvana a sus invitados avanzando por la recepción del camping—. Se quedaron todos mudos y eso me gusta, era la idea.

Se detiene en Valentina porque sabe que se está muriendo de la curiosidad.

—¿Sorprendida? —le pregunta—. ¿No tienes nada que decir?

—No tanto —reconoce, seria—. Lo más obvio era sospechar que tú eras la remitente de los sobres.

Axel la atraviesa con la mirada.

—Bravo, Silvana, genial. ¿Esto era lo que querías?, ¿llamar nuestra atención? Lo lograste —le reconoce, aunque en el tono de su voz Silvana percibe rabia, además de su ya clásico desprecio—. ¿No te parece que estás un poco vieja para jugar al *murder mystery*?

—Borra enseguida esa idea de tu cabeza. Esto no es un juego, Axel —le aclara de inmediato.

Al borde de la exasperación, Sarita empuja a Axel, alejándolo como si tratara de protegerlo de una amenaza invisible.

—No me interesa saber nada de ti, vamos, ya es suficiente —concluye, definitiva, avanzando hacia la puerta, pero Helia se cruza en su camino.

—¡¿Me vas a decir que tú organizaste este falso paseo?! —le pregunta Helia a Silvana—. ¡No puede ser, es imposible!

—Yo les voy a explicar todo —comienza Silvana, vigilando con cautela a Helia—. Lo único que importa en realidad es que todos están aquí.

—¡Porque nos mentiste! —grita Helia con todas sus fuerzas, indignada—. A mí me dijeron que era una reunión de ex compañeros.

Sarita se cubre los oídos por los alaridos de Helia.

—Cállate —le ordena Silvana, calmándola.

Helia comprende la indicación y guarda silencio. Axel la observa.

—Necesito que antes de juzgarme todos se tomen un tiempo para escuchar —les pide.

Helia asiente con la cabeza, como si en su interpretación el personaje estuviera alcanzando un momento de empatía que lo cambia todo. El plan parece estar funcionando según el programa. La farsa sigue su curso sin sobresaltos.

—Solo les pido un momento, nada más —agrega Silvana—. Es lo mínimo que pueden hacer por mí después de todo lo que pasó.

—¿Por qué? Explícame. ¿Por qué tendríamos que escucharte? —le pregunta Carrie, muerta de sueño y fastidio ante la aparición de esta mujer tan *obnoxious* a quien ha comenzado a recordar: la famosa Diente de Oro de hace catorce años, la mujer por la que Axel estuvo a punto de caer a la cárcel—. *We don't really know you*.

Silvana se queda un segundo junto a Carrie. Sarita se fija que la protagonista de *Mil veces te amo* está a punto de perder el control.

—No, no me conocen, es cierto, pero paradójicamente todos ustedes tienen algo en común. Todos me hicieron daño —recuerda Silvana ante la estupefacción de los siete testigos.

Álvaro agacha la cabeza. Por ningún motivo quiere que su mirada se cruce con la de Silvana, pero de alguna manera ella se las arregla para tenerlos siempre a los siete en la mira. Cuando sus ojos alcanzan a Valentina no hacen falta las palabras. La periodista está tan alterada como los demás, aún transitando la brecha entre lo irreal y la bastante más cómoda posibilidad de que todo sea una broma de mal gusto.

—Ustedes son mis fantasmas. Son los monstruos que destrozaron mi adolescencia —acusa Silvana, levantando un poco la voz—. Todos saben perfectamente lo que hicieron y lo que no, lo que dijeron y lo que callaron, no me hagan repetirles sus culpas. ¿O eso es lo que quieren, que les refresque la memoria antes de continuar?

Otro silencio de tumba paraliza los ánimos de los presentes. Axel empuña las manos, Carrie se acerca a abrazarlo, aunque sabe que sus abrazos no van a calmarlo. Sarita se queda de pie, devorando la rabia que le provocan las palabras de Silvana y también la impotencia de tener que contenerse ante los demás.

Si fuera por ella, la mataría.

Esa sería la única solución permanente: deshacerse de Silvana como si fuera un embarazo no deseado, porque a la larga eso ha sido siempre, una equivocación imperdonable, un error de cálculo, un recuerdo vergonzoso de ese pasado deplorable de su madre, de ese lado pobre y repugnante de su sangre que Sarita Mellafe jamás podrá lavarse.

—Silvana, me parece que aquí hay un malentendido —sigue

Valentina, siempre a la defensiva—. Nosotros no te hicimos nada, lo que ocurrió fue un accidente.

A Sarita la enfurece el temple de Valentina, pero por otro lado envidia su calma para interactuar con la Diente de Oro sin caer en su juego de manipulación.

—Valentina Cervantes, siempre con la palabra oportuna —se burla Silvana—. ¿Quieres que empecemos por ti?

Valentina se estremece por un instante. Los demás la observan.

—No tengo nada que esconder —le advierte—. Soy una página en blanco, no tengo secretos ni contigo ni con ninguno de los presentes.

—No tienes nada que esconder porque todo te lo han escondido a ti —se ríe Silvana, acercándose a ella como a una amiga íntima a la que no ve hace décadas—. ¿Sabías que la noche del 12 de diciembre de 1987 Axel me violó?

Otro silencio. Otras miradas.

Al oír la acusación Sarita se estremece. De las palabras, de las intenciones ocultas y de su propio recuerdo de lo que vio y lo que olvidó de esa noche en la casa de botes.

Valentina niega con la cabeza, esperando que Silvana termine de hablar, pero Axel la interrumpe, furioso.

—¡Eso no te lo voy a aguantar!

Axel da unos pasos hacia ella con el rostro desfigurado por la rabia y la incomprensión. Sus gritos atraviesan la recepción.

—¡El juez fue bien claro! ¡No tengo por qué seguir dando explicaciones! ¡Ni a ti ni a nadie!

—¿El juez? —le pregunta Silvana—. ¿Estamos hablando del mismo juez? El juez Joaquín Richards, el compadre de don Hermann Schumacher, tu padre.

—No sigas, Silvana.

—¿Me vas a negar que tu papá era padrino del hijo mayor del juez que condenó a Rodrigo a once años de cárcel?

—Muerta de hambre, claro que lo niego —le grita Axel, fuera de sí —. Estás enferma. Y lávate bien la boca antes de usar el nombre del papá.

—Ya hablaremos de don Hermann cuando llegue el momento, querido Axel —le promete Silvana, sin dejar de sonreír.

—Olvídate, eso sí que no.

—¿Por qué no? ¿Qué es lo que no quieres que se sepa de tu papi?

—¡No te atrevas, mierda, o te juro que...!

—¿Qué? ¿Vas a matarme? —lo interrumpe, sin miedo—. Te recuerdo que ya lo intentaste una vez y no fuiste capaz.

Axel respira con dificultad, ahora la rabia le sube por la cara y enrojece su frente. Las venas de su cuello laten al mismo ritmo que su respiración.

—¿Sabías que Álvaro y Sarita estaban presentes en la casa de botes mientras Axel me violaba?

La nueva acusación paraliza a Sarita.

—¡Cállate, Silvana! —le ordena Álvaro—. Ya basta.

—Déjala, que diga lo que quiera —le dice Sarita—. ¿Quién le va a creer a estas alturas?

—Estas acusaciones son gravísimas.

Silvana se detiene un momento más en Valentina.

—Por culpa de tu declaración a la policía Rodrigo se fue preso, ¿lo sabías? —le reprocha.

—Yo declaré lo que vi esa noche, nada más —le aclara Valentina.

—¿Sí? ¿En serio? ¿Y por qué entonces no le contaste a la policía que viste a estos dos arrancando de la casa de botes?

Silvana indica con desdén a Sarita y Álvaro. El gesto que hace con las manos y el tono de voz que utiliza para referirse a ella enfurece de nuevo a Sarita. Un viento helado le azota la espalda y la congela. Tiembla. Siente una arcada que disimula como otro síntoma de la rabia.

—¡Mentirosa! ¡Tú te estabas revolcando con Axel! —la acusa con los ojos desorbitados—. Lo estabas pasando regio y ahora te vienes a hacer la víctima, por favor.

—Me cuesta mirarte sin sentir pena, Sarita, en serio —le recrimina Silvana—. ¿Cómo puedes ser así?

—Imagínate lo que me cuesta a mí mirarte a la cara —le responde Sarita.

—Llevo muchos años tratando de recuperarme de lo que pasó en este lago —aclara mirando por la ventana hacia el bosque, como buscando el agua entre los eucaliptos.

—¿Y por eso tenías que mentir? —le pregunta Axel.

Silvana lo observa, desanimada.

—Necesitaba traerlos al camping de alguna forma. Y no he terminado con la introducción. —Se detiene un momento y observa a Valentina, insistiendo—. Ya sabes por qué estás aquí. Álvaro, Axel y Sarita, su culpa es bastante obvia, ¿no? El violador y sus secuaces.

—¡Cállate, imbécil!

Sarita se lanza sobre Silvana con los puños apretados, pero ella alcanza a sujetarlos en el aire hasta inmovilizarlos por completo. Al darse cuenta de que nadie piensa separar a las mujeres, Mabel se acerca e interviene.

—Basta, Silvana, no vale la pena —dice y las separa.

Sarita reacciona a la intolerable presencia de Mabel, su más antigua enemiga, y se aparta.

—Ninguno de nosotros tiene la culpa de que hace catorce años hayas sido una puta —le explica, como un golpe de gracia—. ¿O es necesario que te recordemos cuánto te gustaba el sexo?

—Déjala, Sarita, no pierdas el tiempo —le recomienda Axel—. Algo está tratando de conseguir con todo esto. ¿Por qué no dices de una vez cuánto quieres? Porque es eso, ¿verdad? Detrás de las acusaciones de mujeres como tú siempre hay una sola cosa: plata.

Silvana se ríe, aunque tiene ganas de romperle la cara.

Carrie se abre paso en medio del grupo para increpar a su anfitriona.

—¿Y yo? ¿Me podrías explicar por qué estoy yo en esta lista negra? —le exige.

—Tú eres un accesorio, Carrie, como siempre —le confiesa Silvana sin alterarse—. La verdad es que no tienes ninguna relevancia en esta trama, eres solo una mala actriz interpretando un personaje de segundo o tercer orden.

—Perfecto, esta mala actriz se retira —amenaza Carrie, ofendida en lo más íntimo de su ego, pero sin expresarlo ni por un segundo.

—Tú declaraste a favor de Axel en el juicio —la acusa Silvana antes de que llegue a la puerta.

Carrie se detiene y gira lentamente hacia ella.

—¿Y qué hay con eso después de tantos años? —le pregunta, indignada—. ¡Ni siquiera recuerdo bien lo que declaré!

—Yo sí me acuerdo. Dijiste con toda certeza que Axel estaba contigo antes del incendio. Y las dos sabemos que eso no es verdad porque yo estuve con él todo el día —le recuerda Silvana y luego su mirada se queda plácida en el blondo príncipe de San Damián—. Ese día lo pasamos juntos. Todo podría haber sido un sábado perfecto de verano. ¿Te acuerdas, Axel?

Axel mueve la cabeza, molesto.

—Estuvimos todo el día bañándonos aquí y te taimaste porque no quise hacer el amor contigo en el bote a motor, en medio del lago.

—Demasiada información para mí —se queja Carrie, frenética—. Axel, ¿nos podemos ir de una vez?

—Mentiste en tu declaración, Carrie —la acusa Silvana—. Por eso estás en este reencuentro.

Carrie levanta el dedo medio de su mano derecha porque ya no tiene palabras que describan su furia. Abre la puerta de la recepción, se cubre la cabeza con la capucha de su abrigo y sale. Sarita recoge sus cosas y mira por última vez a Silvana, indignada.

—Patética.

—Patética o no, sigo siendo tu hermana.

Valentina y Álvaro son los únicos que lo saben, piensa Sarita.

Carrie no está presente cuando Silvana confiesa esa horrorosa verdad.

Mabel y Helia no le importan, no existen en su mapa mental.

Axel se lleva las manos a la cabeza, presa de la confusión, la sorpresa y de la sospecha de estar enfrentando un severo caso de psicopatía.

—Tenemos la misma sangre —le recuerda Silvana.

Sarita puede ver en cámara lenta cada detalle de la reacción de Axel.

Está a punto de quebrarse ante la mirada burlesca y antipática de la Diente de Oro, lo sabe, no puede flaquear, no puede darse ese permiso. Álvaro la toma por el brazo, obligándola a aceptar que está vivo y cerca y que, a pesar de todos los intentos del mundo Sarita no puede borrarlo de un día para otro. Intenta resistirse y se aleja, pero Álvaro no se da por vencido. Necesita expresarle su apoyo.

—¿Qué quieres de nosotros, Silvana? —la enfrenta definitivamente

Valentina—. Porque podemos estar para siempre echándonos en cara el pasado. ¿Qué estás buscando?

—Ya lo dije. Quiero que me escuchen, nada más.

—Olvídate —sentencia Álvaro—, yo no tengo nada que escuchar, menos después de las acusaciones que hiciste.

Silvana lo mira con desprecio. Sarita puede palpar su resentimiento.

Mabel se acerca a Silvana.

—Yo también me despido —le dice en tono conciliador—. Buscar culpables es inútil a estas alturas. Lo siento, Silvana, pero no podemos ayudarte.

—Pueden ayudarme si me escuchan —concluye—. La única manera de destruir los fantasmas es mirándolos a la cara sin miedo. Como si no existieran.

Sarita hace una mueca de asco.

—¡Por favor, qué cursilería! —se queja—. ¡No quiero escucharte! ¡No tengo ganas! ¡No existes para mí! ¿Es tan difícil de entender, por la misma mierda?

Sarita se queda de pie, observándola. Su respiración se altera otra vez empuña las manos. Un grito de terror que proviene del exterior la distrae.

* * *

Carrie dice que estaba buscando su mochila en el auto cuando vio que un hombre la estaba vigilando. No sabe quién es, pero su rostro le suena. Cuando gritó salió corriendo hacia el lago. Axel sale y la calma, toma las llaves del auto y echa a andar el motor.

El auto de Axel no enciende.

—No puede ser —se lamenta Carrie.

Unos segundos más tarde, Álvaro arranca el motor de su jeep. Tampoco hace contacto.

Desde el auto de Axel, Sarita ve la imagen de Silvana en el espejo retrovisor. Está de pie en la puerta de la recepción del camping despidiéndose de Mabel y Helia.

—¿Qué pasa? —le pregunta Helia a Álvaro, preocupada.

—No hace contacto —le cuenta él—. Es algo en el sistema eléctrico, yo creo.

Axel se baja y se acerca a Álvaro. Cada uno revisa el auto del otro y aunque ninguno es mecánico concluyen con facilidad que se trata del mismo desperfecto. En el interior del auto de Axel, Carrie se lleva las manos a la cara, a punto de ponerse a llorar porque necesita urgente llegar a Santiago. Sentada en el asiento trasero Sarita la comprende, pero no está dispuesta a demostrárselo ni a bajarse del auto para seguir con la tortura de soportar a la Diente de Oro y su drama.

—Mabel, ¿me puedes hacer un favor? —le pregunta Álvaro.

Mabel se sobresalta. La última vez que Álvaro Villalobos le dirigió la palabra fue para compararla con una iguana.

—¿Me prestas las llaves del Renault?

Extrañada y presa de la desconfianza más aterradora desde que cada martes se paralizaba antes de la clase de Educación Física, Mabel le entrega las llaves. Álvaro se apura en probar el auto de Mabel. Axel lo sigue. Al hacer contacto, Álvaro espera el mismo desperfecto que en su auto y el de Axel.

Pero el patrón no se repite. La llave del Renault gira y el motor hace un ligero estruendo. Mabel observa, atenta, y vuelve a despedirse de Silvana, sin entender nada.

—Si necesitas algo, llámame —le dice—. En serio, llámame y conversamos.

Silvana asiente con la cabeza, distante e inexpresiva. Mabel se queda mirándola con preocupación.

—Por alguna razón ni mi auto ni el de Lobo encienden —anuncia Axel.

—¿Por qué? —le pregunta Silvana, con extrañeza—. ¿Qué les pasó?

—Es lo mismo que te quiero preguntar —la enfrenta él, serio.

—Axel, por favor, basta de desconfianzas ridículas —le pide, moviendo la cabeza—. Yo ya les expliqué lo que buscaba, ustedes se negaron, ahora pueden irse tranquilos, los entiendo. Pero no me hagas jugar este juego, basta de humillaciones.

Axel camina hacia ella, indignado.

—¿Qué le hiciste a mi auto, loca de mierda? —le pregunta.

—Ya, Axel, suficiente, vamos —lo detiene Sarita.

—¿Cómo? ¿Cómo nos vamos ahora? —pregunta Álvaro, enojado.

—Hay una vulcanización a unos cinco kilómetros, hacia Lago Negro

—les informa Silvana.

Álvaro y Axel la miran de reojo y luego se fijan en Mabel, que se sube al antiguo Renault verde.

* * *

Mabel sujeta con firmeza el volante mirando el camino de tierra que une Aurora con el pueblo de Lago Negro, del que nunca ha oído nada en absoluto, mientras se pregunta si lo que está viviendo bajo esa lluvia torrencial es real o un ingrediente más de sus autoficciones.

—Dijo cinco kilómetros —recuerda Axel— tenemos que estar cerca.

—¿Y le vamos a creer a estas alturas? —le pregunta Álvaro, suspicaz —. No deberíamos haber venido.

—Y más encima con esta lluvia —se lamenta Axel, malhumorado, mirando por la ventana del asiento trasero del Renault.

Álvaro gira la cabeza para apreciar mejor el aguacero y después se fija en ella. Mabel puede sentir sus ojos examinando cada detalle suyo. De pronto todo su cuerpo tiembla de nervios.

—¿Segura que puedes manejar sola con esta lluvia? —le pregunta Álvaro, preocupado y haciéndose el galán.

Mabel lo observa y sospecha de su amabilidad. Imagina que en sus ojos cargados de desconfianza se ven dos cuchillos ensangrentados, como si fueran las figuras chillonas de un tragamonedas con temática de Halloween. No existe nada ni nadie en el mundo a quien odie tanto como a Álvaro Villalobos, el Lobo.

—No te preocupes —es lo único que atina a decir, seca y cortante.

—Es que está lloviendo fuerte —comenta él, insistiendo, y vuelve a mirarla con una intimidad a la que ella no está habituada y que no le gusta.

—Tú eres psicóloga, ¿no? —Axel se asoma desde atrás, interesado—. Como profesional, ¿qué opinas de lo que acabamos de ver?

Mabel lo observa a través del espejo, pensativa. Las pupilas irritadas de Axel Schumacher reflejan la lluvia que cae y el movimiento del quejumbroso limpiaparabrisas del Renault.

—¿De qué quieres que opine? —le pregunta Mabel—. ¿De Silvana?

—Analizándola bien, ¿no te parece que es una mujer peligrosa?

Mabel sonríe. Todo le parece absurdo e inconcebible: Axel

Schumacher hablando de mujeres peligrosas.

—No puedo opinar sin tener los antecedentes clínicos de Silvana, que me imagino deben existir en alguna parte —se excusa ella, sin transar ni por un segundo—. Pero las acusaciones que hizo son bastante... delicadas, por decir lo menos. ¿A ustedes les parece que no?

El motor del Renault emite un nuevo gemido. Álvaro da vuelta la cabeza para intercambiar una mirada de preocupación con su camarada.

—Supongo que no creíste nada de lo que esa loca dijo de nosotros, Mabel —le dice Axel.

—¿Desde cuándo te importa lo que yo crea? —le pregunta ella en un arranque de sinceridad.

—Me importa —sigue él—, por eso te estoy preguntando.

Mabel gira un poco la cabeza y lo observa a través del espejo retrovisor.

—¿Sabes lo único que quiero, Schumacher?

Pausa. Los ojos de Axel y Álvaro saltan de un lado al otro, buscando un refugio.

—Dime.

—Que los minutos que faltan hasta llegar al mecánico pasen rápido porque no te soporto.

Axel se estira en el asiento trasero, frustrado.

—Entonces de verdad crees que soy un violador —sentencia.

—Todos pueden llegar a serlo.

Mabel opta por guardar silencio durante el resto del viaje. Antes de Lago Negro la lluvia ha cortado el camino, formando un barrial e inundando casas y calles. Álvaro ve un letrero escrito a mano que anuncia una vulcanización.

—Déjanos aquí, gracias —le dice a Mabel.

Axel y Álvaro se bajan del Renault bajo la lluvia torrencial. Álvaro le da las gracias a Mabel, Axel no. Mabel se despide con un gesto de la mano y acelera. No mira hacia atrás hasta que pasan unos segundos. Por el espejo lateral ve que sus aborrecidos excompañeros se quedan por un momento contemplándola bajo la lluvia y después siguen corriendo hasta perderse en el barro.

El día está tan oscuro que se le hace difícil seguir el camino. El agua

le nubla momentáneamente la visión. Además de las dificultades en la ruta, Mabel aún no puede superar la seguidilla de vicisitudes de las que ha sido testigo en las últimas horas. No sabe qué pensar ni cómo reaccionar a los hechos, tampoco qué decisiones debería tomar en el futuro, en especial con ese torbellino de sentimientos contradictorios, mentiras absurdas y traumas adolescentes en el que podría resumirse su relación con Helia.

Primero fueron las mentiras en la mañana, cuando pasó a buscarla a la librería. Le dijo que Guadalupe Foster, una excompañera, también se iría con ellas en el Renault, pero la noche anterior le había comentado que no tenía el número de Guadalupe Foster y que no se comunicaba con ella desde que salieron del colegio. Cuando Mabel la encaró por su mentira Helia se defendió con la excusa de que había entendido mal y que no tenía razón alguna para inventar una amistad con la Foster.

Después empezaron las llamadas telefónicas. Apenas emprendieron el viaje hacia Aurora, el celular de Helia no paró de sonar. Mabel se fijó que siempre se trataba del mismo número, uno no registrado. Helia respondió cada vez de manera monosilábica, sin ganas, ovillándose en el asiento para que ella no oyera nada de la conversación. Así sucedió cuatro veces en menos de veinte minutos.

—Sí... Aquí estoy... No... En camino... No sé a qué hora... OK... OK... OK... Voy a tratar.

Antes de salir a la carretera, nerviosa por las incesantes llamadas, Helia le dijo a Mabel que necesitaba parar a hacer unas compras. Como Mabel se negó tajante a aceptar la parada, Helia se ofuscó. La acusó de egocéntrica dominante y la amenazó con amargarle el fin de semana si no se detenían en el supermercado de inmediato a comprar lo que necesitaban.

—¿Qué necesitas tan urgente, por favor?

—No es para mí, es para ella.

—¿Para quién?

Mabel notó que ganaba terreno. Si presionaba un poco podía conseguir que Helia le contara más.

—¿Para quién?

¿Quién era «ella»?

Helia advirtió su avanzada y se detuvo. No volvió a abrir la boca. Sin embargo, y a pesar de que desde ese momento se esforzó por corregir su error a toda costa, la duda ya estaba sembrada. No había vuelta atrás. Mabel ya sabía de la existencia de esta «ella» en la ecuación, una mujer sin nombre por quien Helia estaba dispuesta a hacer compras de último minuto en el supermercado más cercano.

El viaje a Aurora se hizo eterno. Mabel pensó que Helia se iba a poner a llorar si no aceptaba sus caprichos, pero no cedió en su decisión. Sabía que esa estrategia, la de no transar, era lo único que funcionaba al relacionarse con ella. Le explicó que no quería perder tiempo en el supermercado. Helia la ignoró. Mabel insistió con la pregunta: ¿para quién tenía que hacer las compras? No le respondió.

Antes de llegar al camping Buenaventura, cuando el Renault ascendía la cuesta para alcanzar el arco de Aurora, le tomó la mano con una extraña mezcla de furia y ternura.

—Prométeme que no vas a tener miedo, Mabel.

—¿Miedo? ¿Por qué voy a tener miedo?

Mabel no entendió el motivo de la insólita advertencia, pero cuando un poco más tarde apareció Silvana en lugar de Guadalupe Foster y los demás compañeros del curso, los motivos del paseo empezaron a hacerse más nítidos en su cabeza. Mientras evocaba el pasado con distancia y respeto, que eran emociones recurrentes en Mabel, la semilla de la interrogación empezaba a germinar para convertirse en sospecha. No cabía duda: «ella», la mujer de la que había hablado Helia, era Silvana.

La lluvia sigue cayendo a grandes goterones bajo el cielo de Aurora. Mientras recorre en orden cronológico los acontecimientos, Mabel sujeta el volante con fuerza. El barro se amontona a ambos costados del camino y hace que las ruedas del Renault queden atrapadas. Acelera tratando de alejarse del centro del camino fangoso, pero no logra dominar el auto, que se desliza hacia un costado. Se detiene, pone marcha atrás y vuelve a partir. El agua le nubla el parabrisas trasero, por lo que debe retroceder con extremo cuidado. Pisa el acelerador suavemente, sin perder de vista el vidrio trasero. El Renault se mueve un poco y retrocede unos metros, solo ve el agua chocando contra el parabrisas cuando un golpe la sobresalta. Algo suena contra

el parachoques.

Mabel se baja en medio de la lluvia. Intenta cubrirse con unos diarios, pero en un segundo están empapados y debe botarlos. Camina hasta la parte trasera del auto esperando encontrar un animal herido. Por favor, que sea un animal, suplica, pero para su tranquilidad no encuentra nada. Vuelve corriendo al volante, pone la marcha en primera y acelera. El motor se activa, el auto sale disparado por algunos metros. Mabel aprovecha la velocidad y sigue acelerando, pero el barro se ha acumulado en las ruedas impidiendo el avance. El Renault da un giro justo en una bajada para caer hacia adelante y volcarse hacia un costado. La lluvia comienza a entrar por las rendijas y a colarse al interior del vehículo.

Queda inconsciente por un segundo. No es capaz de reaccionar. Cuando abre los ojos, las gotas están mojándole la frente, como si quisieran recordarle que llegó la hora de luchar por su vida. Mabel se activa, mueve la manilla de la puerta del chofer y comprueba que por suerte no ha resultado descuadrada con el impacto. Basta un golpe y logra empujarla. De un salto logra asomarse al exterior. Se mira el cuerpo para confirmar que no está herida de gravedad, apenas un golpe en el muslo izquierdo, un feo moretón en el brazo y algo sangrante en la frente, que no le duele.

Se aleja del auto y retrocede hacia el camino. Comprueba el giro que ha dado el Renault. Se ha salvado por milagro. Cojeando de la pierna izquierda, que es lo único que en realidad le duele, avanza por el costado del camino. La lluvia helada golpeándole la cara y el cuerpo parece revivirla.

De pronto, el sonido de un motor a lo lejos le devuelve las esperanzas.

Gira la cabeza y ve una camioneta avanzando bajo la lluvia. Levanta las manos para detenerla, angustiada ante la posibilidad de ser invisible en la oscuridad de la tormenta. La camioneta se detiene. Mabel se asoma para mirar al interior.

—Hola.

—¿Cómo se le ocurre salir con esta lluvia?

—¿Me puede llevar al pueblo?

—Por supuesto. Donde quieras.

Sin dar explicaciones, Mabel se sube a la camioneta. Está empapada y no quiere mojar el asiento. Está pensando en las gotas que caen de su pelo cuando comienza a sentir un dolor de cabeza que le nubla la vista, la voluntad y la conciencia.

—Acabo de tener un accidente, mi auto se volcó —se apura en contar, alarmada—. Necesito que me lleve a un hospital, por favor. Un hospital.

Cierra los ojos y cuando está a punto de desvanecerse por completo un fuego en el pecho la hace levantarse de dolor. Es un *shock* directo a su sistema nervioso.

Por instinto, Mabel grita. Mueve la cabeza con desesperación en busca del origen del ardor, del aguijonazo, de esa punzada espantosa que atraviesa su pecho, y en un segundo ve un hilo de sangre que sale a borbotones del interior de su cuerpo para manchar el tablero de la camioneta. Entre alaridos y gemidos guturales que ni ella es capaz de interpretar, Mabel se toca el vientre para descubrir que tiene un cuchillo de cazador clavado en el ombligo. Una mano que no es la suya sujeta la empuñadora y la gira en su abdomen. Un par de ojos negros la vigilan con placer.

Mabel siente la hoja filosa del cuchillo rebanando la carne en su interior.

7

Corre lo más rápido que puedas

Álvaro golpea el portón con fuerza. Del interior del taller se escucha música tropical a bajo volumen. A su lado Axel trata de cubrirse de la lluvia, pero es inútil, el agua estila por su cabeza y le entra en los ojos, no lo deja moverse ni mirar a su alrededor.

—¡Ayuda, por favor! Necesitamos un mecánico —grita Álvaro con impotencia.

Axel pierde la calma y comienza a patear el portón de metal. Álvaro gira la cabeza con curiosidad, rodeando la casa que está anexada al taller.

—¡Para, Axel!

El sonido de la lluvia sobre los techos de zinc los obliga a gritar. Con resignación Axel sigue a Álvaro por el costado del taller, con rumbo desconocido. Alrededor, en un patio lateral semiabandonado, se divisan algunas carrocerías oxidadas, una mesa de trabajo, una vieja *station wagon* Toyota y una jaula en cuyo interior de inmediato detecta dos rottweilers medianos. Los perros levantan la cabeza, igual de empapados con la lluvia que Axel y Álvaro. Se ven bravos, aunque al percatarse de la presencia de ellos apenas se molestan en gemir un poco. Es una buena señal, piensa Axel.

—No te muevas —le recomienda a Álvaro.

Los rottweilers se inquietan a medida que los extraños se van acercando a la jaula. Uno de ellos se mueve y empuja el hocico, levantando una puerta de metal por la que alcanza a pasar su cabeza.

—Están sueltos —concluye Álvaro en tono de condena.

Axel observa la jaula. El primer perro asoma sus fauces hacia el exterior y corre directo hacia ellos. Con rapidez el segundo lo imita. Álvaro grita, agarra a Axel de un brazo y juntos se alejan a toda

velocidad bajo la lluvia mientras los perros ladran tras ellos. A la distancia Axel ve una ventana abierta y se la indica a Álvaro. Antes de que los animales puedan alcanzarlo, Axel salta por la ventana a una especie de bodega que desde afuera parece vacía. Cae de espaldas, siente que el techo se le viene encima. Su espalda cruje. Algo animal se desliza correteando por el suelo, posiblemente un pájaro o una rata.

Álvaro repite sus movimientos con exactitud, pero tiene mala suerte. Una de las bestias da un brinco en el aire y logra clavarle la mandíbula en el antebrazo derecho.

La sangre brota de la herida y le mancha el pecho. Los perros siguen ladrando, Álvaro cae al suelo, en *shock*, chillando de dolor. Axel se acerca, le quita la bufanda del cuello y la usa para vendar el brazo. Álvaro mueve la cabeza en pequeños espasmos, tiritando. Le agarra la mano mientras llora, angustiado.

—Mírame, Lobo, todo va a estar bien, ¿me oíste?

Axel mira a su alrededor, atento a cada detalle, cuando a lo lejos ve una habitación que podría ser un living o una sala de estar. Desde el interior proviene la música tropical que habían oído afuera.

En la sala hay un televisor encendido en un programa de talentos. Axel se fija que nadie está mirando. Álvaro avanza tras él sujetando su antebrazo herido, gimiendo. Axel examina todo lo que ve: mesa, suelo, cómoda, libros, sillón. De pronto, algo cae al suelo junto a un frasco de monedas y unos libros. Álvaro se agacha a recoger los objetos y cuando lo hace por un segundo su mirada se oscurece, el pulso se le acelera y sus manos comienzan a sudar.

—¿Axel?

Álvaro se levanta y le muestra lo que tiene en la mano. Axel cree que es una revista antigua o algo así.

—¿Y esto? ¿Por qué está aquí? —le pregunta Álvaro antes de que él identifique la revista.

No es una revista: es el anuario del colegio Andalucía, generación 1987.

Axel estira una mano, revisa nervioso las hojas arrugadas y desteñidas por los años hasta llegar a las páginas centrales. Dividida en ambas planas se ve una foto grupal del Cuarto Año A. Axel abre los ojos con una mezcla de asombro e incredulidad. Álvaro le quita el

anuario de la mano y ve que algunos rostros de la foto han sido recortados. Entre ellos, los suyos.

Los dos se quedan mudos. Prefieren no hablar por un momento. Juntos y por separado revisan cuáles son los rostros que han sido cercenados del resto de la foto:

Axel.

Álvaro.

Sarita.

Valentina

Helia.

Mabel.

Álvaro se lleva las manos a la cara, aturdido de dolor. Sin querer se mancha los párpados con su propia sangre. Al enfrentar a Axel y mirarlo tiene el rostro rojo.

—Es ella —le dice con una resignación que lo exaspera—: es la Diente de Oro.

—¡Cállate, huevón! —le ordena Axel, y en ese segundo, como un brillo fulminando la oscuridad, aparece ante su vista un manojo de llaves olvidado sobre una pequeña mesa de centro que está arrinconada contra la pared.

Ilusionado, se acerca para examinar con atención el llavero en forma de herradura y luego cada una de las llaves hasta que encuentra una con el logo de Toyota.

—Debe ser de la *station* que está afuera —sentencia Axel con ojo experto.

—¿Qué estás pensando? —le pregunta Álvaro.

Álvaro lo sabe perfecto porque conoce bien a su amigo, pero se niega expresarlo por miedo a que sea justo lo que está adivinando. Axel guarda las llaves y camina hacia una puerta lateral que debería dar a la cocina. Álvaro cree que está delirando por la pérdida de sangre y ese dolor paralizante en el brazo que tal vez podría estar irradiándose hacia su pecho y espalda. Su cabeza no funciona como debería.

Cuando Axel se asoma por la ventana ve una camioneta que se aproxima por el camino, o lo que queda del camino después unas cuantas horas de tormenta. Es una Saveiro parecida a la que tenía en

sus tiempos de adolescente. Por un momento el sonido del motor lo conmueve y le despierta una nostalgia absurda, fuera de lugar. Álvaro sujeta su brazo herido y cierra los ojos como si quisiera escapar, a punto de rendirse ante el dolor. Axel alcanza a sostenerlo antes de que caiga al suelo.

—Vamos, Lobito —lo anima—. Tú podís, hermano.

Álvaro reacciona al motor de la camioneta que se acerca. Axel mira por la ventana, la Saveiro se detiene frente al portón metálico. Sonríe, satisfecho, como si en esa camioneta que le recuerda sus días más felices se ocultara la solución a todos sus problemas. Álvaro camina junto a él hacia el exterior cuando a través de la ventana alcanzan a ver que alguien desciende de la Saveiro. Es una silueta alargada y fornida, cubierta por un impermeable negro y un gorro de piel. El hombre abre la puerta, se baja y corre escapando de la lluvia. Álvaro va a asomarse al exterior para pedirle ayuda cuando Axel lo detiene.

—Espera, Lobo.

Axel se esconde bajo el marco de la ventana. El hombre del impermeable rodea la camioneta hasta llegar a la puerta del copiloto. Axel agudiza la vista y al otro lado distingue una silueta ocupando el asiento. Extrañado, le hace un gesto a Álvaro para que observe con discreción. El hombre del impermeable abre la puerta del acompañante, la lluvia sigue rebotando sobre su cabeza y escurriendo por los costados del gorro. Álvaro se asoma a mirar e instantáneamente algo pesado y empapado en sangre cae al suelo desde la camioneta. Axel se altera, levanta la cabeza y entonces ve al hombre del impermeable con las manos empuñadas, furioso con lo que acaba de suceder.

A su lado, Álvaro tiembla de espanto.

—¡¿Axel?! —grita—. ¿Esa es...?

La voz de Álvaro lo paraliza. Axel asiente con la cabeza, horrorizado al comprobar que el bulto que ha caído desde la camioneta es Mabel Cruz.

* * *

Sarita se pasea de un lado a otro en el pequeño dormitorio de la cabaña de madera en forma de A.

—Miren la hora que es —se queja, preocupada—. No entiendo por qué no han vuelto.

—Sarita, no me pongas más nerviosa —le ruega Carrie, sentada al borde de la cama, escuchando los truenos que atraviesan la bahía.

—¿Y qué quieres que haga? —le pregunta Sarita—. ¿Serías tan gentil de explicarme qué más podemos hacer, además de esperar como santas estúpidas?

—Nada más —concluye Valentina—. Paciencia, Mellafe.

Carrie se levanta, agobiada, y mira por la ventana. Ya es de noche y no se había dado cuenta.

Helia asoma la cabeza desde el pasillo y avanza con una bandeja con agua de manzanilla y galletas integrales.

—Quédense tranquilas —sugiere, dejando la bandeja sobre la cómoda—. Los chiquillos tienen que estar por llegar.

El rostro de Sarita se contrae en una nueva mueca de repugnancia y desazón.

—Córtala de hacerte la amiga, galla, en serio —le ordena a Helia—. Era chistoso al comienzo, por lo patético, por lo insólito, pero hace rato que ya no.

—Mellafe, no seas antipática —la para Valentina—. Lo hace por ayudar.

—Déjame tranquila, Vale, ¿querís? —le exige, desencajada—. ¡Para de dictar cátedra y de decirme lo que tengo que hacer!

—Perdona, Sarita —se disculpa Helia, haciéndose la víctima—. No te quería molestar, en serio, al contrario.

Sarita pone los ojos en blanco, sulfurada.

La lluvia no ha cesado desde que llegaron al camping, pasado el mediodía. Sarita y Carrie, y en cierta medida también Valentina, están seguras de que Silvana planificó la hora de la llegada para que coincidiera con el inicio de la tormenta, según estaba pronosticada.

Después del altercado, Valentina se queda callada en un rincón del pequeño dormitorio ubicado en la parte trasera de la cabaña. Se pregunta qué tiene en común con Sarita, Axel y Lobo, que se supone son sus mejores amigos del colegio, e intenta confeccionar una lista mental de los motivos que la llevaron a ese paseo inaudito. Mientras intenta buscar explicaciones que la convenzan, a su alrededor escucha

la mezcla amenazante del sonido de la tormenta, el traqueteo de las uñas de Sarita sobre la cómoda de madera y el ruido que hacen las pulseras de Carrie cada vez que mueve los hielos al interior de un vaso de whisky. Valentina junta las rodillas, cierra las manos, respira hondo, se concentra en desaparecer.

—¿Te sientes bien? —le pregunta Carrie, haciéndose la preocupada.

Valentina quiere ser invisible.

—Y si no pueden arreglar los autos, ¿vamos a tener que dormir aquí? —se pregunta Sarita, amargada.

Valentina anhela que nadie la vea nunca más.

—Yo creo que no nos queda otra —le contesta Helia, amable—. Dicen que la tormenta va a durar hasta el domingo.

—¿Valentina? —le insiste Carrie, acercándose un poco más, casi a punto de tocarla con sus uñas pintadas de negro—. ¿Te pasa algo?

No responde. No puede articular ni una sola frase.

—Sarita, me parece que Valentina no se siente bien —informa Carrie, ahora preocupada de verdad.

Sarita se acerca a Valentina, extrañada. Le toca la mejilla.

—¿Vale? ¿Te sientes bien? Estás como papel.

En un segundo la rodean las cabezas de Sarita, Carrie y Helia.

—Está súper blanca, en verdad —confirma Helia, trágica—. Nunca la había visto así.

Sarita intenta reanimarla. Le golpea suavemente la mejilla.

—¡Vale! ¿Me escuchái? Dime algo.

Helia le sirve un vaso de agua con azúcar.

Carrie le da dos cuadritos de Toblerone.

Valentina obedece todas las órdenes. Las demás hablan de una ambulancia a la que deberían llamar. Pasa el tiempo y no sabe cómo ni qué hace para recuperarse, pero pronto vuelve en sí misma y es capaz de explicar que sufrió una descompensación, que ya está normal y que necesita tomar un medicamento. El Zoloft está en su mochila.

A Helia le llama la atención el episodio de Valentina. De inmediato lo interpreta, según su propia perspectiva, como un trastorno de pánico, detalle nada insignificante y que hasta ahora no manejaba dentro de los antecedentes de la popular periodista. Sin que se dé cuenta, decide seguirla hasta el baño, donde se encierra por

veinticinco minutos antes de regresar con las demás al dormitorio principal de la cabaña. Poco después, en un momento de distracción mientras todas se preguntan dónde se metió Silvana y cuándo piensa liberarlos de ese camping olvidado por la mano de Dios, Helia logra lo que le parecía imposible: acercarse al neceser de Valentina y comprobar cuál es el remedio misterioso que toma. Para decepción suya, se trata apenas de un ansiolítico tricíclico cualquiera.

—Lo siento, necesito descansar un rato mientras vuelven Álvaro y Axel —susurra Valentina, recostándose sobre la cama.

—¿Cómo puedes descansar con estos nervios? —le reprocha Sarita —. Te admiro.

Valentina cierra los ojos y no se da cuenta en qué momento las demás comienzan a desaparecer del dormitorio una por una para dejarla sola en la oscuridad de la cabaña.

Los truenos, el viento entre los árboles y la doble dosis de su mejor amigo, el Zoloft, la empujan a un estado de laxitud sospechoso. Se deja llevar por el efecto hipnótico acumulativo del ansiolítico y en unos pocos minutos, imposible saber cuántos, ya no piensa en el camping ni en los autos cuyos motores sospechosamente no hicieron contacto, ni en la tormenta apocalíptica que azota el pueblo; tampoco en el reportaje de aniversario de la tragedia de Aurora, que a estas alturas ya debería tener escrito y en proceso de edición. Ni siquiera se tortura pensando en las atroces acusaciones de Silvana hacia sus amigos más queridos del colegio porque aunque Valentina dice que no sabe nada y todo el mundo *supone* que no sabe nada, en secreto intuye que todo es verdad: que Sarita, su gran aliada, en realidad sí sería capaz de quemar la casa de botes y también de manipular a Álvaro para hacerlo; que de todas maneras Axel podría haber violado a Silvana con la complicidad de Sarita y Álvaro y que ese sería el motivo más creíble para explicar su intempestivo viaje a Estados Unidos hace catorce años, sin despedirse de nadie.

Pase lo que pase, ya nada le importa realmente. Gracias a la medicina, Valentina está lejos, en un refugio donde ni la culpa ni el miedo pueden tocarla.

Un golpe en la ventana la hace abrir los ojos. Se pregunta si habrán pasado veinte segundos, veinte minutos o dos horas desde la última

vez que tuvo conciencia. Es el problema con los medicamentos, se repite mientras ve unos ramos de flores amarillas en el papel mural del dormitorio. Levanta la cabeza, el cuerpo le pesa más de lo que debería. Culpa al medicamento.

Por un rato confía en la teoría de las dos horas. El amarillo de las flores se queda por un segundo más bloqueando su conciencia. La ventana tiembla, el vidrio cruje con el viento. Se arrincona buscando un escondite en la cama, asustada. El golpe continúa como si fuera una señal desde el exterior. Una sombra al otro lado de la ventana la obliga a levantarse y enfrentar el pánico.

—¡¿Quién es?!

A través de la ventana observa cómo la lluvia ha hecho un pequeño río atravesando el camping desde la zona de carpas. De pie frente a ella, una sombra la vigila, inmóvil en la noche, apenas dibujada por el reflejo del agua que fluye entre los árboles. Valentina se asoma con desconfianza y temor cuando ve que una mano se acerca para estrechar sin permiso la suya.

—Hola.

El extraño baja el gorro de su abrigo y la observa con una sonrisa cargada de felicidad disimulada con resentimiento. Valentina se sobresalta, confundida. Se lleva una mano al pecho con torpeza, la respiración agitada por el susto y todas las otras emociones, algunas contradictorias, que se liberan al mismo tiempo al ver a Rodrigo Duarte.

* * *

Mientras corren escapando del taller mecánico Álvaro no para de gritar lo que han visto, como si quisiera confirmar que todo es real. Axel lo calla, no quiere que el hombre del impermeable los escuche.

—Pero la viste. ¡La viste! ¿Verdad, Axel? ¿Tú crees que está muerta?

—No sé, pero tranquilo, ya vamos a llamar a la policía. Todo se va a solucionar.

—Ella la mató! ¿Te das cuenta? ¡Fue la Diente de Oro!

Axel no aguanta más, empuña la mano y le da un golpe ligero en la mejilla derecha. Álvaro cae sobre el techo de la *station wagon* Toyota, balbuceando.

—El anuario, Axel. ¿Por qué encontramos una copia del anuario?

—No tengo idea, pero escúchame bien, Lobo: no vuelvas a abrir la boca hasta que salgamos del pueblo.

—Ella quería que lo encontráramos.

Cuidando de no pasar a llevar el brazo mordido, Axel lo agarra del cuello y lo empuja al asiento del copiloto. Aunque le tiemblan las manos por la lluvia helada y el miedo, usa las llaves con precisión y echa a andar el motor sin problemas. Teme que el hombre del impermeable aparezca en cualquier segundo, alertado por el sonido de la Toyota al partir, pero pronto se da cuenta de que la lluvia está haciendo demasiado ruido sobre el techo de zinc y el metal de las carrocerías como para preocuparse.

—Hace tiempo sabíamos que iba a llegar este día —sentencia Álvaro sobándose el antebrazo, aún en *shock*, mientras la *station* serpentea por el camino de barro—. Sabíamos que esto tenía que pasar.

—¿En qué quedamos Lobo, por la cresta? —le pregunta Axel entre dientes, atento a la lluvia y al espejo retrovisor donde en cualquier minuto espera ver al hombre del impermeable persiguiéndolos.

—Tarde o temprano la Silvana tenía que volver a nuestras vidas —le repite Álvaro moviendo la cabeza.

Axel lo ignora.

—Tenemos que escucharla —insiste—. Tenemos que escucharla y pedirle perdón.

Axel se rehúsa a escuchar sus desvaríos.

—A eso vino, Axel, ¿no te das cuenta? —sigue Álvaro, convencido —. Eso quiere, que la escuchemos y que le pidamos perdón por lo que le hicimos en la casa de botes.

—¡Pero si no le hicimos nada! —grita Axel, fuera de sí, aferrado al volante—. ¡Ni tú ni yo ni la Sarita! ¡Nadie le hizo nada que ella no quisiera! Fue un accidente...

—Un *lamentable* accidente —repite Álvaro completando la frase que ha oído tantas veces en los últimos catorce años, con la mirada extraviada en la ventana del copiloto, vigilando la noche—. Todo fue un terrible accidente que se podría haber evitado, es cierto. Pero ¿cómo?

—Lobo, no sigái, en serio...

—¿Cómo lo podríamos haber evitado? —le pregunta sin mirarlo—. Sarita no debería haber escuchado esa conversación entre su mamá y la vieja del camping y así nunca se le hubiera ocurrido esa broma estúpida. No hubiéramos comprado los fuegos artificiales para asustar a la Diente de Oro y seguro te la hubieras agarrado igual en la playa.

Axel se queda helado, sumido en la frustración. Álvaro respira hondo, pegado a la ventana.

—Todo fue un accidente, menos que la violaste.

Axel piensa que debería frenar en medio del camino y romperle la cara.

—Eso no fue un accidente y tú lo sabes —le insiste Álvaro, a punto de llorar—. Nunca fue parte de la broma de la casa de botes, con la Sarita no sabíamos que estabas tan borracho, nunca nos imaginamos que te ibas a poner así de violento y menos que...

Álvaro no puede terminar la frase. Axel cree que debería obligarlo a recordar a puñetazos el pacto que hicieron, catorce años atrás.

—Nosotros te apoyamos —le reprocha, asustado—. Te defendimos todo lo que pudimos, pero tienes que asumirlo de una vez, lo que pasó fue por tu culpa.

—Cállate, cobarde —le grita Axel—: ¡Eres una mierda!

Álvaro se acerca, tratando de explicar lo que sabe perfecto que Axel jamás será capaz de entender.

—¡Bájate, mierda!

Axel sujeta el volante, sin mirarlo.

—Que la policía nos haya creído hace catorce años no significa que puedas convencerla a ella.

—Yo soy inocente. No le hice nada malo a nadie.

—La Sarita y yo te vimos. —Axel se fija que el antebrazo de su mejor amigo sigue sangrando—. Sé lo que le hiciste a la Silvana.

* * *

Silvana no ha perdido las esperanzas. Todavía cree que sus invitados podrían recapacitar y terminar aceptando lo que les pide, por eso camina entusiasmada por el sendero en plena tormenta hasta llegar a la zona de las tres cabañas en forma de A.

Extrañaba las lluvias torrenciales de Aurora.

Todo ocurre demasiado rápido: no es capaz de determinar en qué momento golpea la puerta de la cabaña 1, en qué instante alguien abre y cuándo se le deja caer encima Carrie, ciega de impotencia. Su rabia, se fija Silvana, tiene mucho de histrionismo, y aunque no sabe nada de actores ni de representación, al verla está segura de que se trata del motor de su personaje en *Mil veces te amo*, la interminable telenovela de Inter8.

—Dime qué mierda les hiciste a los carros, Silvana —le exige la intérprete de Endora Evans en el culebrón, sin maquillaje ni vestuario, casi sin aire y con los resabios de un acento centroamericano a medias neutralizado en costosos talleres.

Silvana se encoge de hombros.

—Y no te atrevas a decir que no sabes nada —le advierte Carrie—. ¡Por algo nos invitaste!

—Ya les conté por qué los invité —le recuerda sin alterarse—. Pero hace un momento te negabas a escucharme. ¿Qué dices ahora? ¿Estás más tranquila, Carrie?

Carrie la mira, hastiada, y simplemente sigue el desarrollo habitual de su conducta.

Como sucede casi a diario, Carrie F. Castro estalla.

Sarita la ve arremeter contra Silvana con los brazos abiertos y las manos empuñadas con los nudillos huesudos apuntando directamente hacia su rostro. No la golpea, solo la agarra con fuerza del cuello y la inmoviliza sobre el mesón de la recepción.

—*Bitch, please*. No hagas que me vuelva loca —la amenaza Carrie, descontrolada—. No te conviene que pierda la cordura, en serio.

Carrie se acerca a su rostro. Silvana la mira de reojo, expectante. La diva de la pantalla chica está a punto de golpearla en pleno rostro, presa de la ira de sentirse encerrada y obligada a compartir el mismo espacio con gente ajena a su círculo social.

—Sácame de aquí, hija de puta. ¡Sácame ahora! —exige con desesperación—. O te juro que te vas a arrepentir.

Al oír la amenaza mortal, Silvana pierde el interés en un posible diálogo, le sostiene el brazo y la empuja, siempre a la defensiva.

—Calmen a esta enferma, por favor —les ordena a Helia y Sarita, que observan la pelea impresionadas.

—¿Nadie va a hacer nada? —las increpa Carrie, frenética—. ¿Se van a quedar ahí paradas como estúpidas? ¡Hay que llamar a la policía! ¡Yo necesito volver a Santiago!

Helia se encoge de hombros, turbada, y avanza hacia el interior de la cabaña. Sarita se planta frente a Silvana, desafiándola.

—¿Qué necesitas que escuchemos para dejarnos partir? —le pregunta, directa—. Porque si se trata de la tierna y edificante historia de superación, de cómo te recuperaste de tus heridas y blablablá, prefiero pegarme un tiro.

Silvana reacciona, incómoda. Sarita la observa y sonríe, no deja de burlarse.

—No seas cursi, Silvana, a nadie le gusta esa clase de historias.

Silvana decide bloquearse por un momento, tratando de que las palabras de Sarita no la alcancen. Pero lo hacen. La afectan. Lo logran como hace catorce años le dolían las burlas de Axel, o las de los otros hombres y mujeres que alguna vez se rieron de ella.

—¿De verdad nos trajiste a Aurora para conmovernos con tu *show*? —le pregunta Sarita, entre risas—. ¿Qué necesitas?, ¿que aplaudamos la fuerza y la entereza que tuviste para luchar y salir adelante en un mundo repleto de adversidades?

—Lo mínimo que podía pedirles —confiesa Silvana, tratando de parecer sincera—. Un poco de empatía.

—Empatía. No te imaginas cuánto odio esa palabra —aclara Sarita moviendo la cabeza en señal de reprobación—. Una vez más, te equivocaste. No tienes derecho a pedirnos nada porque no nos conocemos. Y si el destino se equivocó es por eso, porque nunca deberíamos habernos topado.

Sarita la contempla con un profundo odio que ya no disfraza. Carrie las observa, enrabiada, mientras termina de ponerse una parka.

—Voy al pueblo. Tiene que haber alguna forma de salir de aquí —dice antes de abrir la puerta y enfrentarse a la tormenta.

Silvana y Sarita se quedan de pie, inmóviles, sin mirarse.

—Tú te ubicas que después de esto te vas a ir presa, ¿verdad? —la amenaza Sarita—. Lo que estás haciendo se llama secuestro y yo me voy a encargar de que lo pagues con cárcel.

—Secuestro, por favor, qué exageración, son libres de irse cuando

quieran —le recuerda Silvana, sonriendo—. Pero yo no manejo esta tormenta, querida. Aunque sea capaz de darlo todo por mi hermanita del alma no puedo contra las fuerzas de la naturaleza.

Sarita la penetra con la mirada, masticando con repulsión sus palabras.

—¿Cómo está Madelin? —le pregunta, directa.

Sarita no le responde. Avanza hacia el interior, ignorándola. Silvana la detiene sin necesidad de recurrir a gritos, insultos o contacto físico.

—Ahora que estamos solas quiero darte las gracias.

La gratitud de Silvana la obliga a detenerse. No quiere mirarla, se queda de pie, alerta, vigilándola de reojo.

—Gracias a ti, a la señora Madelin y a tu papá, a toda tu familia, por el gesto que tuvieron conmigo —le dice, emocionada—. La verdad, no lo esperaba.

—No sé de qué estás hablando —reacciona Sarita, molesta—. Ubícate, mi familia no tiene nada que ver contigo.

—Tal vez tienes razón —reconoce Silvana—. Aunque tenemos la misma madre hemos vivido realidades tan distintas. Pero hay algo que siempre nos va a unir y que mientras respire no me cansaré de agradecer.

Sarita se pone a la defensiva e intenta armarse de valor y paciencia para enfrentar lo que viene.

—Gracias a tu familia recuperé mi rostro —le confiesa Silvana—. Con la plata de la empresa de tu papá pude pagar las seis operaciones en Boston.

«La empresa del papá», piensa Sarita. Al principio está convencida de que a Silvana le gusta mentir solo por el placer sádico de ver arder todo a su alrededor.

—No me digas que no lo sabías —se disculpa a continuación—. Lo siento, pensé que un gesto tan noble era como para compartirlo con los demás.

—No es verdad —niega de manera rotunda Sarita—. Estás mintiendo. El papá vendió su empresa hace muchos años.

Sarita se queda helada, pensando. En su cabeza comienzan a acumularse ciertos pequeños detalles domésticos, los síntomas evidentes del cambio que se produjo al interior de su casa de la

comuna de Las Condes, en el llamado barrio alto de Santiago, después de 1987.

La repentina venta de la casa en el balneario de Santo Domingo fue primero, aunque tanto Sarita como su hermano la ocupaban los veranos enteros, de diciembre a marzo. Después fue el turno del campo que el papá había comprado a orillas del lago Panguipulli, en el sur, y donde estaba construyendo una casa enorme de la que incluso guardaba algunas fotos y que de la noche a la mañana también se había vendido.

Cuando hacía poco su padre la torturaba controlando los gastos de su fallido matrimonio, Sarita se preguntaba cómo era posible que en catorce años hubieran pasado de pertenecer a una clase media-alta a la clase media-media, y cómo un hombre capaz e inteligente como Nino Mellafe, a quien adoraba a pesar de la falta de gusto y plata, había hecho tantos malos negocios consecutivos como para despilfarrar todo su patrimonio, incluyendo la empresa de importaciones que era su gran orgullo.

—¿Entonces fue por ti?

Silvana respira hondo y asiente con la cabeza.

Algo se envenena en el interior de Sarita al observar el leve movimiento en el rostro de esa mujer tan aborrecida.

Es una sonrisa.

* * *

Noche de tormenta no es un buen título, lo sabe.

Antes de que todo ocurra, Rodrigo decide no que no le contará nada a Xime.

Tal vez escriba algo en alguna parte, quizás se atreva a ensayar un par de párrafos y lo titulará *Noche de tormenta*.

Algo simple, para practicar y estirar los dedos y las emociones después de tanto tiempo de letargo. Hace casi tres años que no escribe, desde que salió de prisión.

En la cárcel escribía todos los días, siempre a la misma hora, de diez a doce de la mañana, acurrucado al sol en un rincón del patio principal.

Ahora todo es distinto.

Ahora quiere contar, por ejemplo, lo que significa estar con ella.

Y también estar sin ella todos esos años, pensando en unos pocos besos, unos pocos abrazos de adolescentes.

Lo que quiere al escribir es justo eso.

Compartir los abrazos. Los deseos. Las caricias.

Describir la emoción contradictoria y difusa del reencuentro.

No es lo mismo con Silvana ni con los excompañeros del Andalucía. Volver a ver a Valentina significa para Rodrigo cometer una traición voluntaria.

Traicionar, en parte, su amor puro por Xime.

Y en ese momento de la vida de Rodrigo Duarte, su Xime es lo principal.

Ama mucho a esa mujer. Tanto que a veces está seguro de que no se la merece.

—Solo pasaba a ver si necesitaban algo —le cuenta Rodrigo, en extremo serio, sin saber qué decir.

—Salir de aquí, eso necesitamos —le pide Valentina—. Todos estamos muy nerviosos con la invitación de Silvana, ya te imaginarás por qué.

—Prefiero no imaginarme nada —le dice Rodrigo.

Recién esta mañana me enteré por la señora Ninfa que los primeros invitados eran ustedes.

—¿Qué pretende? ¿Por qué no nos deja salir del camping?

Rodrigo la observa con extrañeza. Valentina se acerca y le explica, nerviosa.

—No podemos irnos porque los autos no encienden. Axel y Álvaro fueron a buscar un mecánico.

—¿Con esta tormenta? —le pregunta él, moviendo la cabeza con preocupación—. No creo que lleguen muy lejos. Los caminos están cortados. ¿Dónde están los demás?

—En las otras cabañas, supongo.

—Quédate tranquila, Valentina, nadie te va a hacer daño. Y menos la Silvana. Ella no quiere asustarlos, los invitó solo para que la ayuden.

—¿A qué?

—A olvidar.

Valentina lo mira, consumida lentamente por la desconfianza.

Rodrigo se quita el abrigo mojado y la observa. Por un segundo a Valentina le parece que es otra persona, un hombre grande, fuerte y seguro, totalmente distinto al niño soñador que le temía a todo.

Valentina lo ayuda a quitarse el abrigo. Rodrigo se seca el rostro y cuelga el abrigo junto a la ventana. La observa, contrariado.

—Es increíble todo esto.

—¿Qué cosa?

—Volver a verte. No estaba preparado para...

—Yo tampoco.

—Pero es distinto.

—¿Por qué?

—Yo he tenido demasiado tiempo para pensar en ti.

Antes de llenar el inminente silencio con una frase rápida, Valentina va contra su propio instinto y decide callar. Podría decirle que ella también ha pensado en él, que ha recordado sus conversaciones y las películas y los libros de los que hablaron en esos pocos días que tuvieron para conocerse.

Rodrigo estudia de pies a cabeza a Valentina Cervantes a los treinta y tantos. Esta parte del reencuentro que describirá en *Noche de tormenta* no existe en ninguna de las fantasías que tantas veces ha repetido en su cabeza.

* * *

«Corre, Carrie, corre», se anima a sí misma mientras el cielo se abre sobre ella como en una película de catástrofes.

La lluvia no la asusta, al contrario, la limpia de la angustia que hasta hace algunos minutos parecía dominar cada centímetro de su cuerpo y la alivia de esa ira tan mundana y poco útil que cada año se agrava como una enfermedad extraña. Internamente hace una Nota Mental #1: hablar con Blue sobre manejo de la ira y cómo deshacerse de ella. Blue es su *healer* en Miami.

Correr la hace volver a su centro y despertar a la realidad tan cruda y horripilante sin culparse a sí misma ni, lo que es peor, perder el tiempo buscando culpables a su alrededor. En esencia, nadie tiene la culpa de nada, es decir: nadie tiene la culpa de que esa maldita casa de botes se haya incendiado; nadie tiene la culpa de que los autos no

enciendan; nadie tiene la culpa de que Silvana haya regresado buscando venganza, justicia, ser escuchada o como quiera llamarle al lamentable espectáculo que montó para impresionar a Axel y sus excompañeros del *high school*, incluyéndola a ella, digno de una mala película de horror; nadie tiene la culpa de que pierda un personaje secundario en *Just after Dusk* aunque el director Nathan Lombardo la ame con locura y tenga toda la intención de transformarla en la heredera de Jamie Lee Curtis y Blue le diga que la violencia es mal karma.

Carrie sigue concentrada en el veloz movimiento de sus piernas al correr y en las posibilidades reales de que tal vez esté exagerando y Nathan Lombardo sea tan gentil como para esperarla dos semanas más antes de empezar a grabar sus escenas.

El lago Aurora, aunque disminuido por la sequía, se mueve fantasmagórico a su lado. Carrie rodea la ribera este hacia el norte, sin dejar de correr. Su meta es encontrar algún teléfono público cerca de la plaza del pueblo o, lo que sería mejor, una comisaría donde hacer la denuncia. Hace una Nota Mental 2: contarle a Nathan Lombardo que fue víctima de un intento de secuestro por parte de una fan, lo que podría considerarse como un buen recurso de marketing para potenciar su personaje en *Just after Dusk*. Nota anexa: pedirle a Nathan Lombardo que reescriba algunos textos según los diálogos que ella misma agregó en el guion, en las escenas 4, 5 y 13.

Carrie llena sus pulmones de oxígeno y continúa el trote a ritmo constante. Se pregunta qué haría Jamie Lee Curtis en una situación como la suya, atrapada en un país que detesta, en un pueblo que odia, con gente que no le interesa y que también la detesta en lugar de estar preparándose para su debut cinematográfico en Fort Lauderdale.

Las aguas del lago se hacen más profundas hacia el norte, Carrie salta los restos de algunos muelles destruidos hasta alcanzar una avenida. La lluvia ha formado un río que llega a la ribera del lago. Piensa que tal vez alguna de las casas de veraneo esté habitada, quizás alguien tenga un teléfono para llamar a la policía y pedir ayuda. No deja de correr, sigue animándose para no perder el foco ni el objetivo de su cabeza. «Corre, Carrie, Corre», se repite mientras examina las imponentes casas vecinas pensando en cómo evitar el torrente de agua

que baja desde el pueblo.

Corre, Carrie, corre.

Su voz se suma a la voz profunda y cadenciosa de Blue obligándola en su mente a no rendirse, a seguir luchando.

Corre, Carrie, corre.

No hay nadie a su alrededor.

Nadie la oye gritar.

Nadie escucha los disparos que irrumpen como tres susurros soplando bajo la tormenta.

El primero le atraviesa el muslo izquierdo.

Al principio Carrie no entiende ese dolor abrupto que la envenena y la hace tropezar. Imagina enseguida que se ha roto un hueso, o que se ha golpeado con algo que no ha visto. Sospecha que quizás ha sido atropellada sin darse cuenta, pero concluye que todas sus teorías son equivocadas al ver la punta metálica de una flecha asomándose a través de la carne de su muslo.

Grita para intentar levantarse, pero un nuevo zumbido en el aire la congela de terror. La segunda flecha proviene de la misma dirección, en lo alto de una de las casas abandonadas de la península. Carrie tuerce la cabeza para evitarla, pero al hacerlo se expone y la punta metálica se ensarta en su cuello. Su propio alarido la hace considerar la alternativa de rendirse, pero se niega a caer. Sin poder respirar se cubre la abertura del cuello y sigue arrastrando la pierna izquierda, tratando de alejarse del lugar, de no exponerse a la trayectoria de las flechas, de correr y perderse por la avenida hacia el pueblo. Entonces otra flecha, la tercera, atraviesa el aire, cruza el vendaval y se clava en la mitad de su estómago. Carrie grita de nuevo al ver una silueta de pie frente a ella bajo la lluvia. Tiene una ballesta de madera entre las manos. Carrie se sujeta la flecha clavada en su estómago.

—Por favor, no —le ruega a la silueta que apenas distingue—. Te juro... te juro... ¡Yo no hice nada!

Con exagerada delicadeza, la figura estira el arco de la ballesta, recargando el tiro. A través de la mira con puntos láser se ve el rostro perfecto de Carrie F. Castro distorsionado en un gesto de horror y súplica. Pidiendo ayuda en el último *close up* de su brevísima carrera.

* * *

Cuando se baja de la *station* robada, Axel escucha un disparo. O algo que, a lo lejos y con el sonido imparable de la lluvia, podría interpretarse como uno. No le dice nada a Álvaro porque hace veinte minutos que no se hablan. Piensa que es el precio de su traición: no volverá a dirigirle la palabra.

Ya no le interesa su amistad. Hace años que no tienen nada en común. En esencia, Álvaro es un mamón. Un traumado. Prefiere no tener amigos así. Además, le sobran.

—¿Escuchaste eso? —le pregunta Álvaro.

Por obligación tiene que asentir con la cabeza, molesto.

—Voy a mirar al muelle, tú revisa las cabañas y busca a los demás —le ordena Álvaro, acelerado.

Axel está a punto de insultarlo y decirle que no recibe instrucciones de nadie, menos de un traidor, mamón y cobarde, pero se queda callado.

Álvaro se aleja por el sendero hacia la playa sin soltar su brazo herido. Ya no le sangra ni le duele como antes, quizá por el *shock* postraumático de haber visto a Mabel Cruz y la adrenalina del escape del taller mecánico en la Toyota robada. Avanza a paso rápido entre los árboles, desconfiando a muerte de cada ínfimo movimiento que se produce a su alrededor. A lo lejos el muelle apenas se ve bajo el manto de lluvia que sigue cayendo sobre el lago.

En el extremo del muelle alcanza a distinguir una sombra. Camina por la playa frente al camping tratando de vislumbrar más allá de sus narices. La lluvia le sigue entrando en los ojos, le golpea en la herida y se cuela en su carne viva. Gime de dolor, pero sigue adelante. Por fin, a lo lejos, divisa a una mujer de espaldas. Se detiene, ve que la mujer levanta los brazos, se lleva las manos a la cara, molesta, luego grita y gesticula, discutiendo con alguien. No le importan la lluvia ni el viento, se nota que está indignada con otra persona, otra sombra junto al muelle que Álvaro no es capaz de identificar.

Sigue caminando por la playa. Grita para llamar la atención.

—¡¡¡Hola!!!

Ninguna de las sombras del muelle reacciona.

—¡Por favor, ayuda!

Álvaro piensa que a esas sombras podría contarles lo que vieron en

el taller mecánico con Axel. De pronto, su vista logra traspasar un poco más la lluvia y distinguir mejor el muelle. Sus ojos se abren al ver al hombre del impermeable negro, el supuesto asesino de Mabel Cruz, de pie frente a la mujer.

Se queda helado por un segundo. Cuando intenta moverse para volver al camping siente un brazo que lo sujeta por detrás y la hoja filosa de un cuchillo acariciando la piel de su garganta.

* * *

Axel avanza por la cabaña en forma de A. No hay nadie en el living ni en la cocina, tampoco en los baños de abajo. No alcanza a subir al segundo piso porque primero se le ocurre revisar el dormitorio al final del pasillo. No piensa en golpear la puerta o llamar. No le parece necesario.

Empuja con suavidad la puerta. En el interior todo está quieto, en penumbras. Sobre la cama ve a Valentina, desnuda boca abajo, con los ojos cerrados y el pelo suelto cayendo sobre el rostro.

Como si estuviera muerta.

Axel retrocede, asustado.

—¿Valentina?

Su movimiento hace que corrija la imagen y vea un poco mejor el resto de la cama. Junto a Valentina hay alguien. Es un hombre moreno, fornido, con barba candado, también desnudo, abrazado a ella.

Es Rodrigo Duarte.

Movido por el peso de los recuerdos, pero también por la asfixiante certeza de que el pasado ha vuelto para saldar una cuenta, Axel Schumacher agita las manos y sin querer golpea un estante de la pequeña habitación. Duarte abre los ojos, despertando de un sueño pesado y reconfortante. Al verlo se sienta sobre la cama.

Valentina mira hacia la puerta, avergonzada.

—¿Qué pasa, Schumacher? —le pregunta Rodrigo—. ¿No te enseñaron a tocar la puerta?

Axel niega con la cabeza, enfurecido, mientras confirma lo que temía.

Los dos están desnudos.

* * *

La voz es de hombre, profunda y gastada.

No podría decir con certeza que la reconoce.

—¿Sabes por qué estás aquí? —le pregunta.

Álvaro no sabe qué responder. Sí, lo sabe: Silvana los citó con el objetivo de obligarlos a escucharla y a pedirle perdón.

—¿Lo sabes o no?

Álvaro asiente con la cabeza, sumiso. Está atado a una silla con los ojos vendados, no sabe bien dónde. Podría ser en el mismo recinto del camping, o quizás no. Pasó un tiempo indeterminado de inconsciencia, así que podrían haberlo trasladado a cualquier parte.

Apenas abrió los ojos, hace diez o quince minutos, alguien puso la venda sobre sus ojos.

—Te escucho, Álvaro Villalobos —le dice ahora la voz, insistiendo —. ¿Por qué estás aquí?

Álvaro ignora hacia dónde va el juego ni qué consecuencias tiene el asumir la verdad justo en ese momento. Tampoco imagina si el interrogatorio y la venda sobre sus ojos son ingredientes de la misma invitación, una alternativa macabra al paseo a Aurora donde de seguro en algún minuto volverá a aparecer la horrible acusación que hizo Silvana.

Cada vez que recuerda sus palabras está más seguro de que debe pedir perdón.

—Que Silvana nos deje tranquilos, por favor —le ruega Álvaro a la voz—. Es lo único que le pido.

La voz se ríe, burlona. Álvaro mueve la cabeza e intenta identificar su posición.

—No van a vivir tranquilos. Ni ahora ni mañana ni nunca. De eso pueden estar seguros.

Álvaro intenta mover el cuerpo, pero la fuerza apenas le alcanza para tensar los brazos amarrados a la silla. Gime y se retuerce, furioso. De nuevo, la voz se calla.

—¿Qué nos vas a hacer, maricón? —le pregunta Álvaro, frenético—. ¿Nos vas a matar a todos, como lo hiciste con Mabel Cruz?

La voz vacila por un instante, como si estuviera considerando distintas alternativas para el futuro del mítico Lobo del Cuarto A del

Colegio Andalucía, generación 1987.

—¿Qué quieres, matarnos en venganza por un accidente? —pregunta al aire, sintiendo a su derecha el aliento de su captor—. Yo sé que Silvana sufrió mucho. Sé que su vida nunca más volvió a ser la misma, pero... yo no tuve la culpa de nada, lo juro, yo era un pendejo, ¡tenía dieciocho años!

—Ellos también —la voz carraspea, se quiebra un poco—. Silvana y Rodrigo también tenían dieciocho, pero no la plata ni los contactos ni los privilegios que tenían ustedes. Eran gente común y corriente.

Álvaro se queda inmóvil. No sabe qué decir.

—Lo que para ustedes fue una broma mató a un padre de familia, marcó a fuego para siempre el rostro de una muchacha y le rompió los sueños a otro. Ustedes siete desgraciados destrozaron dos familias enteras y nadie les dijo nada. Como siempre, nadie les dijo nada.

Pasa un momento. Se escuchan pasos a su alrededor. Álvaro intenta mirar por el costado de la venda de sus ojos, pero es imposible. No ve nada, solo logra oír una puerta que se abre y que con rapidez vuelve a cerrarse. No sabe dónde está, pero el aroma pronto le confirma lo que viene.

El olor a parafina inunda rápidamente el espacio desconocido donde se encuentra. La voz ya no se escucha. Álvaro se inquieta.

—Por favor, no importa quien seas, escúchame, te lo suplico —insiste, sin dejar de moverse en la silla con la remota esperanza de forzar las amarras—. Yo no quería hacerle daño a nadie. Ni a Silvana ni a Duarte. ¡Rodrigo era mi compañero! ¡Nunca tuve nada contra él!

A pesar de las súplicas, inevitablemente algo líquido comienza a mojar sus pies, sus tobillos, sus piernas y el resto de su cuerpo. Es la parafina fría recorriendo cada rincón. Álvaro grita y se retuerce en la silla. El olor inunda sus fosas nasales mientras el combustible azulino se cuela entre sus labios y humedece la venda que le cubre los ojos.

* * *

—Era Mabel —declara Axel, devastado y aún con la respiración agitada—: Mabel Cruz.

Valentina y Sarita lo miran en silencio. Más atrás, en la cocina, Rodrigo y Helia escuchan con atención.

—Axel, ¿en serio? —le pregunta Valentina, ofuscada porque sospecha que podría tratarse de otra de sus bromas retorcidas.

—Lo juro —le explica Axel, sin ánimo de discutir—. Con el Lobo la vimos en el taller mecánico donde fuimos a pedir ayuda.

Rodrigo intercambia una mirada de desagrado con Valentina, que parece haber perdido toda la confianza en Axel.

—¿Estás seguro? —le pregunta Sarita, nerviosa.

—No me parece que este sea el momento para chistes, Schumacher —aclara Helia, alarmada, a lo que Sarita arrisca la nariz, fastidiada con su presencia—. Y menos con la muerte de una compañera.

—¡No es un chiste! —grita Axel, tratando de convencerlos—. ¡¿Dónde está Lobo?!

Axel gira hacia Sarita, desesperado, y la toma por los codos.

—¡Tienes que creerme! ¡Te juro que la vimos! ¡Era ella, la Mabel!

Mellafe lo mira, confundida. Helia se muerde las puntas de las uñas, nerviosa.

—No entiendo, ¿Mabel no se fue con ustedes, en su auto? —le pregunta a Axel.

—Nos pasó a dejar al taller. Estábamos en la lluvia, esperando a que nos abrieran cuando apareció esa camioneta. Una Saveiro.

Sarita cierra los ojos al oír a Axel. Helia niega con la cabeza.

—Se bajó un tipo y... —Axel se quiebra, temblando.

En ese segundo Sarita sabe que no está mintiendo. Valentina, en cambio, solo lo sospecha.

—Adentro de la camioneta estaba Mabel —confiesa Axel, turbado—. ¡Estamos seguros de que era ella!

Rodrigo y Helia comparten una mirada de desasosiego.

—¿Y la dejaron ahí tirada? —pregunta Rodrigo, suspicaz—. ¿Cómo se fueron sin hacer nada?

—Perdona, Duarte, no sabía que tenía que darle explicaciones al superhéroe del pueblo —se burla—. Si quieres ayudar, ¡¿por qué no le dices a la loca de tu amiga que nos cuente qué les hizo a nuestros autos?!

Rodrigo arruga la frente, molesto.

—Silvana dice que no sabe nada y yo le creo —le informa—. Mañana a primera hora les traigo un mecánico.

Axel cierra los ojos, angustiado.

—Mañana no nos sirve. Tiene que ser ahora —exige.

—Ahora es imposible —concluye Rodrigo—. La lluvia va a seguir, los caminos están cortados.

Valentina observa a Rodrigo y le parece que su recomendación es sensata. Axel se acerca, alterado.

—También encontramos un anuario del colegio Andalucía de nuestra generación... con las cabezas recortadas.

—¿No les parece que es demasiada coincidencia? —pregunta Axel.

—¿Qué estás insinuando, Schumacher? —lo encara Rodrigo, directo y sin rodeos—. ¿Por qué no hablas claro?

Axel termina de secarse el pelo con una toalla de mano.

—En este lugar están pasando cosas muy extrañas. Y estoy seguro de que la Silvana es la culpable.

—¿Por qué? ¿Tienes pruebas?

—Primero nos invita a Aurora inventando que se trata de una reunión de curso. Después nos obliga a escucharla metiéndole mano a los autos para que nos quedemos atrapados en Aurora. Y ahora, Mabel.

—Cálmate, Schumacher —le aconseja Rodrigo—. ¿Tomaste trago o te fumaste algo? A lo mejor estás viendo visiones.

Axel se queda mudo: ahora Duarte se está burlando de él.

Duarte, el Huaso Cuma, el mejor alumno de la clase, el sensible, el amigo de las minas, el favorito de los profesores, el buen compañero, el ser más extraño en la lista de las mutaciones nerds del colegio Andalucía, ese despojo social en la escala de la popularidad de 1987, hoy se burla de él.

—Estoy sobrio, Duarte —le aclara—. Y no me pienso calmar hasta que hable con la policía y les cuente todo lo que he visto en tu pueblo.

Rodrigo lo mira y esboza una sonrisa, como si fuera incapaz de ocultar la satisfacción que le producen el miedo de Schumacher, el temblor en su voz y en sus manos, la confusión, el caos. En la plenitud de esa felicidad encubierta se topa con la mirada de Valentina. La sonrisa se borra de su rostro, pero ya es tarde. Ya lo ha visto.

En un solo movimiento Axel gira hacia Sarita, la toma por la cintura.

—Tenemos que buscar a Lobo y a Carrie.

Sarita asiente con la cabeza, nerviosa, y sale con prisa por el pasillo.

—Nosotros nos vamos —le informa Axel a Valentina—. Tú puedes hacer lo que quieras.

Valentina apenas mueve la cabeza para asentir. Axel la contempla, serio, recordando de nuevo su piel desnuda junto a la de Duarte e indignándose una vez más porque ese no era el desenlace probable de la historia.

Rodrigo no deja de sonreír. Observa a Valentina mientras ella rehúye la galantería forzada de Axel y para calmarla desliza suave una mano por su espalda. Valentina reacciona, sobresaltada e incómoda con el gesto.

La puerta principal se abre de golpe e irrumpen el frío, el viento y la lluvia. Silvana aparece poco después con un abrigo sobre los hombros. Se quita la capucha, cierra la puerta y mira a su alrededor. Lo primero que ve es a Rodrigo junto a Valentina, casi a punto de abrazarla, y a Axel frente a ellos, muriendo de celos.

—Todos juntos de nuevo —comenta—. Como si fuera la primera vez.

* * *

En el dormitorio ubicado en la parte posterior de la cabaña, Sarita Mellafe se mueve lo más rápido que puede. La ilusión de irse del camping y volver a la civilización cuanto antes es lo único que la activa. Mira su celular. Sigue sin señal, sin duda por la tormenta. Frustrada, guarda su billetera en la mochila y luego avanza hacia el baño. Afuera se escucha un trueno que remece las paredes de la cabaña. Las ramas de un árbol azotan el techo. La luz del pasillo comienza a parpadear. Sarita se queda quieta y observa cómo la ampolleta se va extinguiendo de a poco. Avanza hacia el pasillo, nerviosa. A tientas en la oscuridad busca algunas cosas que había dejado, o que pensó que había dejado, como su cepillo de dientes y una crema, pero que en realidad no sacó de su mochila. Se mira en el espejo un segundo, agotada de tanto sentir miedo a lo desconocido, y en ese breve instante de fragilidad tan desoladora ya es capaz de distinguir en un extremo de su reflejo el rojo profundo manchando los azulejos blancos.

Está vestida dentro de la tina, con el agua teñida de rojo hasta el cuello. Tiene un brazo que cuelga y chorrea sangre a grandes goterones sobre el suelo albo. Sus muñecas están abiertas como si fueran dos cierres, siguiendo la línea de los brazos.

Sarita levanta la cabeza y solo entonces ve la pared, con el texto escrito con rojo color sangre.

SILVANA: PERDÓNAME

Sarita grita con todas sus fuerzas, paralizada por el miedo.

Desde la tina, el rostro inmóvil de Helia parece mofarse de su terror.

Cuando entran los demás Sarita ya está en el suelo, inconsciente. Han sido los peores miedos de su vida en apenas unas cuantas horas.

Silencio y laguna mental. Valentina y alguien más, espera que no Silvana, la levantan para dejarla en una cama ajena y con olor a humedad. Axel decide enérgico que se irán de todas maneras a Santiago, a pesar del estado nervioso de Sarita.

Mientras intenta levantarse, alcanza a escuchar a Valentina hablando con Rodrigo en voz baja.

—¿Estás seguro? —le pregunta.

—Tiene las dos muñecas cortadas —explica él—. Por eso hay tanta sangre.

—Helia está muerta y dejó una nota para Silvana. ¿Por qué? —se pregunta Valentina, intrigada a pesar del miedo.

—Tranquila, lo mejor que podemos hacer es cerrar esta cabaña y esperar a llegue la policía —le contesta Rodrigo.

—Ustedes esperen todo lo que quieran, yo no me quedo ni un minuto más —interrumpe Axel—. Sarita, ¿ya estás lista?

Mellafe se sienta sobre la cama y asiente, aún mareada. Se lleva una mano a la frente. Trata de distraer su atención, de pensar en otras cosas, de borrar de su memoria las manchas rojas de la sangre de Hernia Parraguez manchando el suelo blanquísimo, de los cortes abiertos de sus muñecas, de la expresión en su rostro, siempre mártir, siempre fea, siempre insoportable, pero tratar de olvidarla le resulta inútil. Axel la toma y la levanta entre sus brazos para ayudarla a caminar. Siente que se eleva del suelo para refugiarse en su cuello perfumado de macho sin afeitar.

—Sácame de aquí, por favor, te lo ruego —le susurra.

Los dos salen de la cabaña sin decir adiós.

Rodrigo y Valentina se quedan solos. Cuando él se le acerca para darle un necesario abrazo de contención, ella se aparta un poco. No se atreve a mirarlo.

—Por favor, Rodrigo, dime que tú no sabes nada de esto —le exige, tensa—. ¡Dime que no tienes nada que ver con lo que está pasando!

Valentina, la niña de sus sueños colegiales, hoy convertida en la amante de su presente, sospecha de él.

¿Por qué?, se pregunta con lástima Rodrigo Duarte.

¿Por qué la presidenta del Centro de Alumnos es tan injusta y perfecta?

—Ya te dije, ni siquiera sabía que eran ustedes los que venían al camping.

Existe la posibilidad de que se trate de una cuestión de clase, piensa. Es lo más seguro: Valentina Cervantes Leighton duda de sus intenciones porque él es un pobre pueblerino sin estudios ni educación superior y, además, con antecedentes carcelarios. Xime, su fiel compañera, en cambio, jamás sospecharía de él.

—¿Qué crees, que yo maté a Helia y lo traté de disimular como un suicidio? —le pregunta, no sabe si en broma o mortalmente serio—. O a lo mejor sospechas que yo traje esta tormenta, o que le metí mano a los motores de los autos para que no pudieran regresar a Santiago y tuvieran que alojar en las cabañas.

—No te enojes, es solo una pregunta.

—¿Por qué piensas que hice todo eso, para pasar esta noche de tormenta contigo? —continúa Rodrigo, agitado—. Pensé que después de nuestro reencuentro confiabas un poco más en mí.

—Siempre he confiado en ti, Rodrigo, desde el principio.

—Entonces, ¿por qué hace catorce años declaraste que me viste disparando en la casa de botes?

Por un segundo los ojos de Valentina permanecen congelados en sus cuencas. No está segura de si escuchó bien lo que Rodrigo quiso decir, o si tal vez entendió mal alguna de sus palabras.

—Me oíste, Valentina —le repite Rodrigo, insistiendo—. Dices que me quieres, que me amas, que confías en mí, pero mentiste para salvar

a los hijos de puta de tus amigos.

—¡Yo no mentí! —le reprocha Valentina, explotando de ira—. Yo dije todo lo que vi esa noche, nada más.

Rodrigo la toma de los codos para calmarla.

Valentina se libera de sus manos, descolocada y furiosa.

—¡Suéltame! ¿Cómo puedes acusarme de algo así?

—¿Por qué dijiste que me habías visto disparando?

—Déjame tranquila, Rodrigo.

Nunca la había visto así.

* * *

Axel corre por el sendero entre los eucaliptos.

—Tenemos que encontrarlos —le grita a Sarita con la lluvia entumeciéndole la cara mientras descienden junto al torrente de agua que atraviesa el camping.

Se acercan por fin a la cabaña de la recepción. Sarita no puede aguantar más sus nervios ni la ansiedad por escapar. Cuando no cree posible que pueda caer más agua del cielo, a Axel se le ocurre detenerse sin previo aviso en medio de la nada. Mira a su alrededor, perdido, pero no puede ver lo que ocurre porque la lluvia se lo impide.

—¡No puede ser! —Niega con la cabeza, furioso—. La dejamos aquí. La station que robamos con Lobo ya no está. ¡Alguien la movió!

—A lo mejor fue él.

—Imposible, yo tengo la llave.

Sarita cierra los ojos, confundida y casi sin esperanzas de lograr escapar, cuando una sombra en el bosque la obliga a parar.

—Es él —exclama en un sobresalto—. Creo que lo vi, es él. ¡Es Álvaro!

Axel y Sarita corren por el sendero que lleva al lago. La noche está más oscura que nunca y el agua de lluvia ha empezado a inundar todos los sectores que durante una década habían estado secos. En la playa gritan con desesperación los nombres de Álvaro y Carrie, esperando ser escuchados desde algún rincón de la ribera. Axel no entiende cómo pueden haberse alejado tanto de las cabañas ni con qué motivo. Cuando cruzan la primera zona de carpas ya pueden ver a lo lejos la silueta inconfundible que los ha acompañado durante tantos

años: la casa de botes.

Se refugian de la lluvia en el alero de la entrada. Axel trata de mirar por una pequeña ventana superior, pero por la altura no logra alcanzarla. Mellafe tampoco. Dispuestos a todo, rodean la casa de botes para tratar de abrir la puerta principal. Según registra Axel parece estar bloqueada por dentro.

—¡Álvaro! ¡Carrie! —llama Sarita, sin resignarse a perder.

—Es ridículo. ¿Por qué van a estar encerrados aquí? —le pregunta Axel, pensativo—. No tiene sentido.

Molesta, ella le hace un gesto para que se calle y golpea la puerta con las dos manos. Intenta mirar entre las rendijas. Al otro lado no ve nada.

—Vamos, sigamos buscando —le dice Axel—. Pueden estar en cualquier parte.

—No, espera.

Sarita se queda inmóvil, en silencio, tratando de calmar su respiración y ver algo más al otro lado, lo que sea, a través de la estrecha rendija entre la puerta y la pared de la casa de botes. Axel la observa, tenso. Más allá de la puerta Sarita no alcanza a distinguir nada en la oscuridad.

Hasta que un brillo repentino la sorprende.

—¿Álvaro? —pregunta, casi a sí misma, a susurros.

Al otro lado de la puerta, el brillo en las sombras se revela como la aguja de una jeringa que estratégicamente se inserta en la fisura entre la puerta y la pared. Sarita abre el ojo, no entiende con exactitud lo que ve. La aguja se aproxima lentamente a través de la rendija para traspasar la puerta y clavarse en el globo ocular derecho de Sarita Mellafe.

Un espasmo de dolor la hace perder el equilibrio. Tropieza y cae hacia atrás, chillando. Se lleva una mano al ojo derecho: no ve nada; con el izquierdo solo advierte la sangre que fluye ligeramente entre sus dedos. Dominada por el pánico al dolor punzante y la ceguera, Sarita comienza a gritar con desesperación como si le faltara el aire. Aún sin saber exactamente lo que acaba de ocurrir, Axel trata de contenerla, la sostiene contra su cuerpo para calmar el dolor.

Sarita está a punto de desvanecerse entre sus brazos para siempre

cuando, por milagro, unos gritos ajenos, provenientes de alguna parte, la distraen de su propio horror.

Alguien está gimiendo al interior de la casa de botes.

—¿Álvaro?

Axel se acerca a la puerta y vuelve a golpear con fuerza. Sarita lo mira con el ojo izquierdo, acezando.

Adentro los gemidos se hacen cada vez más frenéticos y urgentes.

—¡Álvaro! ¡Álvaro!

Sarita ve todo a medias, difuso, movida por el miedo demoledor. Su ojo derecho sigue sangrando.

Axel golpea la puerta de la casa de botes hasta que se oye un zumbido metálico. Sarita solloza, sujetando su ojo perforado sanguinolento, y enseguida empuja débilmente la puerta, con las escasas fuerzas que le quedan y que no han sido consumidas por el pánico. En el interior, los gemidos ya se han transformado en verdaderos alaridos de terror que suenan acallados por algo, posiblemente una mordaza.

Cuando Sarita mueve la puerta, el recorrido activa un pequeño sensor digital. Una señal de *bluetooth* es enviada a un mechero que enciende una diminuta llama eléctrica, pero con la suficiente potencia para prender el reguero de parafina y alcanzar la silla donde Álvaro Villalobos está atado, amordazado y consciente de todo lo que está ocurriendo a su alrededor.

Axel avanza siguiendo los pasos de Sarita. Sarita es la primera en verlo.

Álvaro está de frente, sentado en la silla, retorciéndose. Un par de segundos después lo ve Axel. Cuando trata de acercarse, preocupado, los gritos mudos y los movimientos de su amigo se hacen más violentos.

—¡Lobo! —le grita Sarita.

Proveniente de algún rincón de la casa de botes escuchan un fogonazo parecido al de un calefón al encenderse. Un segundo después, aún extrañados porque Álvaro no se ha movido ni ha reaccionado a sus palabras, la primera llamarada se levanta frente a ellos como una representación espectral que no esperaban. El fuego los empuja al suelo. Sarita grita, aterrada, sintiendo las llamas y los

escombros sobre la piel. Axel le sujeta la cabeza para protegerla de todo lo que vuela cuando se produce la segunda llamarada, aún más potente que la anterior.

Axel siente que su cabeza hierve y que las llamas le acarician la nuca.

En un par de segundos la casa de botes del camping Buenaventura comienza a arder por todos los costados. Igual que la primera vez.

Axel empuja a Sarita hacia la puerta. Logran salir arrastrándose del recorrido de las llamas, que ya rodean el lugar. A lo lejos se escuchan otras explosiones menos intensas, de seguro de bidones de combustible o balones de gas.

—La Diente de Oro —gime Sarita, devastada, boca abajo sobre la arenilla de la playa, cubriendo su ojo—. Ella fue...

* * *

Las llamas se reflejan en la superficie del lago y se elevan hasta tocar el cielo.

Axel está sentado en unas rocas con la mente en blanco. Pasa así un buen rato antes de volver a comunicarse con alguien.

Necesita salir del mundo real.

Sarita no para de hablar. Él, en cambio, necesita aislarse.

Aunque Axel está lejos de los demás, para su desagrado, todo se escucha cerca. Los gritos destemplados que piden ayuda, el llanto sin contención, el miedo en las voces de los testigos y las amenazas de muerte y prisión lo envuelven y lo sacan a la fuerza de ese estado tan pleno, tan valioso, que le cuesta demasiado alcanzar.

Sarita jura a los cuatro vientos que va a mandar a Silvana a la cárcel, que todos los involucrados pagarán por lo que le hicieron a Álvaro porque que esto no es una trágica casualidad del destino sino algo más turbio, muchísimo más turbio, y que es el colmo que tengan que esperar a que pare la maldita lluvia para que lleguen los bomberos o una ambulancia. Valentina intenta apaciguar los ánimos de Sarita y examinar su ojo perforado, que por suerte ya no sangra, pero a esas alturas es imposible dialogar con ella.

Ninfa, el Gato y algunos de los empleados del camping corren a apagar el fuego. Es demasiado tarde. La lluvia, imparable, se ha

encargado de consumir las llamas para revelar lo que quedó.

Axel ve a alguien dominando los movimientos y las emociones de todos a su alrededor.

Rodrigo Duarte consuela a Valentina, que llora entre sus brazos ya sin pudor alguno ante lo que Axel, o cualquiera de los presentes, pueda opinar o sentir al respecto. Axel se fija que también tiene tiempo para darle órdenes a los empleados del camping y para contener a Silvana, que no entiende cómo es posible que la casa de botes haya prendido fuego en medio de la tormenta.

Sarita corre hasta los escombros, gritando. Está a punto de quemarse con los restos. Axel despierta de su estado meditabundo y alcanza a verla a lo lejos. Corre hasta ella, la sujeta por la cintura.

—¡Déjame!

—Nos tenemos que ir, Sarita.

—No podemos dejarlo.

Sarita lo abraza con fuerza. Mira hacia los escombros, ilusionada ante la posibilidad de que Álvaro aparezca milagrosamente de entre las cenizas, apenas tiznado y con un par de costillas rotas, cuando se topa con los ojos de Silvana vigilándola desde el sendero, atentos a cualquier reacción suya, disfrutando cada segundo de su venganza.

Silvana no agacha la mirada. Respira hondo, armándose de valor.

—Voy a hablar con ellos —le anuncia a Ninfa y Rodrigo mientras el Gato y otros empleados ya comienzan a trasladar los escombros desde la casa de botes.

—No pierdas tu tiempo, hija —le advierte su madre—. Digas lo que digas, no te van a creer.

Silvana observa a su madre, exhausta.

—Me da lo mismo.

—Tú no hiciste nada malo, Silvana —le recuerda Ninfa, seria—. Solo los convidaste a pasar unos días al lago con todos los gastos pagados para hacer las paces y enfrentar tus fantasmas.

Al oír hablar de sus fantasmas Silvana se queda un momento observando el rostro enjuto de su madre, sus labios delgados y el repentino temblor en sus dientes.

—Era eso, ¿verdad, hija?

Silvana no le responde. Por un segundo, en su mente es niña de

nuevo y sus únicos grandes problemas ese fin de semana son inventar una excusa para escapar con Julita a Santiago, conseguir mil pesos para costear los panoramas y encontrar la tenida perfecta para enamorar a los chiquillos de la Gelatería Barufino.

Silvana le hace un gesto al Gato y avanza hacia Axel y Sarita. Ninfa se queda mirándola, preocupada.

Al notar que Silvana se aproxima, Axel retrocede junto a Sarita, molesto.

—La policía viene en camino —les informa, interceptándolos.

—No sé quién está detrás de lo que le pasó a Álvaro, pero lo vamos a averiguar.

—¡Perra mentirosa! —la acusa Sarita con la voz destemplada—. ¡Fuiste tú!

—¿Quién más que tú podría inventar algo así? —le pregunta Axel.

Silvana lo atraviesa con la mirada, sin reaccionar.

—Te juro por la memoria de mi padre que no sé nada.

Sarita va a gritarle una seguidilla de verdades, va a insultarla, a garabatearla, a ponerla de vuelta al chiquero de donde nunca debió haber salido. Va a elevarla al cielo con un rosario de palabrotas y sinónimos que se le ocurren para definir «prostituta» para luego sepultarla por tratar de compararse con ella y sus amigos íntimos, por atreverse a cruzar la brecha, esa brecha tan temida que pase lo que pase no se cruza nunca, e intentar ser una más, con los mismos privilegios y beneficios. Sarita está dispuesta a decirle todo eso a Silvana, y a recalcarle que ni por un segundo se ha sentido culpable, pero no alcanza a hacerlo. Con la frente ardiendo de rabia se queda con todos esos pensamientos atorados en la garganta.

—Lo mataste —le dice entre dientes, con impotencia—. ¡Lo quemaste vivo!

Sarita se retuerce en los brazos de Axel. Silvana se limpia la cara de la lluvia.

—Si quieren quedarse, las cabañas están a su disposición —ofrece con amabilidad—. Y si todavía insisten con la locura de partir, quizás el Gato los puede ayudar.

—¿Te parece que después de lo que hiciste vamos a aceptar tu ayuda? —le pregunta Axel.

Silvana se queda en silencio observando los rostros desfigurados por el miedo.

—¿Está mejor tu ojo? —le pregunta a Sarita.

La pregunta la hace gritar. Grita con todas sus fuerzas para pararla, pero también lo hace para callar el deprimente ruido de la lluvia que no cesa de azotar el techo de la cabaña, para silenciar su pena y sepultar para siempre los negros recuerdos que tiene de Aurora.

Pero es imposible, los malos recuerdos siguen ahí y por desgracia en todos aparece Álvaro.

Álvaro jugando paletas con Axel a la orilla del lago.

Álvaro nadando lago adentro y asustándola porque no la mira ni la saluda ni le mueve las manos.

Álvaro comiendo unos repugnantes tallarines con atún y crema preparados por Sarita y diciéndole que están ricos solo para no ofenderla.

Desde la zona de carpas Valentina observa la discusión entre sus amigos cuando una luz roja tiñe la oscuridad de la bahía.

Silvana avanza, acudiendo al encuentro de un jeep negro que se detiene frente a la playa. Tiene una baliza encendida, sin sirena, sobre el techo.

Una mujer se baja sin abrigo, solo con un suéter de color oscuro que le llega a los muslos. No se apura ante la lluvia, como si estuviera acostumbrada a los aguaceros.

—Buenas noches, soy la inspectora Úrsula Gálvez.

Antes de que la detective diga su nombre, y como la extraordinaria fisonomista que es, Valentina la reconoce.

—Estoy aquí por una persona fallecida.

* * *

—Helia Parraguez, ese es su nombre.

—¿Y ustedes son amigas de...?

—Del colegio. Somos excompañeras.

—Según me contaron los demás, estaban celebrando una reunión de exalumnos, los mismos que hace catorce años se encontraban en otro paseo donde hubo otro incendio de similares características, en la misma casa de botes.

Valentina Cervantes asiente con la cabeza, agotada por dentro y por fuera, aunque sin perder de vista los rasgos angulosos de la mujer que está sentada frente a ella.

—Me acuerdo perfecto de ti —le dice, segura de su memoria—. Nos interrogaste varias veces después del incendio.

La inspectora Gálvez deja su libreta de apuntes y respira hondo, reflexionando.

—El *primer* incendio —recalca Valentina, sin ánimo alguno de ironizar con los hechos sino de precisarlos.

—Para que veas lo impredecible que puede ser la vida —comenta la detective—. ¿Quién iba a pensar que nos toparíamos de nuevo y en el mismo lugar? El mundo es un pañuelo.

—No sé si estoy de acuerdo. A mí las coincidencias me ponen muy nerviosa, no me dan confianza —confiesa Valentina—. Y en este caso son demasiadas como para no sospechar.

La inspectora la mira con cautela.

—No me atrevería a opinar nada todavía, sería demasiado irresponsable de mi parte —le confiesa—. Como escribir uno de tus famosos reportajes dominicales de *El Águila* sin tomarte la molestia de investigar ni hacer entrevistas, solo con tu imaginación. Eso no sería justo para tus lectores, ¿verdad?

—Tómalo entonces como un consejo —le confiesa Valentina—. Fija tu atención en la suma de las casualidades, no en una sola.

La inspectora Gálvez se queda detenida admirando su rostro. Valentina ignora por qué.

—¿Por qué tanto interés en el caso?

—¿Por qué crees tú? —le pregunta con seriedad Valentina, agitada —. Tengo un lazo personal con esta historia y lo que pasó hace casi catorce años. Por eso me cuesta mirar los hechos con distancia.

Úrsula Gálvez le sonríe. Por un segundo a Valentina el gesto le suena a un pálido e insólito intento de coquetería. A los pocos segundos se da cuenta de que no es así, que se trata solo de una manera de sacarle información.

Permanece quieta, sentada en la pequeña recepción del camping, mirando a la detective. Se siente culpable al tratar de racionalizar los hechos desde la distancia a solo horas de la muerte de Álvaro, pero es

el único recurso que le queda para ayudar a la policía y comprender lo que ha visto en esas cuantas horas.

Aunque su presencia logra tranquilizarla, hay algo en el tono amable de la inspectora Gálvez que no le inspira confianza en ningún momento de la conversación.

—No entiendo por qué viniste sola —le dice con suspicacia—. Hay dos fallecidos en unas cuantas horas. ¿No debería existir un procedimiento oficial, un análisis de los cuerpos y sitio del suceso? ¿No debería estar lleno de peritos examinando la casa de botes y buscando el origen del incendio?

La detective Gálvez mira la hora en su reloj de pulsera. Son las 4.25 de la madrugada. Con normalidad ordena sus apuntes, sin alterarse.

—Toda la razón.

—¿Cómo?

—Que tienes toda la razón, es verdad —le repite Úrsula, subiendo la voz—. El procedimiento lo vamos a tener que hacer más tarde, cuando amanezca y ojalá después de la tormenta.

—Entonces esta entrevista también, ¿no?

La inspectora Gálvez mueve la cabeza, manifestando su descontento.

—¿No piensas volver a Santiago con tus amigos? —le pregunta—. No están obligados a quedarse, ya me contactaré con cada uno.

Como una reacción mecánica Valentina va a asentir con la cabeza cuando las ventanas se abren de par en par. El viento y la lluvia hacen que se azoten contra la pared, los vidrios no alcanzan a romperse. La detective Gálvez se adelanta y cierra.

—¿Qué crees tú, que el suicidio y el incendio están relacionados? —le pregunta.

Valentina se queda inmóvil, pensando.

—No se trata solo del suicidio y el incendio —le aclara—. Poco antes del incendio alguien atacó a Sarita en la casa de botes, por poco la dejan ciega.

—Ya me lo comentaron, ahora justamente voy a hablar con ella.

—¿Y la desaparición de Carrie? Hace horas que salió al pueblo a pedir ayuda y no hemos tenido noticias —le recuerda Valentina—. ¿Y lo de Mabel Cruz en el taller mecánico? Axel y Lobo la vieron, dicen que estaba muerta.

—Desde que empezó la tormenta, al mediodía, no se ha reportado el hallazgo de ningún cuerpo —asegura la detective—. Tampoco tenemos heridos. Seguro van a aparecer después. Cuando pase la tormenta.

La inspectora Gálvez se queda muda, observándola.

—Silvana nos engaña para traernos a Aurora y de casualidad todos mis excompañeros de colegio empiezan a morir, uno por uno —le explica Valentina, molesta, de pie frente a la ventana—. ¿Qué pensarías tú, como detective? ¿Pensarías que existe alguna relación?

—Silvana insiste en que no sabe nada.

—Si yo fuera una asesina buscando venganza tampoco se lo contaría a nadie.

Valentina se levanta y sale sin despedirse. Está confundida y con el pecho oprimido por una extraña sensación de ahogo. Considera la posibilidad de correr por el sendero de regreso a la cabaña para reanimarse, tragarse otro Zoloft y dormir hasta que todo pase o se transforme en un mal rato por motivos climáticos. Quizás por ahora sea la alternativa más sensata. Se pregunta dónde estará Rodrigo y por qué no la esperó mientras la entrevistaban.

El camping parece desierto. Al pasar por la zona de carpas observa a su alrededor, atenta, pensando en encontrarse a Rodrigo, Ninfa, Axel, Sarita o a alguno de los empleados. No hay nadie.

Los truenos retumban al otro lado del lago, en la ribera oeste, y provocan un eco en toda la bahía Buenaventura. Valentina se sobrecoge, asustada. Una vez más el aguacero se deja caer con ira y en unos segundos la moja de pies a cabeza. Avanza a paso rápido, sendero arriba, hasta que ve un torrente de agua que corta el camino. No puede seguir. Cierra los ojos, ansiosa porque no quiere detenerse. Mira hacia el otro lado del bosque de eucaliptos, vigila con ansiedad las sombras que la rodean, y a lo lejos ve las tres cabañas en forma de A. Podría saltar el pequeño río que escurre frente a ella, pero prefiere irse a la segura, desandar sus pasos y volver por el sendero. Camina lentamente, no quiere tropezar en el barro. Mientras ordena sus pensamientos buscando una posible salida siente pasos que no son suyos. Pasos ajenos seguidos por algo que se acerca para tocar su espalda. Un par de dedos rozando al pasar su omóplato izquierdo y descendiendo sin dejar de acariciarla.

Cuando gira para defenderse, ya adivina el destino que le espera. No sabe con exactitud *quién* la espera, pero sí cuál es su castigo, probablemente el más doloroso porque de todos los testigos de esa noche del pasado ella es a la que Silvana más más odia.

Las manos sujetan su cintura y la empujan contra un árbol. Valentina intenta gritar, pero otra mano misteriosa y ajena le cubre la boca.

Valentina sabe que ha llegado la hora de su muerte.

* * *

Pensó que estaba soñando.

Después, por un momento estuvo seguro de que estaba soñando, con los colores del fuego asomándose entre las copas de los árboles y los pájaros arrancando a perderse en medio de la tormenta, como si fuera el fin de mundo. Él se quedó quietecito, sin pensar en nada, aturdido con un poco de vino con cáscara de naranja que había calentado especialmente para pasar la tormenta.

Si era un sueño había que soñarlo.

Si era algo más ya se enteraría.

El agua reflejaba las llamas. O lo que él pensó que eran llamas y que podía ser otra cosa. Cualquier cosa, considerando el vino caliente y su mala cabeza. Ya no confiaba en sus ojos. En su mente, menos. Le habían dicho muchas veces, demasiadas veces, que estaba desequilibrado. Que ya no servía para nada porque estaba loco. Que no tenía derechos. Que se había podrido por culpa de la tristeza y el trago. Doctores, científicos y académicos, gente estudiada y que sabía del asunto. Todos habían acordado que estaba mentalmente incapacitado para tomar decisiones. Era un salvaje. Era peor que un animal. Así le decían los turistas. Degenerado, le decían. Cuando Aurora era un pueblo magnífico, hace tiempo, y todavía llegaban los turistas. Le decían salvaje, degenerado, cochino, pero a él le gustaba porque no existía la U-72 y el pueblo era lindo. La señora Lavinia le pegaba con un palo de escoba cuando pasaba a pedirle comida al restaurante, los carabineros se lo llevaban detenido una vez al mes por sospecha de lo que fuera y también le pegaban y se burlaban de él y una vez lo habían orinado encima, pero Aurora era un pueblo lindo y

a él le gustaba mucho ese tiempo.

La lluvia seguía cayendo y las llamas bailaban sobre las copas de los árboles, pero como era un sueño él no llegaba a preocuparse. Era impresionante y asombroso, digno de una película de Hollywood, pero como las de antes, esas que le gustaban a Eva (las de Montgomery Clift) y que veían seguido en el cine California, en avenida Irarrázaval. Por ahora le preocupaban cosas más urgentes, como por ejemplo, el próximo verano, o que, a pesar de sus oraciones, el lago siguiera llevándose a las niñas bonitas. O que los turistas ya no quisieran visitar Aurora porque ya no había agua donde bañarse o jugar con las motos acuáticas, esos bichos metálicos de colores que cruzaban de ribera a ribera en unos pocos minutos. O que por magia volviera a aparecer ese ángel que había visto hace unas cuantas horas en medio de la tormenta.

Era un ángel vestido de amarillo y él la había tenido enfrente, claro que la había visto, matando a sangre fría con su piel blanquísima y su instrumento asesino. Todavía no comentaba esas visiones con nadie, pero apenas pasara la tormenta pensaba cruzar en bote al centro y denunciar con la policía la presencia de ese ángel. Aunque no tuviera derechos podía denunciar a la policía. Estaba divagando entre las posibilidades que se le presentaban como testigo de un homicidio, el de un ángel en manos de otro ángel amarillo con un instrumento musical asesino parecido a un violín, cuando el motor de una lancha lo puso en alerta.

Estaba borracho y feliz.

—¡Aarón!

Se asomó a mirar hacia la orilla del lago. La lancha chocó con unas piedras.

—¿Cómo estás, viejo?

No le respondió. El hombre saltó de la lancha y se acercó.

—El temporal va a seguir —le dijo—. Es mejor que te vengas conmigo.

Él no quería porque no era su primera tormenta a la intemperie. Prefería quedarse a disfrutar su vino caliente solo (no le quedaba mucho). La lluvia pasaría, como todas las lluvias. Trató de negarse con cortesía, pero el hombre no lo dejó, le habló de sopa caliente y tortillas

al rescoldo para pasar el frío, y entonces ya no hubo posibilidad alguna de quedarse en su rancho perdido, a punto de caer derribado por el agua y el resonar de los truenos. Sus restos de vino en la palangana al fuego eran una miseria comparados con lo que le estaban ofreciendo.

Aarón apagó el fuego en su rancho y se subió a la lancha con el hombre. Pensó en comida. El sonido del motor y la lluvia lo hicieron olvidar donde estaba. Cabeceó un poco. Las imágenes de la sopa y la tortilla ocuparon su cabeza (cuidado con quemarse la boca, está caliente, dice Eva a los niños).

El hombre se levantó. Lo sintió acercarse tras él en la lancha, pero no sospechó nada. Ahí estuvo lo malo. No pensó que querría hacerle daño (¿por qué iba a pensarlo?), menos que iba a cortarle el pescuezo con su cuchillo de cazador —él había visto antes ese cuchillo, muchas veces— y menos que al oponer resistencia para defenderse el hombre malo se iba a ensañar con él para clavarle el pecho una veintena de veces mientras le pedía perdón a gritos.

—¡Perdón! ¡Perdón!

Después todo se le hizo confuso, incoherente.

El hombre malo lo empujó al lago. Así, herido, como estaba. Cayó de espaldas, chillando como un cerdo en el matadero, con el pecho recién agujereado. Antes de ahogarse vio el rostro del hombre malo y lo reconoció (era don Marcelo, el querido marido de la señora Amelia y padre de Rodrigo).

Seguía rogándole que lo perdonara.

Aarón se preguntó por qué se desquitaba con él, por qué le abría el pecho como un animal en sacrificio, por qué descargaba su rabia en contra de él, el loco del pueblo que nunca le había hecho daño real a nadie, a lo más un par de sustos. Entonces dedujo que no estaba solo y que su muerte era para proteger a alguien.

A su ángel amarillo.

8

La próxima víctima

Odia la violencia. En todas sus manifestaciones. De donde provenga. En lo público y en lo privado. Odia tener que explicar por qué odia la violencia y odia que cada vez que lo hace alguien aparece para recordarle que su opinión es subjetiva, sin tomar en cuenta que todas las opiniones son justamente eso, miradas propias y personales sobre ciertos asuntos. Su mirada sobre la violencia en todas sus terroríficas expresiones tiene un motivo conocido por todo el mundo y es el recurso básico que suelen utilizar sus contrapartes de debate para intentar desacreditarla. Argumentan que su visión es sesgada simplemente porque su madre tuvo la mala fortuna de ser asesinada en dictadura. Este hecho brutal la inhabilita automáticamente para emitir una opinión imparcial, dicen sus detractores.

Valentina tenía siete años cuando mataron a su madre. Recuerda ese día con nitidez. Estaba en clase de Ciencias Naturales cuando el subdirector del colegio, un hombre por lo general muy ocupado, interrumpió al profesor para decir su nombre y sacarla de la sala. Un chofer la llevó a la casa donde las empleadas le sirvieron almuerzo sin explicarle nada y le apagaron la tele cuando tuvo la intención de ver dibujos animados. Vio a su tata llorando encerrado en un baño y después a su papá, también llorando y echándose la culpa de todo lo que había ocurrido. Cuando Valentina le preguntó qué había pasado y por qué la mamá demoraba tanto en llegar a comer, él le había contestado que la mamá no llegaría nunca más porque estaba en el cielo, junto a la abuela y otras personas queridas.

Para ese ente amorfo e impredecible llamado «la opinión pública», Laura Paz Leighton había sido víctima de una bala loca en medio de un enfrentamiento armado entre detectives de civil y supuestos

miembros de un grupo terrorista. La verdad, según le había explicado su padre, era que la DINA (Dirección Nacional de Inteligencia), en complicidad con dos altos mandos de la Policía de Investigaciones, la habían eliminado. «La mujer relámpago», como se le conocía en el medio periodístico local, era el constante dolor de cabeza del régimen, una reportera incisiva, de terreno, peleadora y siempre en busca de la verdad.

Tal vez Valentina odia la violencia porque tres años después de la muerte de su madre, cuando cumplió diez, no pudo aguantar más la curiosidad y empezó a investigar por su propia cuenta. Se transformó en reportera gracias a su madre; su muerte era la primera noticia que debía cubrir. En el escritorio de su papá encontró unas carpetas con recortes de diarios y revistas. Justo lo que necesitaba para espantar los fantasmas. Casi todos los medios coincidían en la misma versión de los hechos, usando casi los mismos adjetivos: *valerosos* eran los policías, *dantesco* el tiroteo que se había producido, *cobardes*, *inhumanos* y *vendepatrias* eran los terroristas. Un estudiante de primer año de periodismo era capaz de darse cuenta con facilidad de que los medios de prensa de 1977 habían publicado el mismo comunicado oficial, casi al pie de la letra, sin intervenciones. Según esa versión, el grupo terrorista, sin nombre ni afiliación política, aunque comandado por Palomino Díaz, se encontraba reunido con Laura Paz Leighton cuando irrumpieron los efectivos de la policía nacional de investigaciones. Fuentes imprecisas indican que su madre había recibido cuatro impactos de bala provenientes de un fusil de los presuntos antisociales, dos en el rostro y dos en el abdomen.

Al momento de enfrentarse cara a cara con la muerte Valentina piensa en el asesinato de su madre. Sufre su dolor, revive su lucha y siente su misma confusión a la hora de perderlo todo.

Cuando abre los ojos ya no es una asustadiza niña de siete años que no puede entender el significado de la palabra «asesinato», es una mujer hecha y derecha todavía incapaz de comprender qué lleva a un ser humano a ejercer violencia sobre otro.

Valentina pensó que había llegado la hora de su muerte. Cuando alguien la tomó por la cintura todo parecía indicar que ella sería la próxima víctima. Lo mejor era luchar en la medida de lo posible y

luego considerar la posibilidad de la resignación. A la muerte, a la derrota, al final, a lo que fuera. Esperó ver el arma homicida o sentir algún dolor que le avisara al menos cómo iba a morir, en cuánto tiempo y con qué método pensaban matarla. Estaba casi suspendida en el aire, sostenida por unas manos grandes que parecían extrañas. Las manos la trasladaron por el bosque y Valentina no las reconoció ni estuvo cerca de hacerlo; la llevaron por la playa hasta el muelle del camping y no pudo identificar a quién pertenecían. Cuando las manos la empujaron a una lancha cuyo motor estaba encendido y escuchó su nombre pronunciado en voz baja por otra persona, una mujer, algo revivió en su interior. Imaginó que tal vez no moriría, que quizás era solo una reacción exagerada, una impresión momentánea, subjetiva como al parecer eran todas sus impresiones, de lo que estaba ocurriendo ante sus narices.

Axel la empujó a la lancha. Sarita estaba sentada.

—Vale, por fin.

Ahora está amaneciendo y esa misma lancha atraviesa el lago después de la tormenta. Aunque está despierta, el motor y la vibración en el suelo de madera la mantienen aturdida. Axel está al mando, serio, vigilando el entorno, y al verla despertar, la saluda con un gesto distante. Sarita está acurrucada en el suelo con el ojo vendado, temblando de frío. Los tres todavía tienen la ropa mojada. Valentina ignora cuántas horas han pasado desde que pensó que iba a morir; tampoco entiende qué llevó a Axel a salvarla, pero agradece haber salido del camping.

No alcanzó a despedirse de Rodrigo.

—Vamos a seguir por el lago hacia el norte, a ver si encontramos algún lugar donde pedir ayuda —le dice Axel.

—Por favor, yo no doy más, me duele mucho el ojo, necesito un doctor —gime Sarita, adolorida.

—Claro, te vamos a llevar a una clínica —le promete Axel, devolviéndole la ilusión por un segundo—. Y te van a atender como se lo merece una princesa, te van a cuidar ese ojo y todo va a estar bien. Te lo prometo.

Sarita baja la cabeza, rechinando los dientes por culpa del frío.

—Es que ya no veo casi nada —se desespera—. ¿Qué hago si lo

pierdo? ¿Qué pasa si además de matar a Lobo esta hija de puta me dejó ciega?

Sarita sostiene la venda húmeda y sucia sobre el ojo derecho.

—Calma, Mellafe, no pienses en eso —le aconseja Valentina, tratando de contenerla.

—Es que júramelo, Vale, júrame que no me voy a quedar ciega.

—Te lo juro —musita Valentina, sin dudarlo—. No te vas a quedar ciega.

Axel la vigila desde el timón mientras sigue guiando la lancha por el lado norte del lago. Valentina observa el verde violento de la naturaleza y no puede identificar nada, es un lugar completamente ajeno, un lugar donde nunca ha estado.

—Si me deja ciega seguro que la Diente de Oro va a decir que es castigo divino —se queja Sarita—. Que me lo merecía, que era lo justo después de lo que le hicimos.

Sarita se levanta como puede.

—Mellafe, por favor, ten cuidado —le advierte, pero ella insiste en ponerse de pie a pesar del vaivén de la lancha.

Se sujeta de los asientos y mira con furtiva intensidad a Axel, como si estuviera pidiéndole un deseo póstumo que sabe a la perfección que no será capaz de cumplir.

—Ninguno de nosotros debe confiar en la Diente de Oro. Ni por un segundo. Y la advertencia va sobre todo para ti.

Sarita detiene sus débiles pasos ante Valentina.

—¿Por qué para mí? —se pregunta—. Yo no tengo ninguna relación con ella, nunca la he tenido.

—Hace catorce años la defendías —le reprocha Sarita—. Decías que era auténtica y pintoresca, eso decías. Y sabías muy bien cuánto daño nos había hecho a mí y a mi familia porque yo mismo te había contado, ¿y tú qué hacías?

—Sarita, cálmate...

—¡La defendías! —le grita Sarita, eufórica—. Ahora que mató a Álvaro atrévete a defenderla.

Valentina observa el único ojo descubierto de Sarita, irritado y a punto de saltar de su cuenca de puro odio.

—No eres la única que está sufriendo por la muerte de Álvaro,

Mellafe.

—¿Sí? No me digas, Vale, ¿estás sufriendo mucho? —la interrumpe Sarita, burlona—. Tanto sufrías que casi te quedaste en el camping con ese roto de mierda asesino.

Valentina guarda silencio. Los tres están consternados por los hechos, pero Sarita es la única que no puede controlarse. Ver a Álvaro en llamas es una imagen que seguramente se quedará en su cabeza para siempre, como en la suya se quedó grabada esa clase de Ciencias Naturales abruptamente interrumpida en 1977.

—¿Y tú no vas a defender a tu amante? —le pregunta Axel—. Te acostaste con él, ¿no?

Valentina mueve la cabeza, molesta, aunque ya nada la sorprende. Piensa que Axel tiene derecho a decir lo que se le antoje.

—No puede ser —exclama Sarita, asombrada con la revelación—. ¿Valentina?

—Yo los vi, estaban en la cama. Abrazados. Sin ropa —asegura Axel —. Nadie me contó, yo los vi.

Sarita resopla. Trata de asimilar la información sin alterarse demasiado ni perder el control de sus actos.

—Dime que es broma —le pide Sarita—. ¿En medio de esta tragedia te acostaste con el huaso Duarte?

Valentina mantiene su silencio, sin mirarla. Axel acerca la lancha hacia una de las riberas y la observa con detención.

—Dile que es broma, anda, Valentina —le ordena, molesto—. Dile que todo es una broma de pésimo gusto y que en realidad Axelito Corazón se imaginó todo lo que vio. Como este chiquillo es tan creativo se inventó que entraba a esa cabaña mugrienta, que caminaba por el pasillo y que al abrir la puerta te encontraba desnuda en la cama durmiendo con el Huaso Duarte, después de catorce años sin saber nada de él.

Axel se da cuenta de que está evitando a propósito su mirada, la señal inequívoca de que la señorita Cervantes tiene algo oculto y podrido en su interior.

—¿O sí se habían visto? —le pregunta sin considerar la posibilidad de rendirse.

Valentina no le responde. No tiene por qué hacerlo.

—Vale, ¿ya se habían visto? —le insiste Sarita.

Las nubes negras cubren el cielo y abruptamente el lago se oscurece.

Valentina trata de buscar la mirada de sus amigos.

—Sí. Nos habíamos visto —reconoce—. En realidad, nos hemos visto algunas veces desde que salió en libertad.

Axel agacha la vista, aguantando las ganas de estrellar la lancha contra un roquerío.

Algo atraviesa el aire frío después de la tormenta. El zumbido llama primero la atención de Axel, que a pesar de su sordera en el oído izquierdo lo escucha antes que las mujeres. Después hace reaccionar a Valentina, que vigila su entorno porque un sonido la obliga a sospechar del ambiente. La tercera en advertir la amenaza es Sarita: ve que algo se incrusta en el hombro de Valentina y que desfigura su rostro en una mueca.

Sarita grita con todas sus fuerzas hasta casi ahogarse. Valentina gira la cabeza, observa su hombro y ve la flecha que lo atraviesa por la mitad. Horrorizada, cierra los ojos, entreabre la boca, la sangre salpica entre sus labios. Trata de sostenerse para calmar el dolor que la paraliza, pero no puede ver nada, se nubla por completo, solo oye los alaridos desgarradores de Sarita pidiéndole ayuda a Dios, el motor de la lancha acelerando frente a la bahía y más zumbidos parecidos al anterior, más cercanos que el anterior, aproximándose como si fueran insectos gigantes intentando devorarla.

—¡Valentina, cuidado!

El cielo parece que cae sobre su cabeza. La lancha se detiene. Axel se acerca a ella. Sarita da órdenes y Valentina ya casi no puede escucharla.

—No cierres los ojos, mi amor —le dice Axel al oído—. Quédate conmigo.

Axel la toma entre sus brazos y el roce la hace chillar de dolor. El hombro herido le late como si fuera un corazón.

Axel la deja en la orilla del lago. Sarita se asoma a mirarla mientras Axel se agacha sobre ella e intenta distraer su atención.

—Vale, mírame. Dime, ¿quién es tu mutante favorita?

Valentina lo mira, aterrada y ya casi sin fuerzas. Axel le acaricia el rostro, trata de reanimarla.

—Valentina, mírame, no te quedes dormida —le insiste, casi gritando—. ¿Quién es tu mutante favorita del colegio Andalucía? Alternativa A: la mutante Helia Parraguez.

A la mención de Helia, Valentina cierra los ojos, descomponiéndose. Sarita la observa con lástima.

—Alternativa B: la mutante Carmen Cecilia Alarcón.

Axel se acerca un poco más y en un solo movimiento sujeta la punta de la flecha y se la quita del hombro. Valentina mueve la cabeza, sin entender, confundida, hasta que ve la flecha ensangrentada en la mano blanca de Axel y su hombro como un amasijo deforme de carne, hueso y sangre.

* * *

Tiene los ojos cerrados, pero lo está escuchando todo.

—Ese camino. Sigamos por ahí.

—No sabemos a dónde llega ese camino.

—¿Y qué prefieres, quedarnos aquí parados, sin hacer nada, esperando a que nos maten? La Valentina necesita un doctor urgente.

—Yo también.

Valentina abre los ojos lentamente y mira a su alrededor, luchando contra un extraño estado de somnolencia. Sigue en el suelo, boca arriba, inmóvil.

—Hazme caso y sigamos derecho por ese camino —propone Axel—. Estoy seguro de que algo vamos a encontrar.

—Sí, claro, a alguien tratando de matarnos —le reclama Sarita—. A alguno de los asesinos de la Diente de Oro.

Axel la abraza para calmarla, pero ella se aleja, evitándolo.

—No me quiero calmar —exclama, fastidiada—. Y tampoco me quiero morir.

Después de una larga discusión, Axel logra convencerla de tomar el camino secundario que han visto a unos metros de la orilla del lago. Valentina los escucha pelear y en algún momento piensa en sumarse al debate, pero no puede. El cuerpo no le responde como debería. No sabe si su hombro perforado por la flecha ya no le duele o si le duele tanto que ha terminado acostumbrándose, solo advierte que ha sido vendado con la manga de una camiseta blanca de Axel.

—¿Puedes caminar? —le pregunta Axel con compasión.

Valentina asiente con la cabeza.

—¿Estás segura, Vale? —interviene Sarita—. Porque si no puedes, te dejamos aquí sentadita y volvemos con Carabineros a buscarte.

—Jamás, por ningún motivo —niega Axel—. No nos vamos a separar, menos ahora. Seguimos los tres hasta el final.

Axel se agacha, toma de un brazo a Valentina y la ayuda a levantarse. Sarita lo observa por un segundo, resignada a lo que venga.

Valentina tiembla de dolor

El camino rural se ve desolado. Los tres tratan de moverse rápido, pero deben permanecer atentos al entorno y especialmente a los sonidos que se oyen alrededor. Traumatizada y aún sin entender cómo fueron atacados, Valentina intenta no volver a observar el hombro destrozado. Teme que el crujir de las ramas de un árbol o el trino de cualquier pájaro sea otro de esos zumbidos asesinos. Otro ataque incomprensible venido de lo profundo del bosque.

—Tranquilos, avancemos con calma, nadie nos apura —recomienda Axel, tenso.

Axel ayuda a caminar Valentina. El camino de tierra sigue hasta una cuesta pronunciada, luego desciende para rodear por algunos metros la ribera del lago y terminar abruptamente en una construcción de cemento. Desde el pequeño bosque de la entrada el lugar parece ajeno al sitio donde está enclavado. Entre el verde y el amarillo de las hojas se salta directo al gris sucio del cemento antiguo, se fija Axel.

—¿Y esto qué es? —se pregunta Sarita.

—No sé, pero entremos —le ordena Axel abriéndose paso entre los arbustos de la entrada.

Se trata de un edificio antiguo, y se nota que está abandonado hace décadas. Las ventanas están rotas, las instalaciones han sido saqueadas, hay grafitis y manchas de sangre en las paredes y desde lejos se siente cierto olor a putrefacción, combustible y marihuana.

Axel fuerza la puerta de la entrada. Valentina y Sarita se miran, no demasiado convencidas con la decisión, y avanzan nerviosas hacia el interior del edificio. Axel las sigue, Valentina observa cada detalle, atenta.

—Este lugar... —comenta al pasar, forzando al máximo su memoria

—. Yo lo he visto.

Sarita y Axel se quedan mirándola, extrañados.

—¿Has estado aquí antes? —le pregunta Axel.

Valentina observa las paredes de la construcción.

—No sé, pero... lo he visto.

—¿Cómo que lo has visto? —le pregunta Sarita—. ¿Dónde lo has visto?

—En fotos. Es el sanatorio... —exclama con un débil aire de triunfo —. Este es el Sanatorio Regional Buenaventura. Rodrigo me habló de este lugar.

Axel la castiga con una mirada de desilusión y avanza por un pasillo.

—Axel, no te alejes —le pide Sarita, asustada—. No sabes con lo que te vas a encontrar, por favor, ten cuidado.

Pero Axel no la escucha. Hay tres cosas en su cabeza: un teléfono, una llamada y un auto para largarse lo más pronto posible de ese lago maldito. Después los abogados y la policía comprobarán quién es el culpable del incendio donde quemaron vivo a su único amigo, por ahora lo importante es escapar, reflexiona mientras avanza por ese pasillo oscuro y fétido, adentrándose sin miedo en lo que queda del sanatorio. Las puertas a cada lado están destruidas o han sido bloqueadas. En su mayoría son antiguas oficinas hoy repletas de hojas secas, nidos de pájaros y basura.

Decide alejarse de las mujeres a propósito y a la distancia escucha que Sarita lo llama a gritos, desesperada, pero él la ignora, parece hechizado por los muros de concreto devorados por la vegetación. Se detiene en la puerta de una sala y confirma que Valentina tenía razón. A un costado de la puerta hay un letrero enmarcado en fierro que dice:

SANATORIO REGIONAL BUENAVENTURA
Fundado en 1958

—Vámonos de aquí, Axel —le ruega Sarita, acercándose.

—Dudo que aquí encontremos un teléfono —comenta Valentina.

Axel parece no escucharlas. Se queda en silencio por un segundo mirando el letrero antiguo y oxidado.

—¿Qué más sabes de este lugar? —le pregunta a Valentina.

—No mucho más —le responde—. Hace muchos años funcionaba como un manicomio, pero lo clausuraron.

—Genial, con eso me quedo mucho más tranquila —declara Sarita.

A lo lejos se escucha un ruido. Se trata de un gemido ahogado que parece salir del interior de las paredes.

—¿Oyen eso? —les pregunta Valentina, alerta.

El lamento retumba entre los muros de cemento y parece amplificarse a través de corredores, oficinas y salones abandonados. Valentina agudiza el oído y camina lento, buscando el origen del gemido.

—Viene del otro lado —concluye, indicando una puerta de doble hoja que domina el lugar.

Los tres avanzan por la puerta, siguiendo el sonido distante. Axel se detiene frente a una puerta e intenta abrirla. Al escuchar sus movimientos el lamento se hace más intenso.

—Hola. ¿Hay alguien? —pregunta Axel.

Al otro lado de la puerta se escuchan gritos ahogados. Sarita se cubre la cara, un siniestro *déjà vu* cruza su mente.

—Es lo mismo que hicieron con Álvaro —sentencia, sin dudarlo—. No abras la puerta, Axel.

Axel busca a su alrededor hasta que encuentra una piedra mediana. Golpea la cerradura de la puerta, pero no es suficiente para romperla. Valentina observa sus movimientos, nerviosa, y de pronto advierte que el hombro le ha vuelto a sangrar. Axel se agacha a examinar el suelo. Un hilo de sangre se desliza por el brazo de Valentina y chorrea en pequeñas gotas. Axel recoge un pedazo de concreto, con cierta dificultad lo levanta y golpea la cerradura de la puerta hasta que cede.

Por instinto, Sarita agacha la cabeza cuando la puerta se mueve. Los tres se cubren, temiendo lo peor. La puerta llega hasta el final, choca con algo y se detiene. Nada explota ni se enciende.

Valentina se asoma al otro lado, tensa. Da un par de pasos hacia el interior y advierte que los gemidos continúan. El lugar está oscuro. Un pequeño haz de luz penetra al interior desde el pasillo e ilumina un bulto que cuelga del cielo, inmóvil.

—¿Y esto?

Valentina se acerca con cuidado, concentrándose en la estrecha zona

iluminada. A tientas empuja el bulto, pero un leve movimiento lo hace caer al suelo.

—¡Valentina, cuidado!

El grito de Axel la paraliza. Por un segundo supone que ha ido demasiado lejos, que sin duda algo explotará, como Sarita y Axel dicen que ocurrió en la casa de botes. Pero nada de eso sucede. El bulto cae al suelo, Valentina se acerca y en ese segundo el rayo de luz alcanza a iluminar la zona oscura y a revelar un rostro en la oscuridad.

Axel abre los ojos, impactado. Algo parecido a un grito surge desde su interior.

Es Carrie.

El bulto es Carrie, se fija Axel, negando con la cabeza. Valentina lo abraza. Sarita le toma la mano, compasiva, pero él rechaza tanto las palabras como el contacto físico.

Retrocede algunos pasos como si tratara de desandar el camino y volver atrás en el tiempo. Se aleja del cuerpo de Carrie cuando su espalda choca con algo. Otro bulto. Al tocarlo, el lamento que antes habían escuchado se vuelve a intensificar. Axel gira la cabeza y ve un cuerpo colgado por los pies.

El nuevo cuerpo se mueve, tratando de liberarse.

Valentina se acerca y en ese segundo el cuerpo es alcanzado por la luz que se cuela desde el pasillo.

Valentina logra identificarlo.

—Es Mabel.

Axel se acerca y rápidamente se empina para desatar las amarras de sus pies. Mabel cae al suelo de cabeza, se golpea la frente y luego se desliza hacia un costado. Valentina se acerca y trata de reanimarla.

—Mabel, escúchame. ¡Mabel!

Mabel entreabre los ojos, sobresaltada, y de inmediato se lleva las manos al estómago. Valentina ve una herida sangrante que intenta tocarse obsesivamente.

—Tengan cuidado —dice entre dientes.

Sarita cierra los ojos, aterrada.

—Está allá afuera —advierte Mabel.

—Yo sabía, ¡yo sabía que la habíamos visto con Lobo en el taller! —asegura Axel.

—¿Quién fue, Mabel? —le pregunta Sarita ansiosa—. ¿Quién te atacó?

Mabel se queda en silencio. Sus ojos se ponen blancos y saltan de lado a lado. Por un instante Valentina cree que está sufriendo un accidente cardiovascular.

—¿Fue Silvana? —la interroga Sarita.

Mabel observa a Sarita con desprecio y niega con la cabeza, rotunda. Sarita se queda mirándola con frialdad, decepcionada y sin confiar demasiado en sus palabras porque en realidad nunca lo ha hecho, cuando a lo lejos se escucha el motor de un vehículo. Al oírlo Mabel se estremece, nerviosa. En un solo movimiento se incorpora del suelo.

—Ahí viene —avisa con aire fúnebre—. Tienen que esconderse.

Axel se queda en silencio, devastado, con el cadáver de Carrie entre los brazos. Sarita lo observa con compasión y trata de reanimarlo.

El motor se detiene en las afueras del sanatorio. Movida por las ansias de seguir sobreviviendo Mabel se levanta y les hace un gesto a los demás para que la sigan. Despacio y en silencio se abre paso a través de un nuevo pasillo lateral de la construcción.

—Todavía no conozco el lugar —declara al llegar a una pequeña sala de enfermeros—. Pero creo que aquí podemos estar seguros.

—¿Seguros de quién? —le insiste Valentina.

Mabel respira hondo con la intención de contestar, pero un ataque de tos hace colapsar sus palabras. A lo lejos se escuchan pasos que irrumpen en el sanatorio por la puerta principal. Con sigilo Axel se asoma hacia el pasillo, Mabel le sujeta el hombro, firme.

—Si te ve, nos mata a todos.

—¿Niña? ¿Estás aquí?

Una voz de hombre atraviesa el corredor del sanatorio y sobresalta a Mabel.

—¿Niña? —pregunta de nuevo hacia el interior—. ¿Eres tú, mijita?

Sarita y Valentina se miran, en pánico, tratando de no hacer ruido. Axel intenta identificar la voz. Mabel no le quita los ojos de encima, desconfiada.

—No me hagas pasar sustos, mijita. ¿Dónde te metiste?

Desoyendo las recomendaciones de Mabel, Axel vuelve a asomarse por el umbral de la puerta hacia el pasillo oscuro. Cuenta con que

nadie podrá verlo si se agacha un poco. Necesita ver más allá. A lo lejos, por el mismo corredor del sanatorio, alcanza a distinguir a un hombre alto, moreno, de espaldas, cubierto con un abrigo negro.

—¿Hola? ¿No ha llegado nadie?

El hombre se detiene por un segundo y vigila el acceso hacia la sala de enfermeros. Axel vuelve rápidamente a su escondite en las sombras y mira a Mabel, confundido y frustrado porque ha sido incapaz de identificar al hombre que acaba de llegar.

—Niña, ¿eres tú? Si quieres jugar a las escondidas me dices y jugamos, pero acá mejor que no. Alguien puede vernos.

De repente, Valentina se queda helada. Un viento frío le recorre la nuca cuando a través del pasillo escucha la última frase que pronuncia el hombre.

—Aquí nomás me voy a quedar esperándote. No pienso moverme.

Valentina se lleva una mano a la boca, sin creer en sus propias conclusiones. Ya está segura de quién es el dueño de esa voz. No cabe ninguna duda.

—¿Es él…? —le pregunta a Mabel, la única que puede confirmar sus sospechas—. ¿Es el papá de Rodrigo?

Mabel asiente con la cabeza, con aire fúnebre, mientras Axel y Sarita intercambian una mirada de terror.

—Viejo asesino… —acusa entre dientes Axel, con impotencia.

Sarita avanza tambaleándose hacia la puerta, dispuesta a todo, con las manos empuñadas y el corazón a punto de reventar. Valentina y Axel logran atajarla antes de que el hombre alcance a verla. Al empujarla, Valentina siente un tirón en el hombro que parece carcomerle por dentro el brazo entero. Intenta ajustar la venda que cubre la herida, pero la sangre ha empapado la camiseta de Axel. Sarita se acerca a ayudarla, trata de parar la hemorragia cuando otra voz a la distancia parece sumarse a la de Marcelo Duarte.

—Hola. Buenas tardes.

Es una voz de mujer y al oírla, Valentina y Sarita se quedan paralizadas mirándose y analizando la reacción de la otra. Mabel se lleva una mano al vientre, descompuesta por el dolor.

—Contigo quiero hablar. Me dijeron que acá te podía encontrar.

—Cuéntame. ¿Para qué soy útil?

—Vine porque quiero una explicación. Quiero saber por qué atacaste a la mujer del Renault.

En la oscuridad, Mabel levanta la cabeza y lo único que ve son las sombras de su pasado en los rostros de Valentina, Sarita y Axel.

* * *

—Nadie me dijo que tenía que darte explicaciones de todo lo que hago —se defiende Marcelo Duarte, molesto.

—Por supuesto que sí —le exige Helia, sin mover ni un solo músculo de la cara—. Podemos trabajar en conjunto persiguiendo un mismo objetivo, pero aquí nadie se manda solo.

—No me digas lo que tengo que hacer, chiquita —la detiene Duarte, cada vez más indignado.

—Dime por qué la mataste —lo interrumpe Helia.

El hombre se detiene, abrumado.

—Se lo merecía, igual que los demás.

Marcelo Duarte gira y le da la espalda, hastiado, nadie le advirtió que tenía que reportarle sus acciones a una mocosa inexperta y con aires de patrona.

—Y tú también te lo merecías, pendeja malagradecida, como testigo de todo lo que pasó —la acusa, acorralándola con los ojos hinchados por el alcohol, el odio y la falta de sueño—. No te creas mejor que tus compañeritos regios del Andalucía. Estabas ahí, viste lo que pasó, fuiste testigo del incendio, escuchaste los gritos de Silvana igual que los demás y, sin embargo, hiciste lo mismo que esos a los que quieres ver muertos. ¡Te quedaste callada! Mientras un amigo tuyo caía a la cárcel por las declaraciones falsas de los demás, Mabel y tú no hicieron nada, simplemente se dedicaron a olvidar.

—Yo no me olvidé, te lo juro —le asegura Helia, conmocionada—. Y por eso volví a Aurora, porque creo en la justicia. En *nuestra* justicia.

Para Helia la improvisación es intolerable. Solo esa falta podría ser considerada un motivo para tomar medidas drásticas contra el viejo maleducado de Duarte. A lo anterior, el asesinato a sangre fría de una persona importantísima en su vida personal que no tenía responsabilidad alguna en los hechos ocurridos en Aurora el 12 de diciembre de 1987, había que sumarle su actitud beligerante, el

repugnante machismo del que parecía jactarse y que le revolvía el estómago, y ese inexplicable afán que tenía en el último tiempo de culparla a ella por el calvario que había sufrido su hijo menor.

Helia no tenía nada que ver con el incendio ni con la condena de Rodrigo Duarte.

—Te salvaste, flacuchenta —la acusa Duarte padre entre las ruinas del sanatorio—. Tú también deberías estar en la lista negra, pero fuiste viva y te aprovechaste de las circunstancias. Por eso estás aquí.

Marcelo Duarte la contempla de la cabeza a los pies, apenas dibujada por la escasa iluminación de la entrada del sanatorio. Helia está de espaldas en la penumbra del día nublado, manipulando algo que no se ve con ambas manos. En secreto, Marcelo piensa que podría tratarse de una mujer atractiva si no tuviera ese carácter tan horrible y esos modos tan masculinos.

—Ya sabes lo que quiero, Duarte —le aclara, concentrada en algo que él aún no alcanza a ver—. Lo mismo que tú. Lo mismo que quieren tu hijo y toda tu familia. Quiero paz.

—Entonces no me pidas explicaciones cuando yo solo estoy tratando de cumplir el plan— se defiende Marcelo.

—La mujer del Renault no era parte del plan —le recuerda Helia—. Fue un error, al menos reconócelo. No vas a ser menos macho por admitir que te equivocaste.

—Todos son objetivos, todos merecen el mismo trato —insiste el hombre, molesto—. ¿Por qué tanto interés en la mujer del Renault?

Helia gira hacia él y revela la ballesta que tiene entre sus manos, apuntando directo a un punto imaginario que fija en medio de la frente de Marcelo Duarte.

—Porque estaba enamorada de ella —confiesa mientras tensa la flecha en la ballesta.

Marcelo se queda inmóvil. La punta metálica de la flecha es el único brillo que alcanza a distinguir en la oscuridad.

—La quería como nunca he podido querer a otra persona —le confiesa Helia con orgullo—. Desde los quince años es la persona más importante de mi vida. Más que Mamá. Más que Lili o Patita. Más que los libros que me han acompañado siempre, Mabel era mi todo.

—Yo no sabía —se disculpa Marcelo, seco—. No tenía cómo saber

que las dos...

—Sí, Duarte, éramos justo eso que estás pensando que éramos y que no te atreves ni a mencionar.

—No sabía nada —insiste—. Si no me crees, pregúntales a los demás, ellos te van a contar la verdad.

Se acerca y sostiene la punta de la flecha sobre su frente. El filo del metal le hiere superficialmente la piel, provocando una pequeña herida. Marcelo cierra los ojos con resignación. Algunas gotas de sangre escurren hacia su entrecejo.

—¿Cuántos te faltan? —le pregunta Helia.

—Hay tres que alcanzaron a escapar —confiesa, tenso—. Pero los vamos a encontrar. Paciencia, que los vamos a encontrar.

Helia lo penetra con la mirada y lentamente va bajando la punta de la flecha desde la frente para detenerse en su boca.

—¿Qué pasa, Duarte? —le pregunta—. ¿Ahora sí que tienes miedo?

El hombre no la mira, intenta quedarse quieto mientras Helia sigue moviendo la ballesta hacia abajo.

—Dime lo que quieres —le pide Marcelo, temblando.

—Quiero muchas cosas —le responde Helia—. Pero para empezar exijo respeto.

La punta de la flecha se detiene su entrepierna. Marcelo Duarte cierra los ojos.

—Ni chiquita ni linda ni corazón. Y menos pendeja. Mi nombre es Helia.

Molesto y embravecido por la amenaza, Marcelo se queda callado. Helia lo mira con compasión y baja la ballesta.

—Ahora te vas a quedar tranquilo y me vas a decir dónde dejaste los cuerpos.

A Marcelo Duarte le cuesta agachar la cabeza, pero lo hace. Recupera el aliento evitando mirarla. Helia se acerca sujetando la ballesta.

—El hijo de puta de Álvaro Villalobos quedó en el camping, entre los escombros de la casa de botes. Y en la última oficina, al final del corredor, está la mujer del Renault con la actriz de telenovelas.

Al girar la cabeza hacia el corredor Helia se imagina que puede saltar al pasado y revivir esos buenos viejos tiempos de amor,

complicidad y locura. Cree que podría cerrar los ojos y despertar en los brazos de Mabel, pensando en el desayuno, el *brunch*, los libros que leer, las películas que ver, los museos que visitar.

Todas las puertas en el corredor son casi idénticas. El lugar está completamente a oscuras. Cuando empuja la puerta una luz se proyecta en un rincón, la suficiente como para iluminar un pequeño espacio de la habitación. Helia se asoma a mirar hacia adentro, preparándose para lo que va a ver, pero pronto se da cuenta de que en realidad no es capaz de distinguir nada en la oscuridad. Después de un momento logra reconocer un bulto oscuro en el suelo. Le basta acercarse y buscar a tientas para encontrar una mano. Es la señal que necesitaba, la pista que estaba esperando. La mano que encuentra es de Mabel, imposible confundirla.

—¿Mabel? —la llama a susurros.

Mabel entreabre los ojos y la observa en la oscuridad.

* * *

Axel llora, la abraza, le dice que la adora y le pide un poco más de fuerza. Ya pasó la peor parte, Mellafe, le promete. Queda lo menos. Solo falta un sacrificio más, una gota de sudor, un sufrimiento extra y ya están salvados, lejos de la enajenada de la Diente de Oro y de sus trampas siniestras para perjudicarlos.

Mientras caminan de regreso al lago, Sarita se da cuenta de que Valentina está más pálida que hace un momento. A diferencia de su rostro la piel se ha ennegrecido alrededor de la herida que tiene en el hombro. Casi no reacciona cuando le hablan.

—Valentina, ¿me escuchas? —le pregunta.

Axel les promete que pronto llegarán a un hospital. Valentina respira con dificultad, ida, y en ese segundo, cuando Sarita la ve sufriendo con la conciencia perdida y los ojos en blanco, su amargura crece, también aumenta de manera instantánea ese odio que le envenena las entrañas y que Axel le ha prometido que algún día será usado con un fin concreto, como encerrar a la Diente de Oro en la cárcel cuando la pesadilla termine. Sus abogados se van a encargar de todo, le dijo.

Desde la curva en el camino pueden ver la lancha en la orilla del

lago, en el lugar donde la dejaron. Entusiasmado, Axel toma entre sus brazos a Valentina. La imagen enternece y asquea en partes iguales a Sarita, pero prefiere disimular, no permitirá que nada la deprima ni le quite la escasa energía que le va quedando. Hay cosas más importantes que su eterno amor reprimido hacia Axel Schumacher.

—Están confabulados —se queja Axel, turbado—. El papá de Duarte y la Espárrago son cómplices.

—Todos vimos a Helia en la tina, es imposible —recuerda Sarita—. Yo me acerqué a ella y estaba muerta.

—No está muerta.

Axel avanza hacia la lancha, gritando, cuando de pronto se calla al ver que alguien ha abordado la embarcación antes que ellos.

—Buenas tardes —dice la inspectora Úrsula Gálvez observando a los recién llegados con una amplia sonrisa.

Sarita y Axel intercambian una mirada de nerviosismo, sospechando de la presencia de la detective.

—¿Todavía por aquí? —pregunta la inspectora, amable—. Pensé que ya estaban en Santiago.

Nadie le responde.

—No me digan que siguen tratando de escapar de la tormenta. —La inspectora se acerca con curiosidad casi infantil—. ¿O solo querían evitar mis preguntas?

Sarita niega con la cabeza, nerviosa. Valentina se apoya en el pecho de Axel y respira profundamente.

—Como se fueron del camping sin avisarle a nadie no alcancé a entrevistarlos —les recuerda—. Pensé que podía contactarlos en Santiago durante la semana, pero ya que siguen por aquí…

—Helia no está muerta —grita Sarita con exasperación.

La inspectora Gálvez mueve la cabeza, perpleja.

—La vimos recién en el sanatorio —afirma Axel, observando con impaciencia la lancha en la orilla.

La detective respira hondo aún sin salir de su estupefacción.

—Es verdad —susurra apenas Valentina—. Está ahí adentro, vaya a buscarla.

—Se me había olvidado ese detalle —aclara la inspectora contemplando a los tres afuerinos—. Que ustedes son tan bromistas.

Axel da un paso hacia ella, indignado.

—Tengo a dos mujeres heridas, una con el ojo perforado y la otra con una herida de flecha en el hombro. ¿Te parece que estoy para bromas?

La detective lo observa y reacciona.

—Puedo llevarlos al hospital, si quieren —ofrece, solícita—. Tengo el auto acá a la vuelta.

—Sí, por favor, es más rápido que la lancha —le ruega Sarita—. Axel, vamos. Se acabó.

Axel se queda mirando a la inspectora Gálvez mientras Sarita sostiene a Valentina para regresar al camino.

—¿Axel? ¿Qué estás esperando? Vamos…

Sarita no entiende por qué se queda atrás contemplando a la detective como si fuera de otro planeta.

—Tu amiga no se ve nada bien —advierte la detective con preocupación al mirar a Valentina—. Se está desangrando.

La inspectora avanza junto a Sarita, sostiene a Valentina con su brazo y juntas las tres mujeres caminan por un estrecho sendero de regreso al camino.

Axel las observa por un segundo más y da el primer paso, siguiéndolas.

* * *

La voz exultante de Helia Parraguez atraviesa las paredes derruidas del Sanatorio Regional Buenaventura.

—Esta es una señal, Mabel, estoy segura, no puede ser otra cosa —le confiesa con absoluta convicción—. Tenemos que saber interpretarla.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunta Mabel, aún de espaldas en el suelo.

—Celebrando la vida. Tu vida —le responde Helia, con un extraño optimismo—. Pensé que por desgracia ya no estabas entre nosotros, pero no es así, me equivoqué y me alegro. Estás viva. Por suerte, estás viva.

—El papá de Rodrigo me acuchilló —se queja Mabel—. Necesito un doctor, en serio.

—Yo te puedo curar —le propone Helia—. ¿Para qué quieres un

doctor?

Mabel la mira con desconfianza. De una manera extraña y ofensiva, le parece a Helia, memorizando su gesto para posteriores revisiones.

—Necesitas ayuda, Helia —le advierte.

—Oh, eso ya lo sé, no hace falta que nadie me lo diga —admite entre dientes.

En otros tiempos el silencio hubiera sido intervenido al instante por una de las indiscretas carcajadas de Mabel, o un nuevo giro para esa historia no demasiado interesante que Helia estaba contando y por la que ella se interesaba igual, o el inicio de un debate fundamental e informado sobre la importancia de la psiquiatría en el mundo moderno, pero ahora no. Ya no. Hace años que eso no pasa entre ellas.

Seis años. La última vez que besó los labios de Mabel Cruz, recuerda Helia. Seis años desde que todo se pudrió en cuestión de minutos delante de sus ojos y sin que pudiera hacer nada para evitarlo.

—Cuando escuché tu voz hablando con ese hombre en el sanatorio me quedé helada —reconoce Mabel, nerviosa.

—¿Mi voz? ¿Qué tiene de malo mi voz? —se pregunta Helia tratando de ganar tiempo.

—No puedo creerlo —le cuenta, perpleja—. Eres cómplice del tipo que me acuchilló.

—Todo tiene su explicación —promete—. Te juro que no fue mi culpa, Mabel, en serio. Yo te puedo contar.

Mabel mueve la cabeza negando, ofuscada.

—Y ahora que lo pienso, la verdad, no me extraña para nada —reflexiona, segura de sus palabras—. No me sorprende que seas cómplice de Silvana.

Se quedan calladas por un segundo. Helia se acerca y le toca el brazo con suavidad, en un gesto de súplica, pero Mabel no la mira. Está indignada.

—No dejes que esa mujer nociva manipule tu inteligencia, Helia —le recomienda—. Eres brillante, te mereces mucho más que seguir las órdenes de la Diente de Oro.

Helia se separa de ella, molesta.

—No te equivoques, mi amor. Yo no sigo las órdenes de nadie. Y menos de esa mujer.

Mabel le sostiene la mirada.

—¿Puedo decirte mi amor? —le pregunta—. ¿Te molesta?

—Sácame de aquí, Helia. Llévame al hospital.

Helia gira la cabeza para evitar esos ruegos que tanto la inquietan.

—¿Por qué?

—¡Ayúdame a salir de aquí! Mira como estoy, ¿no ves que necesito un doctor?

Mabel se aferra a su brazo con urgencia. Helia la observa, se libera y avanza hacia la puerta.

—Dame una sola buena razón para ayudarte —le pide—. ¿Por qué tendría que ayudar a alguien que me hizo tanto daño?

—Yo no te hice daño —se defiende Mabel, adolorida y sin poder creer lo que está escuchando—. Ayúdame, tengo una herida en la pierna, no me puedo mover.

—Primero necesito que me contestes un pequeño cuestionario —le advierte Helia—. ¿Por qué una mujer sensata y en su sano juicio ayudaría a otra fría e indolente que la rechazó y se burló de sus sentimientos más profundos?

—Mabel, no es así.

—«Ya no siento nada por ti», me dijiste —le recuerda con precisión —. «Eres demasiado intensa para mí y me chupas la energía con tus celos infantiles». ¿Me lo dijiste o no?

—Sí, lo dije.

—«Tengo clarísimo que nunca voy a enamorarme de ti».

Mabel la mira, a punto de llorar.

—Podríamos haber sido tan felices las dos —le reprocha Helia—. Pero tú te negaste. No quisiste. Yo puse todo de mi parte. ¡Sabe Dios que lo puse todo de mí para que lo nuestro funcionara! Te llamé día y noche, a toda hora. Te escribí cientos de poemas. Te mandé regalos: flores, chocolates, perfumes, libros, la clase de cosas que le gusta recibir a la gente cuando se enamora. Pero tú no eres una mujer normal, Mabel Cruz. Ni siquiera me queda claro que seas una mujer, creo que en realidad eres una vampira. Me quitaste mis sentimientos más puros, los más auténticos y valientes que he expresado por otra persona. Me robaste mis primeras experiencias, me usaste para probar hasta dónde eras capaz de llegar en tus juegos malditos de poder y

sumisión, pero sin querer provocaste cosas. Dejaste tu huella. Despertaste lo mejor y lo peor de mí.

—Helia... —gime Mabel, interrumpiéndola—. Nos van a escuchar y me van a matar.

—Que te maten —la amenaza—. A mí me mataste ese día.

—Helia, te lo ruego, por lo que más quieras...

—Tú eres lo que más quiero. ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo? —le pregunta Helia, sollozando—. ¡Tú eres lo que más quiero en este mundo!

Mabel rompe a llorar. Es un lamento amargo ante lo desconocido como hace tiempo no experimentaba. Helia se agacha sobre ella y se atreve a un acto romántico que siempre soñó: beber las lágrimas de la mujer amada.

Cuando Mabel siente los labios en sus mejillas se queda inmóvil, esperando desangrarse o que su excompañera del colegio, gran amiga de toda la vida y examante termine de beber sus lágrimas y decida por fin matarla.

* * *

Después del incendio Rodrigo queda nervioso.

Ese día vuelve del camping exhausto y recién entonces logra dimensionar, en parte, lo que ha hecho. Rememora la noche con Valentina solo en dos oportunidades: al besar a Xime, justo en el segundo del contacto de sus labios; y al tratar de dormir un poco, después de almuerzo. No logra descansar nada. El sabor de la culpa sigue alojado al final de su garganta, a ratos sube o baja por su esófago y otras veces, la mayoría, se aloja en su pecho.

Hasta el momento cree con firmeza en todo lo que dijo Silvana. Nunca le ha mentido, y si existe alguien sobre la faz de la Tierra capaz de reconocer sus engaños, es él. Ahora piensa que dice la verdad. No la considera capaz de orquestar un plan tan descabellado que incluya asesinato y chantaje para exorcizar sus traumas. Está seguro de que los tiene, pero la Silvana que Rodrigo conoce no es así.

Por eso ha decidido visitarla. Piensa que va a encontrar el camping repleto de detectives y peritos examinando el terreno del incendio, pero no es así. La recepción está desierta. Rodrigo entra y espera un

rato hasta que aparece Silvana desde el interior, alarmada y etérea, como si la hubiera pillado desprevenida.

—Ha sido más difícil de lo que pensaba —le confiesa—. Ver de nuevo la casa de botes convertida en cenizas me parte el corazón. Me acuerdo de mi papi.

—¿Tienen alguna sospecha de cómo empezó el fuego? —le pregunta Rodrigo.

Silvana niega con la cabeza.

—No sé qué hacía Álvaro en la casa de botes cuando se incendió ni tampoco entiendo que Helia se haya suicidado.

—¿No lo entiendes? ¿Estás segura? —le pregunta Rodrigo, al grano y sin rodeos—. Helia escribió tu nombre con su sangre.

—No sé por qué lo habrá hecho, te lo juro —le asegura Silvana, acercándose—. Tú sabes que nosotros no nos podemos mentir.

Rodrigo la observa con distancia, incómodo.

Respira profundo, preocupado, y luego piensa que Silvana, como siempre, tiene razón. No puede ocultarle el motivo de su angustia. Tarde o temprano tiene que confesarle la sospecha que está cruzando su cabeza.

—Tú sabes que cuentas conmigo siempre, cuando me necesites —le aclara—. Si tienes algo que confesarme, por terrible que sea, debes hacerlo ahora. Este es el momento, tienes que atreverte.

Silvana levanta la mano y le acaricia la mejilla. Es un gesto cariñoso, pero también una demostración de poder.

—¿Qué quieres que confiese?, ¿que quemé la casa de botes con Lobo adentro? —le pregunta—. No, Rorro, lo siento, no fui yo. No soy asesina.

—Nadie ha dicho que lo seas, pero...

—Lo estás pensando, igual que tus excompañeros de colegio, empezando por la Desabrida.

Al oír el sobrenombre de Valentina en la voz de Silvana, Rodrigo se inquieta. La culpa de nuevo parece dominar su cabeza, como si fuera el motor de sus movimientos y el origen de todas sus emociones. Vive por y para la culpa. Piensa en Xime, en el amor transparente que siente por ella; en lo lejos que se ve El Copihue desde Aurora, a pesar de los escasos diez kilómetros que separan ambos pueblos; y en lo

ajena que se ve su hermosa Xime del laberinto tóxico de Silvana y sus siete invitados.

—¿Ves cómo yo siempre tengo la razón? —le pregunta ahora, celosa y con ganas de molestarlo—. Hace catorce años te advertí que la Desabrida no valía la pena. Te dije que era una hipócrita, mírala ahora. Salió arrancando con sus amigos de toda la vida y la ordinaria ni siquiera fue capaz de despedirse.

—No vine a hablar de Valentina —le advierte.

—¿Entonces hablamos de Xime, tu pareja?

Rodrigo se queda mudo. En cuestión de segundos recuerda esos ojos sin rumbo, la mirada de desconcierto y las ansias por declarar una guerra sin sentido, solo por pelear. Conoce a la perfección ese momento tan indeseable en el que se desata de manera definitiva el odio de Silvana, casi siempre hacia otra presencia femenina llamativa y amenazante.

—No te equivoques, Silvana —le advierte Rodrigo—. Yo no soy tu enemigo.

—Tampoco eres mi aliado —le reprocha ella—. Si lo fueras, no te hubieras acostado con la Desabrida.

Rodrigo agacha la cabeza, tranquilo, sin ansiedad por explicar nada.

—Solo pasamos la noche abrazados —le cuenta con naturalidad—. Si sirve de algo.

—No, no sirve de nada.

Silvana se queda quieta, molesta. Rodrigo se acerca con cautela.

—No es la primera vez que nos juntamos —le confiesa buscando sus ojos porque necesita ser testigo de su reacción al momento de la verdad—. Valentina fue la primera persona del colegio que me llamó cuando salí de la cárcel. Tenía anotada la fecha en alguna parte y alguien le avisó en el diario. Ella tiene contactos, tú sabes. Así que me llamó y empezamos a vernos.

En medio de su ataque innecesario de nostalgia Rodrigo se encuentra de repente con la mirada descreída de Silvana.

—¿Por qué no me contaste que te acostabas con ella?

—Pensaba contarte en algún momento.

—¿Cuándo?

Rodrigo la observa, molesto. Quiere cortar de raíz la charla sobre el

asunto.

Silvana agacha la cabeza, defraudada.

—¿En serio viniste a interrogarme? —le pregunta, hastiada—. Si quieres que niegue que alguna vez pensé en matar a esos siete infelices, lo siento, no puedo hacerlo. Claro que pensé en matarlos. Más de una vez me imaginé como deshacerme de ellos, en cómo eliminarlos sin dejar rastro. Hasta que un día, después de mucho reflexionar, abrí los ojos y me di cuenta de que el odio ya no estaba ahí. Había desaparecido.

Rodrigo se queda un momento contemplándola. Silvana se acerca.

—Matar es para los débiles sin imaginación.

En un segundo Silvana lo besa en los labios. No lo hace para seguir molestándolo ni por burlarse de él, sino porque de verdad tiene ganas. Hace tiempo que no se besan y Rodrigo sabe cómo hacerlo. La idea de Silvana, sin embargo, no es bien recibida.

—Esto no puede ser —la detiene él.

—Si es por tu relación de pareja, te recuerdo que pasaste la noche con tu noviecita del colegio.

Rodrigo mueve la cabeza, ofuscado. Las palabras de Silvana parecen remecerlo a medida que las pronuncia.

—Me pregunto qué diría Xime si supiera lo que pasó en la cabaña 1.

Silvana le sonríe como si tratara de alivianar su amenaza, pero no hay vuelta atrás. Ya lo ha hecho. Rodrigo la mira con desilusión y se aleja, rojo de ira.

—Rodrigo, espera...

—¿A esto volviste?, ¿a vivir de la venganza y el chantaje? —le pregunta, indignado—. ¿Esta va a ser tu profesión desde ahora?

—No me expresé bien, lo que pasa es que...

—No trates de chantajearme, Silvana —le advierte él—. Podrías llevarte una sorpresa.

* * *

Molestosa, la frase se queda grabada en su cabeza por mucho rato.

Podrías llevarte una sorpresa.

Rodrigo nunca le había hablado en ese tono. Y ella tampoco había cometido jamás el atrevimiento de amenazarlo con un chantaje. A él,

su amigo, su cómplice, su confidente. Pero no su aliado, se recuerda a sí misma pensando en su obsesión malsana por la Desabrida, en la necesidad de seguir haciéndola parte de su vida y en los días y las noches que compartieron como amantes a escondidas en distintos aparthoteles de Santiago, según le confesó.

La inspectora Úrsula Gálvez la llama para preguntar si estará en el camping en las próximas horas. Debe hacerle una entrevista.

—Se encontró otro cuerpo.

—¿Quién?

—Aarón Hurtado. El loco del pueblo.

La voz de la detective la paraliza.

—Lo encontraron en la ribera oeste.

—No puede ser —niega Silvana—. ¿Están seguros?

—Es él, no hay duda —le contesta la detective—. Y el cuerpo tiene heridas que confirman la participación de terceros.

Cuando Silvana cuelga la llamada un pedazo de la historia de su infancia y adolescencia pasa ante sus ojos. El loco Aarón está muerto, se repite mientras mira hacia afuera preguntándose por qué Rodrigo la ha dejado sola. Juntos podrían haber averiguado más sobre la muerte.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunta su madre, sobresaltada al abrir la puerta y verla.

Silvana gira, aún consternada por la noticia.

—Pensé que estabas en las cabañas, con tus amigos —le dice Ninfa con la respiración agitada.

—Qué bueno que llegó, mamá. Siéntese aquí —le ordena—. Me acaban de dar una mala noticia.

Ninfa la mira, sin alterarse ni expresar ansiedad por saber lo que ocurrió.

—Encontraron muerto al viejo Aarón —le cuenta Silvana con cuidado de no alterarla demasiado—. Lo encontraron al otro lado del lago.

—¿Dónde? ¿Cerca del camino a El Copihue?

—En la ribera oeste.

Ninfa piensa un momento y luego refunfuña.

—Bueno, ¿qué le vamos a hacer? —se pregunta—. Algún día le iba a pasar al pobre viejo.

—Mamá, ¿cómo se le ocurre decir algo así?

—Silvana, por Dios, ¿cuántas veces se cayó de borracho al agua?

Silvana observa a su madre. Esperaba un leve llanto, un rezo, una expresión más notoria ante la pérdida.

—¿Qué le pasaba a Rodrigo que lo vi salir tan enojado? —le pregunta, cambiando de tema.

Silvana guarda silencio, extrañada. Intuye que Ninfa le está ocultando algo cuando suena el teléfono de la recepción. Vigilando a su madre se aproxima al mesón para contestar la llamada, pero antes de que alcance el auricular ella la intercepta y se lo arrebata de las manos.

—Déjame a mí —le dice y responde—: Camping Buenaventura, buenas tardes.

Ninfa la mira de reojo y abre los cajones del mesón. Busca algo donde anotar, encuentra un cuaderno.

—Sí. Entendido. Me parece bien. Hasta luego.

Cuelga la llamada. Guarda el cuaderno.

—Eran unos campistas que llegan mañana —le anuncia sin que Silvana le pregunte nada—. Yo les avisé del incendio, pero llamaban para confirmar que llegan igual.

Silvana se concentra en observarla, atenta a cualquier cambio en su comportamiento. Ninfa se pone nerviosa y comienza a tartamudear.

—A veces pienso que este camping está maldito —se lamenta, caminando hacia la ventana—. No puede ser tanta la desgracia.

Ninfa observa los árboles moviéndose con el viento y el peso de la lluvia. Silvana avanza a la cocina.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunta Ninfa, reaccionando.

—Una taza de té. ¿Usted quiere?

—Vamos a tener que dejar el té para después. Ahora tenemos que salir.

Afuera la lluvia vuelve a descargarse con furia sobre el lago.

* * *

Por un momento a Silvana no le cabe duda alguna de que su madre ha comenzado a sufrir de demencia senil. Sola, sin amigos ni conocidos, la enfermedad ha ido avanzando en secreto y sin que existan pruebas

ni testigos de su desarrollo. Silvana piensa que Ninfa está delirando cuando la obliga a salir del camping en medio del segundo diluvio.

—¿Dónde vamos, mamá?

—Tú maneja, nomás, yo te indico.

—Pero, mamá, ¿se volvió loca? Mire como llueve.

—¿Quieres saber lo que pasa, sí o no?

Silvana se queda mirándola, asustada ante la posibilidad de dilucidar sus dudas. No alcanza a responderle y su madre se apresura.

—Entonces escúchame y maneja —le ordena—. Lo primero es tomar Avenida Central y luego el camino hasta El Copihue. No te demores.

—Mamá, ¿qué vamos a hacer en El Copihue con esta lluvia? —le pregunta Silvana.

Ninfa se niega a darle explicaciones hasta que lleguen a su destino. Solo le adelanta que al otro lado está la verdad de los hechos, esa explicación que tanto la intriga.

A pesar los reclamos, Silvana se concentra en manejar obediente por el camino señalado. La lluvia todavía no ha convertido el camino en el barrial esperado, por lo que logran llegar al pueblo en apenas diez minutos.

—Ahora toma el camino viejo hasta la ribera oeste.

Silvana observa a Ninfa, preocupada. Su madre parece petrificada en el asiento mirando hacia adelante mientras el limpiaparabrisas se mueve violento, en la velocidad más rápida.

—Mamá, ¿me está hablando en serio?

—Haz lo que te digo, Silvana, y deja de quejarte.

Silvana calcula que dependiendo del estado del camino serán por lo menos otros veinte minutos de un viaje incómodo y sin explicaciones. Después de un momento su madre intenta llenar el silencio insoportable y, de paso, calmar sus nervios utilizando recuerdos intrascendentes.

—¿Cuántas veces tu papi salvó al viejo Aarón de morirse ahogado? —le pregunta—. ¿Y te acuerdas cuando le daba con asustar a las turistas? Decía que el lago se lleva a las niñas lindas.

—A las lindas nomás, a las feas las deja en la orilla —comenta Silvana—. Así decía la señora Lavinia.

Ninfa lanza una carcajada que por un momento la saca de su estado.

Silvana la vigila. Su madre estira una mano y toca la suya, sin mirarla.

Con la vista fija en la ruta, madre e hija se quedan un buen rato en silencio.

—Deja el auto al final —le ordena seca Ninfa.

—Mamá, ¿me va a contar dónde me trae? —le exige Silvana antes de bajarse.

Su madre gira hacia ella y le toma de nuevo las manos, esta vez mirándola a los ojos.

—Ven conmigo.

Ninfa desciende del auto y camina sin seguir rogándole ni mirar hacia atrás. Silvana la observa por un segundo y se baja, siguiéndola. Al verla junto a ella Ninfa se ilumina, radiante, se acerca y la besa en la mejilla. Aunque no entiende por completo el sentido de ese gesto, Silvana sonríe porque es agradable y nuevo, su madre no suele expresar sus emociones y menos con besos.

Desde la parte más alta del camino Silvana divisa una lancha en la orilla del lago. Le parece conocida. Después de unos segundos logra identificarla, es la *Agustina*, la lancha pesquera remozada que Axel le robó al Gato para escapar. Silvana examina el territorio a su alrededor, preocupada, hasta que a lo lejos ve la entrada al sanatorio.

—¿El sanatorio regional, mamá? —le pregunta Silvana deteniéndose en la entrada—. ¿Usted está loca? Yo no voy a entrar a este chiquero.

—Alguien necesita hablar contigo.

Silvana gira la cabeza y observa el pequeño bosque en el acceso. Ninfa la toma de la mano, juntas siguen avanzando hasta llegar a la entrada principal.

—Son un par de gotas, ¿qué te van a hacer? Si pareciera que no fueras aurorina, Silvana, por Dios —se lamenta Ninfa.

Su madre no deja de hablar hasta que llegan a la puerta del sanatorio y se agacha a recoger un palo largo que utiliza para ir despejando las piedras del camino.

—Vamos, si la persona te está esperando.

—¿Quién es esta persona? ¿Por qué tanto misterio?

Con suavidad Ninfa le acaricia. Silvana se deja llevar hasta que desde el interior de la construcción abandonada del Sanatorio Regional Buenaventura ve asomarse una silueta que reconoce.

—No puede ser —dice Silvana entre dientes.

Observa a su madre, confundida, y luego avanza a grandes trancos directo hacia el edificio. Mira la recepción en ruinas, ansiosa, buscando algo. De pie en un rincón encuentra a Helia de espaldas, encendiendo un cigarrillo.

—Es ella, mijita —anuncia Ninfa con cierto orgullo indisimulado—. Tu compañera del colegio tiene muchos asuntos que conversar contigo.

Helia gira hacia Silvana, solemne.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunta Silvana, impactada—. Tú estás muerta, es imposible, yo misma...

Por un segundo la duda la carcome. Se acerca un poco a ella y le examina con detención el rostro, el cuello y los brazos. No hay rastros de los cortes en las muñecas.

—No te preocupes, estoy bien. Todo era maquillaje y *acting* —confiesa Helia, satisfecha—. Solo un pequeño truco para lograr nuestro objetivo final.

Silvana niega con la cabeza, confundida, y avanza hacia la puerta. Ninfa la intercepta, sin dejarla pasar.

—Ni la señora Ninfa ni yo ni los demás colaboradores queríamos que esto terminara así, Silvana —le advierte Helia—. Sinceramente, yo hubiera preferido un final feliz para todos, pero tú tienes la culpa.

—Yo solo te ofrecí un trabajo.

—Me ofreciste la posibilidad de cambiar de vida —le anuncia, eufórica—. Gracias a ti estoy donde estoy.

Silvana se aleja de Helia y toma a su madre del brazo.

—Escúchala, Silvana —le ruega Ninfa—. Es importante.

Helia avanza hacia ella, insistiendo.

—Sí, es cierto, me ofreciste un trabajo —continúa—, pero sin saberlo me invitaste a ser parte de una aventura, la de tu venganza.

—Jamás te hablé de venganza —le aclara Silvana, enfática.

En el rostro de Helia aparece una sonrisa que pone aún más nerviosa a Silvana.

—Me buscaste, me desafiaste, me provocaste, me llevaste al límite —la acusa Helia, sin salir de su júbilo—. Y por eso te voy a estar agradecida para siempre.

Silvana sujeta a su madre por los brazos y la atraviesa con la mirada.

—Dígame la verdad, señora, ¿qué tiene usted que ver con esta mujer?

Ninfa agacha la cabeza. Helia vigila su reacción, expectante, aunque sin intervenir.

—No es nada malo —le cuenta Ninfa, rememorando—. Durante tu ausencia Helia se portó como un ángel conmigo.

Helia sonríe, fascinada.

—Yo solo hago lo que me nace, señora —le confiesa con amabilidad —. Y si he tenido alguna que otra gentileza con usted es porque le he tomado mucho cariño. Usted es como la madre que me hubiera gustado tener en lugar de la que Dios me dio.

Ninfa la escucha con alegría. Silvana mueve la cabeza sin tragarse el amor incondicional.

—No me mires así, Silvana —le dice Helia—. Yo solo hice lo que me pediste. Vigilar a los seis invitados, conocer sus mundos y convencerlos de que vinieran. Todos están aquí, ¿no? Todos acudieron a tu llamado y vinieron para calmar sus conciencias.

—Es cierto, Silvy —recalca Ninfa—. Sin esta muchachita nada hubiera resultado.

Silvana cierra los ojos y el fuego vuelve a aparecer en su cabeza. Recuerda los gritos desgarradores de su padre con el cuerpo envuelto en llamas pidiendo auxilio y las miradas horrorizadas de los compañeros de colegio de Rodrigo.

—Helia lo ha hecho casi todo —asegura Ninfa—. ¿Cierto, mijita?

Escucha la voz de su madre y no puede creerlo. Es como una pesadilla ajena en la que ella no debería estar.

—Yo hice lo que hacía falta para cumplir los objetivos, señora, nada más —insiste Helia con empalagosa modestia—. Y lo hice porque le tomé cariño.

—Lo hiciste porque eres un ángel —le aclara Ninfa emocionada, le toma una mano y la besa con devoción—. Nada más y nada menos que un ángel, y por eso te quiero tanto.

Silvana se queda congelada en un tiempo extraño oyendo las voces de Ninfa y Helia. Es un estado de contemplación donde no participa,

es una simple testigo.

—Mamá, dígame la verdad —le exige a Ninfa, fuera de sí—. ¿Qué hicieron exactamente usted y esta mujer?

Se produce un momento de silencio en el que Silvana teme una descompensación de Helia, una crisis de pánico o un arranque de violencia.

—Justicia —aclara Helia, seria—. ¿No era eso lo que buscabas? Justicia, o una versión más elegante y sofisticada de la tan vulgar y manoseada venganza.

—Le pregunté a mi mamá, no a ti —le responde Silvana, molesta.

—Tu madre te va a contestar lo mismo que yo —le advierte Helia.

Silvana la ignora, aún sin atar todos los cabos ni entender el espectáculo del que está siendo la única espectadora. Al ver su cara de confusión y tristeza Ninfa respira hondo y se acerca.

—El odio es un sentimiento fatal, hija —le explica con calma—. Es difícil entenderlo para el que nunca lo ha sentido, y yo lo sentí en carne viva; empecé hace catorce años, no la noche misma del incendio ni al día siguiente, tampoco en el funeral de tu papi, fue después, cuando volviste de la primera operación y te vi tus ojitos asomándose entre las vendas, perdida, llena de cicatrices en la carita y el cuerpo, sin entender bien todavía qué había pasado contigo o por qué te habían hecho todo eso que te hicieron en la casa de botes, si te lo merecías o no, si era tu culpa o no, si ibas a volver a ser la misma o no. Ese día empecé a sentir esto que sentía hasta ayer. Tiempo después del incendio el odio creció de un día para otro cuando me enteré de la sentencia. El Rodrigo condenado a once años y un día por el incendio, la muerte de tu papi y lo que le pasó a la Silvana. ¿Cómo había llegado a pasar algo así? ¿Por qué, si todos sabíamos cuál era la verdad?

Ninfa detiene el recorrido de una lágrima solitaria que ha brotado de su ojo derecho. Atenta a su emoción, Helia se acerca y le acaricia los hombros, conteniéndola. Silvana observa, estupefacta.

—Porque corrió la plata, se movieron las influencias, se hicieron todas las llamadas que se tenían que hacer y en un santiamén los culpables salieron libres —se responde Ninfa a sí misma, desolada—. Ni siquiera fueron imputados, apenas les tomaron una declaración que los infelices acordaron entre todos para salvarse el pellejo. Todos

mintieron, no solo los autores del incendio, también los testigos. Esos siete infelices, seis si perdonamos a la Heliecita, esos seis infelices me mataron a tu padre, me arruinaron mi fuente de trabajo y además me quitaron para siempre a mi hija. Te alejaron de mí, Silvana. Te quemaron tu carita, pero también nos separaron.

Ninfa rompe en un llanto amargo que muchas veces antes ha imaginado. Se acerca a Silvana para abrazarla, pero ella se aparta.

—Hija, por Dios, déjame contarte.

—Escucha a tu madre, Silvana, esa es la verdad —le recomienda Helia.

Silvana se detiene y las observa, abatida.

—¿Qué fue lo que hicieron para buscar justicia?

Ninfa intercambia una mirada con Helia y se queda callada.

—No seas malagradecida con la buena voluntad de tu madre —le exige Helia—. Es una mujer sacrificada que siempre ha buscado lo mejor para ti.

—¿Qué era lo mejor para mí? —la interroga Silvana—. ¿Asesinar uno por uno a los testigos del incendio?

—¡Todos eran culpables! ¡Todos se merecían un castigo! —sentencia Ninfa con el profundo dolor de ser incomprendida.

Silvana se queda mirando con distancia el llanto frenético de su madre.

—Si quieres culpar a alguien, cúlpame a mí —gime Ninfa, dolida—. Todo lo que hice lo hice por ti.

—¡Yo no le pedí que matara a nadie! —grita Silvana—. ¡Yo nunca le pedí nada!

Helia se acerca para tratar de calmar los ánimos entre madre e hija.

—Era la única manera de enseñarles la lección —explica.

Silvana empuja a Helia para quitársela de encima, furiosa.

—Yo quería lo mismo que tú —le cuenta—. Soñaba con hacerlos pagar por todo el daño que habían causado.

—¿Y por eso tenías que manipular el dolor de mi madre? —le pregunta Silvana, descontrolada.

—Hice lo mismo que tú cuando me contactaste —responde Helia—. Buscar alianzas y posibles cómplices.

Ninfa se acerca, a la defensiva.

—A mí nadie me manipuló, Silvana —le explica—. Yo sola me metí en esto porque lo necesitaba para seguir aguantando la soledad. Imagínate mi cara cuando vi llegar al camping a los siete desgraciados. No me pude controlar. No lo pensé dos veces, era el momento de actuar.

—Usted no está bien de la cabeza, mamá —la acusa Silvana.

Ninfa se queda en silencio escuchando el sonido de la lluvia colándose en algún rincón del sanatorio abandonado.

—Estoy mejor que nunca —le confiesa—. ¿Y sabes por qué? Porque tengo mi conciencia limpiecita. Estoy mejor que nunca porque por fin esos hijos de puta recibieron el castigo que se merecían.

Helia y Ninfa se miran, las dos muy serias.

—Cazados como conejos —exclama Ninfa con regocijo sádico en la mirada.

Silvana cierra los ojos.

—Como le hubiera gustado a tu papi.

9

Matarás / No matarás

Sarita Andrea Mellafe Cisternas está convencida de que ya está muerta, no vale la pena hacer ningún sacrificio más para sobrevivir. Nada sirve.

Sumida en una irritante tristeza que no sabe cómo manejar, concluye que su vida ha sido demasiado breve y marcada por las convenciones y la rutina. No ha tenido hijos ni propiedades, no ha viajado a tierras exóticas como soñaba cuando niña y ni siquiera logró concretar el sueño que parecía más realizable a corto plazo, contraer matrimonio con el único hombre de su vida, aquel al que le dedicó casi toda su existencia y que terminó traicionándola de la peor manera imaginable.

Sarita siente que fue el destino el que se encargó de castigarla por sus actos, no la ordinaria de la Diente de Oro. Perdió tiempo, demasiado, en amargarles la vida a los demás y se olvidó de sí misma y su propia felicidad. Ese fue su gran error. Por eso, al descubrir que a medida que pasan las horas el dolor en su ojo derecho se intensifica, decide volver a lo único que tiene: la oración. En silencio, discreta y sin que nadie la distraiga de sus pensamientos, le reza al Señor para rogarle que su tránsito hacia la muerte sea indoloro.

Que su llegada al Reino de los Cielos sea un viaje rápido, sin desvíos.

Que nadie sufra, que no haya llanto ni rechinar de dientes, como amenaza el Nuevo Testamento en esos pasajes que la aterrorizaban cuando era niña.

En el suelo, a su lado, Valentina está inconsciente. Cada cierto tiempo Axel la despierta tocándole la cara o haciéndole cariños en el pelo.

—¿Dónde estamos? —se pregunta Sarita, pero antes de que alguien pueda responderle, una mano la sujeta y le cubre la boca.

Cuando ve la gigantesca mano de la Iguana Cruz tapando sus labios siente una arcada que asciende con violencia por su garganta.

Desde el otro lado de la sala en la que están refugiados Axel le hace un gesto de silencio. En la entrada del sanatorio, a lo lejos, se oyen voces apagadas, casi en susurros. Mabel se acerca a la puerta y trata de identificar a quiénes pertenecen las voces, sin éxito. Se asoma hacia el corredor.

—No entiendo por qué Helia te dejó viva —le dice Sarita, insidiosa —. ¿Por qué no te mató?

—Ojalá lo supiera algún día —le contesta Mabel, cortante—. No sé ustedes, pero yo no me pienso morir en este lugar.

Axel observa que la cabeza de Valentina ha caído hacia un costado. La toma con suavidad por el mentón e intenta reanimarla.

—Vale, ¿me escuchas? Tienes que despertar —le golpea la cara con delicadeza, como lo ha hecho durante las últimas horas cada vez que parece que se va a quedar dormida para siempre—. Valentina, por favor, abre los ojos.

Entre sueños y el dolor del hombro destrozado por la flecha Valentina trata de obedecer las instrucciones. Apenas puede mover sus párpados irritados. Como a través de un vidrio sucio, distingue a Axel junto a ella envuelto en una oscuridad artificial que de a poco comienza a devorar por partes su limitado campo visual.

Hasta que de repente todo queda en un oscuro eterno, en silencio.

—Valentina... —es lo último que alcanza a escuchar.

Axel se quiebra y comienza a moverla con desesperación. Sarita se acerca, sin dar crédito a lo que está pasando.

—Vale, no, no nos hagas esto, por favor.

Pero Valentina no vuelve a moverse en los brazos de Axel. A pesar de los ruegos, las oraciones y el llanto, su cuerpo se queda suspendido con los ojos entreabiertos.

Axel y Sarita se abrazan, sollozando y balbuceando frases ininteligibles. Mabel los mira de reojo, alarmada, cuando repentinamente una de las voces lejanas de la entrada del sanatorio comienza a aproximarse.

—... no digas nada, a veces es mejor guardar silencio antes de decir cosas hirientes, Silvy, es mejor así, no tienes para qué hablar, espera a que veas lo que hay detrás de esa puerta y te vas a dar cuenta de lo importante que es todo esto, es justo lo que querías, es la razón por la que volviste a Aurora.

En los brazos de Axel, Sarita emite un gemido. Mabel los hace callar, molesta, y vigila atentamente la puerta. La voz de Ninfa sigue acercándose.

—¿Oíste eso, Silvy?

Mabel escucha el diminutivo de Silvana y antes de ser capaz de reaccionar, o de compartir una mirada de alarma con sus viejos archienemigos del colegio Andalucía, la puerta de la pequeña sala donde se encuentran se abre lentamente.

Sarita aguanta la respiración, sin soltar a Axel porque sabe que en cualquier segundo pueden caer acribillados por una ráfaga de balas, atravesados por flechas o ser devorados por el fuego.

Silvana entra seguida por Ninfa y se queda de pie en el umbral de la puerta.

—¿Ves lo que te digo? —le pregunta Ninfa con el palo en la mano —. ¿No crees que tu papi estaría orgulloso de mí?

Aturdida por las revelaciones, Silvana pasea su mirada por la sala en ruinas. Lo primero que ve es a Mabel contemplándola desde la entrada. Al verla se queda de pie, estoica, en actitud desafiante, lista para atacar. Más allá, en el suelo, Silvana reconoce el cadáver de Carrie, boca arriba con las manos cruzadas sobre el pecho.

—Te vas a podrir en la cárcel —la amenaza Sarita.

En el suelo, Sarita y Axel sostienen el cuerpo estirado de Valentina. Silvana se lleva una mano a la boca, impresionada.

Ninfa sujeta a su hija y le acaricia el pelo, calmándola.

—Ya, ya, mijita, no te pongas así, si era lo que había que hacer, nada más —le explica—. No quedaba de otra.

Silvana levanta la cabeza, horrorizada, y observa de nuevo a su madre. Sarita, Axel y Mabel contemplan con sorpresa su reacción.

—¿Qué hizo, mamita? —le pregunta a su madre con profunda amargura.

Axel reacciona, encolerizado, gritando a todo pulmón.

—Vieja loca, estás enferma, ¡todos se van a ir presos! —amenaza, fuera de sí, sin soltar el cuerpo de Valentina.

Ninfa sujeta el palo, se acerca y arremete con fuerza contra él.

—¡A callar, mierda!

La punta del palo le azota la nuca, la nariz, el cuello y los genitales. Ninfa levanta el palo sobre él sin mirar con exactitud a qué le está pegando.

—¡Ni cuando sabes que te vas a morir cierras el hocico, insolente!

Sarita protege el cuerpo de Valentina, aterrada, mientras grita.

—¡No! ¡Déjalo!

Desesperada, Silvana se acerca y le sujeta la mano a Ninfa para que se detenga. Nunca había visto a su madre reaccionar de esa manera, ni siquiera cuando se enfurecía con ella y la azotaba con la manguera por escaparse a Santiago con Julita.

Sarita llora desconsolada y se aferra al cadáver de Valentina, mientras Axel sangra de la nariz, los labios y la cabeza.

—¡Por favor, mamá, basta! —le exige Silvana sujetándole las manos.

—¿Cómo que basta? Si estamos recién empezando —le informa, recobrando el aliento—. Ahora toca eliminar a estos tres.

Ninfa indica a Mabel, que la observa, calculadora, y a Axel semiaturdido por los golpes, sangrando en el suelo junto a Sarita.

—No sabes cuánto hemos trabajado para esto —le confiesa—. No nos podemos arrepentir, Silvy. Ya no.

Silvana respira hondo, pensativa, y su mirada se topa violentamente con la imagen de Axel herido. La sangre ya empieza a mancharle la cara y el cuello.

—Mabel no tiene por qué estar aquí —le comenta Silvana a su madre, tratando de distraer su atención—. Ella no tuvo nada que ver con lo que pasó.

Descontenta con el comentario, Ninfa mueve la cabeza.

—Te recuerdo que no fuiste la única víctima del incendio, Silvana —le informa, seca—. Rodrigo también sufrió muchísimo, igual y hasta peor que tú porque él estuvo solo, y todo gracias a esta jipienta traicionera y su declaración mentirosa.

Movida por la rabia, Mabel reacciona y trata de levantarse.

—Yo declaré lo que vi, nada más.

Ninfa levanta el palo sobre ella, la golpea dos veces hasta hacerla volver al suelo.

—¡Cállate, mierda!

Mabel reacciona, no se rinde e intenta levantarse de nuevo para sostener la punta del palo. Su actitud enrabia a Ninfa.

—¿Qué me vas a hacer, muerta de hambre? —la enfrenta—. ¿A quién le quieres pegar?

—¡Basta, mamá! —la interrumpe Silvana, alejándola de Mabel.

—Tenemos que seguir adelante —insiste con la respiración agitada y los ojos fijos en aquella mujer a la que tanto desprecia.

Todo lo que sabe sobre esa jipienta traicionera es porque Heliecita le ha contado su historia con ella, de principio a fin. Ninfa cree que se trata de una mujer hipócrita y mala, y que se merece el castigo tanto o más que los otros.

—Mátalos, Silvana. Mata a los tres que quedan.

Silvana escucha la orden de su madre y observa a Sarita, aterrada en los brazos de Axel.

—Mátalos, mijita. ¿Qué estás esperando? Mata a los que quedan y todo va a volver a ser como antes.

* * *

Axel se limpia la sangre de los ojos con la manga de la chaqueta. Sarita lo observa, en *shock*, segura de que les ha llegado la hora, cuando aparece Helia corriendo desde el pasillo.

—Ya llegaron los otros, señora —le informa a Ninfa, alterada.

Ninfa asiente con la cabeza, calculando. Silvana reacciona.

—¿Quiénes son los otros?

Ni su madre ni Helia le contestan. Siguiendo su instinto profesional, Mabel se acerca a Ninfa e intenta ganar tiempo y confianza.

—Señora, por favor, sea sensata, ¿qué quiere de nosotros? —le pregunta—. ¿Cómo podemos ayudarla?

A Ninfa no le gusta la pregunta ni el tono de Mabel. Gira hacia ella, molesta, vuelve a levantar el palo para castigarla. Mabel se estremece. Trata de cubrirse el rostro cuando Helia la detiene. En el aire alcanza a sujetar el palo de Ninfa.

—Basta, señora —le pide—. No es necesario recurrir siempre a la

violencia para resolver nuestros problemas.

Ninfa la mira con descontento y de mala gana baja el palo. Helia la besa con cariño en la mejilla y Ninfa se va tranquilizando de a poco, como si los besos le devolvieran la calma.

—Gracias a Dios que estás aquí, Heliecita.

Silvana las observa, asombrada con la extraña intimidad, cuando se oyen pasos en el corredor. En un segundo alguien grita, Silvana reacciona y ve que Axel aprovecha el instante de distracción para levantarse del suelo y derribar a Ninfa. Helia lo mira e instantáneamente, movida por unos reflejos privilegiados y la claridad absoluta del objetivo, levanta una escopeta y apunta la nuca de Axel.

—Suéltala, Schumacher —le ordena—. Ahora.

Axel levanta las manos y se queda inmóvil. Tiene el cañón de la escopeta de la Hernia Parraguez acariciándole la cabeza, a punto de disparar.

—No te muevas.

—¡Axel, cuidado!

La voz de Sarita lo alerta, pero él está en calma. Mantiene las manos en el aire y se mueve con lentitud para no alterar a la Hernia Parraguez. A su lado la puerta de la sala se abre despacio y se asoma Marcelo Duarte seguido por una mujer. Axel se fija en ella: es la inspectora Úrsula Gálvez.

Al verlos, Silvana abre los ojos con estupefacción. Mueve la cabeza, turbada, mientras su madre y el papá de Rodrigo tratan de calmarla.

—¿Falta alguien más? —le pregunta a su madre, descolocada—. ¿Queda algún cómplice del que tenga que enterarme?

—Ya estamos todos.

Cuatro culpables, cuatro justicieros ciegos que un día decidieron vengarse, se explica Silvana, tratando de comprender los retazos de lo que ve.

Ninfa, su madre, derrumbada por la soledad y el odio durante los catorce años de abandono que pasó entre los senderos del camping. Todo por su culpa, por su miedo de volver a Aurora.

Marcelo Duarte, un hombre enterrado en vida por el destino de su único hijo varón. Al comprobar que todos los sacrificios por sacar adelante a Rodrigo habían sido inútiles, perdió la cabeza y dedicó sus

días a lo único que de verdad le interesaba, el desquite.

Helia, su aliada y el peor error que había cometido en su Diseño Maestro, una mujer dañada en lo más profundo de su ser que, al igual que Axel, se había aprovechado de ella. De su trauma y de sus dolores, pero lo que más la enfurecía era que también había explotado el dolor de su pobre madre.

Y para el final, la inspectora Úrsula Gálvez, esa detective manipuladora que siempre había sido hostil con ella y cuyo rol entre los culpables aún no entendía.

—Todo lo que hicimos fue por ti y por mi Rodrigo, nada más —le explica Marcelo a Silvana, emocionado y casi didáctico—. Si la justicia no pudo responder por estos hijos de perra, no nos quedaba otra salida. Teníamos que darles su castigo sin importar las consecuencias. Había que enseñarles la lección que no fueron capaces de aprender de sus padres o profesores. Y lo logramos, Silvana.

Sarita intenta levantarse del suelo, desesperada.

—Yo soy inocente —solloza, interrumpiendo a Marcelo—. ¡No tengo nada que ver con su hijo!

Al oír su voz chillona Marcelo Duarte respira hondo y dirige sus pasos hacia ella, como tratando de aplacar un poco antes de enfrentarla. La mirada que le da ese hombre paraliza a Sarita Mellafe por el resto de sus días.

—Tú eres la peor de todas —la acusa Marcelo—. Pero no vamos a empezar contigo, sino con mi favorito. El Schumacher.

Axel levanta la cabeza, lívido.

Sarita intenta abrazarlo, angustiada. Marcelo avanza hacia él, Ninfa lo sujeta del brazo.

—Espera, Marcelo. A este mejor déjamelo a mí —le pide.

Marcelo Duarte la observa por un segundo.

—Mamá, por favor, no sigan —interrumpe Silvana.

—Si no le enseñamos la lección va a volver a hacerlo —le advierte su madre—. Hace catorce años te tocó a ti, mañana va a ser el turno de otra.

—Se lo ruego, mamita, por favor, no hagan nada más —le pide Silvana—. Por mí, ya no vale la pena, en serio.

Ninfa se aleja de ella, decepcionada.

—Malagradecida —la acusa con resentimiento, para luego vigilar a Axel—. Schumacher, de esta no te vas a salvar.

—¡Mamá, déjelo! —le ordena Silvana.

—No lo voy a tocar, tranquila, solo necesito una palabrita con él —le pide Ninfa, calmada—. Quiero saber si tiene buena memoria, a ver cuánto se acuerda.

Axel mira fijo a la mujer, exhausto. Ninfa se le acerca hasta que puede sentir su aliento en el cuello.

—¿Sabías que no fuiste la primera? —le pregunta Ninfa a Silvana—. No eres la primera chiquilla de la que abusó este degenerado.

Axel se queda inmóvil, enfrentándola, sin miedo.

—No es verdad —exclama con firmeza.

—Tengo testigos —lo para Ninfa—. Testigos que podrían enojarse mucho si se te ocurre negarlos.

—Lo juro por la memoria de mi padre —repite Axel—. Nunca he abusado de nadie.

Se produce un silencio. Axel mueve la cabeza, agobiado. Ninfa lo observa y se pregunta hasta dónde es capaz de llegar con su mentira. Sarita va a defenderlo cuando ve a Helia avanzando hacia él sujetando la escopeta.

—¡No, Helia! —grita Sarita, desgarrada—. ¡Déjalo, mierda!

Pero Helia la ignora y se aproxima a Axel. Sostiene la escopeta con un rictus solemne en la mirada.

—A mí me manoseaste en el paseo de curso a Punta de Tralca, cuando estábamos en el colegio —le recuerda.

Axel frunce el ceño, extrañado, sin entender. Silvana vigila atenta el improvisado interrogatorio.

—¿Punta de Tralca? —se pregunta Axel—. Imposible, eso fue hace mucho tiempo, yo... ¡éramos niños!

—Teníamos quince. No éramos niños —confirma Helia—. Sabías muy bien lo que estabas haciendo cuando me encerraste en la capilla.

—No me acuerdo, Helia, lo juro, si me acordara te lo diría, pero... —se atropella Axel, angustiado, tratando de escarbar en su memoria.

—¿Ves? Por eso es importante que recibas un castigo, porque no te acuerdas de nada —precisa Helia—. Para mí fueron los dos minutos más horripilantes de mi vida y nunca los pude borrar de mi cabeza.

Tú, en cambio, tú no te acuerdas de nada. Porque mientras yo lloraba en el baño sin poder explicarle a nadie lo que me habías hecho tú seguías riéndote con tus amigos. Como si nada hubiera pasado.

Sarita observa a Axel, que se lleva las manos a la cara, devastado, gimiendo.

—¿Qué te hice, Helia? —le pregunta, a punto de llorar.

—Me besaste a la fuerza. Te bajaste los pantalones y me pediste que te tocara. Como no quise hacerlo y no pude abrir la puerta de la capilla, lo hiciste tú solo.

Axel mueve la cabeza, consternado, negando.

—No es verdad.

Helia lo apunta con la escopeta. Axel se quiebra, dobla las rodillas y comienza a llorar con amargura.

—No me acuerdo. ¡No me acuerdo de nada!

Silvana lo observa en cuclillas, destrozado. Mira de reojo a Helia, que no suelta la escopeta.

—No te acuerdas porque para ti era un juego de todos los días —le revela Silvana, avanzando hacia él—. Quién en su sano juicio podría rechazar a Axel Schumacher, ¿verdad?

Silvana se detiene junto a Helia mientras atraviesa con la mirada a Axel.

—Yo me acerqué a Helia para que me ayudara a organizar este paseo.

Axel y Sarita la observan, agotados.

—¡Estás igual de loca que ella y te vas a ir presa! —la interrumpe Sarita.

Silvana rodea a Axel, buscando sus ojos. Helia se estremece, sin soltar la escopeta.

—Cuando empezamos a trabajar juntas, Helia me contó cómo habías abusado de ella, cuando eran niños.

—Yo no abusé de nadie, mierda —se defiende Axel.

—Y empezamos a investigar, a llamar por teléfono, a buscar antecedentes —confiesa Silvana—. Así nos enteramos de que no teníamos el privilegio de ser tus únicas víctimas.

Axel hunde la cabeza entre las rodillas.

—Había otras niñas —lo acusa Silvana—. Habías hecho exactamente

lo mismo en los dos colegios por los que habías pasado antes. Por eso te expulsaban. En el San Máximo, a los diez años, manoseaste a una niña de ocho en la biblioteca. Fue la primera vez que te echaron de un colegio. Nadie se enteró de nada porque tu padre, don Hermann, le pagó a la familia de la niña. Así terminaste en La Salle.

—¿Te acuerdas de La Salle?

Al oír el nombre de ese colegio, Axel pierde el dominio de sus movimientos. Su mente viaja a esa sala con taburetes de madera y paredes blancas, heladas en invierno.

—¿Quieres contarles a tus amigos lo que pasó en La Salle, Axelito Corazón? —le pregunta Silvana, provocándolo.

—¡Cállate! —se detiene, casi sin aire.

Silvana se acerca a Axel y le acaricia el pelo, tratando de calmarlo.

—Tenías once años cuando... —Vacila un instante para comprobar que la están escuchando—. ¿Sigues tú? ¿O les cuento yo?

Axel levanta la cabeza y escupe con ira en el rostro de Silvana. Su saliva cae sobre la nariz y el labio y escurre hacia el mentón.

Silvana se limpia con la manga de la blusa, asqueada, aunque estoica en su postura, y vuelve a mirarlo.

—Tenías once años cuando un profesor de La Salle descubrió que abusabas con frecuencia de un compañero de dos cursos más abajo.

Axel aprieta los párpados en las cuencas de sus ojos, espantado por los recuerdos. Sarita permanece inmóvil con el cadáver de Valentina, mirando un punto fijo.

—Así te echaron de nuevo del La Salle, pero ahora ya no estaba tu papito para pagarle a las víctimas —continúa Silvana—. Terminaste en el colegio San Esteban, donde conociste a Álvaro. Dos meses después, el niño del que abusabas en La Salle se suicidó en un camarín del colegio.

Axel se lanza sobre Silvana, pero sus amarras y las heridas de su rostro hacen que tropiece y caiga.

Desde el suelo, hundido en la tierra y el polvo, sigue declarando su inocencia.

—¡Estás mintiendo! —se defiende—. ¡Soy inocente!

Helia reacciona, airada, y se acerca a él.

—Eres un depravado, Schumacher. ¡Y nunca vas a dejar de serlo, te

vas a morir así!

Marcelo Duarte se acerca a Sarita y examina su ojo derecho.

—¿Y a ti qué te pasó? —le pregunta, serio.

—¿Qué creís tú que me pasó, viejo asesino?

—Ahora te toca a ti, Sarita Mellafe —interviene Helia, conmocionada—. La más venenosa del colegio Andalucía. La que no se callaba ni disimulaba nada. La que se encargaba de decirte si estabas gorda, si te faltaban pechugas, si sufrías de mal aliento o si tu ropa estaba pasada de moda. Si supieras el miedo que te tenía. Era un pánico en todo el cuerpo, una sensación de fobia, como si fueras una rata o una culebra. O un monstruo.

Sarita la observa con amargura, pero disimula. Se niega a caer en su juego. Antes muerta. La Hernia Parraguez no logrará sacarla de sus casillas porque no existe.

—Sí, eres un monstruo —la acusa, gozando cada segundo de su discurso—. Eres una mujer inútil, sin pasión ni talento conocido que solo sabe vivir de las apariencias y el estatus. Eres una completa y total hija de puta, aunque en tu caso no sea una exageración.

—Cállate.

—Te tocó una madre dedicada a la profesión más antigua del mundo —continúa Helia—. Y aclaro que no soy quién para juzgar el oficio de nadie. Pero a ti te dolió tanto descubrir esta verdad hace catorce años que perdiste el control de tus actos. Te envenenaste, Sarita Mellafe. Y todos de alguna manera sufrimos por tu culpa.

Helia la observa, controlándose, cuando siente que algo cae de golpe sobre ella.

Frenético, Axel sujeta el cañón de la escopeta, inmovilizándola con su propio cuerpo. Lo primero que hace es alejar la punta del cañón. Helia grita con todas sus fuerzas. Marcelo se acerca para empujar a Axel. Ninfa interviene en la pelea y trata de detener el forcejeo por la escopeta.

—¡Mamá!

Silvana llama la atención de su madre y en un segundo se escuchan el disparo de la escopeta, un grito de horror, el de Sarita, y luego los estertores de la víctima, suplicando auxilio con monosílabos durante los últimos instantes antes de caer.

* * *

El aire se le acaba. Escucha el disparo y por un breve lapso, uno o dos segundos, supone que ha resultado ileso, que por milagro la bala tuvo una trayectoria impredecible, atravesó alguna parte de su cuerpo y salió; eso está claro porque siente que las manos le arden por sostener el cañón de la escopeta. O sea, la bala fue disparada, seguro después rebotó en el techo, en el suelo o en algún rincón de la sala. No hay otra posibilidad, piensa mientras observa los rostros de los demás contemplando casi con placer lo que está sucediendo, como espectadores mudos de un macabro número de variedades donde no hay más protagonistas. Cae de rodillas al suelo, no sabe por qué, no quiere saberlo, prefiere no saberlo, y de repente el cuerpo le pesa el triple, como si hubiera envejecido cincuenta años en unos pocos segundos. Sarita corre hacia él, alguien la bota al suelo. No quieren que nadie se le acerque. Helia sigue de pie con la escopeta en ristre y en la camisa de Axel hay una enorme mancha de sangre que le parece demasiado oscura y que lentamente se va ampliando.

Levanta la cabeza y los alaridos de Sarita lo conmueven. Con sus dedos le mancha de sangre las mejillas. Ve su rostro albo y pequeño, sus labios a punto de rozar los suyos, jurándole a susurros amor para toda la vida.

No es una mala manera de morir, con una declaración de amor de alguien tan importante.

—Siempre te amaré, Axelito Corazón.

Al cerrar los ojos el audio se desconecta, la voz de Sarita comienza a apagarse en esa última frase.

—Algún día vamos a estar juntos.

Todo queda en silencio.

Unos segundos más tarde se pierden también las imágenes.

* * *

Al oír el disparo a lo lejos, Rodrigo detiene el auto. Mira por el espejo retrovisor y ve la camioneta de su padre estacionada a un costado del camino. Amelia se lleva las manos a la cabeza, amargada. Intuye perfectamente lo que va a encontrar en su aventura.

Era un día apacible en su casa en El Copihue hasta que su madre llegó sin aviso. Le dijo que tenía que hablar con él de un asunto gravísimo y urgente.

Rodrigo sabía que, hace muchos años, cuando él y Pamela eran niños, su padre había cometido una infidelidad con una mujer anónima. En el presente, luego de algunas reiteradas sospechas, y de un repentino cambio de carácter que era su pista principal, Amelia pensaba que Marcelo había vuelto a las andanzas, por eso se dedicaba a investigarlo. Recolectando papeles, analizando boletas, observando colillas de cigarrillo olvidadas en el cenicero, revisando su ropa, su billetera, sus cuentas. Aunque al principio nada parecía tener mucho sentido, después de algunos meses la verdad había empezado a asomarse.

Amelia sabía que su marido tenía una amante. Así lo demostraban dos cobros en la tarjeta de crédito a un establecimiento que, después de una tediosa investigación, había resultado ser un motel de la comuna de La Florida, en Santiago.

—Se llama Úrsula Gálvez —le indicó—. Es la detective que investigó el incendio en la casa de botes, hace catorce años.

Rodrigo no creyó demasiado en las pruebas de su madre, pero no se atrevió a contradecirla. Para confirmar sus sospechas, Amelia decidió seguir el olfato excepcional que ahora nunca le había fallado.

Iban por el camino, discutiendo. Su madre insistía con sus pruebas y con la supuesta relación que su padre tenía con esta mujer. Entonces escucharon el disparo.

Fue uno solo, a lo lejos, e hizo que madre e hijo se callaran de inmediato.

Por el ruido Rodrigo sospechó que podía tratarse de una escopeta de caza. Amelia pensó una vez más en su marido y aunque trató de recordar la última palabra que le había dicho esa mañana al despedirse antes de ir a Rancagua a hacer unos trámites, no lo consiguió.

Ahora él y su madre están detenidos al final del camino olvidado observando la camioneta de su padre estacionada a la orilla. Se la había comprado hace dos años para hacerse el joven cuando le tocaba ir a Santiago. Amelia no entendía por qué no usaba el auto familiar,

ahora podía sumar dos más dos y descubrir lo ciega que había sido. La camioneta era para impresionar a la detective, unos cuantos años menor que él, y trasladarla al motel Adán y Eva de calle Walker Martínez, en La Florida.

Antes de bajarse del auto, Rodrigo se fija que su madre se seca los ojos frente al espejo y revisa con cuidado su pelo.

Mientras caminan por la entrada Rodrigo Duarte se pregunta quién en sus cabales podría elegir el Sanatorio Regional Buenaventura como escenario de un encuentro romántico clandestino.

* * *

—Solo quedan dos. Mátalas.

Axel, el del sobre rojo, está muerto por un disparo en el estómago.

Álvaro, el del sobre blanco, se quemó en el incendio.

Carrie, la del sobre amarillo, murió atravesada por las flechas cerca de la otrora exclusiva península Buenaventura.

Valentina, la del sobre verde, al parecer murió por una herida de flecha en el hombro que resultó infectada.

Mabel, la del sobre celeste, está viva, de rodillas mientras Marcelo Duarte ajusta sus amarras de pies y manos.

Sarita, la del sobre negro, llora desconsolada sin levantar la cabeza de los cadáveres de sus amigos, también atada.

—Mátalas —le ordena de nuevo Ninfa—. Solo quedan ellas, mátalas ahora.

Silvana contempla a su madre y observa el horror marcado en los rostros de Sarita y Mabel, maniatadas en el suelo inmundo del Sanatorio Regional Buenaventura, completamente seguras de que morirán. Marcelo Duarte le pasa la escopeta para terminar de una vez lo que empezaron. Desde el incendio, Silvana tiene terror a las armas, pero sin pensarlo recibe la escopeta, no se pregunta por qué. Como si fuera una extensión de su cuerpo la sujeta sin oponer resistencia.

—Apúntala y aprietas el gatillo de a poco, si te concentras no es difícil —le enseña Marcelo.

Marcelo le sostiene la escopeta en la mano y la ayuda a apuntar a Sarita en la cabeza.

—¿Ves? Así...

Silvana apunta el entrecejo de Sarita Mellafe.

Sarita emite varios gritos entrecortados, temblorosa.

—Dispara —le dice Marcelo a Silvana—. Apuesto que ni lo va a sentir.

—Silvana, no... —gime Sarita desde el suelo, sollozando con los ojos abiertos, como si no quisiera perderse ni un detalle de su propio ajusticiamiento—. No lo hagas, Silvana, por favor.

Silvana siente que su corazón late con violencia. La cara de horror de Sarita la conmociona porque es la cara que ha imaginado tantas veces reconociendo su culpa y pidiendo perdón; la misma cara de placer venenoso que se burlaba de ella, la noche del incendio, agazapada entre las sombras de la casa de botes mientras Axel la violaba y se reía de sus bramidos pidiendo auxilio.

—Silvana, por favor —le ruega Sarita, con esa misma cara inmutable—. Piénsalo bien, por Dios, ¿qué vas a hacer?

—Lo que tal vez debería haber hecho catorce años atrás —le contesta Ninfa con resentimiento—. Dispara, hija. No te vas a arrepentir.

Silvana sujeta la escopeta y respira hondo, pensativa. Sarita se larga a llorar, derribada, rezando en su mente el Padrenuestro, el Ave María, el Credo y todas las oraciones que se sabe de memoria y que no ha parado de repetir.

—Silvana... —le suplica—: Por favor.

Se lo merece, se alerta a sí misma Silvana, es el castigo ejemplar y no debe permitir que la misericordia o la culpa le arruinen el momento de su gran revancha.

—Dime, Sarita. Dime lo que quiero escuchar.

—Silvana, te lo suplico.

—Dispara —le ordena Ninfa, frenética.

—Dime la palabra que quiero escuchar, Sarita Mellafe.

—Perdóname. Por favor, perdóname.

Silvana está a punto de apretar el gatillo, su dedo se mueve hasta rozarlo. Los gemidos desgarradores de Sarita al borde de la muerte ya tienen su ritmo propio. Su madre la mira, expectante.

Mabel espera la oportunidad precisa para escapar. Los ojos de Helia contemplan la escopeta en sus manos. Marcelo Duarte ordena a gritos

que dispare, que apriete de una vez el gatillo, que no lo dude ni por un segundo, que lo haga pronto u otra persona lo hará en su lugar, que no pierda el tiempo porque la piedad es para los tontos.

—¿Silvana?

Una voz conocida la sobresalta y hace temblar la escopeta entre sus manos.

Rodrigo avanza por el pasillo del sanatorio, entra a la sala y mira a su alrededor seguido por su madre. Al ver a Silvana armada con la escopeta y junto a su propio padre, se sorprende.

—Llama a la policía, Rodrigo —le ordena Silvana.

—No, hijo, no llames a nadie —lo detiene Marcelo—. No le hagas caso.

Amelia avanza y se planta frente a Marcelo y Úrsula, haciendo esfuerzos por contener las lágrimas.

—No sé en qué estás metido, Chelo, pero la policía viene en camino —le dice para luego detenerse en la detective—. La policía de verdad.

Aún sin comprender del todo la relación de su padre con la inspectora Gálvez, Rodrigo lo escruta con la mirada.

—Papá, dígame la verdad: ¿qué hizo? ¿En qué anda metido con esta señora?

Rodrigo mira a Úrsula de arriba abajo, desconfiando.

—Solo busqué hacer justicia por ti, mi chiquillo —reconoce Marcelo —. Por ti, mi Rorro, que eres lo único valioso que Dios me dio.

—¿Y también por tu hijo tenías que meterte en la cama con esta mujer? —le pregunta Amelia, furiosa—. ¿Eso también era parte de tu plan? No seas sinvergüenza, por favor.

—¿Y también por Rodrigo planeó matar a los testigos del incendio de hace catorce años? —lo interroga Silvana.

Rodrigo observa a Silvana, tenso.

—Silvana. ¿De dónde sacaste eso? —le pregunta, inmóvil.

Silvana avanza hacia él y le toma la mano con suavidad, preparándolo. Rodrigo permanece quieto, evitando la mirada de su padre.

—Tu papá, mi mamá, Helia y esta mujer, la detective —le confiesa Silvana—, eran cómplices desde hace un tiempo. Querían matar a los siete que estuvieron en Aurora en el incendio. Siete, menos Helia.

Rodrigo la observa con frialdad. Marcelo se acerca a él y lo abraza, estremeciéndose. Le habla al oído con desesperación y tristeza, lo besa en la mejilla, le toma las manos repitiendo su nombre, devastado.

—Si me equivoqué en algo, perdóname, Rodrigo —le suplica entre lágrimas—. Todo lo que hice, lo bueno y también lo malo, todo fue por ti. Para que lograras todo lo que yo no logré. Para que no pasaras las penurias que pasé. Para que fueras lo que yo nunca pude ser.

—Papá —se lamenta Rodrigo—. ¿Qué hizo?

Marcelo Duarte se limpia los ojos con la mano.

—Chelo... —lo llama Amelia, quebrándose a pesar de sus esfuerzos por no llorar—. ¿Qué estabas pensando, hombre, por Dios?

Al oír su voz Marcelo agacha la cabeza. No puede mirarla, avanza rápido entre los presentes y se aleja hacia el corredor. Amelia lo sigue con la mirada y observa a Rodrigo con extrañeza.

—¿Dónde va, papá? —le pregunta, pero Marcelo no le responde.

—¡Marcelo! —le grita Amelia—. ¡Marcelo, ven aquí!

Unos segundos después del grito se escucha un disparo que resuena entre los muros de concreto. Amelia se queda paralizada. Rodrigo se sobresalta, corre por el pasillo y de inmediato ve a la silueta de su padre en el suelo, boca arriba, con la escopeta junto a él, los ojos abiertos mirando hacia el cielo.

Cuando se agacha para abrazarlo, Rodrigo advierte que el rostro de Marcelo se transforma ante sus ojos en un amasijo rosado de carne y hueso. Silvana se acerca y lo abraza, desolada.

Durante las próximas cinco horas Rodrigo Duarte no se mueve del lado de su padre.

* * *

—Sarita.

Su voz no es la misma de antes.

—Me llamo Sarita Mellafe.

En el trayecto en lancha de regreso al pueblo la taparon con una frazada y le dieron una taza de algo caliente y espeso que parecía café, pero que tenía otro sabor.

Cuando empezaron a acercarse a la costa y desde lejos pudo ver el muelle del camping el pulso se le agitó y empezó a balbucear frases

que los hombres no entendieron.

Por un momento pensó que todo empezaba de nuevo.

No recuerda lo que dijo, solo el muelle del camping aproximándose a una velocidad peligrosa.

La playa estaba repleta de policías que entraban y salían del bosque de eucaliptos examinando cada rincón del camping. Una ambulancia la esperaba para trasladarla de inmediato a una clínica privada en Santiago. Apenas puso un pie en tierra firme una enfermera le revisó el ojo. Sarita se fijó que las cejas de la mujer se arqueaban al mirar bajo la venda. Una detective le dijo que ya se habían comunicado con su familia. Sarita miró hacia el camping y vio a dos paramédicos trasladando una camilla con el cuerpo de Álvaro en una bolsa forense. Nadie le dijo que era Álvaro, pero ella estaba segura de que era él.

En el camino de regreso a Santiago cerró los ojos y no los volvió a abrir hasta mucho después, al día siguiente, cuando despertó y encontró a Madelin con un rosario en la mano junto a la cama de la clínica. Su padre y su hermano también estaban presentes. Al verla reaccionar todos se acercaron, conmocionados.

Sarita enfocó a su alrededor y el corazón le dio un salto al comprobar que por el ojo derecho no podía ver absolutamente nada.

Su madre le tomó la mano y le dijo que ya había pasado la peor parte.

Sarita no le creyó.

III

DICIEMBRE, 2023

AQUÍ, AHORA

El hallazgo de los cuerpos y el descubrimiento de la horrible verdad primero trajo sorpresa, después confusión, y al final la búsqueda ansiosa de los culpables.

¿Cuánto horror podía ocultarse en Aurora detrás de la fachada del apacible pueblito de postal?

Los sangrientos hechos, denominados frívolamente como «La masacre del lago Aurora», durante meses fascinaron a los matinales y la prensa sensacionalista y fueron develados de manera episódica, como si de una novela por entrega o una teleserie se tratara, con los detalles más escabrosos de cada uno de los seis asesinatos guardados para el final de cada capítulo, e incluyendo, por cierto, las sorprendentes historias que se escondían detrás de las personalidades de los implicados.

Marcelo Duarte, el autor intelectual de los brutales crímenes, murió en brazos de Rodrigo, poco después de dispararse con una escopeta. Entre sus pertenencias la policía encontró una breve carta escrita a mano y dirigida a su hijo donde se declaraba inocente de todos los cargos de homicidio que más tarde se le imputarían.

«Hice muchas barbaridades, pero no he matado a nadie y tienes que creerme», concluía Marcelo Duarte en la misiva.

Aunque todos a su alrededor dudaban de él, empezando por su propia esposa, Rodrigo nunca dejó de creer en su padre.

Úrsula Gálvez, la inspectora de la Policía de Investigaciones implicada en el hecho, fue condenada a veinte años y un día de prisión efectiva como cómplice de cuatro delitos de homicidio y cuatro de secuestro. Durante el juicio, la fiscalía utilizó como medio de prueba la evidencia de una relación extramarital con Marcelo Duarte durante seis años, y producto del cual existía una hija, A. A. D. G., de cinco.

Helia Parraguez recibió una condena de veinte años y un día de prisión efectiva como cómplice por cuatro delitos de homicidio, dos de secuestro y otros tres intentos de homicidio frustrado. En marzo de 2002, al momento de su detención, en las dependencias de la librería Pasatiempo, en la comuna de Providencia, un negocio de propiedad de su madre, declaró no sentirse arrepentida de los hechos ya que estaba

cumpliendo un estricto plan basado en la recuperación del sentido esencial de la justicia. Al tercer año de condena terminó de escribir sus memorias, tituladas *Contarlo todo*, que fueron publicadas por una editorial independiente sin tener la repercusión esperada.

Ninfa Esparza, la madre de Silvana, recibió la misma condena de sus cómplices, con el atenuante de demencia senil que esgrimió la defensa desde el primer día. Según las pruebas psicológicas, su trastorno se había originado en el incendio donde había muerto su marido, William Maldonado, y tras la partida de su hija, también herida de gravedad en la tragedia.

La investigación de la fiscalía sobre los crímenes de Aurora tuvo una duración de quince meses. Dos fiscales pasaron por el caso, y aunque tenían un sinnúmero de diferencias metodológicas, coincidían en varios detalles insoslayables. Para empezar, la accidentada geografía, situando al lago como el principal impedimento para la correcta obtención de pruebas, sumando, además, una de las tormentas más intensas en la historia de la región.

De los seis cuerpos encontrados posteriormente en los alrededores de Aurora, al menos cuatro habían pasado por las aguas del lago, reduciendo al mínimo las posibilidades de obtención de ADN, y uno de ellos, el del residente de Aurora Aarón Hurtado, había sido hallado a orillas de la península Buenaventura. A pesar de la presencia inevitable de lago y sus 323 kilómetros cuadrados como un gigantesco cementerio donde ocultar cuerpos y evidencia, los expertos también coincidían en que el peligro no radicaba en este caso en la falta de pruebas sino justamente en el exceso de ellas. Había demasiados detalles que conocer sobre las víctimas y sus victimarios; todos tenían algo que ocultar, incluyendo a los inocentes.

Mabel Cruz fue una de las dos únicas sobrevivientes de la matanza. Como consecuencia del «paseo de curso» sufrió heridas internas de las que nunca logró recuperarse por completo. En 2004 se sometió a la primera de cuatro intervenciones quirúrgicas al hígado, que había sido perforado en el ataque. Decidida a obtener algo positivo de su calvario como víctima de los vengadores, se convirtió en asidua invitada a programas de televisión donde contó su historia personal, su particular visión del *bullying* en la etapa escolar y su breve aunque intensa

relación amorosa con una de las culpables, Helia Parraguez.

La otra sobreviviente, Sarita Mellafe, luchó con todos los escasos recursos que le quedaban a ella y a su familia para aclarar lo ocurrido en Aurora. Su compromiso por esclarecer la verdad la empujó incluso a confesar su participación directa en el incendio ocurrido en 1987, pero cualquier posible delito de esa data ya se encontraba legalmente prescrito.

El 11 de diciembre de 2002, luego de una batalla que parecía no tener un final posible, un juez dictó sentencia en el caso. Sarita escuchó la noticia por la radio en la soledad de su departamento de soltera, en la comuna de Las Condes. Contrario a lo que se había imaginado, no se sintió mejor.

Silvana Maldonado fue sindicada en un principio como una potencial colaboradora en las actividades de los «justicieros» de Aurora. Considerando su relación con uno de los implicados, su madre, Ninfa Esparza, y luego de establecer que el plan se había originado a causa de una invitación a Aurora enviada por correo a cuatro de las seis víctimas, el primer fiscal la sometió a un maratónico interrogatorio nocturno donde se mostró sobrecogida por lo ocurrido.

—Mi invitación tenía un sentido puramente terapéutico y no solo para mí, también para los invitados —le indicó al fiscal en esa primera declaración—. Lo que yo quería era enfrentar los fantasmas, mirarlos a la cara y quitarles el poder que ejercían sobre mí.

Antes del juicio, Silvana se puso a disposición tanto de la fiscalía como de la defensa para aclarar cuáles habían sido sus intereses al momento de invitar a Aurora a los siete testigos de su pasado, y cómo a través de ese reencuentro pretendía recuperar la estabilidad emocional que tanto añoraba. «Estabilidad emocional» era un término que a Silvana no le parecía adecuado. Sin embargo, el fiscal lo había agregado de manera antojadiza al expediente

Cuando se dictó sentencia, Silvana se comprometió con su madre a renovar el camping y sacarlo adelante a pesar del rumor malintencionado que ya empezaba a publicarse en diarios y revistas. Algunos cronistas mediocres y sin imaginación hablaban de «la maldición del camping Buenaventura».

—Nunca van a llegar a saber a ciencia cierta cuántos muertos hay en

ese lago —le dijo Ninfa a Silvana durante una de sus visitas a la cárcel de mujeres de Chillán.

Rodrigo ayudó a Silvana a reabrir el camping para el verano del año siguiente. Aunque al principio el sangriento recuerdo de la matanza era lo único que resonaba en las mentes de los visitantes y lo que llamaba la atención de algunos retorcidos turistas fanáticos del *true crime*, con el paso de los años la sangre también fue olvidada. Bastó un plan minucioso de marketing y un presupuesto holgado para revivir la vieja e improbable gloria del lago Aurora.

En el camping, al comienzo Rodrigo planeaba remozar la zona de carpas y reconstruir los servicios higiénicos, quizás limpiar la playa y levantar un par de baños más modernos.

Silvana, en cambio, tenía sueños más audaces.

Un año más tarde, y luego de una dolorosa ruptura con Ximena, su novia, Rodrigo inició una relación sentimental estable con Silvana. Los primeros meses de romance coincidieron con dos revelaciones que les cambiaron la vida: la llegada de Martina, su primera hija; y la idea que los volvería a reunir en el lago: el megaproyecto hotelero llamado Aurora Resort & Spa con el que Silvana se obsesionó por completo.

Pasó una década entera de arduo trabajo en colaboración con antiguos socios norteamericanos y canadienses de Olivia Cohen, su benefactora, y el exclusivo hotel a orillas del lago Aurora se inauguró con gran pompa en octubre de 2013, siendo destacado dos años después como uno de los diez mejores destinos en Chile por la prestigiosa revista *Time Out UK*.

En el presente, Silvana Maldonado y Rodrigo Duarte tienen otros dos hijos además de Martina, de veinte años: Diego, de dieciocho, y Pamela, de dieciséis. La familia comparte sus días entre el hotel y la casa ubicada en los altos de Lago Negro, hoy transformado en una apetecida zona de condominios de lujo.

Cada mes, Silvana visita la tumba de su madre en el cementerio de Aurora. Ninfa murió en 2011 en prisión después de una serie de accidentes cardiovasculares que la empujaron a un coma.

—En la noche vamos a brindar por usted y por mi papi —le promete Silvana a la pequeña placa donde se lee el nombre de Ninfa Esparza.

Después del cementerio, Silvana regresa apurada. No es un día

cualquiera para la familia ni para los trabajadores del Aurora Resort & Spa. Esa noche están de aniversario, se celebra la primera década del negocio. Por eso Silvana conduce a exceso de velocidad por el camino pavimentado desde el cementerio al hotel y apenas saluda al pasar a los chicos de la recepción, para esfumarse velozmente tras las puertas batientes de la cocina donde por tercera vez en menos de doce horas revisa el menú, preocupándose, a ratos de manera casi obsesiva, lo reconoce, de las alternativas veganas.

Cuando sube a la oficina, ubicada en el segundo piso de la impresionante construcción mediterránea del hotel, no encuentra a nadie. La ventana que da a la terraza está abierta de par en par, las cortinas blancas se mecen salvajemente con el viento de la ribera oeste. Es verano, pero recién está empezando enero, se recuerda mientras a lo lejos se escucha el *trap* de alguno de los chiringuitos que se han levantado en hilera frente a la playa como una verdadera epidemia que nadie ha sabido cómo detener.

—¿Rodrigo? —pregunta, esperando una respuesta que no llega.

Camina hacia la terraza, se abre paso entre las cortinas. Rodrigo está apoyado en la baranda, contemplando el lago. Silvana conoce esa cara y no le gusta.

La música, como siempre, proviene del primer chiringuito de la playa, el famoso Dante's, epicentro de la juerga de los turistas y el local predilecto de sus hijos.

—¿Por qué no me contestas cuando te hablo, Rodrigo?

Él guarda silencio. Silvana se acerca, preocupada. Sabe lo que significa entre ellos el silencio.

—Hay algo que tienes que saber, Silvana —le advierte sin necesidad de que lo presione—. Y tiene que ser ahora.

—¿De nuevo le pillaste marihuana a Diego? —le pregunta, complicada—. Si es eso, puede que yo tenga la culpa, lo que pasa es que tuvimos una conversación un poco intensa el otro día y yo le conté al pasar que…

—No es eso, Silvana, escúchame, por favor —la interrumpe él, complicado y tratando de encontrar la fuerza para sostener la conversación—. La verdad es que no sé cómo explicártelo. Es algo que me atormenta desde hace muchos años.

Rodrigo se acerca al escritorio y cuidadosamente abre un cajón con llave. Extrañada, Silvana observa sus movimientos, preparándose para lo que venga.

—Rodrigo, mi amor, me estoy empezando a preocupar.

Él no intenta calmarla ni decirle que todo va a estar bien. Solo abre el cajón del escritorio y del interior saca un sobre.

—Me llegó esta mañana —dice con voz grave.

Silvana observa el sobre en la mano de su marido.

No sabe qué sería lo correcto en ese contexto.

¿Podría ahorrarse los problemas y simplemente no tomar el sobre?

¿Sería justo ignorar las instrucciones de Rodrigo y quedarse sin saber nada?

A pesar de sus casi cincuenta y tres años, Silvana no ha perdido ni un ápice de la curiosidad compulsiva de antaño, y después de veintidós de matrimonio Rodrigo sabe perfecto cómo despertarla.

—Ábrelo y lee.

* * *

Rodrigo Duarte Salamanca
Gerencia General
Aurora Resort & Spa
Avenida Costanera Buenaventura s/n
Aurora, Sexta Región
Chile

Santiago, 12 de enero de 2022

Estimado Rodrigo Duarte:

No te puedo engañar: lo de *estimado* es únicamente una formalidad. Nunca has sido santo de mi devoción, ni en el colegio ni en el reencuentro en Aurora y menos en mis recuerdos.

No voy a extenderme en enumerar inútilmente los motivos para no considerarte estimado, me parece que tú los conoces mejor que yo, y que más de una vez se me salieron sin querer en alguna discusión que tuvimos. Esta carta no es para hablar de mi desprecio hacia tu persona ni para recordar el pasado infame que nos une inexorable como una enfermedad, sino para referirme a tu presente.

Tu aquí y ahora.

Me imagino que después de tu paso por la cárcel sabrás que el encierro te da todo el tiempo del mundo para esas cosas que siempre quisiste hacer y que toda la vida postergaste.

Pensar.

Ordenar tus afectos y tus odios.

Valorar tus decisiones.

Escribir.

La higiene mental se convierte en tarea diaria, difícil de evitar, no siempre satisfactoria. El tiempo lo aclara todo, incluso esas zonas que querías mantener oscuras o escasamente iluminadas para no sufrir demasiado, o para evitarte un mal rato.

Algo parecido me ocurrió después de la publicación de mi primer libro.

A fines de 2005 escribí *Contarlo todo: mi verdad sobre Aurora*, lo que significó un proceso de desnudez violento, arrebatador, nada placentero como uno se lo hubiera imaginado desde la vereda que había ocupado hasta ese momento, la de la lectora compulsiva y ratón de biblioteca. Al menos yo sufrí una desilusión.

Ingenua, pensé que al escribir por fin me liberaría del dolor que significó ser parte de la tragedia de Aurora, pero no fue así. Recordar tiene ese doble riesgo, la revictimización. Las palabras pueden ser tus peores enemigas.

No sé si tuviste la oportunidad de leer ese libro, te lo recomiendo. Si quieres puedo pedir a la editorial que te envíen un ejemplar, pero te aviso, por si no lo leíste, que no te dejé muy bien parado y admito que fue una decisión absolutamente personal. Escribí lo que siempre he pensado de ti, que no eres un tipo de fiar, que aprovechas el único personaje que tienes, la víctima para manipular a los demás y sacar provecho de cada situación que se presenta. Así eras en el colegio, cuando llegaste, así te comportaste después y así lo has hecho con cada tragedia que nos ha unido y separado en esta vida.

No debo irme por las ramas, es lo único que me he propuesto en este plan y que siempre me recuerdan mis editores, pero no puedo dejar pasar esta instancia para hablar también del hermoso poemario *Lago profundo*, que publiqué el año pasado en la antología *Versos de cemento,* y de *Contar más: otras verdades sobre Aurora*, secuela de *Contarlo todo*, y el libro de no ficción más leído del 2020. Llego ahora al meollo de estas líneas y es la revelación, la epifanía, la zona oscura que abruptamente se ilumina.

De los cuatro implicados en el caso Aurora, uno de ellos tenía, a su vez, un cómplice. Eso pienso contarles a los medios de comunicación.

Y después pienso confesar que la justicia no se cumplió con todo el peso de la ley porque ese cómplice está suelto.

Ese cómplice eres tú.

Cuando cumpliste tu condena y saliste de la cárcel te encontraste con un minucioso plan de venganza armado paso a paso. Después del almuerzo que celebraba tu regreso a casa, tu padre, don Marcelo Duarte, te sacó al patio trasero. Bajo el parrón te sirvió un vaso de vino y te confesó que quería hacer

justicia por su propia mano con cada uno de los responsables. Tú te negaste, le dijiste que se había vuelto loco, pensaste que era una broma, le preguntaste si acaso se creía Charles Bronson en *El vengador anónimo* y después te peleaste con él. Por unos días te fuiste de la casa. Viviste en el departamento de la Mabel por un tiempo. Todo esto lo sé porque ella me lo contó.

Según la Mabel tu mirada se oscureció de un día para otro. Al principio ella no sabía por qué. Pronto se dio cuenta de que era tu reacción al comprobar que la vida se había ensañado contigo. Te diste cuenta de que mientras tú perdías el tiempo en la cárcel Axel Schumacher hacía comerciales millonarios en las islas griegas con modelos internacionales y se alistaba para filmar su primera película como director y guionista. Otro hecho, además, te marcó de manera definitiva: cumpliste el sueño de llevarte a la cama a Valentina Cervantes.

Primero fue un reencuentro, después una amistad inusual. Sin querer terminaron acostados. Lo habías logrado, la tenías por fin entre tus brazos. Pensaste que era un premio a la perseverancia, a no rendirte jamás ante las constantes humillaciones, los obstáculos y los años de indiferencia. Pero con el paso inexorable de los días y las semanas sucedió lo que tanto temías en tus pesadillas, lo natural, lo lógico. Lo que te advirtió mi querida Mabel cuando le contaste esta dulce historia sexual: que tarde o temprano Valentina se iba a aburrir de ti.

Un día te diste cuenta de que no eras importante para ella. Eras el compañero de un estrato social inferior, y recién salido de la cárcel, no lo olvidemos, con el que tuvo una mínima aventura cuando estaban egresando del colegio. Entonces miraste a tu padre, hablaste con él, te dijo que estaba todo planeado y simplemente te dejaste llevar por las circunstancias.

No sé cuánto sabías, si de verdad cometiste alguno de los crímenes o si solo fuiste un cómplice pasivo de las atrocidades de tu padre. Pero si quieres evitar que este terrible detalle, olvidado, por cierto, por nuestra bienamada justicia, quede sepultado, vas a tener que colaborar.

Sé que te casaste con Silvana, que tienen tres hijos que son verdaderas preciosuras con tus rasgos de macho latino y las facciones tan bellas de la mamita, que se quieren mucho y que son un ejemplo de superación y resiliencia; también me enteré de que construyeron un hotel de lujo en el antiguo camping Buenaventura, que tiene hasta canchas de golf y que están ganando dinero a manos llenas en el proceso de reconstrucción turística de Aurora. No sabes cuánto me alegro. Silvana y tú se merecen otra oportunidad, y yo también. Por eso necesito un sueldo mensual de ocho millones de pesos ($8.000.000) desde el momento en que me otorguen la libertad condicional efectiva y *ad eternum*. Si no accedes a este pago voy a tener que considerar seriamente la posibilidad, bastante vulgar, no lo niego, de revelar a través de redes sociales la existencia de ese misterioso quinto cómplice del que todos quieren saber.

Un abrazo para ti y todos mis cariños para tu bella familia: Silvana, Martina, Diego y Pamela.

* * *

Rodrigo sigue el movimiento de los ojos de Silvana mientras termina de leer la carta. No reacciona hasta que llega al final, respira hondo, la dobla en cuatro y la guarda de vuelta en el sobre.

—Perdona si me cuesta hablar —se excusa él, conmocionado—. Necesitaba sacarme de adentro todo esto antes de...

—¿Antes de qué? —lo interrumpe ella, cortante.

Silvana deja la carta encima del escritorio y se queda mirando el sobre con aire de desprecio, como si en realidad no fuera un pedazo de papel sino una bomba de tiempo programada para estallar en el momento exacto en que sus sueños por fin se hacen realidad, justo cuando el negocio de su padre, por el que tanto ha luchado, cumple una década de historia para celebrar con orgullo.

—No sé, Silvana, quería contarte, nada más —insiste Rodrigo.

—¿Ahora? ¿Por qué ahora? —le pregunta ella, sin entender—. ¿Por qué querías contármelo justo hoy, el día del aniversario?

—La carta llegó cuando estabas en el cementerio —le explica él—. No quería dejar pasar ni un solo día sin que supieras la verdad.

—Llevas dos décadas sin decir la verdad. ¿Qué importaba esperar un día más?

Con las manos apoyadas en la baranda Rodrigo se hunde en sus pensamientos más oscuros mirando un punto fijo al otro lado del lago.

Su voz apenas se escucha con la mezcla de la música, los gritos de los turistas y los motores de las motos acuáticas. Silvana se acerca para oírlo mejor.

—Yo solo protegí a mi padre en un momento determinado, cuando él me necesitaba —dice Rodrigo entre dientes, casi sin mover los músculos de la cara—. Eso fue todo, te lo juro. No fui parte del plan ni menos de los...

—No me importa lo que hiciste —lo interrumpe ella—. Prefiero no saber. No me cuentes nada.

—Hice lo que me pidieron porque estaba enfermo, estaba movido por el odio —le confiesa casi sin expresión—. Tú sabes mejor que nadie lo que significa vivir así. Tienes que entenderme.

—Lo único que entiendo es que tenemos trescientos invitados a la fiesta de esta noche —le recuerda corrigiendo el cuello de su camisa y vigilando el reloj de la entrada.

Rodrigo toma el sobre y se queda mirándola.

—Contéstale, paga lo acordado y nunca más volvamos a hablar de este asunto.

Tiene el pelo suelto en una melena hasta los hombros, algunas canas disimuladas en las raíces, y los ojos vivaces de siempre. A pesar de los años y de la inminente gravedad del asunto, nada parece alterarla ni sacarla de su centro. No ese día.

Rodrigo le descubre la frente para acercarse y besarla. Por un momento se quedan contemplando el lago, tomados de la mano, esperando que la temperatura de la tarde siga subiendo, que llegue la hora del aperitivo y que comiencen a aparecer los hijos para por fin sentarse a la mesa, almorzar relativamente rápido y liviano, disponer de un tiempo razonable para una siesta de reparación, ducharse, vestirse y peinarse para los memorables festejos que se avecinan.

A la una en punto la empleada sirve dos pisco sours con ocho empanaditas de mariscos recién fritas, y a la una y cuarto su hija mayor, Martina, llama al celular de Rodrigo y no al de Silvana, como suele hacerlo, para avisar que está en un taco feroz a la altura de la U-72 y que no sabe si alcanzará a llegar con sus hermanos a tiempo para el almuerzo, lo que cambia radicalmente todos los planes para el resto de la tarde.

El *trap* del Dante's está a punto de hacer estallar sus nervios y ponerla de mal humor. Piensa que es música infernal, que algunas letras denigran abiertamente a la mujer y que casi todas hablan del acto sexual. Rodrigo lanza una carcajada y le recuerda que su madre decía exactamente lo mismo de sus casetes pirateados de Virus.

Aunque la carta permanece sobre el escritorio, como una sentencia, Silvana y Rodrigo olvidan el episodio.

—Todo va a salir bien —le susurra él al oído.

La empleada pide perdón por interrumpir el momento íntimo y pregunta nerviosa si van a bajar a almorzar en el comedor del hotel o si pone la mesa en la terraza. A esas alturas, todavía un poco afectada por la noticia que acaba de darle su marido y desconcertada por los

insólitos horarios de cada uno de sus hijos antes de las festividades, Silvana se pregunta por qué han decidido celebrar el aniversario la segunda semana de enero, justo cuando el lago se llena de ribera a ribera de turistas alcoholizados en sus motos de agua, los caminos se repletan de gigantescas 4x4 y los hoteles de la bahía, incluyendo el Aurora Resort & Spa, llegan a su máxima ocupación.

Santiago de Chile, 2019-2022

Título original: *No la mires a los ojos*

Edición en formato digital: octubre de 2022

© 2022, Illanes, Pablo
© 2022, © 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.
Av. Andrés Bello 2299, Oficina 801, Providencia, Santiago, Chile.

Diseño de la cubierta: Penguin Random House /Portada Julio Valdes/
Diagramación Alexei Alekin

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 9789566190103

Conversión a formato digital: www.acatia.es

www.penguinlibros.com